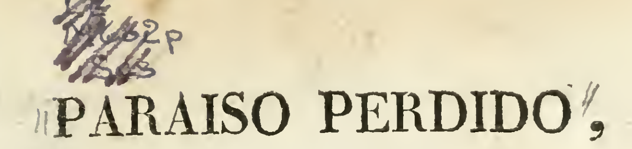

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01462511 5

1.



Alzàos pues, armáos con presteza,
Ò doblàd al vil yugo la cabéza!

J. Massard Sculp



PARAISO PERDIDO,

POEMA

DE MILTON,

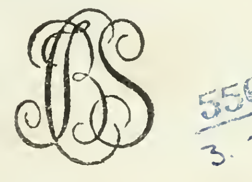
TRADUCIDO EN VERSO CASTELLANO;

POR

DON J. DE ESCOIQUIZ,

ARCEDIANO DE ALCARAZ, Y CANONIGO DE LA SANTA IGLESIA DE TOLEDO, etc. etc.

TOMO PRIMERO.



EN LA IMPRENTA DE J. B. C. SOUCHOIS.

EN BOURGES,

EN CASA DE GILLES, LIBRERO.

AÑO DE 1812.

PROLOGO

DEL TRADUCTOR.

Deseando ocuparme durante el tiempo de mi residencia en Francia, con alguna utilidad para mi patria, hize animo de darla la traduccion de una obra de las mas celebres en el Orbe literario, y de que aun carecía; á saber, la del famoso poéma inglés de Milton intitulado el *Paraiso perdido*, trasladado ya en casi todos los idiomas de la Europa. Para hacerla mas util, y agradable, resolví añadirla las eruditas notas de Addisson, y algunas mias, que aclarasen las dificultades, que habian de ocurrir al comun de los lectores, en gran parte poco instruidos para resolverlas por si solos.

Estas explicaciones eran tanto mas necesarias, quanto el asunto de que trata el poéma, es uno de los mas misteriosos, delicados, é importantes de nuestra religion

christiana, y por consiguiente expuesto á mas equivocaciones, y errores.

Milton para formar de dicho asunto un poéma epico, se vió precisado á dar á los hechos un colorido enteramente humano; en lo que de algun modo, no ha hecho mas que imitár á la misma escritura sagrada, de donde los ha sacado, que para proporcionarse al alcance de los hombres á quienes está destinada, habla de Dios en muchas partes, como si tubiera ojos, manos, y pies, ó como si fuera mudable, y sus providencias procediesen de arrepentimiento, de ira, ó de venganza, dando á proporcion estas propias ideas de los Angeles, tanto buenos, como malos. Su sagrado texto refiriendo, por exemplo, la caida de nuestros primeros padres, nos la presenta cubierta con un velo material, aunque lleno de misterio, no reduciendose á otra cosa en la apariencia, que á la conversacion de una serpiente con Eva, de cuyas resultas, esta seducida por ella, come la fruta del arbol prohibido, sin que se nos diga una palabra para explicarnos, que no pudiendo hablar, ni raciocinar por si un animal bruto como la serpiente, esta no era

mas que el instrumento de la envidia del xefe de los Angeles precitos, para engañar á nuestra comun madre, y perder por su medio á su esposo, y á todo el linage humano.

La caída de los Angeles se nos pinta del mismo modo en la escritura, con las propias imagenes materiales de que Milton ha hecho uso, dandolas toda la extension posible, como se vé en las palabras siguientes de Ysaias. (Cap. 14, v. 12). En las que describiendo la destruccion del reyno de Babilonia, hace la siguiente alusion á la caída de Satanás con sus Angeles reprobos: *como has caído del cielo, ó luzero de la mañana, que parecías tan brillante al apuntar la aurora? Como has sido derribado, tú que decias en tu corazon: subiré al cielo, estableceré mi trono sobre los astros de Dios, me sentaré sobre el monte de la alianza, al lado del Aquilón, me colocaré sobre las nubes mas elevadas, y seré semejante al altissimo? Y con todo has sido precipitado de aquella gloria al infierno, á lo mas profundo del lago.*

Puede considerarse este pasage sublime, como el que ha servido de base á todas las

descripciones poéticas de Milton, sobre la caída de los Angeles, añadiendole el del Apocalipsis, en que se dice: *Hubo una gran batalla en el cielo. El dragón peleaba con el Arcangel Miguel: Miguel peleaba con el, y consiguió la victoria.*

Debe pues estár advertido el lector poco instruido, de que no ha de entender materialmente las descripciones de Milton, como tampoco las de la sagrada escritura, sinó solo como otras tantas figuras de sucesos puramente espirituales, que ni nuestro entendimiendo, en el estado en que se halla en esta vida, puede comprender, ni el lenguage humano podría explicár, aunque lo comprendiese, segun lo advierte el mismo Milton.

Tampoco ha de figurarse el lector, que el caracter, que dá el autor del poéma á Satanás, y á los demas Angeles malos, sea en realidad el que tienen, pues para no hacerlo tan odioso á los lectores, que la repugnancia con que lo mirasen, disminuyese el interes del poéma, les ha atribuido algunas calidades morales, como por exemplo el afecto entre si, el amor á

su xefe, la compasion, y el cariño de este para ellos, cierta especie de generosidad, y otras que están muy lexos de tener, en los terminos desinteresados que se les atribuyen; pues si hai alguna union, orden, y subordinacion entre aquellos espiritus malignos, y desesperados, que se aborrecen reciprocamente, es solo con el objeto de causar mayores males, y de vengarse en quanto pueden de Dios, en las criaturas que quiere favorecer.

No contento Milton con dar alegoricamente cuerpos à los Angeles, se los atribuye efectivos, aunque ethereos, y sutiles, cosa contraria á la doctrina catholica, que los cree absolutamente incorporeos; pero le ha sido indispensable esta ficcion, pues sin ella, la composicion de su obra, era del todo imposible, ó en lugar de un poéma, hubiera dado á luz un frio, y exacto tratado de methaphisica.

Creo tambien que no habrá lector tan insensato, que se persuada, que se puedan estudiar, la moral, la politica, las ciencias, y mucho menos los dogmas de la religion en un poéma epico, al que la ficcion, y la ilu-

sion deben por naturaleza servir de adorno; y en que la verdad, sopena de no ser tal poéma, debe estár vestida de todas las invenciones de la fabula, en terminos que sea imposible desenvolverla de ellas, y que en caso que se desenvuelva, lo que quede del poéma, no sea mas que un bosquejo informe, ó un esqueleto el mas descarnado.

Al paso pues, que el lector juicioso se divierte con las riquezas de imaginacion, que halla en esta especie de obras, y saca de su estilo, de sus descriptiones, de las tales quales maximas cientificas, ó morales que caben en ellas, y de sus bellezas literarias, todas las utilidades á que se destinan, mira en lo demas dichas obras como vacías de solidez y de verdad, y se guarda muy bien de considerarlas como unas composiciones dogmaticas, ó didacticas, que puedan servir de norma, ó de fundamento á su creencia religiosa, moral, politica, ó cientifica.

Nada tengo que decir de las blasfemias que se ponen en boca de Satanás, de sus sequaces, y aun de nuestros primeros padres, en los primeros momentos de la embriaguez de su culpa, pues solo un lector el mas necio

pudiera escandalizarse de oirlas de parte de unos seres, cuya sobervia, y malignidad corren parejas con su desesperacion, ó de unos hombres en medio de la ceguedad de su pecado. Lo mismo digo de los errores voluntarios, ó dudas aparentes de los Angeles infernales, acerca de la grandeza, poder, justicia, y providencia de su criador, pues se les atribuyen como otras tantas proposiciones, que ellos mismos reconocen por falsas, pero que les eran utiles para engañar de algun modo su orgullo, su odio y su furor, contra aquel señor suyo, á quien miraban como un inplacable enemigo.

Entre otras dificultades, que he encontrado para traducir con alguna propiedad este poéma á nuestra lengua, me ha ocurrido una, que consiste en no tener en castellano otra voz del genero masculino, que signifique la muerte, que la de fallecimiento, que es absolutamente inpropia para nombrarla personificada, como se nombra en el poéma ingles, y ser por otra parte necesario, segun se verá en el episodio de la culpa con la muerte por su mismo contexto, no dar á esta un nombre femenino:

me he servido pues para salir de este embarazo, siempre que hay inconveniente en darla su nombre femenino, del arbitrio de nombrarla por un epiteto del genero masculino que la convenga, como el de monstruo, esqueleto, etc.

Me ha parecido util, y agradable para mis lectores, acompañar mi traduccion de las notas del celebre Addisson, en las que encontrarán una critica juiciosa, del merito, y de los defectos del poéma, y una respuesta al mismo tiempo á las amargas censuras que algunos escritores de otras naciones han hecho de el, con mas pasion, que justicia, llevados unos de odio nacional, y otros de una nimia delicadeza.

Puede decirse con verdad, que si Addisson en su critica sobre alguno ü otro punto, ha manifestado alguna parcialidad en favor de Milton, aunque fundandola siempre en razones plausibles; los adversarios de este poéta, no han hecho mas que extenderse en declamaciones vagas sobre sus defectos, ya ponderandolos, ya tratando de tales los pasages mas sublimes de aquella composicion, y que han manifestado una acrimonia,

que por si sola bastaria á hacer sospechosisimas sus censuras.

Este empeño, nacido en gran parte de envidia nacional, es tanto menos estraño, quanto lo han experimentado los mas celebres poetas antiguos, y modernos, como el Taso, el Ariosto, el Dante, y Ercílla, cuyos defectos han sido cruelmente censurados por los escritores de los demas paises, no menos que los de Homero, y Virgilio entre los antiguos.

Tampoco es estraño, que la novedad del asunto del poéma de Milton, y su conexion con la religion, le hayan atrahido muchos mas censores, que á otros compositores de poémas epicos. El que abre un camino nunca transitado, ha de encontrar por precision muchos mas tropiezos, que el que no hace mas que seguir el trillado; y el que dá por supuestas, para fundar sobre ellas su composicion, ciertas verdades, que aunque las mas constantes, humillan el orgullo humano, é incomodan sus pasiones, por las consequencias morales, que se siguen de ellas, ha de encontrar precisamente muchos adversarios,

en especial en un siglo, en que un partido numeroso de hombres preciados de criticos, no dá quartel á las verdades mas evidentes, principalmente religiosas, intentando sumergir al mundo en un absoluto pyrronismo, sobre todo lo que pertenece á ellas.

Por desgracia para los tales criticos, las dos principales verdades que sirven de fundamento á nuestro poéma, no solo constan por la revelacion à los que la creemos, sinó á todo hombre sensato, por la tradicion universal, uniforme en el fondo, y nunca interrumpida, de todas las naciones civilizadas, y aun de las que no lo son sinó en el mas infimo grado, á proporcion de la escasez de su civilizacion.

Sîrvanos de garante en quanto al hecho del pecado original, el corifeo mismo de dichos criticos, Voltaire, que confiesa que esta tradicion ha dado, bajo diferentes nombres, la vuelta al mundo. Todas las naciones con efecto, como se vé por la lectura de la historia, han creido como una verdad religiosa, una edad de oro, ó de inocencia, un paraiso terrenál, una primera culpa atribuida en general á la muger, nacida de

curiosidad, y de desobediencia, que introduxo el mal en el mundo, y deterioró la naturaleza humana. Esta creencia uniforme en el fondo, no ha variado sinó en las circunstancias poco importantes del hecho; y asi se encuentra en la Pandora de los Griegos, el Erimanes de los Persas, el Typhon de los Egipcios, el Adimo de los Yndos, etc. Y bajo de diversos nombres, en el Asia, como en la Europa, y entre los pueblos de la America, como entre los del Africa. Los mismos filosofos antiguos de mas juicio, como Platón entre los Griegos, y Cicerón entre los Latinos, admirados de la universalidad de esta tradicion, y de la situacion del hombre, cuyas contradicciones en bien y en mal, les parecian inexplicables sin ella, la adoptaron, variando unicamente en los terminos; suponiendo por exemplo como este ultimo en su tratado intitulado *Hortensius*, citado por S. Agustin; que las penas de los hombres en esta vida, provenian de las culpas cometidas en otra anterior, que ignorabamos. *Ob aliqua scelera suscepta in vita superiori, pœnarum luendarum causa nos esse natos:* tal fue tambien el origen del sistema

de Pytagoras, de la transmigracion sucesiva de las almas á diferentes cuerpos, en que experimentaban el premio, ó el castigo de su conducta, mientras habian animado los anteriores; acuerdo de opiniones, que reynará siempre entre todos los que examinen el punto sin parcialidad, pues como dice el celebre Pascal, por dificil que sea de concebir el misterio del pecado original, el hombre sin el, sería un misterio mucho mas inconcebible.

La segunda verdad sobre que estriba el poéma, que es la existentia de espiritus, ó de Angeles buenos, y malos, es tambien una tradicion no menos universal, y constante que la anterior, en todo el genero humano. No hay un pueblo que no la crea, y aun muchos, como los Romanos, conservaron la particularidad, de que cada hombre tenia un espiritu bueno, ó un genio destinado á protexerle contra los malos.

Esta breve noticia basta, para dar á conocer lo infundado de las censuras que puedan hacerse, sobre la certidumbre de los hechos en que se funda el poéma de Milton, pues no los puede haber mas evidentes,

para el lector juicioso é imparcial; el que, á proporcion que sea mas sabio, comprehenderá con mas claridad dicha evidencia, conociendo de que peso és una demostracion, en la que concuerdan la tradicion constante, y universal de todo el genero humano, la naturaleza, y la razon, como se verifica en los dos hechos de que hablamos; y su convencimiento, como he dicho, será tanto mas claro, quanto mayor séa su ciencia; pues como dice el celebre Bacón, la poca ciencia, ó filosofia, conduce á la incredulidad, y la mucha trahe al hombre á la religion.

La estrechez de un prologo no permite dar á esta materia toda la extension debida, pero basta lo dicho, para precaver á qualquiera lector sensato contra las ridiculas, é infundadas criticas, que en esta parte puedan ocurrir contra el poéma del Paraiso perdido, en cuya lectura hallará el hombre religioso, pasajes que le hagan à la memoria las verdades en que funda sus esperanzas, y le deleiten por su sublimidad, y el literato una vasta erudicion, aunque á veces demasiado prodigada, y

todos los primores que caben en la epopeya.

Debo por ultimo advertir, que nada he cercenado del original en mi traduccion, sinò algunas alusiones, que el celebre Delille ha omitido tambien en su traduccion francesa, còmo ridiculas, é indecentes, contra los ritos, y usos de la Yglesia catholica, propias de la secta en que habia nacido Milton, y que lexos de acrecentar el merito del poema, lo desfiguran.

NOTAS DE ADDISSON

AL

PARAISO PERDIDO.

Cedite Romani scriptores; cedite Graii.

Nada es mas fastidioso que las disputas sobre palabras. No trataré pues aqui de la controversia que dura hace algunos años, sobre si *el Paraiso perdido* de Milton puede ó no ser llamado un poéma heroico. Los que no quieran darle este titulo, tienen el arbitrio de calificarle de poéma divino. Basta para su perfeccion, que contenga todas las bellezas de la mas sublime poesía. En lo demas los que pretenden, que no es un poéma heroico, no le perjudican mas, que si dixesen que Adán no es Enéas, y que Eva no es Heléna.

Voy á examinar ahora dicha obra segun las reglas de la poesía epica, y veremos si es inferior á la Yliada, ó á la Eneida, en toda aquella clase de adornos, que son esenciales á tal genero de escritos.

Lo primero que debe observarse en un poéma epico es la fabula, cuya perfeccion depende de la grandeza del asunto, y aun mas del arreglo que se dá á la accion. Esta debe tener tres circunstancias; á saber que sea

una, entera, y grande. Cotexemos ahora las acciones de la Yliada, de la Eneida, y la del Paraiso perdido, baxo estos tres diversos puntos de vista.

Homero para conservar la union de su accion, se traslada, como lo ha observado Horacio, al medio de los sucesos. Si hubiese ido á buscar el huevo de Leda, ó hubiese á lo menos comenzado por el rapto de Heléna, ó por el principio del sitio de Troya, es indudable que su poéma hubiera sido un texido de acciones diferentes. Para evitar este defecto comienza por la discordia de los xefes, y enlaza con arte en el curso de la obra una narracion de las cosas importantes relativas á su asunto, que acaecieron antes de aquella funesta disension.

A imitacion suya nos presenta Virgilio desde luego su heroe á vista de Ytalia, en los mares de Toscana, porque la accion que trata de celebrar, no es otra que su establecimiento en el pais latino; pero era necesario, que el lector estubiese informado de las aventuras, que le habian sucedido en la toma de Troya, y en el curso de sus viages; Virgilio hace que las cuente su heroe en forma de episodio, ocupando en esto el segundo, y el tercer libro de la Eneida. Los succesos que en ambos refiere son anteriores á los del primer libro, pero son posteriores en el orden del poéma, afin de conservar la unidad de la accion. Milton á imitacion de aquellos dos grandes poétas, comienza su Paraiso perdido por un consejo infernal, en que los demonios preparan la caída del hombre, que es la accion principal.

En

En quanto á la batalla de los Angeles, y creacion del mundo, que preceden, siguiendo el orden de los tiempos, y que en mi dictamen hubieran destruido totalmente la unidad de la accion principal, si se hubieran referido en orden dialectico, Milton las hace entrar episodicamente en el quinto, sexto, y septimo libro.

Aristoteles conviene en que Homero no observa con mucha exactitud la unidad de la fabula: con todo aquel famoso critico procura paliar esta imperfeccion del poéta Griego, achacandola de algun modo á la naturaleza del poema èpico. Algunos créen que la construccion dè la Eneida peca tambien en este punto, y que contiene episodios, que mas se pueden mirar como superfluidades, que como partes de la accion. El poema de que aqui sè trata al contrario, no tiene otros episodiòs, que los que naturàlmente nacen del asunto: y á pesar de esto, está lleno de una multitud de incidentes admirables, que reunen la mayor variedad, á la mayor sencillez, y constituyen un todo uniforme en su naturaleza, aunque diferenciado en la exècucion.

Al mismo tiempo que Virgilio celebra el origen del imperio romano, describe el nacimiento de su famosa rival la republica de Carthágo. Milton del mismo modo, en su poéma sobre la caida del hombre, cuenta tambien la de los Angeles malos, que son sus mayores enemigos. Este episodio contiene muchas bellezas, está naturalmente conexo con la accion principal del poéma y no rompe su unidad, como hubiera

hecho qualquiera otro episodio, que no hubiera tenido la misma union con aquel objeto primario; esto mismo es lo que los criticos admiran en el *Frayle español*, por otro titulo, *el duplicado reconocimiento*, en el qual las dos diferentes intrigas se presentan contrapuestas, y parecen con todo copias una de otra.

La segunda calidad que se requiere en la accion de un poéma epico, es la de que sea entera. Llamase accion entera, la que es completa en todas sus partes, ó como dice Aristoteles, la que se compone de un principio, un medio, y un fin: no debe introducirse en ella incidente alguno, que no concurra al desenlaze, tampoco se debe omitir la menor circunstancia, que pueda ser mirada como un escalon necesario, para conducir á su terminacion. Asi vemos en la Yliada el principio de la colera de Aquiles, su continuacion, y sus efectos: acompañamos del mismo modo á Eneas hasta la Ytalia, por medio de una infinidad de peligros, que tiene que arrostrar, ya por la tierra, ya por los mares. La accion de Milton, á mi parecer, excede aun en este punto á aquellas dos: la vemos proyectada en los infiernos, executada sobre la tierra, y castigada por el cielo: cada una de estas partes se refiere de un modo enteramente distinto, y con todo proceden una de otra en el orden mas natural.

La tercera calidad de la accion epica, es su grandeza. La colera de Aquiles es de tanta importancia, que divide à los reyes de la Grecia, destruye los heroes de la Asia, y hace tomar parte á todos los Dioses en la disension. El establecimiento de Eneas en Ytalia,

es el origen, nada menos que del imperio romano, y de toda la gloria de los Cesares. El objeto de Milton es aun mas grande que ambos; no decide del destino de algun corto número de personas, ó de algunas naciones, sinó de la suerte de todo el genero humano: las potencias infernales se coligan para la destruccion del hombre, la efectuan en parte, y la hubieran conseguido completamente, si la Deidad misma no se hubiera opuesto á ella. Los principales actores son el hombre en su mas alta perfeccion, y la muger en su mayor belleza, sus enemigos los Angeles caidos, su abogado el Mesias, y su protector el Todopoderoso. Todo lo que hay de maravilloso en el universo, sea en el recinto de la naturaleza, sea fuera de el, obra, y representa en este admirable poéma. En la poesía, como en la arquitectura, no solamente el todo, sinó los miembros principales, y cada una de sus partes deben tener nobleza. No me atreveria á decir, que los juegos funebres de la Eneida, y de la Yliada carecen absolutamente de ella: tampoco me propasaré á reprender en Virgilio la comparacion del trompo, ni otras cosas semejantes, que se pudieran censurar en la Yliada; pero sin hacer perjuicio á estas obras admirables, creo que en cada parte del Paraiso perdido, hay una magnificencia infinita, y una sublimidad, que es imposible hallar en sistema alguno gentilico.

No solo entiende Aristoteles por grandeza de la accion, que sea grande por su naturaleza, sinó que lo sea tambien por su duracion; es á decir, que tenga una longitud proporcionada, y esto es, con efecto, lo que

entendemos propiamente por la palabra grandeza. El mismo explica su justa medida por la comparacion siguiente: un animal que no es mayor que un arador, no puede parecer perfectamente á nuestros ojos, por que abrazandolo nuestra vista todo de una sola mirada, no puede distinguir individualmente parte alguna suya, ni por consiguiente formar idea exacta de ella; si se supone al contrario un animal que tenga diez mil estadios de longitud, la capacidad de nuestros ojos se llenaria de tal modo, con una sola parte de su cuerpo, que no podria darnos idea de su totalidad: lo mismo á proporcion sucederia con una accion demasiado corta, ó demasiado larga, respecto á la memoria; la primera seria, por decirlo asi absorbida por esta facultad, y la segunda jamas podria caber en ella. En esta proporcion pues, es en la que Homero, y Virgilio han manifestado mas su habilidad.

La accion de la Yliada, y de la Eneida son en si mismas muy cortas, pero las han extendido, y variado con tal magnificencia, por medio de episodios, maquinas, y otros ornatos poéticos, que componen una historia divertida, y propia para exercitar la memoria, sin abrumarla.

La accion de Milton está hermoseada por tal diversidad de circunstancias, que la lectura de su historia agrada tanto como las ficciones mas divertidas.

Las tradiciones que sirven de fundamento á la Yliada, y á la Eneida, eran sin duda mas circunstanciadas, que la historia de la caida del hombre, segun la refiere la sagrada escritura. Por otra parte era tanto mas facil

á Homero, y Virgilio, el interpolar la verdad con fabulas, quanto en ello no corrian riesgo alguno de alterar la religion de su pais. Milton al contrario, no solo tenia que ceñirse á un corto numero de acaecimientos, sinó que se veia ademas obligado á proceder con infinita circunspeccion en lo que añadiese de su puño. Apesar no obstante de esta sujecion, ha llenado su asunto de incidentes tan maravillosos, y tan conformes al texto de la escritura, que debe agradar á los lectores mas delicados, sin ofender á los mas escrupulosos.

Los criticos modernos han medido, por varios pasages de la Yliada, y la Eneida, el tiempo que dura la accion, en cada uno de aquellos dos poémas. Como una gran parte de la historia que celebra Milton, pasa en unas regiones, que están fuera del alcance del sol, y de la esfera del dia, es imposible satisfacer al lector por medio de igual calculo, que al fin vendria á ser mas curioso que instructivo; ademas, ninguno de los criticos antiguos, ó modernos, ha establecido reglas para reducir la accion de un poéma epico, á un numero determinado de años, dias ú horas. Diré con todo en adelante alguna cosa sobre esto.

Notandi sunt tibi mores.
HOR.

Despues de haber dado una ojeada á la accion del Paraiso perdido, debemos considerar los actores. Aristoteles exige, que despues de examinar la fabula,

se examinen las costumbres, esto es, lo que nosotros generalmente llamamos los caractéres. Homero en estos, por su muchedumbre, y su variedad, ha dexado muy atrás, à todos los poétas que han trabajado en la epopeya. Cada uno de los Dioses, que introduce en su poéma, hace el papel particular, que corresponde solo á el, entre todos los demas; sus principes se diferencian tambien en los genios, tanto como en sus estados; aun aquellos á quienes no concede otra prenda que la del valor, tienen cada uno un valor de diversa especie, que no se parece al de los demas; en una palabra, apenas se podrá hallar en toda la Yliada un solo discurso, una sola accion, que el lector no reconozca ser de la persona determinada que habló, ó que obró, aunque el poéta no se lo diga. Sobresale singularmente Homero, no solamente por la variedad, sinó tambien por la novedad de sus caractéres; introduce entre sus principes Griegos un personage, que ha vivido tres edades de hombre, y que ha alcanzado á Teséo, Hercules, Poliphémo, y toda la raza primitiva de los Heroes. El principal actor de su poéma, és el hijo de una Deidad, sin hablar de otros descendientes de Dioses, que entran igualmente en el. El venerable monarca de Troya, es el padre de una muchedumbre de reyes, y de heroes. Enfin los caractéres de Homero parecen formados expresamente para el poéma epico. No se contentó con esto: añadió el contraste de varios caractéres, y asi como representó en Vulcáno un objeto de la burla de los Dioses, hizo de Tersìtes el del escarnio de los mortales.

Virgilio es muy inferior á Homero, tanto en la variedad, como en la novedad de los caractéres. El de Enéas es verdaderamente perfecto; pero en quanto á Acátes, aunque amigo de aquel heroe, nada hace de heroico en todo el poéma. Los caractéres de Gyas Mnestéo, Sergésto y Cloánto, son vaciados en el mismo molde: *el fuerte Gyas, y el fuerte Cloánto.*

Es verdad que el personage de Ascanio es agradable, y que el de Dido merece toda la admiracion, pero nada de nuevo, ni de particular observo en el de Turno; Palante, y Evandro son copias de Hector y Priamo; Lauso, y Mezencio, apenas se diferencian de estos; los caractéres de Niso, y Eurialo son bellos, pero comunes: no debemos olvidar los personages de Sinón, de Camila, y de algunos otros, retocados sobre originales del poéta griego. Pero de todo resulta, que no hay en los personages de la Eneida, aquella variedad, ni aquella novedad, que observamos en los de la Yliada.

Si examinamos los caractéres de Milton, notarémos en ellos toda la variedad, de que es susceptible la materia de su poéma. No le presentaba entonces el genero humano mas que dos actores: vemos con todo quatro caractéres distintos en aquellas dos personas, es á saber, les de ambas en toda la pureza de la inocencia, y en el estado de la mayor perfeccion, y los que se les siguieron en la epoca de su pecado, y de su mayor baxeza. Es cierto que estos dos ultimos caractéres son comunes, y vulgares; pero los otros dos primeros, no solamente son magnificos, sinó de mayor novedad, que quantos se hallan en Virgilio,

en Homero, y en toda la extension de la naturaleza.

Milton conocia tanto esta falta de personages, á quienes pudiese atribuir caractéres distintos, que introduxo dos actores imaginarios, á saber, el pecado y la muerte, por cuyo medio enrriqueze tambien el cuerpo de su ficcion, una alegoría tan bella como bien inventada. Aunque la hermosura de esta alegoría pueda de algun modo justificarla, no acabo de creer, que tales personages, cuya existencia es quimerica, convengan en un poéma, por que como lo expondré con mas amplitud dentro de poco, nunca el animo se presta con gusto á concederles aquella realidad, necesaria para la accion.

Es cierto que Virgilio ha personificado la fama en la Eneida; pero el papel que hace es muy corto, y no es seguramente uno de los mas hermosos pasages de aquella obra. En los poémas burlescos, en especial en el *Dispensary*, y en el *Lutrin*, encontramos tambien muchos personages alegoricos, que caen muy bien alli, y prueban que sus autores los creian adaptables á un poéma epico. Y yo mismo estaria encantado en favor del libro, que examino ahora, de que el lector fuese del mismo dictamen; añadiendo que si semejantes entes imaginarios pueden ser admisibles, jamas han sido empleados con mas delicadeza, ni con mas propiedad, que en el Paraiso perdido.

Otro principal actor de Milton, es el grande enemigo del genero humano. Aristoteles ha admirado mucho el caracter de Ulises en la Odiséa de Homero. Aquella fabula está, no solamente llena de enrredos, y de suc-

cesos agradables, por las diferentes aventuras de su viage, y por la habilidad de su conducta, sinó que es tambien muy notable, por el modo con que se oculta, y conque se descubre en varias partes del poéma. En el de Milton, el demonio hace un viage mas largo que el de Ulises, se vale aun de mas astucias, y estratagemas, y toma muchos mas difrazes, y mas extraordinarios, à pesar de los quales, el lector le reconoce siempre con gusto, y con admiracion.

Podemos observar ademas, con que arte ha variado el poéta los caractéres de los personages, que hablan en su conciliabulo infernal, y al contrario, quan bien ha reunido las tres distinciones de criador, de redemptor, y de consolador, en la deidad, que desplega su bondad sobre el hombre.

Tampoco se debe omitir el personage de Rafaél: en medio de su ternura, y de su amistad para el hombre, manifiesta en sus discursos, y en su conducta, toda la dignidad, y toda la indulgencia, que corresponden á una naturaleza superior. Los Angeles de Milton se distinguen, tanto por sus respectivos papeles, como los Dioses de Homero, ó de Virgilio. Nada encontrará el lector en lo que se atribuye á Uríel, á Gabríel, a Miguél, ó á Rafaél, que no convenga á sus caractéres respectivos.

Hay otra circunstancia en los principales actores de la Yliada, y Eneida, que dá un grado superior de interes á ambos poémas, y que ha sido imaginada con gran cordura; es á saber, el cuidado de los dos poétas en escoger por principales personages á unos heroes,

que tenian la mas intima relacion con las naciones, para las quales escribian.

Aquiles era Griego de nacion, Enéas el primer fundador de Roma, y asi el amor de la patria atrahia á los lectores. Un romano no podia menos de alegrarse, al ver á Enéas salvarse de las llamas, de las tormentas, y de las manos de sus enemigos, al paso que debia contristarse con las desgracias, y los estorbos que habia tenido que sufrir. Los Griegos veian á Aquiles con iguales ojos; y es evidente que cada uno de aquellos poémas pierde algo con los lectores, para quienes los tales heroes son estraños, ó indiferentes.

En esto es precisamente en lo que sobresale, dexandolos muy atrás, el poéma de Milton. Es imposible que lector alguno, de qualquier pais que sea, dexe de tener interes en los personages, que son los principales actores de su poéma: hay mas, estos mismos actores son, no solo nuestros padres, sinó nuestros representantes; tenemos un interés real y presente, en todo lo que les vemos hacer; de nada menos se trata, que de nuestra felicidad; y nuestra suerte está en sus manos.

Añadiré á la reflexion precedente una observacion de Aristoteles, que ha sido muy mal entendida por algunos criticos modernos. Un hombre de una virtud perfecta ó consumáda, que tiene que sufrir algunas duras pruebas, excita á la piedad, y no al terror, por que no tememos que la suerte de aquellos, con quienes no tenemos proporcion alguna, pueda comprender-

nos; pero añadase una desgracia, que acontece á un hombre, cuya virtud está mezclada con algunas flaquezas, no solo excita nuestra lastima, sinó nuestro espanto; una impresion secreta nos hace temer los mismos golpes de la suerte, por la proporcion intima que tenemos con aquel, que los padece á nuestra vista.

Si esta observacion de Aristoteles es verdadera en algunas ocasiones, no es aplicable al asunto de que tratamos. Aunque los dos grandes actores del poéma, posean la virtud mas perfecta, y mas consumada, no solamente nos hacen considerar, que podemos participar de su misma suerte, sinó que la nuestra es inseparable de ella. Embarcados con ellos en una misma nave, experimentamos las mismas tempestades, les acompañamos, y dividimos su felicidad, ó su desgracia. Se vé pues que las reglas sacadas por Aristoteles de sus reflexiones sobre Homero, no pueden adaptarse exactamente á los poémas heroicos posteriores á su tiempo. Todo censór imparcial conocerá facilmente que hubieran sido mas perfectos, si hubiese leido la Eneida, que no se compuso, sinó algunos siglos despues de su muerte.

En los articulos siguientes recorreré las demas partes del poéma de Milton, y espero que mis notas servirán de comentario, no solo á este, sinó tambien à Aristoteles.

Reddere personæ scit convenientia cuique.

Hor.

Habiendo ya examinado en general la fabula, y

los caractéres de Milton, nos quedan que examinar, segun el methodo de Aristoteles, los sentimientos, y la expresion, y luego que hubiere concluido, mis reflexiones generales sobre estos quatro puntos, escogeré algunos pasages del poéma, para dar una idea de sus bellezas, y sus defectos: por lo tanto ruego á mi lector, que suspenda su juicio sobre esta critica, hasta que la haya visto por entero.

Por la palabra sentimientos, entendemos los pensamientos, y la conducta. Los sentimientos son exactos, siempre que no se separan del caracter; deben convenir á las circunstancias, no menos que á las personas, y para ser perfectos, es necesario que nazcan del asunto. Asi quando el poéta pretende convencer, ó exponer, amplificar, ó disminuir, excitar el amor, el odio, la lastima, el terror, ó qualquiera otra pasion, debe considerarse, si los sentimientos que emplea, son á proposito para lo que intenta. Los criticos acusan á Homero de haber pecado sobre esto en varias partes de la Yliada, y la Odiséa; los que han hecho justicia á aquel gran poéta, han atribuido este defecto al siglo en que vivia. Si la delicadeza de pensamientos, que advertimos en obras producidas por hombres de ingenio muy inferior, le falta algunas veces, es justo, como dicen, achacarlo á su epoca; pero para un parage en que Homero dormite, hai mil en que es inimitable.

Virgilio ha sobrepujado á todos sus antecesores, en la exactitud de los sentimientos, pero Milton, sobre todo, brilla en este punto. No debo omitir una reflexion que le realza en el: Homéro y Virgilio presentan

personages, cuyos caractéres son conocidos comunmente entre los hombres, y que pueden encontrarse á cada paso en la historia, y en el trato ordinario; quando al contrario, Milton es, por decirlo asi, criador de nuevos caractéres, que ha adaptado à seres tomados fuera de los limites de la naturaleza. Shakespear muestra por lo mismo mas fuerza en su *Calyban*, que en su *Yracundo*, y en su *Julio Cesar*, cuyos caractéres no exceden los terminos comunes de la humanidad.

Homero tenia menos que hacer para encontrar sentimientos propios à una asamblea de generales Griegos, que Milton para sostener su consejo infernal, por medio de caractéres propios, y variados. Los amores de Dido, y Enéas, no son mas que copias de lo que se vé acaecer todos los dias. Pero Adán, y Eva antes de su caida, eran de una especie diferente, respecto de los hombres que descienden de ellos, y solo un poéta de la mas vasta invencion, y del tacto mas fino, hubiera podido llenar de circunstancias tan exactas su conversacion, y su conducta, en el estado de la inocencia.

No basta que un poéma epico brille por su naturalidad, es preciso que domíne en el la sublimidad: y en este punto Virgilio es muy inferior á Homero. No se encuentran en aquel, á la verdad, tantos pensamientos bajos, y vulgares, como en este, pero tampoco los tiene tan nobles, y tan elevados; y puede decirse, que apenas se encuentran en Virgilio sentimientos grandes, y maravillosos, sinó quando la Yliada le inspira su ardor. Agrada, y encanta generalmente por la

amenidad de su ingenio, pero casi nunca nos sublima; y nos enagena, sin que eche mano de algunos rasgos de Homero.

La sublimidad constituye la excelencia, y el principal talento de Milton: hay entre los modernos algunos, que le igualan en cada qual de las otras partes de la poesía, pero en la grandiosidad de los sentimientos, triunfa sobre todos los poétas antiguos, y modernos, exceptuando solo á Homero. No puede la imaginacion humana producir ideas mas elevadas, que las que ha empleado en su primero, segundo y sexto libro. El septimo, en que describe la Creacion del mundo; presenta bellezas admirables, pero no es con todo; tan propio para mover el animo de los lectores, ni tan perfecto, porque hay en el menos accion. Recorra el lector las observaciones de Longino sobre varios pasages de Homero, y hallará en aquel sabio critico las reflexiones mas ventajosas, para el poéma de Milton.

Como debe hacerse uso en el poéma heroico de dos generos de sentimientos, á saber, del natural, y del heroico, asi tambien es menester evitar cuidadosamente en el, otros dos; que son el afectado, ó poco natural, y el bajo, ó vulgar. En quanto al afectado, se encuentran pocos exemplos de el en Virgilio: no gasta aquellos conceptillos, ni puerilidades, que se notan á cada paso en Ovidio, ni aquellas frases epigramaticas de Lucano, como ni tampoco aquellas expresiones hinchadas, tan frequentes en Estacio, y Claudiáno, ni los ornatos irregulares

del Taso; todo es en el exacto, y natural. Sus sentimientos muestran que tenia un perfecto conocimiento de la naturaleza humana, y de quanto es mas propio para excitar sus pasiones.

Haré ver en adelante, quanto se ha apartado Dryden del modo de pensar de Virgilio, en la traduccion que nos ha dado de la Eneida. En quanto á Homero, no hago memoria de haber notado en el en parte alguna, aquella especie de faltas, que son un efecto de la sutileza pueril de los ultimos siglos. Debemos confesar, que Milton ha pecado algunas veces en este punto, como lo haré ver con mas amplitud en otro articulo: con todo, si consideramos, que todos los poétas del siglo en que escribió, estaban contagiados de este mal gusto, tendrémos que alabarle, por no haberse entregado mas á el, y que disculparle, de haberse prestado alguna vez á aquella viciosa pasion, que aun prevalece en tantos escritores.

Sin la naturalidad no hay verdaderas bellezas, pero hay, con todo, un escollo que evitar en ella: este es el de la bajeza. Homero por sencillez de algunos sentimientos, se ha expuesto à las burlas de aquellos, que tienen mas delicadeza, que grandiosidad en el ingenio; pero aquella sencillez, como ya lo he advertido, era mas un defecto de los tiempos, que del poéta. Zoilo entre los antiguos, M Perrault entre los modernos, han sido los que mas han ridiculizado aquellos sentimientos. En este punto nada hay que censurar en Virgilio, y muy poco en Milton.

Presentaré solo un exemplo de este defecto en

Homero, y le compararé con dos pasages de la misma naturaleza en Virgilio, y en Milton. Los sentimientos que pueden excitar la risa, son poco decentes en un poéma heroico, cuyo objeto es el de excitar las mas nobles pasiones; con todo, Homero en el retrato de Vulcáno, y de Tersites, en su historia de Marte, y de Venus, en la pintura de Yro, y en otros pasages, ha caido en aquel estilo burlesco, y se ha separado de aquella gravedad, que parece esencial á la nobleza del poéma epico. En quanto á la Eneida, no me acuerdo en ella, sinó de una sola chanza, que pueda mover á la risa, que está en el quinto libro, en donde presenta á Mnestéo arrojado de su nave al mar, y enjugandose despues sobre una peña; y aun este quadro está al cabo tan bien colocado, que la mas severa critica se veria apurada para condenarlo, pues que se trata precisamente en aquel parage, de juegos, y diversiones publicas, en que debe suponerse el animo del lector dispuesto al regocijo. Milton no se ha permitido el tono burlón, sinó en el sexto libro, en donde los demonios, ensoberbecidos con el succeso de su nueva artilleria, escarnecen á los Angeles buenos; y con todo miro este pasage, como uno de los mas defectuosos de todo su poéma.

Ne quicumque Deus, quicumque adhibebitur heros,
Regali conspectus in auro, nuper et ostro,
Migret in obscuras humili sermone tabernas;
Aut dum vitat humum, nubes et inania captet.
HOR.

Despues de haber hablado de la fabula, de los caractéres

racteres, y de los sentimientos, nos queda que tratar de la elocucion. Como están muy divididos los sabios, acerca del merito de Milton en esta parte, espero que se me escusará, si adhiero á aquellos, que juzgan mas favorablemente de el.

El estilo de todo poéma heroico debe ser á un tiempo claro, y sublime; á no ser asi, es defectuoso. La claridad debe preceder á todo. El lector sensato mirará con indiferencia, alguna leve falta contra la gramatica, y la syntaxis, siempre que le sea imposible equivocar el sentido del poéta. Vé aqui un exemplo de esta naturaleza en Milton: dice hablando de Satanás, *exceptuando á Dios y á su hijo, no estimaba, ni temia á ninguna criatura,* frase imperfecta, que á primera vista parece incluir á Dios, y á su hijo, en el numero de las criaturas. Vé aqui otra relativa á nuestros primeros padres: *Adán el mas perfecto de los hombres, que vinieron despues de el al mundo, y Eva la mas hermosa de sus hijas;* parece que dá á entender por su construccion, que Eva fué una de las hjas de Adán. Estas faltas verdaderamente leves, quando los pensamientos son grandes, y naturales, son de aquellas que debemos imputar con Horacio, à una inadvertencia, disculpable en la flaqueza de la naturaleza humana, que no puede fixar su atencion en cada menudencia, ni dar la ultima mano á todas las circunstancias particulares de una obra tan larga. Los antiguos criticos, que censuraban con calor, mas que con un animo quisquilloso, han inventado figuras rethoricas, para paliar aquellos ligeros defectos en los autores, por otra parte estimables.

Sinó debieramos pararnos mas que en la claridad, y en la pureza de las expresiones, bastaria para el merito del poéta, que explicase sus pensamientos del modo mas sencillo, y mas natural, pero como sucede muchas veces, que las frases usadas llegan á ser demasiado familiares al oido, y pasando por las bocas del vulgo, contrahen cierta especie de bajeza, tiene tambien que evitar cuidadosamente aquellos modos de hablar triviales. Ovidio, y Lucano se sirven frequentemente de un lenguage poco elevado, se acomodan con las primeras expresiones que se presentan, sin tomarse el trabajo de buscar otras, que serian no solamente naturales, sinó nobles, y sublimes. Milton cae pocas veces en tales faltas.

Los grandes maestros en materia de composicion, saben que hay muchas frases, que aunque por si mismas elegantes, estan proscritas para un poéta, ó para un orador, como envilecidas por el uso vulgar, circunstancia que dá una gran ventaja à las obras antiguas, escritas en lenguas muertas, sobre las de los modernos, que lo estàn en lenguas vivas. Si existiesen casualmente en Virgilio, y en Homero, algunas frases, y expresiones bajas, no disonarian à los oidos de los mas delicados lectores modernos, como hubieran disonado à los de un Griego ó Romano de los antiguos tiempos, porque jamas las oimos pronunciar en nuestras calles, ni en las conversaciones ordinarias.

No basta, pues, que el estilo de un poéma epico sea claro, debe ademas ser sublime, para lo que es necesario, que se eleve sobre el lenguage vulgar. El bu-

su gusto de un poéta se descubre, sobre todo, en que sabe huir de las expresiones triviales, sin incurrir en modos de hablar afectados, y poco naturales: es necesario que se guardé de una falsa sublimidad, que consiste en la hinchazon, al paso que evite el otro extremo. Entre los Griegos, Eschiles, y Sofocles, caen algunas veces en esta falta: entre los latinos, Claudiano, y Stacio, y entre nuestros patricios Shakespear, y Lye. En estos autores, la afectacion de grandeza perjudica frequentemente à la claridad del estilo, asi como en otros muchos, el deseo de ser claros, impide la sublimidad.

Aristoteles observa, que las methaforas sirven para elevar el estilo, pero al mismo tiempo, que es necesario sean exactas, y no demasiado frequentes, pues si lo son, hacen la obra obscura: nuestro autor las usa rara vez, quando las palabras propias pueden explicar con la misma viveza su pensamiento.

Es permitido tambien alguna vez usar de palabras de otros idiomas; asi Virgilio abunda de terminos griegos, ó de Helenismos, como los llaman los criticos; y aun con mas abundancia que en Virgilio, se encuentran en las odas de Horacio. Es inutil hablar de la diferencia de Dialectos, de que se ha servido Homero. Milton conformandose con esta practica de los antiguos poétas, ha sembrado de Latinismos, Helenismos, y aun Hebraismos su poéma.

El adjetivo pospuesto al substantivo, la transposicion de palabras, la transformacion del adjetivo en substantivo, y otras semejantes libertades, contribuyen

á dar mas harmonia á los versos, y á diferenciarlos de la prosa.

El tercer methodo referido por Aristoteles, es mas analogo á la lengua griega, que á otra alguna; Homero nos proporcionará muchos exemplos de el; consiste en la libertad que el se toma con frequencia, de extender la oracion, mediante una añadidura de palabras, que pueden introducírse en ella, ú omitirse, como tambien en prolongar, ó contraher varias palabras por la insercion, ó por la omision de ciertas silabas. Milton hace esto algunas veces, como quando emplea la palabra *Heremitaño*, en lugar de *Hermitaño*, de que usa comunmente. Si se observa la medida de sus versos, se vé que en muchas palabras suprime una silaba, y otras veces de dos silabas hace una. Con este arbitrio da mayor variedad á sus medidas. En los nombres propios de personas, y de paises, como Beelcebúht, Hessebón y otros, no se ha sujetado al rigor de la orthographia, ó les ha dado nombres, que no eran los mas comunes, para apartarse del lenguage vulgar. Ha hecho uso tambien alguna vez de palabras antiquadas, que hacen su poéma mas venerable, dandole una apariencia de vexez.

Debo advertir tambien, que se hallan en Milton varias palabras de fabrica suya, y si el lectòr se ofende de esto, le remito á un discurso de Plutarco, en que este muestra, quantas veces se ha tomado Homero la misma libertad.

Con estos socorros, y con la eleccion de las palabras y frases mas nobles, que nuestro idioma podia

suministrarle, Milton elevó nuestro lenguage á mayor altura, que ningun otro poéta inglés anterior, ó posterior lo ha hecho hasta ahora, igualando á los antiguos en la sublimidad del estilo.

He dado mayor extension á estas observaciones sobre el estilo de Milton, por que es precisamente la parte en que mas sobresale. Las reflexiones que he hecho sobre la practica de los otros poétas, como las que me ha proporcionado Aristoteles, disminuiran quizá la preocupacion, que algunas personas tienen contra aquel poéma. No obstante debo confesar, que su estilo, aunque en general admirable, me parece algunas veces duro, y confuso, por la frequente repeticion de aquellos methodos, que Aristoteles ha prescrito para elevarlo.

Aquella abundancia de circumloquios extrangeros, como los llama Aristoteles, convenia tanto mas á Milton, quanto su poéma está escrito en versos libres: la rima por si sola, basta para distinguir el verso de la prosa, y sirve frequentemente de salvo conducto á frases, que no pasan de medianas; pero quando el verso no está sostenido por ella, la pompa del sonido, y la energia de la expresion, son indispensablemente necesarias, para realzar la obra, y para impedir que degenere en prosaica.

Aquellas personas que no tienen gusto, y que acostumbran ridiculizar á un poéta, quando se separa del modo comun de explicarse, harian muy bien en ver como ha tratado Aristoteles á un antiguo autor llamado Euclides, por sus insipidas chanzas sobre este punto.

Si se consideran los numeros de Milton, se permite diversas elisiones, que no son regulares entre los poétas ingleses, como puede notarse en la supresion que hace de la letra (*i*) quando precede á una bocal.

Estas singularidades, y algunas otras, en la medida de sus versos, forman en sus numeros una agradable variedad, y no fatigan el oido, como lo haria una medida uniforme, que es el efecto, que la repeticion perpetua de la rima, no dexará jamas de producir en todo poéma un poco largo. Concluiré estas notas sobre la elocucion del Paraiso perdido, advirtiendo, que Milton ha imitado mas á Homero, que á Virgilio, en la longitud de los periodos, en la riqueza de las frases, y en el enlaze de sus versos, que están encadenados casi todos uno con otro.

Ubi plura nitent in carmine, non ego paucis
Offendar maculis, quas aut incuria fudit
Aut humana parum cavit natura.

HOR.

He considerado el poéma de Milton, por lo tocante á la fabula, caractéres, sentimientos, y elocucion; he dado á conocer que sobresale en cada uno de estos ramos, y espero que algunos de mis descubrimientos podrán parecer nuevos.

Para poder formar un juicio seguro, seria necesario tener noticia, no solo de los criticos franceses, é italianos, sinó tambien de los antiguos, y modernos, que han escrito en las lenguas sabias: convendria tambien poseer los poétas griegos, y latinos, sin lo qual

está uno expuesto muchas veces á equivocarse , quando mas cree haber comprendido el pensamiento de algun critico.

Sucede con la critica, lo que con todas las ciencias, é investigaciones. Aquel que tiene adelantadas nociones implicitas, y que ha hecho algunas observaciones sobre los poétas , encontrará en las obras de un buen critico, desenvueltas sus propias reflexiones, y colocadas en orden methodico ; quizá admirará entonces muchas bellezas, que antes se le habian escapado, al paso que el hombre que carece de aquellas luces , nada entiende de lo que lee, ó le dá las mas veces una falsa interpretacion.

No basta que un lector , que pretende ser juez , haya recorrido los autores que he insinuado, es indispensable ademas, que tenga el ingenio recto, y geometrico : sin esto da en una infinidad de extravios , y se equivoca á cada paso en el verdadero sentido del escrito que quisiera impugnar, ó si sucede que lo comprehenda, no tiene el don de explicar sus pensamientos de un modo inteligible. Aristoteles, que era un excelente critico, era tambien uno de los mejores logicos del mundo.

Habrá quien mire el ensayo de M. Locke sobre el entendimiento humano, como un libro inutil, para el hombre que se dedique á la critica; pero lo que es cierto es, que el autor que no haya aprendido el arte de hacer diferencia entre las palabras, y las cosas, y que no sepa ordenar suspensamientos, y darles su verdadera claridad, incurrirá siempre en la confusion.

Tambien debo advertir, que no hay autor griego, ni latino, que no haya manifestado, aun en el estilo de sus obras criticas, que poseia toda la elegancia, y delicadeza de su lengua nativa.

No hay cosa mas absurda, que querer juzgar lo que no se entiende, y no obstante, muchos de nuestros escritores, que han procurado señalarse en obras de critica, no solamente han descuidado aprender á ordenar sus ideas, sinó han mostrado evidentemente, por las frases de que se sirven, y por la obscuridad de sus pensamientos, que no tienen la menor nocion de las artes, y de las ciencias. Un corto numerò de reglas generales, sacadas de autores franceses, y acompañadas de cierta xerga, ha hecho pasar algunas veces á un ignorante, y pesado escritor, por un critico juicioso, y formidable.

El hombre que no tiene ni tacto, ni ciencia, rara vez se aventura á alabar una obra, á no ser que haya sido bien recibida antes, y aprobada por el publico, y siempre recae su critica sobre defectos leves, ó errores de poco momento. Es tan facil brillar en este oficio, que todo lector, á unas medianas luces que tenga, apenas se publica un nuevo poéma, se halla con suficiente talento, y malignidad, para ridiculizar algunos pasages de el, y á veces con acierto.

Un critico verdadero, fixa antes la vista sobre sus bellezas, que sobre sus faltas, se ocupa en descubrir el merito oculto del escritór, y en comunicar al publico, lo que encuentra digno de aprecio. Los terminos mas escogidos, y los mas primorosos rasgos

de un autor, son precisamente los que por lo comun parecen aventurados, y defectuosos, á un hombre falto de gusto, y los mismos pasages son tambien los que un critico mal humorado, y superficial, censura con mas acrimonia. Cicerón observa que es muy facil el criticar, y zaerir lo que el llama *verbum ardens*, esto es, qualquiera expresion atrevida, por hermosa que sea, por ser estas las mas faciles de ridiculizar, para un censor frio, y maligno: un ingenio superficial, es no menos capaz de condenar una cosa sublime, que de alborotar sobre el mas ligero defecto. Aunque este modo de proceder excite naturalmente la indignacion de los lectores juiciosos, no dexa de hacer impresion sobre el publico, que siempre se persuade, que todo quanto se ridiculiza con alguna agudeza, es absurdo.

Esta especie de burlas, manifiestan casi siempre el poco seso del que las hace, mas con animo de indisponer al lector, que de instruirle. Asi, hacen risible del mismo modo muchas veces un pasage excelente, que uno defectuoso. El escritór satirico da contra todo lo que le presenta ocasion de exercitar su oficio favorito, y muchas veces censura un pasage, no porque lo merezca, sinó por no perder un gracejo, ó una chanzoneta; de lo que debe inferirse, que la zumba sienta muy mal en una obra de critica, en la que los primeros maestros antiguos, y modernos, han tomado siempre un tonó instructivo, y serio.

Como yo me propongo dar á conocer en los articulos siguientes, los defectos del Paraiso perdido de Milton, he creido á proposito hacer estas advertencias preli-

minares, afin de que el lector vea lo que me cuesta entrar en semejante discusion; asi me contentaré con notar sus faltas, sin tirar á envenenarlas ridiculizandolas. Longino observa que las producciones de un grande ingenio, aun quando tengan muchas inadvertencias, y defectos, son preferibles á las de un talento inferior, aun que estas se coformen exacta, y escrupulosamente á las reglas.

Concluiré este articulo con un apologo sacado de Boccalini, que nos manifiesta la opinion, que este autor juicioso tenia de aquella especie de censóres.

Habiendo juntádo un famoso critico, dice, *todas las faltas de un poéma celebre, hizo con ellas un regalo á Apolo; esta deidad las recibió con mucho agrado, y quiso recompensár al autor, de un modo correspondiente, al trabajo que se habia tomado; con esta mira puso delante de el un montón de trigo, que no estaba aventádo; mandole despues, que separase la paja del trigo, y la pusiese á parte; el critico lo hizo con mucha destreza, y despues de hecha la division, Apolo le dió la paja en premio de su trabajo.*

Velut si
Egregio inspersos reprehendas corpore nævos.
Hor.

Despues de lo expresado en este ultimo articulo, entraré en materia, sin otro prologo, y advertiré las varias faltas que se encuentran en los sentimientos, y en la diccion del Paraiso perdido de Milton. Espero que

el lector me perdonará, que alegue al mismo tiempo todo quanto pueda decirse para escusarlas. La primera que hallarémos en la fabula, es la de que el desenlaze es desgraciado. La fabula segun la division de Aristoteles, es simple, ó complexa: se llama simple, quando no hay en ella mutacion de suerte; complexa quando la suerte de los principales actores cambia de mal en bien, ó de bien en mal. La fabula complexa se tiene por la mas perfecta, y quizá tambien es la mas propia para mover las pasiones, por lo mismo que presenta mayor variedad de sucesos.

La fabula complexa, es de dos especies: en la primera, el actor principal experimenta una infinidad de peligros, y de estorbos, antes de llegar al honor, y á la prosperidad, conforme lo vemos en los sucesos de Ulises, en la Odiséa. En la segunda especie, el principal actor del poéma, cae desde algun grado eminente de honor, y de prosperidad, en la miseria, y en la desgracia: asi vemos pasar á Adán, y Eva, en el Paraiso perdido, del estado de la inocencia, y de la felicidad, à la mas vil servidumbre del pecado, y de la miseria.

Las tragedias de los antiguos, que han logrado mas suceso, y particularmente la de Œdipo, versan sobre una accion complexa, y el objeto de esta tragedia, si hemos de creer á Aristoteles, es uno de los mas felizes que se hayan inventado.

He procurado en otro discurso mio demostrar, que el desenlaze, ó catástrofe desgraciada de una fabula complexa, és mas propio para mover al lector, que el de la simple, ó el de la que, sin serlo, tiene una

terminacion feliz. Es cierto que muchas composiciones excelentes, tanto de los antiguos, como de los modernos, han seguido un plan contrario; pero con todo, es preciso confesar, que esta especie de fabula complexa, es la mejor para la tragedia, aunque la menos del caso para el poéma epico.

Milton que ha conocido este flaco en el suyo, ha procurado remediarlo de varios modos, y particularmente, por la mortificacion que hace sufrir al grande enemigo del genero humano, á su vuelta entre los espiritus infernales. Corrige tambien su asunto, por la vision que coloca al fin del poéma, en que Adán se instruye del glorioso triumfo de su posteridad sobre aquel atroz enemigo, y en la felicidad que tendrá con ella, de disfrutar para siempre otro Paraiso, mucho mas delicioso, que el que ha perdido.

Hay otra objecion que hacer contra la fabula de Milton, que parece una repeticion de esta, pero que con todo, se opone bajo un aspecto diferente. Se censúra que el heroe del Paraiso perdido, no solo sea desgraciado, sinó tambien demasiado inferior á sus enemigos, lo que ha hecho decir á Dryden, que el diablo era realmente el heroe de Milton. A esta objecion, á que creo haber satisfecho en otra parte, responderé en suma, que siendo el Paraiso perdido un poéma épico, ó narrativo, el que busque en el un heroe, piensa en lo que Milton jamas ha soñado: no obstante, si se hace empeño en hallar un heroe en aquel poéma, se lo presentarémos en el Mesias, que tiene el caracter del mayor heroismo, sea en la accion principal, sea

en los episodios de mas consideracion. No podia el gentilismo proporcionar aciones mas grandes para una fabula, que las de la Yliada, y de la Eneida, y esto ha hecho creer à los criticos del Paganismo, que solo una accion de la misma naturaleza, podia convenir á un poéma heroico. No me empeñaré en demostrar que el asunto de Milton es aun mas sublime: basta hacer ver que el Paraiso perdido tiene toda la grandeza en el plan, toda la regularidad en la descripcion, y todas las bellezas que descubrimos en Homero, y en Virgilio.

Milton ha introducido en el texido de su fabula, algunas particularidades, que carecen, al parecer, de la verosimilitud necesaria, para un poéma epico: tales son las acciones, que atribuye al pecado, y á la muerte, la pintura del limbo de la vanidad, y algunos pasages del libro segundo. Semejantes alegorìas son mas propias de las sutilezas de Spenzer, ó de Aristoteles, que del estro de Homero, y de Virgilio.

Tambien mezcla demasiadas digresiones en su poéma, y Aristoteles observa juiciosamente, que el heroe debe ocultar al poéta á los ojos de los lectores; en efecto, quanta mas fuerza nos hace, oir á Enéas, ó á Aquiles, que á Virgilio, ú Homero? Ademas, que poniendose el autor en lugar de sus heroes, no hace mas que usurpar la dignidad de sus sentimientos, y la nobleza de sus expresiones. Cicerón dice, hablando de su dialogo sobre la vexéz, en el qual Catón es el principal actor, que se sorprehendió agradablemente al volverlo á leer, figurandose, que era Catón, y no el mismo, el que expresaba su modo de pensar sobre aquel asunto.

Si el lector se toma el trabajo de examinar la Yliada, y la Eneida, verá con admiracion, que sus autores casi nunca se presentan por si mismos, dexando á sus personages, que lo digan, y lo hagan todo. Milton ha observado muy bien esta regla en la disposicion general de su fabula: apenas nos llega un tercio de ella por medio del poéta: lo demas se nos dice por medio de Adán, ó Eva, ó de algun Angel bueno, ó malo, empeñado en su defensa, ó en su destruccion.

De lo que acabo de observar, se sigue, que las digresiones no convienen en un poéma epico. Si no debe el poéta en el curso de su narracion, hablar por si, sinó lo menos que pueda, con mas razon se exige de el, que jamas la suspenda, para hacer reflexiones de su cabeza. He reparado muchas veces con secreta admiracion, que la mas larga reflexion de esta especie en la Eneida, es el parage del decimo libro, en que Turno se reviste de los despojos de Palánte, despues de haberle muerto, Virgilio interrumpe alli su accion, para hacer el reparo siguiente.

Nescia mens hominum fati sortisque futuræ,
Et servare modum, rebus sublata secundis!
Turno tempus erit, magno quum optaverit emptum
Intactum Pallanta, et quum spolia ista diemque
Oderit, etc.

Como el gran suceso de la Eneida, y la muerte que Enéas dio á Turno, por verle adornado con los despojos de Palánte, estriban sobre aquel incidente, Virgilio se para á hacer esta reflexion, sin la qual una circunstancia de tan poca monta, hubiera escapado

á la atencion del lector. Lucáno, poéta que carece de juicio, abandona muchas veces su asunto, para entregarse á digresiones, ó extravios, como los llama Escaligero. Si nos habla de los prodigios que precedieron la guerra civil, es declamando con este motivo, para mostrarnos, quanta felicidad es para el hombre, el no prever sus desgracias, hasta que lleguen. Las quexas de Milton sobre su privacion de vista, su elogio del matrimonio, sus reflexiones sobre la desnudez de nuestros primeros padres, sobre la comida de los Angeles, y otros pasages de su poéma, incurren en esta censura. Debo no obstante, confesar, que aquellas digresiones tienen tantas bellezas, que no querria que se suprimiesen.

He hablado ya de los caractéres del poéma de Milton, y he declarado mi juicio, acerca de los personages alegoricos que ha introducido en el.

Si examinamos sus sentimientos, creo que son algunas veces defectuosos, por la razon siguiente, á saber, porque los sutiliza demasiado, y degeneran en conceptos frivolos. Pienso por exemplo, que es de esta ultima especie, aquel pasage del primer libro, en que habla de los Pygmeos, quando los llama pequeña infanteria, arrebatada por las grullas.

Es reprehensible tambien su frequente alusion á las fabulas gentilicas, que no vienen ciertamente bien con el asunto divino de que trata. No censuro estas alusiones, quando el poéta mismo las dá por fabulosas, como lo hace en algunos parages, sinó solamente quando las refiere como verdades, y como

hechos. Los limites de mi disertacion no me permiten citar exemplos de esto, pero el lector los notará facilmente en la lectura del poéma.

Peca tambien bastante amenudo, por una ostentacion inutil de ciencia. Es cierto que Homero, y Virgilio poseian toda la erudicion de su tiempo, pero no se dexa ver en sus obras, sinó de un modo indirecto, y oculto. Milton al contrario, parece que tiene prurito de hacernosla manifiesta, por sus excursiones sobre el libre alvedrio, y la predestinacion, por un gran numero de noticias historicas, astronomicas, y geograficas, como tambien por su empeño en persuadirnos por los terminos, y frases con que las dá, que era versado en las artes, y ciencias.

Si observamos por ultimo la diccion de este gran poéta, tendrémos que convenir, como ya lo he insinuado, en que algunas veces es demasiado refinada, y otras obscura, por su palabras antiquadas, transposiciones, y terminos de idiomas extrangeros: por esta razon le aplican muchos la censura de Seneca, hablando del estilo de un autor celebre: *riget ejus ratio, nihil in ea placidum, nihil lene.* Como yo no podia negar enteramente la justicia de esta aplicacion, tomé el partido de disculpar en lo posible á Milton anticipadamente, en uno de mis articulos anteriores, y añado aqui, que los sentimientos, y las ideas de este poéta, son tan sublimes, que le hubiera sido imposible explicarlas, sin estos auxilios estraños: nuestra lengua era insuficiente para el; no alcanzaba á la actividad

tividad de un ingenio, que la presentaba imagenes tan elevadas.

Otro defecto de este estilo, es su affectacion, bastante frequente, de servirse de equivocos. Sé que algunos de los mas famosos autores entre los antiguos, han hecho uso de ellos, y que Aristoteles los ha colocado en su rethorica, entre las bellezas de aquel arte: pero esta falsa elegancia, es en si misma frivola, y burlona, y por lo tanto en el dia está segun creo, generalmente desechada, por todos aquellos que saben escribir.

La ultima falta que descubro, es el uso frequente de los terminos, que los sabios llaman técnicos, ó terminos del arte. Una de las mayores bellezas de la poesía, es la de hacer inteligibles las cosas dificiles, y exponer lo que es en si mismo abstracto, en terminos tan claros, que puedan ser entendidos, aun por el vulgo de los lectores; y por otra parte, la ciencia de un poéta antes debe parecer natural, é inspirada, que sacada de los libros, ó de las escuelas. Dryden ha incurrido en este defecto en su traduccion de Virgilio, haciendo uso de algunas palabras que no son comprensibles sinó para los marinos.

Milton se sirve del termino *babór*, quando habla de naves, hace mencion de *columnas doricas, pilastras, cornisas, frisos, y arquitrabes;* quando trata de los cuerpos celestes, se encuentran en el los terminos de *ecliptica, excentrico, y trepidacion* de *estrellas que caen del zenit,* y de *rayos que hieren*

à plomo el equadór, á los que podriamos añadir otros muchos exemplos de la misma naturaleza.

Volet hæc sub luce videri
Judicis argutum quæ non formidat acumen.
HOR.

He visto en las obras de un filosofo moderno un mapa de las manchas del Sol. Mi ultimo articulo en que acabo de tratar de las faltas de Milton, puede ser considerado como un bosquejo de la misma naturaleza; y siguiendo esta alusion añadiré, que en las partes del cuerpo luminoso de que he hablado, las hay que brillan con mas resplandor, y que despiden una luz mas viva que las otras, y asi, aunque ya he hecho ver en general, que la obra es extremadamente hermosa, voy ahora á manifestar con mas detalle las bellezas, que sobre todo me han admirado.

El principio del poéma es sencillo, y natural, en lo que el autor ha seguido el exemplo de Homero, y el precepto de Horacio.

Su invocacion, para una obra que trata principalmente de la creacion del mundo, está con mucho juicio dirigida á la Musa, esto es, al ardor divino, que inspiró á Moyses en aquellos libros, de donde nuestro autor ha sacado su asunto, y al espiritu santo, que cooperó de un modo especial á la primitiva produccion de la naturaleza. Despues de este exordio, el autor se eleva como por grados, y la transicion á su fabula se presenta con la mayor naturalidad.

El desmayo en que permanecen nueve dias los Angeles, despues de su caida del cielo, es una circunstancia muy ingeniosa. La division del infierno en mares de fuego, y en tierra firme, igualmente encendida, y la esperanza desterrada de aquellas regiones desgraciadas, dan á conocer tambien la fertilidad de su imaginacion.

Los sentimientos que se encuentran en el primer discurso, y en la descripcion de Satanás, que es uno de los principales actores de este poéma, nos dejan una idea perfecta de aquel espiritu maligno: su soberbia su envidia, su venganza, su obstinacion, su desesperacion, y su impenitencia, están pintadas con todo el arte posible. Su primer discurso es una complicacion de todas estas pasiones, que se descubren separadamente en adelante. El caracter de este fiero enemigo del linage humano, hierve de rasgos capaces de elevar, y de aterrar al mismo tiempo, el animo del lector. Tales son, en el primer libro que ahora examinamos, la viveza con que vuelve el primero, de aquel general letargo, su postura sobre el lago ardiente, el modo con que se levanta para salir de el, la descripcion de su broquel, y de su lanza, y la exclamacion, que hace á los otros demonios adormecidos, en aquel mar de fuego.

Pero no hay parage mas sublime en todo el poéma, que aquel en que describe la estatura, y presencia de Satanás.

Sus sentimientos corresponden en todas partes á su caracter, y convienen perfectamente á un ser, cuya

naturaleza es extramadamente noble, y no menos depravada; tales se muestran, por exemplo, en el parage en que toma posesion de aquel lugar de tormentos.

En medio de las impiedades que aquel furioso espiritu profiere, ha tenido gran cuidado de no mezclar ninguna, que no sea enteramente absurda, é incapaz de escandalizar á un lector religioso. Teniendo sus discursos, conforme lo expresa el mismo poéta, solo la apariencia del merito, y no la realidad; se introduce tambien con mucho arte aquel espiritu maligno, confesando á pesar suyo la omnipotencia de su adversario. Qualesquiera que sean los falsos colores, que el dé á la justicia, á la misericordia, y á los demas atributos del ser supremo, reconoce á cada paso su poder sin limites: su orgullo industrioso en lisonjearle, le pone delante de los ojos toda la gloria de su enemigo, para disminuir la verguenza de su derrota.

No debo omitir aqui, aquella hermosa circunstancia de las lagrimas que derrama, á vista de los Angeles innumerables, que se hallan envueltos en su delito, y en su ruina.

El catálogo de los espiritus malignos está lleno de erudicion; la descripcion que hace de los lugares, en que eran adorados, ateniendose segun el uso de los antiguos poétas, á los nombres de los rios, que son invariables, no contribuye poco á la gracia de aquellos pasages. El autor sin duda tuvo presente en aquella descripcion, el catálogo de las naves de Homero, y la revista de los guerreros de Virgilio. Los caractéres

de Moloch, y Belial preparan al lector á lo que dicen, y hacen, en el segundo, y sexto libro. El retrato de Thámús es una pintura agradable, y conforme á lo que leemos en los antiguos, acerca del culto que se daba á aquel idolo.

El lector me permitirá, que inserte aqui un extracto de la relacion del ingenioso M. Mandrel, que nos explica, en la historia de su viaje, el culto de aquel idolo antiguo, y probablemente, el origen de semejante superticion.

Llegámos, dice, *á un hermoso y ancho rio, que es sin duda el antiguo Adonis, tan famoso por las ceremonias idolatricas, y por las lamentaciones que alli se hacian, en honor de la deidad del mismo nombre. Tubimos tambien la fortuna de ver lo que ha dado sin duda motivo á lo que dice Luciáno de aquel rio, á saber, que en ciertas temporadas del año, sobre todo en la época de la fiesta de Adonis, estaban sus ondas teñidas en sangre. Los Gentiles atribuian este fenomeno al sentimiento sympatico, que aquel rio experimentaba de la muerte de Adonis, destrozado por un jabali en los montes, en donde tenia su nacimiento: vimos en efecto una cosa parecida á aquello: el agua era extremádamente encarnada, y como lo observamos en nuestro viaje, conservaba bastante aquel color, aun muy adentro del mar, lo que proviene sin duda de una especie de bermellon, ó tierra roxa, que las grandes lluvias acarrean al rio, sin que tenga la menor parte en ello la sangre de Adonis.*

El parage del catálogo, en que Milton expone la fa-

cultad, que tienen los espiritus para transformarse, y variar de dimensiones, produce incidentes extraordinarios, y curiosos, en la serie del poéma. Alfin del primer libro hay uno, que es al mismo tiempo maravilloso, y probable, como que ha sido preparado. Apenas está concluido el palacio infernal, quando la muchedumbre vulgar de los espiritus inferiores se comprime, y reduce á un pequeño volumen, afin de que haya cabida en el salòn, para una asamblea tan numerosa; pero el primor del poéta es admirable, por que aunque el vulgo de los espiritus infernales achique su forma, los de primer orden conservan siempre su grandeza natural.

La pintura de Mammón, y la descripcion del Pandemónio, están llenas de bellezas.

Hay en el primer libro otros diversos rasgos de una poética maravillosa, y que hace ver bien claro el sublime ingenio del autor, como la descripcion de la figura de Azaziel, y del tamaño, y magnificencia del estandarte infernal que desplega; la horrible luz, por medio de la qual, los espiritus malignos se divisan unos á otros en los tormentos; los gritos de los Angeles formados en batalla; la revista que el principe de las tinieblas hace de su exercito precito; el brillo repentino, que relampaguea en el momento en que desnudan sus espadas; la produccion instantanea del Pandemònio; y las iluminaciones artificiales que lo alumbran.

Tambien se encontrarán en el primer libro del Paraiso perdido las mas bellas comparaciones. Conviene observar en ellas, que quando Milton hace alusion á las cosas ó á las personas, jamas dexa su comparacion, sin que la haya terminado en alguna idea grande,

y muchas veces agena del objeto de que se ha originado. La analogia no dura quizá mas, que en uno, ó dos versos, pero el poéta se dilata sobre aquella cuerda, hasta que haya sacado de ella alguna imagen noble, ó algun sentimiento, propio para inflamar el animo del lector, y mantenerle en una sublimidad, conveniente á la naturaleza de un poéma heroico. Los que han leido á Virgilio, y á Homero, no pueden menos de encantarse con las comparaciones de Milton. Me he extendido en esta materia, por que los lectores ignorantes, que han formado su gusto sobre las comparaciones frivolas, ó sobre los conceptos agudos, que son tan de moda entre nuestros poétas modernos, no aciertan á tomar el gusto á las bellezas de una naturaleza mas sublime, y podrian por consiguiente censurar las comparaciones de Milton, en que no hallan una semejanza completa. M. Perrault que es de este caracter, ha procurado ridiculizar por lo mismo, varias comparaciones de Homero, que el llama comparaciones de cola larga. Concluiré este bosquejo del primer libro de Milton, con la respuesta que le da M. Boileáu.

Las comparaciones no se ponen, dice, *en las odas, y poémas epicos, unicamente para aclarar, y adornar el discurso, sinó para divertir, y dar descanso al animo del lector, separandole de quando en quando, del objeto principal, y paseandole por otras imagenes agradables: en esto sobresalió singularmente Homero, en el qual, no solo las comparaciones, sinó los discursos todos, están llenos de imagenes de la natu-*

raleza, tan verdaderas, y tan variadas, que aunque ella es siempre la misma, parece no obstante, siempre diferente, instruyendo á cada paso al lector, y haciendole observar en los objetos mismos, que tiene todos los dias delante de los ojos, cosas que no le habia ocurrido siquiera reparar. Añade á esto, como una maxima universalmente admitida, que *no es necesario en materia de poesía, que los puntos de la comparacion correspondan en todo exactamente unos á otros, que basta una conexion general, y que una nimia puntualidad oleria á pedantismo.*

Si examinamos enfin, la conducta de Homero, de Virgilio, y de Milton, hallarémos, que asi como la fabula principal, es el alma del poéma, asi cada uno de sus episodios, es una brebe fabula, que sirve para dar una variedad agradable á sus obras, y sus comparaciones otros tantos breves episodios. Si el lector considera bajo este aspecto las comparaciones del sol eclipsado, del sueño de la ballena, de los enjambres de abejas al rededor de sus colmenas, y de la danza de las hechizeras, que contiene el primer libro, notará facilmente las bellezas de todos aquellos pasages.

Dii, quibus imperium est animarum, umbræque silentes,
Et Chaos, et Phlegethon, loca nocte tacentia late,
Sit mihi fas audita loqui; sit numine vestro
Pandere res altà terrà, et caligine mersas.
VIRG.

He observado ya en general, que la conducta, y los sentimientos de los personages, que Milton intro-

duce en su poéma, quadran perfectamente con sus caractéres respectivos: cada circunstancia de sus discursos, y acciones, está apropiada con el mayor arte á los sujetos que hablan, ó que obran. Como este poéta descuella en el talento de sostener sus caractéres, espero que se me permita considerar bajo este punto de vista, diversos pasages de su segundo libro. Aquella preminencia, y aquella falsa magestad, que se atribuyen al principe de las tinieblas, están admirablemente conservadas al principio de dicho libro: la abertura, y la conclusion del consejo; la osadia, con que Satanás toma á su cargo la grande empresa, cuya idea sola hacia temblar á toda aquella junta infernal, y su encuentro con la fantasma horrible, que guardaba las puertas del infierno, y que se presenta á el, rodeada de todos sus terrores, caracterizan perfectamente aquel espiritu soberbio, y arrojado, que no podia someterse á la omnipotencia.

El mismo orgullo, la propia intrepidez se descubren en varias aventuras de su viaje, al través de las regiones de la materia informe, y principalmente se notan en el modo con que se dirige á los formidables potentados, que dominaban el imperio del Cahos.

El caracter de Molóch, está brotando aquella violencia, que le distingue de todos los demas Angeles malos: en el primer libro se le pinta bañandose en la sangre de los sacrificios humanos, deleitandose en ver correr las lagrimas paternales, y en oir los quexidos de los niños: en el segundo se lo representa

como el espiritu mas furibundo, de quantos han combatido en el cielo; y si observamos el papel que hace en el sexto libro, en donde se cuenta la batalla de los Angeles, veremos que conserva siempre el mismo caracter de rabia, y de furor.

El es el primero que se levanta en la asamblea; se declara en tono el mas duro à favor de la guerra, y expresa su indignacion contra sus compañeros, que á su parecer pierden el tiempo, aun en deliberar tanto sobre este punto: todos sus dictamenes son audaces, arrojados, desesperados; tal es por exemplo, el de armarse con los instrumentos mismos de sus suplicios, y volverlos contra el que los ha condenado á ellos.

El ardor con que consiente verse aniquilado, antes que vivir miserable, y cubierto de ignominia, y el consuelo que se propone en turbar la paz del cielo, son sentimientos dignos de aquel espiritu implacable.

En el primer libro se describe á Belìal como el idolo de la disolucion, y la luxuria: en el segundo se le caracteriza de timido, y perezoso: no se distingue en las batallas de los Angeles, sinó por las expresiones vanas, y orgullosas, que dirige á Satanás, acerca de la ventaja imaginaria, que tiene sobre sus enemigos: tal es el genio que constituye á este espiritu inmundo. Su modo de opinar en la assemblea infernal, corresponde siempre á su caracter: en el descubre los terrores que tiene de una segunda batalla, el horror de ser anonadádo, y su amor á la vida, por mas infeliz que sea. No necesito ad-

vertir, que el contraste de este modo de pensar, con los consejos de Molóch, sirve para variar agradablemente las opiniones.

El retrato de Mammón está tan propio en el primer libro, que nada le añade el poéta en el segundo: hemos sabido en aquel, que enseñó á los hombres á buscar el oro, y la plata, en las entrañas de la tierra, y que fue el arquitecto del Pandemónnio, ó palacio infernal, en donde debian juntarse á consejo los Angeles precitos. Su discurso en este segundo libro, conviene perfectamente con aquel caracter tan depravado: no se ocupaba en el cielo, sinó de la pompa exterior, y de la magnificencia de aquel lugar, fixando mas su atencion en la riqueza de su pavimento, que en la vision beatifica, y asi asegura ahora, que la posesion del oro basta para hacer soportable el infierno.

Belcebúth es mirado entre los demonios, como el segundo en dignidad, y tambien es en el primer libro, el segundo en volver del desmayo general: conferencia con Satanás, y sostiene siempre su rango: se levanta con magestad, sus discursos respiran grandeza, y reune con su prudencia todos los dictamenes. La proposicion que hace de destacar alguno de aquellos espiritus, para ir á descubrir el mundo nuevo, está fundada sobre algunas palabras de Satanás.

El lector conocerá, quan conveniente era no omitir en el primer libro, el proyecto sobre que rueda todo el poéma. No debia ser otro su autor que el principe mismo de los demonios, y el primero despues de el en

dignidad, era naturalmente, el mas propio, para desemvolverlo, y apoyarlo. El antiguo rumor propagado por el cielo, tocante á la futura creacion del genero humano, da à entender la dignidad del hombre, haciendo ver que ha sido el objeto de las conversaciones del cielo, aun antes de haber recibido la existencia. Virgilio para engrandecer la republica romana, hace pasar revista á sus heroes en su estado de preexistencia. Milton honrra harto mas á nuestro linage, haciendonos columbrar al hombre, mucho antes que saliese de la nada.

La separacion de aquella grande asamblea, está tratada de un modo en extremo sublime, y poético.

Las diversiones de los Angeles malos, y el lugar de su morada, se describen con admirable abundancia de pensamientos, y con la mas rica invencion: aquellos entretenimientos son perfectamente analogos à unos seres, à quienes ya no quedaba mas que una fuerza, y unos conocimientos mal aplicados.

Emplean su habilidad para la musica, en celebrar sus culpables hazañas, y sus discursos, en sondear las profundidades impenetrables del destino, del libre alvedrio, y de la presciencia. Los rios que se pierden en el mar de fuego, la oposicion extremada del frio, y del calor, como tambien el rio del olvido, se fundan totalmente, en la tradicion. Los animales monstruosos, que produce aquel mundo infernal, están representados en una sola ojeada, que nos da de ellos una idea mas horrible, que la hubiera dado la mas larga descripcion.

Esta pintura de los demonios, y de su habitacion, está felizmente colocada, para que descanse el lector á la salida de su consejo; un poéta mediano no hubiera dejado de alargar aquellas circunstancias, con lo que hubiera debilitado la fabula principal, en lugar de adornarla.

El vuelo de Satanás á las puertas del infierno, está perfectamente pintado.

He declarado ya antes mi parecer, sobre la alegoría del pecado, y de la muerte, que es con todo una obra maestra, siempre que no se la considere como una parte del poéma epico. Satanás da á luz la culpa, y esta pare la muerte; la union incestuosa de la culpa con la muerte, produce aquellos monstruosos perros infernales, que de tiempo en tiempo, vuelven á esconderse en el vientre de su madre, y despedazan las entrañas en que recibieron el ser: con esta invencion, pinta las agitaciones de una mala conciencia, y las horribles inquietudes, en los corazones de los reprobos.

No es necesario advertir al lector las razones de interes commun, que reunen los tres personages de esta alegoria, como tampoco la propiedad con que se encarga á la culpa la custodia de la entrada del infierno, y se atribuye á ella sola el poder de abrir las puertas, que conducen á aquel lugar de tormento.

Las descripciones de esta alegoría son enérgicas, y están llenas de ideas sublimes. La figura de la muerte, la corona real que ciñe su cabeza, las amenazas que hace á Satanás, su modo de avanzarse al

combate, y el clamor universal que acompañó á su nacimiento, son particularidades notables, y que corresponden perfectamente á su terrible poder. Es inutil advertir la propiedad de la filiacion de aquellos personages symbolicos, esto es, que la culpa nació con la rebelion de Satanás, que la muerte apareció de resultas al momento, y que los terrores de la conciencia fueron concebidos á la entrada misma del infierno. La descripcion, y la abertura de sus puertas, son muy poéticas, y todo descubre en ellas el cuño de Milton.

El viaje de Satanâs al través del Cahos, presenta varios personages imaginarios, que habitan aquel abismo inmenso de materia. Semejantes ideas pueden gustar á ciertos lectores, que nada hallan de bueno en un poéma, sinó lo que está animado: yo por mi parte prefiero en el los pasages que tienen mas verosimilitud, y están al alcanze de lo posible. La elevacion de Satanás sobre el humo que vomita acia arriba el abismo infernal: su descenso en una nube de nitro, y otras materias combustibles, que dilatandose despues con impetu, le rechazan de nuevo á lo alto: su elevacion posterior, como una piramide de fuego, y su transito laborioso por medio de la confusion de los elementos, que el poéta califica de matriz de la naturaleza, y tal vez de sepulcro suyo, son pensamientos de esta especie.

Los rayos luminosos, que desde la extremidad del universo, penetran hasta el Cahos, y el descubrimiento de la tierra, que Satanás divisa suspen-

dida cerca de la luna, á una prodigiosa distancia, tambien presentan ideas nobles, y poéticas.

Nec Deus intersit, nisi dignus vindice nodus
Inciderit. HOR.

Si Horacio aconseja al poéta, que mida bien sus fuerzas, parece que Milton conoció perfectamente las suyas: su ingenio era nacido para la sublimidad, y su asunto fue tambien el mas noble que podia caber en el entendimiento humano: quanto hay de grande en la naturaleza: el sistema del mundo intelectual: el Cahos y la creacion: el cielo, la tierra, y el infierno; todos hacen su papel en aquel poéma.

Despues de haber bosquejado en el primero, y segundo libro, el mundo infernal, con todos sus horrores, el hilo de la fabula guia naturalmente á las regiones opuestas, es á decir, á las de la bienaventuranza, y de la gloria.

Si parece que baja Milton algunas veces de su acostumbrada elevacion, és en los parages en que introduce las personas divinas; se notará en ellos, como yo me lo figuro, que el autor procede con cierta especie de temor, y temblor, quando hace hablar al omnipotente: no se atreve entonces á dar una plena libertad á su imaginacion, y toma el partido de contenerse en las ideas, sacadas de los libros teologicos mas orthodoxos, y de ceñirse á las expresiones de la sagrada escritura.

Las bellezas que se encuentran en aquellos discursos,

sos, no son de naturaleza poética, y si mas propias para llenar el animo de pensamientos de religion, que de grandes sentimientos. Consiste pues, la belleza particular de dichos discursos del tercer libro, en la brevedad, y claridad, con que el poéta ha tratado los mas altos misterios del Christianismo, y reducido á un sistema regular, la conducta de la providencia, para con el hombre: ha representado, y con mayor resplandor que ningun otro escritor de los que conozco, los dogmas abstractos de la predestinacion, del libre alvedrio, y de la gracia, como tambien los importantes objetos de la encarnacion, y redencion, indispensables en un poéma, que trata de la caida del hombre: por lo mismo que estos puntos son por si, tan aridos para el vulgo de los lectores, no se puede admirar bastantemente la viva luz, que esparce sobre unas materias tan obscuras, como tampoco el arte, con que mezcla en ellas, todos los ornatos poéticos, de que son susceptibles. Esta pintura es tan superior al modo con que Virgilio ha representado á Jupiter, quanto la idea que dá el Christiano del ser supremo, es mas razonable, y mas sublime, que la que tenian los Gentiles. Los objetos particulares, sobre los quales le hace poner los ojos, están animados del modo mas vivo, y mas magnifico.

La marcha de Satanás hacia los confines de la creacion, está muy bien representada en el principio del discurso del eterno, y los efectos, que este discurso produce en los espiritus bienaventurados, y en

en la persona divina, á quien se dirige, no pueden menos de llenar el animo del lector de un secreto gozo.

No necesito ponderar la belleza del pasage, en que el exercito angelico aparece sorprehendido. Me dispensaré tambien de expresar quan del caso es el silencio del cielo en aquella ocasion, pero hablaria de la conclusion de aquel divino coloquio, y del hymno de los espiritus celestiales, si los limites de mi discurso me lo permitiesen.

La llegada del principe de las tinieblas sobre la pàrte exterior de este universo, que se presentaba de lexos á su vista, como un globo mediano, pero que le pareció, quando estubo cerca, una llanura inmensa, es noble y natural. Los espacios que recorrió sobre aquella cubierta exterior del mundo, entre la masa de que fue hecho el universo, y aquel montón informe de materiales que quedaron todavia en el Cahos, y en la confusion, presentan à la imaginacion una perspectiva extraordinaria. He hablado ya del limbo de la vanidad, que el poéta coloca sobre aquella superficie del universo, pero voy con todo á extenderme un poco mas sobre este articulo, y sobre otras alegorias del poéma.

Aristoteles previene, que la fabula del poéma epico, debe abundar de circunstancias probables, y maravillosas, ó como se explican los criticos franceses, que debe estar llena de verosimilitud, y de maravilla; y no hay en toda la poética de Aristoteles otra regla mas bella, ni mas acertada que esta.

Si la fabula es unicamente probable, en nada se distingue de una verdadera historia, y si solo es maravillosa, no es mas que una novela; el asunto está, en dar á lo maravilloso un ayre de verosimilitud. La fabula de Milton es una obra maestra en este punto: la guerra del cielo; la reprobacion de los angeles; el estado de inocencia; la tentacion de la serpiente; y la caída del hombre, á pesar de lo maravilloso, son no solamente creibles, sinó articulos de fé.

Puede conciliarse lo maravilloso con lo verosimil, introduciendo actores, capaces por la superioridad de su naturaleza, de efectuar prodigios, que no entran en el curso ordinario de las cosas. La nave de Ulises convertida en roca, y las de la esquadra de Enéas transformadas en ninfas, se acercan á la verosimilitud, desde luego que los Dioses toman parte en ellas: Homero, y Virgilio, han hallado con esta ficcion el secreto de llenar sus poémas de sucesos, que sorprehenden, pero que no son imposibles, con lo que excitan en el animo del lector el sentimiento mas agradable, que es el de la admiracion. Si la Eneida tiene algo de vicioso en este ramo, es al principio del tercer libro, en donde un mirto, arrancado por Eneas, destila sangre: para hacer tolerable aquella ficcion, Polidoro, que se supone identificado con el arbol, refiere que atravesado por los dardos, y flechas de los barbaros habitantes de aquel pais, la madera de dichas armas introducida en su cuerpo, se arraigó en la tierra, y produxo aquel arbol, del qual salia la sangre. Esta

invencion tiene mucho de maravilloso, pero nada de verosimil, por que se atribuye á efecto solo de la naturaleza. Si examinamos las fabulas de Milton, aunque llenas de incidentes prodigiosos, vemos que son correspondientes á las ideas del Christianismo: todo en ellas se encuentra, por decirlo asi, templado por una justa medida de probabilidad. Lo unico que debo exceptúar, es el limbo de la vanidad, con el episodio de la culpa, y de la muerte, y algunos personages imaginarios del Cahos, que son todos, descripciones de sueños, y de sombras, no de cosas, ó personas. Sé que muchos criticos miran como alegorias, las historias de Circe, de Polyphémo, y de las sirénas, y aun toda la Yliada, y la Odiséa, pero aun quando esto fuese efectivo, aquellos poémas, y pasages, siempre son fabulas, que segun las opiniones corrientes en su tiempo, podian ser admitidas al pie de la letra, y los personages, que se suponen obrar en ellas, son de tal naturaleza, que hubieran podido hacer todo lo que se les atribuye, asi como las circunstancias, en que se fingen acaecidos aquellos prodigios hubieran podido, segun el mismo sistema, ser reales, y verdaderas. Esta apariencia de probabilidad, és tan esencial á la poesía, que Aristoteles advierte, que los escritores antiguos, para dar á sus asuntos mayor aire de verdad, se servian de los nombres de aquellos personages celebres, que habian vivido efectivamente en el mundo, en los papeles de sus tragedias, aun quando estas trataban de aventúras, que jamas les habian sucedido. En una palabra, la

alegoría de un poéma epico, debe parecer verosimil, no solo en el sentido oculto, sinó en el literal. La parte historica en el, debe ser tal, que qualquiera lector vulgar pueda adoptarla, sea qual fuere la verdad natural, moral, ó politica, que los hombres de mas penetracion puedan descubrir en ella.

Satanás, despues de haber andado largo tiempo errante sobre la superficie, ó cubierta exterior de este universo, descubre en ella una abertura, para mantener la comunicacion entre el cielo, y los objetos criados: por alli es por donde bajan los angeles á este mundo inferior, para cumplir sus comisiones cerca del genero humano. La pausa que el principe de las tiniebias hace á la orilla de aquel transito, su atencion en contemplar la perspectiva de la naturaleza, que le parece estár en la flor de su hermosura, y la comparacion, que se sigue inmediatamente á esto, llenan el animo del lector de ideas tan nobles, como maravillosas: precipita sus ojos, ó por mejor decir, su vista intuitiva, en el prodigioso hueco del universo: recorre las maravillas de aquel inmenso anfiteatro, que está entre los dos polos del cielo, y percibe de una ojeada, toda la circunferencia de la creacion.

El vuelo del monarca infernal, por medio de los diversos mundos, que brillan á todos lados, y la descripcion particular del sol, manifiestan la mas fecunda imaginacion: la figura del demonio; su discurso; su transformacion en angel de luz; todo está tratado con una primorosa belleza. El viaje que le

hace hacer acia aquel astro, que es segun la opinion vulgar el objeto mas brillante de la creacion, y el angel que en el se coloca, para gobernar su esfera, son dos particularidades notables, y tanto mas fundadas, quanto los mas celebres filosofos han pretendido, que cada Orbe tenia una inteligencia particular para dirigirlo. La escritura misma nos dice, que el Apostol S. Juan vio un angel como aquel en el sol. La respuesta que aquel angel dá al demonio sin conocerle, está llena de moderacion, y de magestad: el parage en que se explica, como habiendo asistido á la creacion, prepara al lector, para lo que sigue en el septimo libro.

Muestra á Satanás la tierra de un modo tan exacto, que el lector se traslada casi desde donde está, para verla, á aquella enorme distancia.

No debo concluir mis reflexiones sobre el tercer libro, sin detenerme en la famosa lamentation de Milton, por donde comienza, y que ciertamente merece todas las alabanzas que han podido darsela; no obstante como he insinuado ya, puede mirarse mas como una digresion, que como una parte del poéma, y lo mismo puede decirse del bello pasage, que trata de la hipocresia, en el mismo libro.

Nec satis est pulchra esse poémata, dulcia sunto.
HOR.

Los que saben quantos volumenes se han escrito sobre Homero, y Virgilio, perdonarán facilmente la

prolixidad de mis discursos sobre el Milton. Miran los mejores jueces al Paraiso perdido, como la produccion mas grande del ingenio humano, ó á lo menos, como la obra mas hermosa, que se ha dado á luz en nuestra lengua, y por lo mismo, aunque en mis seis primeros articulos, he procurado dar una idea de sus bellezas, y de sus defectos, me he creido obligado á formar uno sobre cada libro en particular. No es necesario advertir á mi lector, que hay en todo el poéma, y sobre todo, en las descripciones, una infinidad de primores, de que no he hecho mencion, por ser mi intento, el de manifestar unicamente aquellos, que me parecen mas dignos de admirarse, ó que pueden escaparse facilmente á la atencion del lector.

Saben muy bien todos aquellos que han leido comentarios sobre la Odiséa, la Yliada, y la Eneida, que los que los han hecho, convienen todos entre si, de las principales bellezas de aquellos poémas, y no obstante cada uno en particular ha descubierto varios golpes magistrales, no advertidos por los demas; asi no dudo de que todo escritór, que trate despues de mi, del poéma de Milton, encontrará en el bellezas, en que yo no he hecho alto.

Como los mas celebres maestros en punto de critica, varian unos de otros, sobre ciertas reglas del poéma epico, no me he conformado escrupulosamente con las que cada uno de ellos ha dado, y me he tomado la libertad de atenerme, ya á las de uno, ya á las de otro, y aun la de separarme de todos ellos, quando he creido que lo exigia la razon.

Podemos dividir en tres clases las bellezas del quarto libro: comprendo en la primera, las pinturas de la vida tranquila, que encontramos en las descripciones del Edén, de sus vergeles, del cenador de Adàn etc: la segunda contiene las maquinas, es á decir, los discursos, y conducta de los buenos, y malos angeles; la tercera, y ultima, consiste en los procederes de Adán, y Eva, que son los principales actores del poéma.

Por lo que hace á la descripcion del paraiso, Milton ha seguido la regla de Aristoteles, en que previene, que se prodiguen todos los ornátos de la diccion, en los parages languidos, en que la accion escasea: asi reparará el lector, que las expresiones son mas floridas, y mas acabadas en aquellas descripciones, que en las demas partes del poéma. Debo añadir tambien, que aunque semejantes pinturas de jardines, de rios, metheoros, y de otras partes inanimadas de la naturaleza, sean justamente censuradas en un poéma heroico, quando son demasiado largas, la descripcion del paraiso hubiera sido defectuosa, si el poéta no se hubiera extendido un poco en ella, como que es la escena, en que pasa la accion principal, y que nos dá alguna idea de la felicidad, de que cayeron nuestros primeros padres. El plan que nos dá de aquel paraiso, está formado sobre el reducido bosquejo, que existe en la escritura sagrada.

La imaginacion fecunda de Milton ha derramado sobre aquella morada de la bienaventuranza, y la inocencia, una cantidad tan prodigiosa de bellezas, que no acabariamos, si pretendieramos admirarlas todas en particular.

No es justo que abandone este articulo, sin hacer la observacion, de que costaria mucho trabajo, encontrar en el poéma un solo discurso de Adán, ó de Eva, cuyos sentimientos, y alusiones, no hiciesen relacion á aquella habitacion deliciosa: el lector durante todo el curso de la accion, se paséa agradablemente por medio del paraiso. Por ultimo, los criticos han juzgado, que en los poémas, en que se introducen pastores, los pensamientos deben tener siempre cierto colorido de bosques, campos, y rios. Casi nunca pierden de vista nuestros primeros padres, su feliz habitacion, ni en lo que dicen, ni en lo que hacen: sus pensamientos, si el lector me permite esta expresion, tienen siempre el aroma del paraiso.

Ahora tenemos que considerar las maquinas del quarto libro. A vista del Edén, Satanás se llena de sentimientos, bien diferentes de aquellos, que habia concebido en los infiernos; aquel lugar le inspira pensamientos mas blandos. Reflexiona sobre la dichosa suerte de que ha caido; rompe en un discurso, en que la verdad arranca de su boca la confesion de su ingratitud; pero despues de haberse acusado á si mismo, se endurece de nuevo en la inpenitencia, y en el proyecto que ha formado de arrastrar al hombre á su delito, y á su miseria. Este combate de pasiones opuestas, está animado con mucho arte.

El principe de las tinieblas dirige al sol un discurso lleno de fuego: se ocupa despues en estudiar la situacion de nuestros primeros padres, y en descubrir, como podrá acometerles con mas ventaja. El salto que dá

por encima de la cerca del paraiso, la figura que toma, para ponerse en emboscada sobre el arbol de la vida, que estaba en medio del jardîn, y descollaba entre todos los demas arboles; su bajada para mezclarse entre la turba de animales, que con tanta gracia se representan, retozando al rededor de Adán, y Eva, y sus transformaciones en varias criaturas materiales, afin de oir la conversacion de aquella amable pareja; todas estas circunstancias repito, sorprehenden agradablemente al lector, y sirven tambien, para enlazar aquella serie de aventuras, en que el poéta enrreda á aquel grande artifice de maldades.

La idea de transformar á Satanás en buitre, y de colocarle sobre el arbol de la vida, parece ser una imitacion de la Yliada, en la que baxo el mismo disfraz, paran dos deidades sobre la copa de un roble.

No se puede decir otro tanto del pasaje, en que Milton le coloca baxo la figura de un sapo; pero el estremecimiento, con que al toque de la lanza angelica, recobra su propia, y natural figura, sorprenden al lector, tanto por su descripcion literal, como por la moral oculta baxo aquella alegoría. Su repuesta, quando ya descubierto, se le intima que dé la razon de su situacion, y disfraz, es propia de la sobervia, y de la intrepidez de su caracter.

La reprension de Zephón es magestuosa, y tierna. El orgullo del principe de los demonios, quando se presenta delante de Gabriel, xefe de los angeles buenos, que guardan el paraiso, reune tantas bel-

lezas, que no puede dejar de encantar á lo general de los lectores. El pasaje, en que Gabriel anuncia de lexos, la proximidad del nuevo cautivo, está dispuesto con la mayor fuerza, y una prodigiosa viveza de imaginacion.

Los discursos de Gabriel, y de Satanás, contienen los sentimientos mas propios de aquellos xefes. El pasage en que Satanás se arma de fuerza, y de audacia, quando se prepara para el combate, es verdaderamente sublime, y quizá superior á la descripcion de la Discordia, celebrada por Longino, ó á la de la Fama de Virgilio, en que estas dos Deidades, se nos representan con los pies fixos sobre la tierra, y la cabeza escondida en el Cielo.

Debo reparar aqui, que Milton está por todas partes lleno de rasgos, y algunas veces de pasages, traducidos literalmente, de los mayores poétas, griegos, y latinos; pero no quiero interrumpir la serie de estas notas, con reflexiones, que no serían utiles mas que para los sabios.

La separacion del combate entre Gabriel, y Satanás, por medio de las balanzas de oro suspendidas en el Cielo, es una perfeccion del pensamiento de Homero, que nos dice, que Jupiter pesó las suertes de Hector, y de Aquiles, antes de que llegasen á las manos: pasage que puede ver el lector, en el vigesimo segundo libro de la Eneida.

Tambien en el combate, que debe decidir de la suerte de Turno, y de Eneas, pesa el mismo Jupiter los destinos de ambos. Aunque Milton haya sacado

esta bella idea de la Yliada, y de la Eneida, no la introduce alli como un ornato poético solamente, sinó como un medio de prolongar su fabula, separando los dos guerreros. Encontramos igualmente esta notable alegoría en la escritura sagrada, en donde se dice del impio rey Balthasar, algunas horas antes de que fuese muerto, que habia sido pesado en la balanza, y hallado demasiado ligero.

No debo detenerme aqui, por lo que toca á las maquinas, mas que en el descenso de Uríel sobre un rayo de luz: este artificio de que el poéta se sirve, para hacerle bajar, y subir al sol, es un donaire, que se hubiera podido admirar en un poéta de poca imaginacion, pero que parece poco digno del ingenio de Milton. La descripcion de las legiones de angeles armados, que hacen su ronda nocturna en el paraiso, merece mas aprecio.

La idea sobre los canticos de los angeles, que nuestros primeros padres oyen resonar frequentemente, durante la noche, es á un tiempo divina, y agradable.

Tenemos que considerar, por ultimo, la conducta que hace tener á Adán, y á Eva, en el quarto libro: la situacion en que el poéta los presenta á Satanás, inspira á aquel angel rebelde, movimientos de envidia, y de sorpresa.

Nuestros primeros padres aparecen sentados sobre una alfombra de flores, à la orilla de una fuente, rodeados de diversos animales, que parecen prestarles vasallage.

Los coloquios de aquellos primeros amantes, respiran á un tiempo la pasion, y la sinceridad. Las declaraciones que se hacen uno á otro de su afecto, son las mas vivas, pero al mismo tiempo las mas naturales; son en una palabra, expresiones cariñosas, dignas del paraiso.

El pasage en que Eva cuenta las ideas que la ocurrieron, en el instante inmediato á su creacion, y el modo con que fué conducida á Adán, es uno de los mas hermosos de Milton, y quizá no cede á los mas acabados de los mayores poétas. Está trabajado con tanto arte, que agradará seguramente al lector mas delicado, sin ofender al mas severo.

Un poéta inferior en juicio, y en invencion, hubiera encontrado mucha dificultad, para llenar aquellas situaciones, de sentimientos adequados al estado de la inocencia: no hubiera podido pintar la viveza del amor, sin afectacion, ó sin hyperbole: le hubiera costado gran trabajo, hacer decir al hombre las cosas mas tiernas, sin salir de la dignidad que le era natural, y hacerlas escuchar à su muger, sin ofender la modestia de su sexo. Se hubiera visto, enfin, muy embarazado, para aproximar la sabiduria de la belleza, y hermanár estas dos perfecciones, que parecen estar en perpetua guerra.

La conversacion de nuestros primeros padres, al acabar el dia, está llena de imagenes agradables, y de sentimientos propios de su estado, y de sus caractéres. El discurso de Eva particularmente, da á conocer la dulzura del suyo: sus palabras, y sus pen-

samientos son tan naturales, que no es posible admirárlos como merecen.

Concluiré mis reflexiones, sobre este libro, haciendo observar la transicion inimitable, que se halla en su oracion comun: es una belleza de la clase de aquellas, que Longino ha ensalzado en su capitulo vigesimo tercio.

Major rerum mihi nascitur ordo.
VIRG.

Hemos visto en el libro precedente, como se acercó á Eva el demonio, afin de inspirarla en el sueño, pensamientos de vanidad, de orgullo, y de ambicion. El autor, que prepara todos los acaecimientos con extremado arte, funda sobre esta situacion la primera parte del quinto libro. Adán, al despertarse, mira á Eva aun dormida, y descubre en su semblante, un no sé que, extraordinario. La postura con que la contempla, está pintada con una ternura inponderable; y el murmullo de que se sirve, para déspertarla, es el mas dulce que haya llegado jamás, al oido de una persona, á quien se ama.

En la conversacion de Adán, y Eva, ha tenido Milton presente con frequencia, el libro de los cantares. En aquel sagrado volumen se nota el gusto de la poesía oriental, y mucha semejanza con Homero, que segun la opinion mas general, era contemporaneo de Salómon. Es indudable, que el poéta ha imitado estos dos pasajes de dichos cantares, pronunciados con igual ocasion, y

que están llenos de estas agradables imagenes de la naturaleza. *Ve aqui mi amado, que habla, y me dice: levantate, apresurate, mi muy amada, mi paloma, mi unica belleza, porque ya ha pasado el invierno, las lluvias se han disipado, y han cesado enteramente. Las flores han aparecido en nuestra tierra, ha llegado el tiempo de la poda; la voz de la tortola se ha hecho oir en nuestros campos, la higuera ha comenzado á brotar los primeros higos; las viñas están en flor, y se siente ya el delicioso olor que despiden: levantate, pues, mi unica belleza, y ven...... ven mi muy amado, y vamonos al campo; madruguemos, para ir á nuestras viñas; veamos si florecen, si brota el tierno agraz, y si los granados arrojan ya botones* (cant. 2, v. 10, y 7, v. 11.)

La preferencia que dá al jardin de Edén, sobre aquel en que el sabio monarca se recreaba en compañia de su bella egypcia, manifiesta que el poéta tenia en la imaginacion aquella escena deliciosa.

El sueño de Eva está lleno de aquellas vanas ilusiones, madres de la soberbia, que el demonio se esforzaba á inspirarla. Las palabras, que ella en sueños dirige á Adán participan del mismo espiritu.

Un poéta de poco juicio, hubiera atribuido á Adán el mismo lenguage lisongero, pero el Adán de Milton, no entendia de adulaciones, ni falsedades: ademas, ni aun Eva en el estado de la inocencia podia, á no ser en sueños, prestarse á semejantes discursos, que eran obra del demonio, que no tiraba mas que á manchar su imaginacion. Aunque este sueño prepara la catas-

trofe del poéma, sus particularidades están cubiertas con tanto arte, que no precipitan el acaecimento del noveno libro; y si en el se encuentra naturalidad, es acompañada de cierto desorden, efecto propio del sueño. Adán, como corresponde á la sabiduria que posée, instruye en aquel lance á Eva, y la consuela al mismo tiempo.

El hymno matutino, es imitacion de uno de aquellos salmos, en que arrebatado por un impulso de agradecimiento, y de adoracion, convida el Salmista, no solo á los angeles, sinó á las partes mas notables de la naturaleza, á unirse con el, para ensalzar á su comun autor. Esta especie de invocaciones, llena el animo de ideas grandes, acerca de las obras de Dios, y despierta aquel natural entusiasmo de la piedad. Si en todo tiempo se puede convidar á las partes inanimadas de la naturaleza, á juntarse con nosotros, para celebrar la gloria del eterno, aun era esto mas propio de nuestros primeros padres, que tenian el animo totalmente ocupado de la novedad de la creacion. Aun les eran, con todo, desconocidas las diferentes medidas de la providencia, para con el genero humano, é ignoraban muchos motivos de alabarla, que pueden en el dia alimentar la devocion de su posteridad. Seria inutil hacer resaltar la nobleza, y la poesía esparcidas en todo aquel hymno, como tambien la santa resolucion que lo termína.

La partida de Rafaél, y su vuelo por medio de los coros de los angeles, están altamente imaginados. Milton llena continuamente su poéma de circunstancias

maravillosas, y magnificas: asi por exemplo, representa las puertas del Cielo fabricadas de modo, que se abren por si mismas, para que entre el Arcangel.

En este pasage, parece que tuvo presente el poéta dos ó tres parajes del libro decimo octavo de la Yliada, y sobre todo aquel, en que Homero dice, hablando de Vulcáno, que habia hecho veinte Tripodes, que se movian sobre ruedas de oro, y que podian ir por si mismos á la asamblea de los Dioses, como tambien volverse, quando ya no eran necesarios. Escalìgero ha censurado sobre este punto á Homero, con la mayor severidad, al paso que Dacier ha procurado justificarle: por mi parte no pretendo decidir, si en este pasage de Homero, lo maravilloso se aparta, ó no, demasiado, de lo verosimil; pero la construccion de las puertas de Milton, no és tan extraordinaria como la de aquellos Tripodes, y estoy persuadido de que no hubiera presentado semejante idea, sinó se hubiera visto autorizado por un texto de la escritura, en que hablando de unas ruedas celestiales, se dice que eran animadas, que se movian por si mismas, y se detenian, como los Querubines que las acompañaban.

En el libro siguiente, describe el carro del Mesias, con las mismas ruedas vivas, conforme al plan de la vision de Ezequiel. Estoy persuadido de que si el padre Bossù, y M. y M.me Dacier, que justifican todo lo que se critica en Homero, alegando exemplos de la sagrada escritura, hubieran tenido presente lo de las ruedas de Ezequiel, no hubieran dexado de

servirse

servirse de ellas en favor de los tripodes de Vulcano.

Muchos poétas franceses, italianos, é ingleses han dado libre curso á su imaginacion para pintar los angeles; pero Milton ha dexado muy atrás en esta parte á quantos he leido; y lo que nos dice es totalmente conforme á las ideas, que de ellos nos dá la escritura sagrada. Despues de habernos mostrado aquel poéta á Rafaél, bajando á la tierra, con todas sus celestiales galas, concluye su descripcion, con una circunstancia, no menos nueva, que bien imaginada.

El recibimiento que los angeles del Paraiso hacen á Rafaél; su marcha al traves de un diluvio de aromas, y su aparicion á Adán, que le reconoce de lexos, contienen todas las gracias de que es capaz la poesía. El autor nos dá despues una descripcion particular de las ocupaciones domesticas de Eva.

Este pasage, como otros muchos del mismo libro, no trata mas que del modo con que nuestros primeros padres vivian en el paraiso; pero está adornado de imagenes tan agradables, y de expresiones tan fuertes, que no es uno de los menos deleitosos del poéma.

La magestad natural de Adán, y su sumision al ser superior que se digna visitarle; la salutacion solemne que el angel hace á la madre del genero humano, á Eva, ocupada en servirles, todo junto forma un quadro admirable.

La conducta de Rafaél conviene totalmente á la dignidad de su naturaleza, y á aquel caracter sociable, bajo el qual el autor le ha introducido con tanto acierto.

Habia recibido orden de conversar con Adán, como con un amigo; estaba encargado de hablarle del enemigo que maquinaba su ruina; y en consequencia se le representa sentado á la mesa con Adán, y comiendo de las frutas del paraiso. La ocasion trae naturalmente la conversacion, sobre el modo con que se alimentan los angeles. Despues de haber discurrido con el hombre sobre materias indiferentes, pasa naturalmente á la historia de los angeles precitos, que se ocupaban entonces en la perdicion de nuestros primeros padres.

Si yo hubiera seguido el metodo del Padre Bossú, que supone que la accion de la Eneida comienza en el segundo libro, hubiera mirado el discurso de Rafaél como el principio de la accion del Paraiso perdido, pero he tenido solidas razones, para adoptar el systema contrario. Podria manifestar tambien, por que he considerado la toma de Troya, como un episodio, segun la inteligencia comun de este bocablo; pero como semejante disertacion seria fastidiosa, y aun tal vez inutil para los que han leido mi primer articulo, no quiero extenderme mas sobre este asunto. Ymporta poco el saber qual de estos dos Systemas es el verdadero: la unidad de accion en el poéma de Milton, está conservada, sea que consideremos la caida del hombre en su causa inmediata, como procediendo de las resoluciones tomadas en el conjeso infernal, sea que la refiramos al momento de la primerá rebelion de los angeles en el cielo. La causa que Milton atribuye á la rebelion, está fundada sobre varios pasages de la escritura, y sobre la opinion de algunos grandes es-

critores. No podia tomar el poéta mejores garantes.

Aquella rebelion de los angeles, está pintada con la mayor fuerza de imaginacion, y con una variedad admirable.

Homero, hablando de las personas, y de las cosas, nos dice, que en el idioma de los Dioses, tienen nombres distintos de los que les dán los hombres. Milton le ha imitado, y ademas se ha apoyado en la autoridad de la escritura. El personage de Abdíel, que de todo el exercito de Satanás, es el solo que conserva la obediencia á su criador, nos da un bello exemplo de singularidad religiosa. El Serafin hace brillar su zelo, con sentimientos religiosos, sostenidos por las expresiones mas vivas. Su caracter descubre aquel desprecio generoso, y aquella intrepidez, que acompañan á la virtud. El autor, sin duda, le propone por modelo, á los que viven en un mundo corrompido, y depravado.

Vocat in certamina divos.
VIRG.

Entremos ahora en el sexto libro del Paraiso perdido, en donde el poéta describe la batalla de los angeles. En varios pasages de los libros precedentes, ha hecho ya nacer una grande expectacion de ella, y asi su lector se encuentra preparado á aquella terrible guerra. En mis reflexiones sobre los primeros libros, no me he parado á fixar la atencion de mis lectores, en los pasages relativos á la accion de este libro.

Jamás habla el poéta de aquella batalla, sin que

presente imagenes grandes, terribles, y correspondientes á tan extraordinario objeto. Sobre todo no puedo dexar de notar el pasage del tercer libro, en que el potentado, que domina el Cahos, habla con Satanás.

Era necesaria una grande abundancia de invencion, y una imaginacion muy valiente, para llenar aquella batalla de circunstancias, que pudiesen elevar, y admirar el animo del lector: era menester al mismo tiempo un juicio muy fino, para evitar todo lo que hubiera podido parecer pequeño, y trivial.

Los que están versados en Homero, se admiran de ver, que sus batallas se animan cada vez mas, hasta la conclusion de la Yliada: el combate de los angeles de Milton, tiene la misma belleza. Comienza por las señales de ira, que son propias de la omnipotencia irritada.

La primera batalla se dá bajo una boveda de fuego, formada por nubes de dardos encendidos, é inumérables saetas. El segundo ataque es aun mas terrible: está el campo lleno de rayos artificiales, que parecen hacer dudosa la victoria, y aun producen una especie de consternacion en los angeles buenos. Siguese á esto el arrancar, y arrojarse los montes, y los promontorios. Acude en fin el Mesías, con toda la plenitud de magestad, y de terror. La pompa de su aparicion, en medio de los estampidos de sus truenos, del fuego de sus relampagos, y del estruendo de las ruedas de su carro, está pintada con toda la viveza posible.

Nada hay en las batallas del primero y ultimo dia,

que no parezca natural, y acomodado á las ideas, que la mayor parte de los lectores formarian, de un combate entre dos exercitos de angeles, siguiendo las ilusiones de la imaginacion.

Aquellas descripciones podrán parecer extraordinarias, á los que no hayan estado preparados para ellas, por la lectura de los antiguos poétas, y sobre todo de Hómero. La idea de atribuir el primer uso de la artilleria á los angeles rebeldes, es á la verdad muy arrojada. Una invencion tan perniciosa, era digna de ser parto de aquel ser maligno, que dotado de superior penetracion, quiere remedar en todo, la grandeza de su criador. Este artificio era el unico que podia poner por obra, para imitar aquellos rayos, que en toda la poesìa, tanto sagrada, como profana, son nombrados las armas del todopoderoso. El arrancar los montes, no era un pensamiento menos osado que el anterior. Nos hallamos de algun modo dispuestos á aquel incidente, por las relaciones que los antiguos poétas nos han dexado de la guerra de los gigantes, lo que ha autorizado tambien á Milton á servirse de el.

Muchos sabios pretenden, que la fabula de la guerra de los gigantes, que tanto ruido ha hecho en la antigua edad, y que ha dado origen á la mas sublime descripcion de las obras de Hesiodo, es una alegoría, fundada sobre la tradicion del combate entre los buenos, y los malos angeles.

No seria quizá fuera del caso considerar, con que juicio ha evitado Milton, todo lo que hay de bajo, y de trivial, en las descripciones de los poécas griegos,

y latinos, y como ha hermoseado al mismo tiempo, quanto ha encontrado de grande en sus obras. Homero, en un pasage, que Longino ha celebrado por su sublimidad, y que Virgilio y Ovidio han imitado, nos dice que los gigantes arrojaron el monte Ossa sobre el Olympo, y el Pelion sobre el Ossa. Añade al Pelion, el epiteto de *Agitador de hojas*, para engrandecer aun la idea, presentando á la imaginacion de los lectores todos aquellos bosques, que regularmente cubren los montes: tambien escogio con mucho arte aquellos tres montes tan conocidos de los griegos. La escena de Milton no le permitia poner en uso este ultimo adorno. Claudiano en su fragmento sobre la guerra de los gigantes, nos ha dado bien á entender el natural desenfreno de su imaginacion, añadiendo que los gigantes arrancaron islas enteras de sus raices, y las arrojaron contra los Dioses. Nos pinta en particular á uno de ellos, cogiendo en brazos la isla de Lemnos, y disparandola contra el cielo, con toda la herreria de Vulcáno. Otro arranca el monte Yda, con el rio Enipéo que nace de el; pero el poéta, no contento con presentarle con tal carga sobre sus hombros, nos añade, que el rio corria por sus espaldas, mientras tenia agarrado el monte. Todo lector juicioso conoce que semejantes ideas tienen mas de burlesco que de sublime, proceden de una imaginacion desarreglada, y divierten, en lugar de admirar. Milton al contrario ha tomado solo lo sublime de los antiguos, por lo que ha compuesto magnificas imagenes.

Vemos en su descripcion toda la magestad de Ho-

mero enrriquecida con la imaginacion de Claudiano, separada de sus puerilidades.

No es necesario hacer observar la situacion de los angeles malos, quando vieron precipitarse de un modo tan terrible sobre sus cabezas, aquellos vastos promontorios, ni extendernos en las demas infinitas bellezas de este libro: son tan notables que no pueden escaparse al lector mas vulgar.

Hay, con efecto, tantos rasgos maravillosos de poesía en este libro, y tan grande variedad de ideas sublimes, que seria imposible hacer enumeracion de ellas en este discurso; ademas sé que milord Roscomond ha insertado la mayor parte de ellas en su ensayo sobre la poesía, donde podrán verse.

Apesar de la sublimidad del ingenio de Milton, se ha ayudado en este libro de todo lo que ha podido sacar, ó imitar de los antiguos poétas: la espada de Miguél por exemplo, que hace tan gran carnizeria entre los malos angeles, ha salido del arsenal de Dios; asi como Virgilio, cuenta que la espada de Enéas, que hizo pedazos la de Turno fraguada en una herreria mortal, le fue regalada por una Deidad. La moral de aquel pasage, es divina. La espada alegorica de Milton, en manos de un favorito del cielo, concuerda con el antiguo modo de pensar de los Orientales.

Homero empleó esta idea, y hallamos en el libro de los Macabeos, que el heroe, que habia conbatido con tanta gloria, y suceso al frente del pueblo escogido, recibio en sueños una espada de manos del

profeta Jeremias. La herida de Satanás es tambien una imitacion de Homero, que nos dice; que despues, que Diomodes hubo herido á Marte, y á Venus, salió de sus heridas una sangre purissima, como que no provenia de carnes mortales, y que dichas heridas, hechas en aquellas subtancias revestidas de immortalidad, se cerraron, y curaron prontamente, aunque las causaron dolores muy vivos.

Tampoco dudo, que Milton en la description de Molóck, quando en su ſuga ruge con el dolor de la herida que habia recibido, haya tenido presente el pasage de la Yliada, en que Marte herido se retira de la batalla, dando un alarido mas terrible, que el de un exercito al comenzar á acometer. Homero añade, que á aquel alarido del Dios de la guerra, los griegos, y los troyanos, metidos yá en la refriega, quedaron extremecidos de espanto: ridiculeza en que no ha dado Milton, al paso que ha conservado todo el horror de aquella descripcion.

Se ha servido tambien utilmente de muchas nobles imagenes de la escritura. Ha sacado v. g. el carro del Mesías, de la vision de Ezequíel, que como lo observa Grocio, tiene mucho de la poética de Homero.

El paraje en que el eterno envia á su hijo, á confundir el exercito de los angeles rebeldes, és imitacion de un pasage sublime de los salmos.

Facilmente descubrirá el lector en el discurso del poéma, otros muchos rasgos de la misma naturaleza.

Antes de poner á los angeles en el combate, Milton se calentó sin duda la imaginacion, con la lectura de

la refriega de los Dioses en la Yliada. Homero nos dá alli un expectaculo de hombres, de heroes, y de Dioses, mezclados en la pelea: Marte anima á entrambos exercitos, y levanta la voz de manera, que se le oye distintamente, en medio de los gritos, y de la confusion del combate: Jupiter truena encima de ellos: Neptuno excita una tempestad tan furiosa, que el campo de batalla, y las cumbres de los montes, tiemblan al rededor de los combatientes, y aun Plutón mismo en su reyno infernal, metido en el centro de la tierra, siente la conmocion, y salta despavorido de su trono.

El poéta griego describe despues á Vulcáno, excitando un incendio contra el rio Xanto, y á Minerva arrojando un peñasco á Marte, que al caer, cubre con sù cuerpo siete aranzadas de tierra.

Homero hace despues entrar en el combate de los Dioses, todo quanto hay de grande, y terrible en la naturaleza. Milton á exemplo suyo ha llenado de horror la batalla de los angeles. Los clamores de los exercitos, el extruendo de los carros de bronce, los riscos, y montes arrojados por los aires, el temblor de la tierra, el fuego, el trueno, todo lo ha puesto en movimiento, para elevar la imaginacion del lector, y darle una idea adequada de aquella grande accion. Y con que arte no ha representado la tierra, extremecida, aun antes de ser criada!

Que exactitud, y que sublimidad no se halla tambien en el paraje, en que conmueve, bajo las ruedas del carro del Mesias, el cielo todo, á excepcion del trono de Dios.

Aunque el Mesias aparezca revestido de terror, y de Magestad, ha encontrado medio el poéta, para hacer concebir de el á su lector una idea, aun mas grande, que la que puede explicarle.

En una palabra, el noble ingenio de Milton, sostenido por una erudicion profunda, se eleva en este libro hasta la sublimidad de su objeto. Como conocia á fondo lo que era capaz de mover los animos, sabia que era necesario propocionar, de tiempo en tiempo al lector, ciertas pausas, para que descansase. Ha mezclado en consequencia, con mucho arte, gran numero de reflexiones, de discursos, de comparaciones, y de otros entretenimientos semejantes, para alegrar la narracion, y aliviar la atencion del lector, afin de que pueda seguir constantemente su accion principal, y que por este contraste de ideas, tome mas gusto á los parages mas sublimes de su descripcion.

> Ut his exordia primis
> Omnia, et ipse tener mundi concreverit orbis?
> Tum durare solum, et discludere Nerea ponto
> Cœperit et rerum paulatim sumeret ormas.
> VIRG.

Longino afirma, que puede haber cierta elevacion de sentimientos, en algunos pasages, en que no hay pasion, y para justificar su opinion, trae exemplos sacados de los antiguos autores. Lo patetico, como el lo advierte, puede animar á lo sublime, y hacerlo mas interesante, bien que no és esencial que lo acompañe, *por lo que*, continúa, *vemos muchas veces, que los que tienen mas habilidad, para excitar las pasiones,*

carecen de ellas, para escribir de un modo grande y sublime, y del mismo modo por el contrario. Milton nos ha hecho ver su capacidad en uno, y otro ramo. El septimo libro, en que vamos á entrar, es un exemplo de la sublimidad desnuda de pasion. El autor se deja ver en una especie de Magestad tranquila, y compuesta, y aunque sus sentimientos no causen una commocion tan viva, como los del libro precedente, no dejan de admirar, por su magnificencia. El sexto libro, como un mar agitado, representa la grandeza, en medio de la confusion: el septimo al contrario lisongea la imaginacion, como un mar en calma, y llena agradablemente el animo del lector sin producir en el cosa que se parezca al tumulto, y á la agitacion.

Entre otras reglas que dá Longino, para conseguir este genero de sublimidad, recomienda á su lector la imitacion de los mas celebres autores, y le aconseja sobre todo, que si escribe de un asunto poético, considere como hubiera hablado á Homero en igual ocasion; medio por el qual, un grande ingenio hace suyo el estro de otro, sin copiarlo servilmente. Hay, con efecto, en Virgilio v. g., mil pasages brillantes, encendidos, digamoslo asi, al fuego de Homero.

Aunque Milton poseía toda la fuerza de ingenio necesaria, para producir por si solo una obra perfecta, no se ha desdeñado de elevar sus idéas mediante esta imitacion, recomendada por Longino.

En el libro que trata de la obra de los seis dias, no ha podido ayudarse mucho de los autores profanos, para quienes las maravillas de la creacion fueron des-

conocidas; pero ha tomado muchos rasgos poéticos de la sagrada escritura. El Sabio autor que acabo de citar, aunque gentil, ha admirado el modo sublime, con que el legislador de los judios describe la creacion, en los primeros capitulos del Genesis. Tódos los parages de la escritura sagrada, en que se habla de aquel gran suceso, abundan de la misma magestad. Milton ha mostrado la delicadeza de su juicio, de un modo muy notable, extrayendo de ella lo que convenia á su poéma, y modificando aquellas figuras de la poésía oriental, destinadas para lectores, cuya imaginacion estaba montada sobre un tono mas alto, que las de los climas mas frios.

El discurso con que Adán ruega al angel, que le instruya de lo que ha pasado en el ambito de la naturaleza antes de su creacion, está lleno de grandeza, y magestad. El parage en que le dice que queda aun bastante dia para tratar de aquel asunto, es sobresaliente en su clase.

El consejo, que el angel dá á nuestros primeros padres, de que procuren instruirse modestamente, y las razones que les expone de la creacion del mundo, son de una grande exactitud, y belleza. El Mesias, por quien, segun nos lo enseña la sagrada escritura, fué criado el mundo, se presenta con todo el poder de su padre, rodeado de una multitud de angeles, y revestido de la magestad que le corresponde, á dar principio á una obra, que segun nuestras ideas limitadas, parece un esfuerzo de la omnipotencia. Y quan bella no es la descripcion, que nuestro autor ha formado,

sobre aquel pasage, de uno de los profetas, que dice: *Yo veia quatro carros, que salian de entre dos montes de bronce!*

He hablado ya de aquellos carros de Dios, y de las puertas del cielo: solo añadiré aqui, que si Homero nos representa tambien sus celestiales batientes, como abriendose por si mismos, destruye despues esta idea diciendonos, que quando es necesario abrir, ó cerrar aquellas puertas eternas, las horas apartan, ó acercan sin trabajo la espesa nube, que las sirve de barrera.

Nada conozco de mas sublime, que el pasage, en que el Mesias al frente de su angeles, da una mirada al cahos, calma su confusion, se abanza hasta su centro, y traza la circumferencia de la creacion. La idéa del compás de Oro es conforme al gusto de Homero, y añade una nobilissima circunstancia, á aquella maravillosa descripcion. Quando Homero habla de los Dioses, les atribuye con la misma sublimidad sus diversas armas. No tiene el lector mas que recorrer para verlo, la pintura de la Egida, ó broquel de Minerva, en el quinto libro de la Yliada, la de su lanza, que derribaba esquadrones enteros, y la de su morrion, que bastaba para cubrir un exercito, compuesto de las tropas de cien ciudades. El compás de oro, parece un instrumento muy natural, en la mano de aquel, à quien Platón llama el geometra divino. La poesía se complace en ocultar ideas abstractas, bajo de alegorías, é imagenes sensibles. Asi hallamos tratada la creacion, por este termino, en uno de los profetas, quo nos representa al arquitecto omnipotente, midiendo las aguas en el hueco de su mano, y los

Cielos con su palmo. *El es, dice, el que llena las celestiales medidas, con el polvo de la tierra, pesa los montes, y pone en la balanza los collados.* Otro describiendo al ser supremo, ocupado en la grande obra de la creacion, le presenta á nuestros ojos poniendo los fundamentos de la tierra, y extendiendo sobre ella su nivel; y en otro parage nos le pinta, adornando los Cielos, apoyando el polo septentrional sobre el vacio, y suspendiendo la esfera terrestre sobre la nada.

Las bellezas de las descripciones de este libro son tan numerosas, que es imposible detallarlas en este discurso: el poéta ha empleado en ellas toda la energia de su lengua. Las diversas escenas de la creacion se presentan una tras otra, de modo que al lector se le figura, que está presente á aquella obra prodigiosa, y que ocupa, por decirlo asi, su puesto en los coros de los angeles, que la estan mirando. La conclusion de aquel primer dia tiene infinito merito.

La misma elevacion de pensamientos se nota en el tercer dia, en que fueron hechos los montes, y formados los valles.

Nos parece tambien ver salir de la tierra el mundo vejetable: la relacion de este dia está llena de todas las gracias, que los demas poétas han prodigado en sus descripciones de la primavera, y ofrece á la imaginacion del lector diferentes escenas, que á un tiempo le encantan, y le sorprenden.

Los diversos ornatos de los cielos, brillan en el quarto dia.

Se admira uno de ver, como ha podido el poéta ser

bastante conciso, en su descripcion de la obra de los seis dias, para haberla comprendido en los limites de un episodio, y como há podido con todo, referir todas las particularidades, capaces de dar de ella la mas viva idea. Esto es aun mas notable en su narracion del quinto, y sexto dia, en que nos ha puesto delante de los ojos la creacion de los animales, desde el reptil, hasta el elefante. El leon es el rey de los animales terrestres, y Leviathán, ó la ballena, es el objeto de la admiracion del mar, y el autor por lo tanto, se ha extendido, con mucho juicio, en describirlos. El sexto dia se termina por la creacion del hombre, que da motivo al angel, como antes la narracion de la batalla celestial, para hacer á Adán un recuerdo de su debida obediencia, que era el principal fin de su visita.

Representa despues el poéta al Mesias, volviendo á los cielos, y considerando su admirable obra. Es grande la sublimidad en aquella parte del poéma, en que el autor describe las circunstancias maravillosas de aquel grande periodo del tiempo: tales son la perfeccion del cielo, y de la tierra; el triunfo del Mesias, al entrar por las eternas puertas; el placer que siente quando baja los ojos acia aquella nueva creacion; el gozo, que cada parte de la naturaleza parece experimentar de su propia existencia; los hymnos que las estrellas de la mañana cantaron juntas; y las aclamaciones, que dieron los hijos de Dios al triumfador.

No acierto á concluir aquel libro sobre la creacion, sin hablar de un poéma, que se ha dado á luz poco tiempo hace, con este titulo. La obra está llena de los

propios sentimientos, y merece mirarse, como una de las mejores producciones de la poesía inglésa. El lector verá en ella, con sensible gusto, los mas profundos misterios de la filosofia, animados por todos los hechizos de la poética, y tratados con tanto juicio, como imaginacion. Su autor nos ha mostrado este fin en todas las obras de la naturaleza, que nos conducen al conocimiento de su primera causa. Enfin ha presentado en el mayor resplandor aquella Sabiduria incomprensible, que el hijo de Sirach ha atribuido con tan noble expresion, al ser supremo, en la formacion del mundo, diciendo, que la crió, la vió, la numeró, y la derramó en todas sus obras.

Sanctius his animal, mentisque capacius altæ
Deerat adhuc, et quod dominari in cætera posset,
Natus homo est.

OVID. Metam.

La pintura que hace el Arcangel Rafaél de la batalla de los angeles, y la historia de la creacion del mundo, tienen todas las calidades, que se requieren en un episodio, estando ambas conexas con la principal accion, y haciendo un cuerpo con la fabula.

El octavo libro se abre por una bella descripcion, del efecto que produxo el discurso del angel, en nuestros primeros padres. La natural curiosidad, induce á Adán, á informarse de los movimientos de los cuerpos celestes, obras las mas notables, y magnificas de aquellos seis dias.

La habilidad del poéta en apartar á Eva de aquella sabia

sabia conversacion, para divertirla de un modo mas propio de su sexo, merece toda atencion. El autor ha creido deber separarla durante el episodio de este libro, que hubiera sido demasiado lisongero para ella, y para esto se ha valido de un artificio muy agradable. Las respuestas del angel á las preguntas de Adán, por lo que hace á la moral, son de la mayor edificacion, pero por lo respectivo á la ciencia, son algo ambiguas; por que hubiera sido un absurdo dar á un angel, por garante de sistema alguno particular de filosofia. Los principales puntos de las hypothesis de Toloméo, y Copernico, se exponen alli, con mucha precision, y claridad, y se explican de un modo agradable, y poético.

Hay en aquel mismo libro dos bellezas notables, la una es el pasaje en que nuestro primer padre expone á Rafaél, el placer que tiene en su conversacion, y se ofrece para alargarla, á contarle su historia; y la otra es el rodeo del angel, para dar á nuestro primer padre ocasion de hablar. Virgilio al conducir á Enéas con la Sybila, á los infiernos, les hace divisar cerradas las puertas del Tartaro: oyen los gemidos, el ruido de las cadenas, y los golpes, que resuenan en aquellas regiones de dolor, y de tristeza; y Milton ha imitado este pasage, de la Eneida.

El episodio en que el hombre conversa con el angel, ofrece situaciones admirables. Nada es mas propio, para despertar la atencion del lector, que el embarazo de nuestro primer padre, quando era, por decirlo asi, enteramente nuevo, como que acababa de salir

de las manos del Criador. Se sorprende de su propia existencia; considera las varias obras de la naturaleza: las luces de su razon le aseguran de que todo quanto vé, ha sido, como el mismo, producido por un ser infinitamente bueno, y poderoso, y que asi le debe su culto, y su adoracion. El discurso que dirige al sol, y á las partes mas brillantes de la creacion, está lleno de naturalidad.

No puede admirarse bastante la idea, que se presenta desde luego á su animo, quando pasa por primera vez al sueño; se le figura que vuelve á la nada; pero aquel sueño, en el qual encuentra otra prueba de su existencia, (si me es permitido servirme de este termino), y su traslacion al jardin, que le estaba destinado, son circunstancias muy bien imaginadas, y que se fundan sobre lo que la historia sagrada nos enseña.

Estos incidentes admirables, y otros muchos semejantes, que se encuentran en esta parte de la obra, agradarán por su novedad, y naturalidad. Parece que nacen del asunto mismo: no obstante, solo un grande ingenio puede haberlos imaginado, pues aunque naturales no son comunes, lo que constituye el verdadero caracter, que deben tener para ser apreciables.

La impresion, que deja en los animos de nuestros primeros padres, la prohibicion de tocar al arbol de la vida, está trazada con gran fuerza, y mucho juicio; y la revista de los animales, y de las aves, delante de Adán, es muy hermosa, y viva.

Adán expone tambien una conversacion que tuvo,

sobre su soledad, con su Criador. En aquel paraje, el ser supremo, para ensayar su propia obra, pone á prueba aquella facultad racional, de que habia dotado á su criatura. Adán insiste en aquel divino coloquio, sobre su imposibilidad de ser feliz, á pesar del paraiso, y del imperio del mundo, mientras carezca de la conversacion, y sociedad, de alguna otra criatura racional, que divida con el todos aquellos dones. Este dialogo, por sola la belleza de los pensamientos, aun prescindiendo de otros adornos poéticos, es uno de los pasages mas sobresalientes del poéma; y el lector debe hacerse cargo de su exactitud, y su delicadeza. El poéta ha conservado maravillosamente el caracter de magestad, y de condescendencia en el Criador, asi como el de humildad, y adoracion en la criatura.

Adán pasa despues á la historia de su segundo sueño, en el qual se le hizo ver la formacion de Eva. El nuevo afecto que esta vista excita en su corazon, está magnificamente tocado.

La tristeza de Adán, quando desaparece de su vista aquella bella ilusion, sus exclamaciones de gozo, y de gratitud, quando descubre una criatura real, y verdadera, igual, á la que se le habia presentado en aquel sueño, y las demostraciones de su amor, están expresadas con todo el primor posible.

Aunque esta parte del poéma está escrita con mucho ingenio, y fuego, el amor que se vé en ella es el que corresponde al estado de la inocencia. Si el lector compara el modo con que Adán conduce á Eva al lecho nupcial, con el que Dryden ha empleado

en la misma ocasion, en una escena de la caida del hombre, advertirá mejor el cuidado, que Milton ha tenido de evitar en una materia tan delicada, todos los pensamientos, que podian ofender la religion, ó el pudor. Al paso que los sentimientos son castos, nada tienen de frios, y presentan al animo ideas de la pasion mas viva, junta con la mayor pureza. Que noble mezcla de ardor, y de inocencia, no ha sabido reunir nuestro autor, en la reflexion que Adán hace, sobre los placeres del amor, comparados con los de los sentidos!

La declaracion de nuestro primer padre, desenvuelve tan bien al angel el corazon humano, que este parece que ya recela los males, que los excesos de aquella pasion podrán causar al genero humano en general, y á Adán en particular. Precave, y fortalece á este con consejos oportunos, que preparan al lector á los sucesos del libro siguiente, en los que la flaqueza, que Adán ha descubierto ya en este, en sus expresiones de excesivo cariño para con Eva, le hace caer en la desobediencia, que es el objeto del poéma. Su respuesta á la reconvencion del angel, manifiesta, que su amor, por violento que pareciese, estaba fundado sobre la razon, y por consiguiente no era todavia indigno del paraiso.

El discurso de Adán al angel, quando se despide, respira un rendimiento, y una gratitud, que sienta muy bien en una naturaleza inferior, y está lleno de la dignidad, que convenia al padre del genero humano en el estado de la inocencia.

In te omnis domus inclinata recumbit.
VIRG.

Si examinamos los tres grandes poémas, que se han dado á luz hasta el dia, hallarémos que su asunto es el mas sencillo. Homero vivia á cosa de trescientos años despues de la guerra de Troya, y como los Griegos no escribian mucho en aquel tiempo, podemos conjeturar, que la tradicion no habia conservado hasta el, sinó muy poca cosa de la historia de Ulises, y de Aquiles. La historia en que se funda el poéma de Virgilio, era igualmente arida; su obscuridad autorizaba la ficcion, y permitia á Virgilio, que diese una plena libertad á su imaginacion: vemos no obstante, que ha mezclado en el curso de su fabula, las principales particularidades de la historia de Enéas, de la que el lector encontrará un sumario en Dionisio Halicarnaseo.

Ya que ninguno de los criticos ha considerado la fabula de Virgilio, por la parte historica, no será tal vez fuera de proposito, examinarla ahora en quanto mi asunto lo permite. Todo el que se tomare el trabajo de leer el sumario de que acabo de hablar, reconocerá en Enéas un caracter distinguido, por la mucha piedad para con los Dioses, y por una supersticiosa observacion de los prodigios, oraculos, y agüeros. No solo ha conservado Virgilio este caracter en la persona de Enéas, sinó ha dado lugar en su poéma á las profecias, que la narracion de los escritores, y la tradicion, habian hecho llegar hasta su tiempo; pero contentandose con adoptar los hechos sabidos, les ha dado despues el orden que ha querido, para hacerlos parecer

mas naturales, mas agradables, ó mas maravillosos.

Lo que ha chocado á muchos lectores es aquel oraculo pueril, que una de las Harpias anuncia á los troyános en su tercer libro; á saber, que antes que hayan edificado la ciudad, que intentan fundar, se verán reducidos por la hambre á comer sus propias mesas. Pero qualquiera que sepa, que esta circunstancia es un punto de la historia de Enéas, convendrá en que el poéta ha hecho muy bien en hablar de ella. Dionisio Halicarnaseo nos refiere con efecto, que una agorera habia pronosticado á Enéas, que debia seguir su navegacion acia el Occidente, hasta que llegase á parage, en que sus compañeros hambrientos devorasen sus mesas. Esta profecia se verificó quando hubieron desembarcado en Ytalia: se pusieron á comer las galletas, en que ponian la comida, á falta de platos, lo que hizo decir con gracejo á uno de ellos: *ola! parece que nos comemos las mesas!* Notaron al instante aquella expresion, y concluyeron de ella, que el agüero estaba cumplido. No creyó pues, Virgilio deber omitir una particularidad tan esencial; pero es util considerar, con que juicio la ha tratado, y como ha separado de ella, todo lo que podia parecer inferior, á la magestad de un poéma heroico. La que hace el pronostico es una Harpia hambrienta, y el joven Ascanio es el que advierte su frivolo cumplimiento.

Esta observacion era muy natural en la boca de un niño, y hubiera sido ridicula en la de qualquiera otra persona de las que estaban alli. Me persuado tambien, de que la transformacion de las naves troyánas en

Nynfas, se podria justificar quizá, con alguna otra tradicion historica, que ahora ignoramos. Esta parte de la maquina, es con todo, lo que hay de mas forzado en la Eneida, y es tambien lo que ha ofendido á muchos criticos. Virgilio mismo, antes de comenzar aquella narracion, nos previene de que lo que va á decir, parecerá increible, pero que está autorizado por la tradicion. Lo que me confirma tambien, que la transformacion de aquellas naves era un hecho recibido, es que Ovidio la ha insertado igualmente en su historia de la mithología gentilica.

No he hallado critico alguno, que haya examinado bajo este aspecto la fabula de la Eneida, ni que haya observado, que la tradicion autoriza aquellos pasages, que parecen los mas defectuosos; asi espero que la prolixidad de esta reflexion, no será desagradable á los lectores curiosos.

El hecho sobre que estriba el poéma de Milton, es aun mas reducido que los de la Yliada, y la Eneida. El poéta ha colocado toda sus circunstancias en el cuerpo de su fabula. El noveno libro está fundado sobre algunas palabras de la escritura, en que se nos dice, que la serpiente era el mas sutil de todos los animales; que propuso á la muger, que comiese del fruto prohibido; que esta cedió á la tentacion, y que Adán siguió su exemplo. De este corto numero de particularidades, ha formado Milton la accion mas interesante: ha interpolado estas circunstancias con tantas ficciones agradables, y naturales, que su historia parece un comentario sobre la sagrada escritura, ó por

mejor decir, la narracion detallada de un suceso, de que aquella no es mas que un compendio. He insistido tanto mas sobre esta observacion, quanto miro la marcha de los succesos, como la principal belleza del noveno libro, que está mas cargado de incidentes, que otro alguno del poéma. El viage de satanás al rededor del globo, y la sombra de la noche, en que permanece siempre con cuidado, para no ser descubierto por el angel del sol, que antes le habia reconocido, preparan admirablemente para lo que vemos suceder luego. El principe de los demonios, despues de haber examinado todas las criaturas, y haber escogido la que mas convenia á sus miras, vuelve al paraiso terrenal, se insinua de noche en el jardin, por el conducto de un rio subterraneo, y sale de aquella sima, por una fuente, que corre cerca del arbol de la vida. El poéta, que no habla por si mismo, sinó lo menos que puede, y que á exemplo de Homero, llena toda su obra de acciones y de caractéres, expone un monologo de nuestro enemigo infernal. Satanás despues que lo ha acabado, se introduce, transformado en niebla, al trabés del jardin, para buscar el animal, bajo cuya forma habia resuelto tentar á nuestros primeros padres. Esta pintura tiene un no se que, de muy poético, y de muy maravilloso.

La descripcion de la mañana, conviene perfectamente á un poéma, y á la primaravera de la naturaleza. El autor representa la tierra, antes que cayese sobre ella la maldicion, como un altar inmenso, que exalaba su incienso por todas partes, y despedia un aroma agradable acia el trono de su Criador; ha-

ciendo despues una noble pintura de Adán, y Eva, que ofrecen su oracion matutina, incorporada con el concierto universal de alabanzas, y de adoracion de la naturaleza, en obsequio del verdadera Dios.

La disputa que sigue entre nuestros dos primeros padres, está tratada con mucho arte; procede de diversidad de juicio, y no de pasion: no se mezcla en ella acrimonia alguna; cada uno expone con dulzura sus razones. Esta disputa es de la naturaleza de aquellas que hubieran podido acaecer en el paraiso, si el hombre hubiera conservado su feliz estado de inocencia. En la moral contenida en el discurso de Adán, se nota la mayor delicadeza, en terminos que el lector mas vulgar, no puede dexar de percibirla. Aquel amor violento, que el padre del genero humano exprime con tal magnificencia, se manifiesta en este noveno libro de muchos modos: las tiernas miradas que dá á Eva quando se separa de el, nos lo anuncian; su impaciencia, y su ocupacion, mientras está ausente, lo demuestran; pero singularmente se descubre en aquel discurso apasionado, en que viendola perdida sin remedio, toma la resolucion de perecer en su compañia, antes que vivir sin ella.

Los diferentes artificios de que el tentador se vale, quando encuentra á Eva separada de su marido, las encantadoras imagenes de la naturaleza, interpoladas con aquella parte historica, y el progreso natural acia la catastrofe, son bellezas tan notables, que es inutil indicarlas.

No me he ocupado en mis observaciones sobre

esta grande obra, en examinar con detalle las comparaciones, de que he dado solo una idea general, en mi articulo sobre el primer libro; pero hay una en el que ahora recorro, de la que hablaré particularmente, no solo porque es muy hermosa, sinó porque es la mas viva de todo el poéma; y es la que exprime la prontitud, y el noble paso de la serpiente, animada por el espiritu maligno, al guiar á Eva á su ruina, mientras que Adán está demasiado distante de ella para ampararla.

Aquel gozo envenenado, aquellos impulsos pasageros de deleite, propios del crimen, que el poéta representa en nuestros primeros padres, al comer el fruto prohibido; aquel abatimiento de animo; aquella negra tristeza, y aquellas reciprocas acusaciones que se siguen, todo ello enfin, está lleno de imaginacion, y de naturalidad.

Quando en el quarto libro de la Eneida se entrega Dido á la pasion, que fué causa de su ruina, nos dice Virgilio, que tembló la tierra, se poblaron los cielos de relampagos, y que las Nynfas dieron horribles alaridos, sobre las cumbres de los montes. Milton con el mismo ingenio, representa turbada toda la naturaleza, en el momento en que Eva probó el fruto vedado.

Quando Adán cae en el mismo delito, padece el universo segunda vez las mismas convulsiones.

Como toda la naturaleza se resintió del crimen de nuestros primeros padres, aquellos sintomas de turbacion, y de consternacion, son muy bien imaginados, como que sirven á un tiempo de anuncios, y de testimonios del dolor universal.

La conversacion de Adán, y Eva, despues que han comido el ponzoñoso fruto, es una copia exacta de la de Jupiter, y Juno, en el libro decimo quarto de la Yliada. Juno se acerca á Jupiter con la cintura que ha recibido de Venus; Jupiter la dice, que le parece aun mas hermosa, y mas adorable, que al principio de sus amores. Despues se les vé descansar sobre la cima del monte Yda, que produce bajo de ellos una cama de flores de lotos, azafran, y jacinto: concluyendo Homero su descripcion, con el sueño de ambos.

Entre todos los poétas, Milton es el que mas ha estudiado á Homero, y el que mas se le asemeja en el ingenio, por cuya razon, creo que hubiera dado un detalle imperfecto de sus bellezas, sinó hubiera manifestado los pasajes paralelos, mas dignos de atencion, que se hallan en estos dos grandes autores. Hubiera podido hablar de varios versos, y expresiones de Milton, sacadas del poéta griego, pero he temido, que estas observaciones pareciesen demasiado nimias, y las he omitido expresamente. En quanto á los incidentes mas considerables, su conformidad con Homero, no solo les dará valor, sinó los pondrá á cubierto de la censura de los ignorantes, y de los ingenios limitados.

Quis talia fando
Temperet á lacrymis?
VIRG.

El decimo libro del Paraiso perdido, presenta mayor variedad de personages, que otro alguno del poéma.

Acercandose el autor al desenlaze, produce á quantos han tenido parte en la accion: es como el ultimo acto de una buena tragedia, en que á todos los personages se les trae delante del expectador, para ponerlos en una situacion correspondiente á la que han tenido en la pieza.

Voy á considerar este libro, por lo respectivo á dichos personages, celestiales, infernales, humanos, y fantasticos.

Comenzando por los del cielo, vemos á los angeles custodios del paraiso, volver acia el Empireo, despues de la caida del hombre, con el intento de justificar su vigilancia: su llegada, su recibimiento, y el dolor á que se entregaron con la noticia, todos aquellos espiritus celestes, que se alegran, como dice la escritura, de la conversion de un pecador, están perfectamente tratados.

El hijo de Dios, que en los libros precedentes de este poéma, intercede por nuestros primeros padres antes de su caida, que abatió á los angeles rebeldes, y que crió el mundo, baja del cielo, y pronuncia la sentencia de los tres reos. La frescura de la tarde, circunstancia que la sagrada escritura trae de intento en aquel gran suceso, está poéticamente pintada por nuestro autor. En quanto á los terminos del juicio de los culpados, los ha trasladado tales quales están en el Genesis: ha preferido descuidar la cadencia de sus versos, á mudar cosa alguna en los discursos, que se nos han trasladado divinamente: el remordimiento, y la confusion de nuestros primeros padres, desnu-

dos en presencia de su juez, están completamente representados. A la llegada de los dos monstruos, la culpa, y la muerte, que se arrojan sobre la tierra, expone el Omnipotente á los angeles la profundidad de sus designios.

Las voces celestiales, comparadas por la escritura al ruido del trueno, y al estruendo de los mares, celebran en sus canticos al Santo de los santos.

Aunque el autor haga frequentes alusiones á la escritura, no he hablado en mis notas, sinó de aquellas, que son de una naturaleza poética, como por exemplo, la de este libro, en que describe á la culpa, y á la muerte, atropellando en su marcha, por medio de las obras de la naturaleza, á la que añade, que la muerte no habia montado aun sobre su palido caballo, lo que hace relacion, á aquel texto de la escritura, tan poético, y tan terrible para la imaginacion, que dice: *al mismo tiempo vi aparecer un caballo palido; el que estaba montado en el se llamaba la muerte, y el infierno le seguia* (Apoc., cap. 6, v. 8).

Podemos comprender en la clase de las cosas celestes, la orden que recibieron los angeles, de hacer diversas mutaciones en la naturaleza, y de alterar su pureza.

Dan en consequencia á los astros, y á los planetas, influxos malignos, debilitan la luz del sol, traen el invierno á las regiones mas templadas; colocan los vientos, y las tempestades en diversos puntos; arman las nubes de truenos; y en una palabra, establecen una relacion secreta, entre la naturaleza,

y el hombre corronpido. Estos incidentes son hermosisimos, y el pasage en que vemos los angeles levantar el exe de la tierra, cuya posicion mudan, respecto al sol, está lleno de aquella sublimidad de imaginacion, tan peculiar á nuestro grande autor.

Tenemos que observar en segundo lugar, los agentes infernales, segun la idea que Milton nos ha dado de ellos en este libro.

Los que han querido realzar la grandeza del plan de Virgilio, advierten que ha conducido á su lector por todas las partes de la tierra conocidas en su tiempo: la Asia, la Africa, y la Europa le sirven de teatro. El plan de Milton es aun de mucha mayor extension, y llena el animo de ideas, harto mas maravillosas. Satanás dá la vuelta á la tierra siete veces: al salir del paraiso sube hasta las constelaciones, y despues de haber atravesado el universo, prosigue su viage, por medio del cahos: le seguimos con la vista, hasta su imperio infernal.

La primera aparicion, que hace en la asamblea de los angeles precitos, está adornada de circunstancias, que sorprenden agradablemente al lector; pero no hay incidente que mas efecto haga, que la transformacion de los asistentes. La mutacion lenta, y sensible de Satanás en un horrible dragon, está en el gusto de Ovidio, y puede disputar la preferencia à sus mas celebres transformaciones. Jamas deja Milton de hermosear sus quadros, y de dar la ultima mano á cada incidente de los que admite su poéma. El silvido repentino que se hace oir en aquel episodio, las di-

mensiones, y corpulencia de Satanás, tan superiores á las de los otros espiritus infernales, transformados como el, y la renovacion anual de esta triste mudanza, que les hace padecer; todo, lo repito, justifica quanto acabo de decir. Es tambien muy digna de notarse en este episodio, la hermosura de la diccion, como tambien el juicio, y la invencion, de que ya tengo hecha memoria, en mi sexto articulo.

Tenemos que considerar ahora á Adán, y Eva, esto es, á los personages humanos. En ninguna cosa sobresale mas el arte de Milton, que en el modo con que sigue el caracter de nuestros primeros padres. La idea que nos dá de el, sin falsificar la historia, debe inspirar al lector la mayor compasion acia entrambos. Aunque Adàn envuelve á todo su linage en su desgracia, su delito procede de una flaqueza, que no hay hombre que no este inclinado á escusar. Nos sentimos movidos à compadecerle, porque vemos en su culpa, mas un efecto de la fragilidad humana, que una mala intencion, y cada uno disculpa con gusto una falta, en que conoce, que el mismo hubiera podido caer. El exceso de su amor para Eva, fue el que arruinó á Adán, y à su posteridad. No necesito añadir, que el autor está justificado en este punto, por muchos padres, y escritores los mas orthodoxos. Milton ha llenado su poéma de aquel estilo atractivo, que los criticos franceses llaman tierno.

En el libro de que ahora tratamos, Adán, y Eva nos dexan ver sentimientos, que no solo interesan al lector en su afliccion, sinó que excitan en el los afectos

mas dulces de humanidad, y de conmiseracion. Quando Adán observa las tristes variaciones de la naturaleza, experimenta en su animo el desorden, que corresponde, á quien ha perdido á un tiempo, su inocencia, y su felicidad: se le vé lleno de horror, de remordimientos, y de desesperacion: entre las angustias de su corazon, se queja á su Criador, de que le haya dado la existencia, que el no le pedia. No tarda con todo, en reconocer su temeraria presuncion, confiesa que su condenacion es justa, y pide la muerte, como una consequencia de las palabras de Dios.

Todo este discurso está lleno de la misma agitacion, y de sentimientos naturales, á un animo abatido por la turbacion, y el dolor. No debo omitir tampoco, aquella generosa compasion, que nuestro primer padre muestra de su posteridad, y que debe enternecer al lector.

Y quien es posible que vea al padre del linage humano, póstrado con la faz en la tierra, lamentandose durante la noche, deplorando su existencia, y deseando la muerte, sin tomar parte en su dolor?

La situacion de Eva en este libro, no es menos tierna, ni menos propia, para disponer al lector en favor suyo: se acerca á Adán, con el mas humilde, y tierno cariño; el la rechaza con las amargas reconvenciones de una indignacion, proporcionada al estado de un hombre, que la pasion arrebata. El discurso de que ella hace uso para apaziguarle, es con extremo poético.

La reconciliacion de Adán, y de Eva, está llena de

de ternura. Eva cegada por su desesperacion, propone á su marido vivir en el celibato, para evitar, que su crimen se propague á su posteridad; si este partido le parece imposible de realizar, consiente en darse la muerte. Estos sentimientos excitan la compasion del lector, y contienen una excelente moral. La resolucion de morir para evitar nuestra desgracia, no prueba tanta firmeza, como la determinacion de sufrirla, y de someterse á los decretos de la providencia; por cuya razon, nuestro autor, con gran delicadeza, atribuye aquella á Eva, y hace, que desaprobada por Adán, proponga este la ultima.

Debemos observar por ultimo los personages imaginarios, á saber, la muerte, y la culpa. Tales alegorías son ciertamente esfuerzos dignos de grandes ingenios; pero como lo he insinuado, no son conformes á la naturaleza de un poéma heroico. Esta del pecado, y de la culpa, es sobresaliente en su clase, siempre que se la considere en si misma, y no como parte de tal obra. Las verdades, que se contienen en ella, son tan claras, y sensibles, que no perderé el tiempo en notarlas: me contentaré unicamente con advertir, que es dificil concebir, como ha podido encontrar el poéta palabras, y expresiones tan propias, para describir las acciones de aquellos dos personages imaginarios, y particularmente en aquel parage, en que hace fabricar á la muerte un puente sobre el cahos. Esta empresa era digna de Milton.

Pues que hallo ocasion de hablar de las clases de personages imaginarios, que pueden ser admitidos en

los poémas epicos, propondré con sumision mi dictamen, sobre una materia curiosa por si misma, que jamas ha sido tratada hasta ahora por critico alguno. Es cierto que Homero, y Virgilio, están llenos de personages imaginarios, que hacen un excelente efecto en la poesía, quando solo se encuentran sin tener accion seguida. Asi Homero personifica el sueño, y le dá un corto papel en su Yliada. Aunque miremos aquel personage como quimerico, debemos reflexionar, que los gentiles le erigieron estatuas, le colocaron en sus templos, é hicieron de el una Deidad efectiva. Homero no emplea tales figuras, sinó para trasladar agradablemente al lector alguna cosa sencilla. Pasa por cima ligeramente, y sus expresiones de aquella especie, mas deben mirarse como frases poéticas, que como descripciones alegoricas. En lugar, por exemplo, de decirnos naturalmente, huyen quando se espantan, introduce la fuga, y el miedo, como compañeros inseparables; en lugar de decir, que habia llegado el tiempo en que Apólo recibiese su recompensa, nos dice que las horas se la traxeron; en lugar de describir los efectos que producia la exida, ó escudo de Minerva, nos dice que el terror, la derrota, el furor, la persecucion, la muerte, y la carnizeria, formaban su orla. Del mismo modo nos representa la victoria, siguiendo á Diomodes, la Discordia como madre de los funerales, y de la tristeza, á Venus vestida por las gracias, y á Belona cubierta del terror, y de la consternacion, como de un vestido. Virgilio nos daria tambien muchos exemplos de esto. Milton se sirve

muchas veces de iguales figuras, como quando dice, que la victoria iba al lado del Mesías, quando marchaba contra los angeles rebeldes; que al salir el sol, las horas abrian las puertas de la luz, y que la discordia era hija de la culpa. Tales son tambien aquellas expresiones, de que usa, quando tratando del canto del ruiseñor, añade que el silencio estaba encantado de oirle; y quando el Mesías manda al cahos, que se tranquilize, y dice que la confusion oyó su voz. Pudiera añadir una multitud de expresiones del mismo genero, que se encuentran en Milton. Es evidente, que estas alegorías no se han hecho, para que se tomen en sentido literal, sinó solo para presentar al lector de un modo agradable diversas ideas. En este supuesto concluyo, que tales personages imaginarios, no deben ser admitidos como principales actores: son demasiado aventurados, para convenir á un poéma heroico, cuyas principales partes deben ser verosimiles.

No puedo menos de creer, que la culpa, y la muerte son actores tan impropios en nuestro poéma, como la fuerza, y la necesidad, en una de las tragedias de Esquiles, que representa aquellos dos personages, atando á Prometéo á un risco, lo que con razon han censurado los mayores criticos. No conozco personage alguno imaginario empleado de un modo mas sublime, que el que se halla en uno de los profetas. Al representar á Dios bajando de los cielos, para visitar los pecados del hombre, añade esta terrible circunstancia: delante de el iba la peste. Es cierto que hubiera podido describir este personage imaginario, con todas sus manchas li-

vidas; hubiera podido hacerle preceder por la fiebre, colocar el dolor á su derecha, el frenesi á su izquierda, y la muerte á sus espaldas: hubiera podido introducirle aqui abajo, haciendole caer de la cabellera de un cometa, ó arrojandole envuelto en un relampago. Podia su aliento corromper la atmosfera, y el fuego de sus ojos devorar á los humanos; pero yo me persuado de que cada lector conocera, que la sencillez de la escritura tiene algo de mas exacto, mas grande, y mas sublime, que quanto el poéta mas fertil hubiera podido inventar.

Crudelis ubique
Luctus, ubique pavor, et plurima mortis imago.
VIRG.

Milton ha mostrado un arte maravilloso, al describir aquella variedad de pasiones, que se despertaron en nuestros primeros padres, despues de su desobediencia. Les vemos pasar del triunfo de su delito, á los remordimientos, á la verguenza, á la desesperacion, á la contricion, á la oracion, y á la esperanza, que les conducen como por grados á un arrepentimiento perfecto. Acia el fin del decimo libro, se postran contra el suelo, y lo riegan con sus lagrimas, á lo qual ha añadido el poéta, la bella circunstancia, de que ofrecen el dolor de su culpa, en el mismo lugar, en donde su juez ha pronunciado su sentencia.

La misma se encuentra en una tragedia de Sophocles. Œdipo, despues de haberse arrancado los ojos, pide que le conduzcan al monte Citherón, afin de acabar su

vida en el mismo paraje, en que habia sido expuesto, y abandonado, despues de su nacimiento, y en donde hubiera muerto, si la voluntad de su padre se hubiera executado.

Jamas deja el autor de dar á sus pensamientos un colorido poético. Al principio de este libro vemos los ruegos de nuestros primeros padres oidos, mediante una corta alegoría, que el autor ha fundado sobre aquel hermoso pasage de la escritura sagrada, en que se dice: *vino otro angel, que se presentó delante del Altar, con un incensario de oro, y se le dió una gran cantidad de perfumes, afin de que ofreciese las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro, que está delante del trono de Dios, y el humo de los aromas, compuesto de las oraciones de los santos, levantandose de la mano del angel, subió á la presencia de Dios* (Apocal., cap. 8, v. 3, 4).

El mismo pensamiento se encuentra tambien en la intercesion del Mesías, que está concebida del modo mas noble, y mas enfatico.

Entre los parages poéticos de la escritura, que Milton ha introducido en su narracion, no debo omitir aquel, en que Ezequiel, hablando de los angeles, que se le aparecieron en una vision, dice, que cada uno tenia quatro caras, y que sus cuerpos, sus espaldas, sus manos, y sus alas, estaban sembrados de ojos.

El concurso de los angeles, que se juntan para oir el augusto decreto, que Dios ha pronunciado contra el hombre, está representado de un modo muy vivo. En medio de aquel juicio, no olvida el Todopoderoso

su misericordia, y manda á Miguél, que execute su comision en los terminos mas suaves, afin de que el animo del hombre, ya oprimido por el remordimiento de su delito, y por el sentimiento de su miseria, no se abandone á la desesperacion.

La conversacion de Adán, y Eva, abunda de los mas tiernos afectos. Apenas se han levantado, despues de la triste noche, que han pasado juntos, quando descubren el aguila y el leon, que persiguen cada uno su presa acia la puerta oriental del paraiso. En este incidente se encuentra una duplicada belleza: no solamente presenta grandes, y exactos presagios, que son siempre agradables en la poesía, sinó que caracteriza ademas, aquella enemistad, que nació entonces entre los animales. El poéta, para expresar las otras novedades de la naturaleza, como tambien para adornar la fabula, con un hermoso prodigio, hace eclipsar el sol. Este fenomeno del cielo produce una magnifica contraposicion. Una nube resplandeciente, y llena de un exercito de angeles, mas luminosos que el mismo sol, baja al mismo tiempo por el occidente. Todo el teatro de la naturaleza está obscurecido, afin de que esta gloriosa maquina aparezca con mas pompa, y mas brillantéz.

No necesito advertir el acierto, con que nuestro autor, que sabe distribuir con la mayor perfeccion sus papeles, hecha mano de Miguél, para desterrar del paraiso á nuestros primeros padres. Este arcangel en aquel lanze, no se presenta con su forma natural; no se acerca á los culpados, con aquel aire familiar,

con que Rafaél hablaba al padre del genero humano, antes de su caida: su presencia, su porte, y su conducta corresponden á su alto rango.

Las quexas de Eva, quando oye que tiene que salir del paraiso, son dignas de notarse. No solo son sus sentimientos los mas propios en aquel caso, sinó tienen tambien, un no sé que de dulze, y de femenino, si se me permite valerme de este termino.

El discurso de Adán al contrario, aunque lleno de sentimientos tiernos, conserva un tono mas varonil, y mas elevado.

El angel conduce á Adán, al monte mas alto del paraiso: expone delante de el todo un emisferio, como el teatro de las visiones, que van á presentarse á su vista. He hecho observar ya, quan superior es el plan de Milton en muchos parages, á los de la Yliada, y la Eneida. El heroe de Virgilio tiene el gusto de ver aparecer en su presencia, todos sus principales descendientes, pero aunque aquel episodio sea justamente admirado, como uno de los pasages mas hermosos de la Eneida, debemos convenir en que el de Milton es de una naturaleza mas elevada. La vision de Adán no se ciñe á una tribu particular del genero humano, sinó se extiende á todo el.

En aquella gran revista de sus hijos, y sus hijas, el primer objeto que se le presenta, es la historia de Caín, y de Abel, tratada con toda la brevedad, y exactitud posible. Aquella curiosidad, y aquel horror natural, que concibe Adán, á vista del primer hombre moribundo, están pintados con el mayor magisterio.

La segunda vision que pasa por delante, es la misma imagen de la muerte, en una gran variedad de situaciones. El angel para darle una idea general de los efectos, que su delito ha producido en su posteridad, presenta delante de el, uno de los asilos del dolor, lleno de personas acometidas de toda especie de enfermedades mortales. Y que belleza no brilla en el parage, en que el poéta, empleando juiciosamente aquellos personages alegoricos, de que he hablado en mi articulo precedente, nos representa á los hombres consumidos de enfermedades crueles, é incurables!

La compasion que esta vista excita en el corazon de Adán, es la mas natural.

El discurso, que la sigue, entre el angel, y Adán, contiene una excelente moral.

Como no hay cosa mas agradable en la poesía, que un contraste bien dispuesto, el autor, despues de este triste espectaculo de enfermedades, y de muerte, presenta otro de diversion, de amor, y de regocijo. El placer secreto que se insinúa en el corazon de Adán, al atender á esta alegre vision, está imaginado con mucha delicadeza. Tampoco debo dejar de hacer mencion, de aquella turba de mugeres licenciosas, que seduxeron á los hombres, hasta entonces buenos, que la escritura llama Hijos de Dios.

La vision inmediata es de una naturaleza totalmente distinta: representa todos los horrores de la guerra; á su vista se deshace Adán en lagrimas, y se abandona á las mas tristes reflexiones.

Milton, para entretener una agradable variedad en

aquellas visiones, despues de haber excitado en el animo de su lector las diversas ideas espantosas, que la guerra puede producir, pasa á las dulces imagenes de los triunfos, y de las fiestas, y presenta despues un bosquejo de la disolucion, y de la luxuria, que atraxeron el diluvio.

Es facil de ver, que el poéta ha copiado de Ovidio su descripcion del diluvio; pero debe reparar el lector, con que juicio ha evitado todo lo que hay de superfluo, ó pueril en el poéta latino. No vemos en su pintura, ni al lobo nadando entre las obejas, ni otra alguna de aquellas imagines vagas, que Seneca reprende, como impropias de aquella gran catastrofe de la naturaleza. Si el poéta ha imitado aquellos versos de Ovidio, en que nos dice que todo era mar, y que aquel mar no tenia riberas, ha tenido cuidado de no extender tanto aquel pensamiento, que merezca incurrir en la censura, que los criticos han pronunciado contra el poéta latino. La ultima parte de aquellos versos de Ovidio es rastrera, y superflua, y es al contrario, en Milton, hermosa, y exacta. La primera parte de la descripcion del poéta inglés en ellos, no desluce la ultima.

Tambien podrá encentrar facilmente el lector, otros pasages analogos, de la descripcion inglésa, y la latina del diluvio, en que sin disputa es superior nuestro poéta. Los cielos cargados de nubes, la rapidez de las lluvias, la elevacion de los mares, y el arco magestuoso, que aparece en el cielo, son imagenes, cuya belleza está al alcanze de todo el mundo.

La circunstancia relativa á la destruccion particular del paraiso, está artificiosamente imaginada, y es conforme á la opinion de muchos sabios escritores.

La transicion del diluvio, á la impresion que hizo sobre Adán, es del todo hermosa, y copiada de Virgilio, aunque el primer pensamiento que contiene, sea mas conforme al gusto de Ovidio.

He extendido mas mis reflexiones sobre este libro precisamente, por que en general no se le mira como uno de los mas brillantes del poéma; y por consiguiente el lector podria dejar de advertir muchos parages dignos de ser admirados. Los dos ultimos libros tratan principalmente, de la salida de nuestros primeros padres fuera del paraiso. Aunque este asunto no sea tan sublime, como los de la mayor parte de los libros anteriores, está variado por incidentes tan nuevos, y por episodios tan agradables, que dichos dos libros no desdicen de este divino poéma. Debo añadir tambien, que si Milton no se hubiera extendido á representar la expulsion de nuestros primeros padres del paraiso, la caida del hombre no hubiera estado completa, y por consiguiente la accion de su poéma, hubiera quedado imperfecta.

Segnius irritant animos demissa per aurem,
Quam quæ sunt oculis subjecta fidelibus.
HOR.

Despues de haber pasado revista á la historia del genero humano, hasta su primer periodo, Milton expone su serie posterior, en una narracion. Ymagina un mo-

tivo muy diestro, para inducir al angel á exponersela á Adán; pero la verdadera razon sin duda, es la dificultad, que el poéta hubiera encontrado, para figurar por medio de objetos visibles, una historia tan mixta, y tan complicada. Yo con todo, hubiera deseado, que el autor lo hubiera hecho, por mas trabajo que le hubiese costado; pues si he de decir libremente mi dictamen, creo que en representar parte de la historia del genero humano en una vision, y parte en una narracion, ha hecho lo mismo, que un pintor, que se contentase con pintar la mitad de su asunto, y pusiese por escrito lo restante. Si el poéma de Milton arrastra, y está languido en alguna parte, es en esta narracion. El autor se ha atenido en tanto grado, en aquel libro, á la theologia, que ha descuidado la poesía. Confieso que la narracion puede animarse con felicidad, quando su objeto es susceptible de ornatos poéticos: como puede verse en la de la confusion que se introduce entre los fabricadores de la torre de Babél, y en la de las plagas de Egypto. La tempestad de granizo, y fuego, y las tinieblas que cubrieron la tierra durante tres dias, se describen en esta con mucha viveza.

El dragon, ó el cocodrilo, tan comun en el rio Nilo, es la figura de Pharaón. El autor le señala con esta alusion, sacada de este sublime pasage de Ezequiel: *Ve aqui lo que dice el Señor: vengo á ti Pharaón Rey de Egypto, dragon grande,* etc. (Exeq. c. 29, v. 3.).

Milton nos representa otra imagen muy noble, y muy poética, en la misma descripcion, que ha sacado casi literalmente de la historia de Moysés.

Se trata en aquel episodio de dar á Adán una idea de la persona divina, que debe rescatar la naturaleza humana, y restablecerla en la bienaventuranza, y la perfeccion de que habia caido; asi el poéta se ciñe al linage de Abraham, del que debia nacer el Mesías: el angel ve yá al patriarca, viajando actualmente por la tierra prometida, lo que comunica una viveza singular, á aquella parte de la narracion.

Como probablemente ha sido la vision del sexto libro de la Eneida, la que ha dado á Milton la idea de este episodio, el ultimo verso es una traduccion de aquel, en que Anchises nombra varios parages de la tierra, por los nombres que deben tener algun dia.

Hec tum nomina erunt, nunc sunt sine nomine terræ.
VIRG.

El poéta ha pintado muy bien el gozo, y la satisfaccion, que experimenta Adán en su corazon, quando oye hablar del Mesías. En el momento, que ve al través de los typos, y figuras, el dia de aquel redentor, se llena de regocijo; pero quando reconoce completa yá la redencion del hombre, y renovado el paraiso, queda arrebatado de un extasis sagrado.

He dicho en mi sexto articulo sobre Milton, que el desenlaze de un poéma heroico debe ser feliz, esto es, que es necesario que el lector sea conducido, por medio de una serie de dudas, temores, penas, é inquietudes, á un estado de satisfaccion, y de tranquilidad; y como la fabula del Paraiso perdido, tan recomen-

dable por otros respectos, era defectuosa en este punto, el poéta ha mostrado su juicio, como tambien la fecundidad de su imaginacion, hallando un modo de remediar este defecto natural de su asunto. La ultima vez que nos presenta al enemigo del genero humano, le pinta sumergido en un abismo de humillacion, y de desesperacion: nos le hace ver mascando tierra, arrastrando en el polvo, oprimido de penas, y de tormentos. Nuestros primeros padres al contrario, recobran su tranquilidad, por medio de sueños, y de visiones agradables; quedan consolados, con promesas de proteccion, y asegurados de algun modo, de una felicidad mayor, que la que han perdido. Por ultimo, Satanás es extremadamente infeliz, en medio de sus triunfos, y Adán dichoso, y triunfante, en el mas alto punto de su miseria.

El poéma de Milton acaba noblemente: los ultimos coloquios de Adán, y del arcangel, están llenos de moral, y de maximas instructivas. El sueño que sorprende á Eva, y que sirve para calmar el desorden de su animo, produce el mismo alivio en el animo del lector, que no és posible dexe de sentir un secreto deleyte, al llegar al ultimo discurso, atribuido á la madre del genero humano.

Heliodóro en sus ethiopicas nos dice, que el movimiento de los dioses se diferencia del de los mortales, en que los primeros no mueven los pies, y no andan paso á paso, sinó resbalan sobre la superficie de la tierra, con un impulso uniforme de todo el cuerpo; y el lector podrá observar el modo poético, con que Mil-

ton atribuye el propio impulso á los angeles, quando van á tomar posesion del paraiso.

El autor ha imitado tambien la conducta del angel, que segun la escritura sagrada, tubo el encargo de sacar de sodóma á Loth, y su familia.

La escena que sorprende á nuestros primeros padres, quando vuelven la vista acia el paraiso, admira singularmente al lector. Y no hay cosa mas natural, que las lagrimas que les vé derramár en aquella coyuntura. El numero de libros del Paraiso perdido, es igual al de los de la Eneida. Nuestro autor en su primera edicion habia dividido su poéma en diez libros, pero aumentando algunas cosas, y dividiendo el septimo, y el decimo, añadió otros dos. Si se reflexiona, se reconocerá, que obró con el mayor juicio en esta segunda division. No la hizó por la quimerica perfeccion, de conformar su numero con el de Virgilio, sinó para arreglar su magnifica obra, de un modo mas exacto, y mas methodico.

Los que han leido al Padre le-Bossú, y á otros criticos que han escrito despues, no me perdonarian, que omitiese el observar la moral particular, que se incluye en el Paraiso perdido. Aunque yo no pienso como ellos, que un autor epico se ocupe en escoger una moral determinada, para servir de fundamento á su poéma, y que despues acomode á ella su historia, creo con todo, que un poéma de aquella especie, sería imperfecto, sinó se pudiese sacar de el alguna gran moralidad. La de Milton es la mas universal, y la mas util que puede imaginarse: se reduce en pocas

palabras, á probar que la obediencia á la voluntad de Dios, hace á los hombres felices, y que la desobediencia á sus ordenes los hace miserables: tal es visiblemente la moral de la principal fabula, si se considera que Adán, y Eva permanecieron en el paraiso, todo el tiempo, en que guardaron la orden formal, que se les habia dado, y fueron hechados de el, luego que la quebrantaron. Esta es tambien la moral del mas importante episodio, que nos muestra, como fué precipitada á los infiernos, una multitud innumerable de angeles, á causa de su desobediencia. Ademas de está grande moralidad, que puede mirarse como el alma de la fabula, hay en el discurso de la obra, una infinidad de excelentes maximas, que hacen aquel poéma mas util, y mas instructivo que otro alguno.

Los que han trabajado sobre la Odiséa, y la Yliada, y sobre la Eneida, han procurado con mucho empeño fixar el numero de meses, ó de dias, que dura la accion. Si alguno quiere ocuparse en examinar este punto, por lo respectivo al poéma de Milton, verá, que desde la primera aparicion de Adán, en el quarto libro, hasta la epoca en que sale desterrado del paraiso, se pasan diez dias. En quanto á la parte de la accion que se describe en los tres primeros libros, como no acaece en los limites de la naturaleza, he advertido yá, que no está sujeta al calculo del tiempo.

A esto se reducen todas mis observaciones, sobre una obra, que honrra infinito á la nacion inglésa. He dado una idea general de ella, bajo estos quatro as-

pectos, á saber, la fabula, los caractéres, los sentimientos, y la locucion, dedicando un articulo particular á cada una de estas partes. He examinado despues lo que se podia censurar en nuestro autor, sobre ellas, y he reducido lo que comprenden estas censuras á dos articulos. Hubiera podido aumentar este numero, si mi humor me hubiera permitido detenerme en una materia tan ingrata; pero creo que no encontrará el lector mas severo, en esta obra de Milton, defecto alguno, que no pueda reducirse á los que yo he notado.

Despues de haber hablado en general del Paraiso perdido, he creido que no bastaba celebrar en general este poéma, sin entrar en el detalle de sus bellezas, y por lo tanto he compuesto un articulo sobre cada libro, en que he procurado, no solo probar que el poéma es hermoso, sinó hacer ver sus bellezas particulares, y dar á conocer en lo que consisten. He observado el merito de algunos pasages, por su sublimidad, de otros, por su dulzura, y de otros, por su naturalidad. He notado los parages mas dignos de señalarse, por los efectos, por la moral, por los sentimientos, y por la locucion. Me he aplicado igualmente á mostrar, quanto brilla el ingenio del poéta por su feliz invencion, por alusiones exquisitas, ó por una imitacion juiciosa; como ha copiado, y adornado á Homero, y Virgilio, y como ha elevado su pronta imaginacion, por el uso que ha hecho de muchas ideas de la escritura sagrada. Hubiera podido insertar tambien varios pasages del Taso, que nuestro autor ha imitado; pero como yo no tengo al Taso por un

garante

garante suficiente, no he querido importunar á mi lector con estas citas, que harian mas honor al poéta italiano, que al poéta inglés. Me he esmerado enfin, en particularizar todas las diferentes bellezas, que son esenciales á la poesía, y que pueden hallarse en la obra de Milton, pero sería fastidioso recapitularlas aqui.

Si yo hubiera creido, al tomar este empeño, que me habia de llevar tan lexos, no lo hubiera emprendido; pero la aprobacion, con que muchas personas, cuyo juicio aprecio, han honrado mi obra, no me dá motivo de arrepentirme, del trabajo que me ha costado componerla.

PARAISO PERDIDO.

SUMARIO

DEL LIBRO PRIMERO.

PROPONESE *el objeto del poéma, que es la desobediencia del primer hombre, y su castigo. Se nombra el autor del pecado, á saber, Satanás, que baxo la figura de la serpiente, seduxo á nuestros primeros padres, para vengarse de Dios, cuya terrible justicia le habia desterrado del cielo, precipitandole al abismo, con los compañeros de su rebelion. Se describe á Satanás, y á sus Angeles, en medio de los infiernos, que no se suponen entonces en el centro del mundo, pues que el cielo, y la tierra, no existian aun, sinó en las tinieblas exteriores, á las que se dá el nombre de cahos. Atropellados por los rayos, se ven allí desfalecídos, y flotando esparramados en un lago de fuego. El Monarca infernal vuelve en sí: dirige la palabra á Belzebúth, y despues despierta sus legiones, que se levantan de las ondas de fuego, y se van juntando en sus orillas abrasadas. Se trata de su numero prodigioso, de su orden de batalla, y de sus principales xefes, baxo los nombres con que los conoció la idolatría. Satanás les habla, les anima con la esperanza de reconquistar el cielo, y les da*

noticia de un nuevo mundo, que debia formarse, que es el nuestro, y del hombre que se debia criar en el, lo que es analogo á la opinion de algunos santos padres, que han creido que el universo fué criado mucho tiempo antes, que este mundo visible. Trata despues el Monarca infernal, de examinar en pleno consejo, lo que pueden hacer, en consequencia de lo que ha propuesto. Sus asociados consienten en ello, y construyen en un momento el Pandemónio, ó palacio de Satanás, en donde las Potestades infernales se juntan para la deliberacion.

PARAISO PERDIDO.

LIBRO PRIMERO.

Del primer hombre la desobediencia
Canto, y la fatal fruta del vedado
Arbol, cuyo bocado,
Desterrando del mundo la inocencia;
Dió entrada á los dolores, y á la muerte;
Y nos hizo perder el paraiso;
Hasta que el hijo del Eterno quiso,
Lleno de amor, baxár á nuestro suelo;
Hacerse hombre, y volver con brazo fuerte;
A abrir las puertas del cerrádo cielo.
  Asisteme piadosa,
O tu! Verdad divina, y encendida,
Unica Musa digna de mi canto,
Que de Oreb en la cima, en la escondida
Cumbre del Sináy, la venturosa
Alma del pastor santo,
Te dignaste alumbrar con tu luz pura,
Afin que á la escogida
Nacion, la prodigiosa historia diera,
La narracion segura,

Del modo con que el orbe, á la primera
Voz de su Criador obedeciendo,
De repente salió del cahos horrendo:
O, si más de Sion, la alta colina:
Te deleita, ó la fuente peregrina
De Silóe, cuyo curso arrebatado
De su divino templo al pie fluyendo,
Te inspire como oraculo sagrado,
Dignate desde alli animar mi acento,
Supuesto que cantar osado intento
Cosas sublimes, nuevas, celestiales,
No cantadas aun por los mortales.
  Tu sobre todo Espiritu fecundo,
Que de un corazon puro la morada
Prefieres, á los templos mas suntuosos;
Tu que el abismo lobrego, y profundo,
Que quando nació el orbe de la nada,
Le envolvia en sus velos tenebrosos,
Con tu calor divino fomentaste,
Tus beneficas alas extendiendo
Sobre el, y á producir, le preparaste;
Pues que nada se oculta á tu alta ciencia;
Descubreme benigno, el ignorado
Orden de los succesos, que pretendo
Cantar, hasta que llegue al deseado
Fin de hacer ver la sabia providencia

De Dios, y los decretos soberanos;
Justos, con que govierna á los humanos.
Dignate, pues que todo está patente
A tu vista, en el cielo, y en el mismo
Centro del infernal profundo abismo,
Dignate revelarme claramente,
Que causa fue, la que hizo desgraciados
Nuestros primeros padres, que gozaban
Del divino favor, quando habitaban
Del Edén los pensiles encantados,
De todo bien tranquilos poseedores,
Fuera de un solo fruto, prohibido,
Afin de que se hiciesen acreedores,
Tan ligero precepto exactamente
Observando, á otro bien no conocido
De los mortales, á la deliciosa
Suerte de ver á Dios eternamente,
Del cielo en la morada venturosa.
Dime quien fué el cruel que los sedujo.
Satanás solo, la infernal serpiente
Fué, el que de envidia, y de furor ardiendo
Contra su Eterno dueño, desde el dia
En que de su sobervia, y rebeldia
Le castigó arrojandole al horrendo
Abismo, con millones de otros fieros
Angeles de su culpa compañeros,

Quiso vengar en el linage humano,
Objeto del amor del soberano
Señor, á quien sus iras dirigia,
Lo que en su ser excelso no podia.
El miserable, de sobervia erguido,
De una multitud de Angeles seguido
Vanos como el, se habia lisongeado,
Ynsano, colocar su trono al lado
De su eterno hacedor, desconociendo
Todos, que á su bondad sola debian
Los dotes, y el ser mismo que tenian;
Llegando á tanto el atentado horrendo,
Que contra Dios se armaron,
Y á hacerle impia guerra se arrojaron.
Intento vano! el brazo omnipotente
Los precipitó á todos, abrasados
En vivas llamas, desde el eminente
Alcazar de los cielos, con horrible,
Y vasta ruina, á aquel infernal suelo;
Sima sin fondo, en donde los malvados,
Con cadenas de bronce aherrojados,
Consumidos de un fuego inextinguible;
Sufren á un tiempo mismo, sin consuelo;
Eternamente, el frio, las mortales
Angustias, y otros infinitos males.
Mientras que nueve veces mide el dia,

Y otras tantas la noche tenebrosa;
Del tiempo á los humanos la carrera,
El fiero Arcangel, con su turba impia,
Aturdido rodó, en la tempestuosa
Superficie de aquellas formidables
Olas de fuego, que en la sima fiera,
Entre negros peñascos espantables,
Forman un lago inmenso, y turbulento.
Al fin como inmortal, restituido,
Para padecer mas, á su sentido,
Recorre en su agitado pensamiento,
Con amargo dolor, ya la perdída
Felicidad, ya el bárbaro tormento,
A que está para siempre reducido.
Vuelve despues la triste, y encendida
Vista, á lo lexos, á uno, y otro lado.
En sus ojos, el triste abatimiento,
El desmayo profundo, está pintado,
Junto à la endurecida
Sobervia, y al rencor mas obstinado.
Dá al contorno una funebre mirada,
Tan lexos, como alcanzan los vivaces
Ojos de un Angel, por la dilatada
Extension, y á sus miseros sequaces,
Vé en aquel mar ardiente amortecidos;
Fluctuar entre las ondas esparcidos.

Observa á todos lados una obscura
Boveda inmensa, que las llamas cubre
Del lago, que en lugar de una luz pura,
No esparcen mas que palidos horrores
De un resplandor funesto, una palpable
Lobreguéz, que descubre
Aquel vasto recinto de dolores,
Asilo de las sombras espantable,
Y visiones horribles. Desgraciada
Region, que para siempre está cerrada
Al reposo, y la paz; que aun la esperanza;
Que á todas partes lleva su consuelo,
Jamas visita; en donde la venganza,
Sobre el malvado, agota el justo cielo,
Con diluvio de fuego, alimentado
Eternamente por su soplo airado.
Tal es la prision dura, preparada
Por la justicia del Eterno dueño,
Para siempre, á aquel Angel insolente,
Y á la turba rebelde, y obstinada,
Que sus vanderas sigue. Un breve sueño
Fué su felicidad. ¡Quan diferente
Era, ó suerte! el lugar en que habitaron;
Quando de Dios las manos los formaron!
Tres veces mas, que desde el eminente
Polo septentrional, hasta el segundo

Polo, que á una con el sostiene el mundo,
Hay desde aquel divino
Alcazar, á su carcel, de camino.
  Mas ya el furioso Arcangel, descubriendo
Sus sequaces, en medio del horrendo
Fuego, de un incesante torbellino
De rayos, que sobre ellos, apiñados
Llueven aun del cielo, atolondrados,
Dá un profundo gemido, y distinguiendo
Al fiero Belzebúth poco distante,
Le habla con ronca voz de esta manera:
  « ¡ Si eres tu aquel..! ¡ mas oh! ¡ quan diferente,
» Quan distinto, del que era
» Hace poco una estrella tan brillante,
» Un principe glorioso, y eminente,
» En aquellas regiones venturosas,
» Moradas de la luz, y la alegria!
» ¡ Del que, entre mil millones de gloriosas
» Deidades, en beldad sobresalia!
» ¡ Si eres tu aquel, que en la atrevida guerra,
» Conmigo unieron en estrecha alianza,
» Los planes, los deseos, la esperanza,
» Como ahora la desgracia nos encierra
» Juntos, en este abismo tenebroso!
» ¡ Si eres aquel Arcangel poderoso
» Igual á mi; que ruina lamentable,

» Nos perdió para siempre! ¿Y quien podia
» Adivinar la fuerza formidable
» De sus ardientes rayos? ¿ Quien habia
» De pensar, que á un exercito sin cuento
» De espiritus tan nobles, é inmortales,
» Precipitar lograse en un momento,
» Del cielo, hasta estas simas infernales?
» Pero todo el furor de ese terrible
» Enemigo, ni el mal, que aun puede hacerme,
» Jamas podrán al arrepentimiento,
» Ni á la menor bajeza resolverme.
» Por mas que pierda el resplandor visible,
» La magestad augusta,
» Primer objeto de su envidia injusta,
» Que corresponde á mi naturaleza,
» Jamas dexará mi animo inflexible
» El odio, la venganza, que ha jurado,
» A ese Altísimo ser, que me ha obligado,
» Humillando envidioso mi grandeza,
» A disputarle el cetro, sostenido
» De innumerable exercito, escogido
» Entre los inmortales
» Seres tratados con igual vileza,
» Que mis nobles vanderas prefirieron
» A las de su opresor, que defendieron
» Conmigo sus derechos naturales,

» Combatiendo en los campos celestiales
» Con dudosa batalla, y conmovieron
» Su eterno trono. Es cierto que perdimos
» El campo: ¿mas que importa? No está todo
» Perdido, si concordes retuvimos
» El animo invencible,
» Y nos queda el ingenio necesario,
» Para encontrar un modo,
» Por mas que sea osado, y temerario,
» Con que saciar el odio inextinguible,
» La venganza, la ira,
» Que ese fiero enemigo nos inspira:
» Si nos queda firmeza,
» Para repugnar siempre la bajeza
» De obedecerle, de doblar rendidos
» El cuello al yugo, ó darnos por vencidos.
» ¡ Antes de esto perezca mi memoria!
» Toda su rabia, toda su potencia
» Agotará, sin conseguir la gloria
» De haberme reducido á su obediencia,
» Sin lograr, que le doble la rodilla,
» O le pida perdon. Aunque á la silla,
» Que en el cielo he perdido, me volviera,
» Y al lado de su trono me pusiera,
» Bastara, que viniese de su mano
» El don, para que yo lo aborreciera.

» Jamas estará ufano,
» De que le adore yo. Mayor baxeza
» Sería, que esta misera caida,
» El adorar á aquel, que ha vacilado (1)
» En su trono elevado,
» De este brazo al sentir la fortaleza.
» Y pues que ser no puede destruida
» De un hijo de los cielos la existencia,
» Pues que ha dispuesto el hado,
» Que este divino ser, que poseémos,
» Sea inmortal, sus iras despreciémos.
» De esta misma desgracia á la experiencia,
» Sin abatir nuestro animo indomable,
» Una leccion preciosa deberemos
» De cautela, y prudencia,
» Para hacer una guerra interminable,
» Por arte, si por fuerza no es posible,
» A ese enemigo, hasta ahora tan terrible.
» Esta esperanza debe dar aliento
» A los nuestros, y mas en un momento,
» En que de su victoria envanecido,
» Triunfa en el cielo solo, y sin rivales,
» Desprecia nuestras fuerzas desiguales,
» Y no recela ser acometido,
» Dexandonos el tiempo suficiente,
» Para adoptar el medio mas prudente. »

Asi

Asi habló Satanás, en la apariencia
Intrepido, mas dentro acongojado,
Maldiciendo su misera existencia,
De su debilidad desesperado:
A lo que en tono ronco, y lastimero,
Asi le respondió su compañero:
« ¡ O Principe ! ¡ O caudillo generoso
» De tantos Tronos, tantas Potestades !
» ¡ Que de los Serafines ordenados,
» Conduxiste los fieros batallones,
» Al combate mas justo, y peligroso,
» Que ocurrir puede en todas las edades !
» ¡ Tu, que con tus heroicas acciones,
» Incapaz de temor, dudár hiciste,
» Si debe el Criador omnipotente
» Su autoridad suprema, al contingente
» Hazár, ó si en su mismo ser consiste !
» ¡ Ah ! ¡ Demasiado vi la inesperada
» Confusion, la derrota desastrada
» De todo nuestro exercito valiente,
» Despues de hacer temblar extremecida,
» Con sus esfuerzos la extension del cielo:
» La fiera destruccion, que de la vida
» Feliz (pues que otra no puede quitarnos,
» Siendo Deidades, la enemiga suerte),
» Nos privó, y nos entrega al desconsuelo

» De otra peor, é interminable muerte,
» Que en este abismo debe atormentarnos!
» ¿ Que fruto, con efecto, sacarémos
» De nuestra eterna, y misera existencia,
» Si ese Dios... (por que al fin la omnipotencia
» Confieso que negarle no podemos,
» Pues nunca á nuestro exercito glorioso
» Venciera, sinó un Todopoderoso)
» Si ese Dios quiere, que entre los horrores
» De este fuego, sirviendo á sus furores
» De triste cebo, en indecibles penas,
» Arrastrémos muriendo sus cadenas;
» Si ese Dios, digo, nos conserva vivos,
» Solo para saciar su atroz venganza,
» Con tormentos eternos, y excesivos?
» ¿ En este caso, puestas en balanza
» La muerte, y vida, quanto mejor fuera,
» Que de una sola vez nos destruyera?
» Sea qual fuere, le replica osado
El infernal caudillo, « nuestra suerte,
» Mas, ó menos cruel; solo una fuerte
» Resolucion, un animo invencible
» Harán, que sea menos desgraciado
» Nuestro destino, no una vil flaqueza.
» Hasta ahora ignoro su naturaleza;
» Pero qualquier que fuere, es imposible,

» Lo sabes como yo, que en adelante,
» Tu corazon, y el mio gozar puedan
» De algun bien: incapaces de mudanza,
» La roedora envidia, la constante
» Sed insaciable de una atroz venganza;
» Son los solos placeres, que nos quedan.
» Hacer mal, debe ser nuestra incumbencia
» Unica, por lo mismo que el no quiere,
» Sinó es el bien. Lo que el amare odiemos,
» Y lo que aborreciere fomentemos.
» Quando su providencia
» Sacár bien de los males pretendiere,
» Procuremos nosotros lo contrario.
» Pues que se reservó nuestro adversario;
» Como un Dios, para si, el placer divino
» De hacer bien, nuestro lote son los males;
» Sigamos cada qual nuestro destino,
» Mas juntemos el arte á la osadia,
» Que, ó yo me engaño, ó llegará algun dia,
» En que, á pesar de nuestras desiguales
» Fuerzas, el alto triunfo consigamos,
» De perturbar sus planes mas secretos,
» Y de humillar su odiosa tirania,
» Burlando sus despoticos decretos;
» Unico alivio, que esperar podamos,
» En la funesta situacion que estamos.

» Mas á lo lexos, acia el cielo mira,
» Que el vencedor su exercito retira,
» Que aun aquella sulfurea lluvia espesa
» De rayos, y de piedra, que caía
» En torrentes de fuego, y perseguia
» Constante nuestras huestes aterradas,
» Hasta aqui mismo, por momentos cesa;
» Que no retumban ya las dilatadas
» Bovedas de este abismo, con el fiero
» Huracán, é incesantes estallidos
» De prolongados truenos, ni el ligero
» Resplandor de relampagos seguidos,
» Interrumpe, como antes, la palpable
» Lobreguez de esta carcel formidable.
» Sea pues que el enemigo haya agotado
» Sus armas, ó que ya se haya cansado
» Su furor, ó mas bien, que envanecido
» De su victoria, en despreciable olvido
» Nos dexe, este momento aprobechemos
» Feliz, y nuestra ruina reparemos.
» ¿ Ves acia aquella parte una llanura
» Inmensa, y desolada,
» Cubierta toda de una niebla obscura,
» Apenas por los palidos fulgores
» De este lago de fuego penetrada,
» Infecunda region, desierto suelo,

» Triste abrigo de todos los dolores?
» Acia ella dirijamos nuestro vuelo.
» Alli, ya libres del balance horrible,
» De estas ondas del lago proceloso,
» Hallarémos quizás algun reposo,
» Si es ¡ ay de mi ! posible,
» Que habite este lugar desventurado!
» Alli, nuestros guerreros, esparcidos
» Por ese ardiente mar, reunirémos,
» Afin de que sus pechos abatidos
» Recobren su valor acostumbrado.
» Despues con madurez tratár podrémos;
» Juntando de los xefes el senado,
» De acertar con el plan mas ventajoso,
» Para dañar á ese enemigo odioso,
» Reparar nuestras perdidas, y acaso
» Sacar utilidad de este fracaso,
» Pues á lo que no llega la esperanza,
» La desesperacion tal vez alcanza. »
Asi en el desmayado compañero,
Entre las negras llamas sumergido,
Satanás, el antiguo ardor guerrero
Procura despertar, adormecido,
Y desde el pecho arriba con presteza,
La espantosa cabeza,
Sobre el liquido fuego levantando,

Centellas de los ojos arrojando,
Registra ansioso la desconocida
Boveda, para ver si halla salida.
Lo restante del cuerpo desmedido,
En las sulfureas olas extendido,
Veinte estadios ocupa, à semejanza
De los Gigantes hijos de la tierra
Briaréo, ó Typhón, cuya pujanza,
Segun pinta la fabula, al potente
Jupiter hizo formidable guerra,
Hasta que enfin, armado del ardiente
Rayo, los hizo caer precipitados,
Y junto á Tarso fueron sepultados.
Tal en las ondas la Ballena inmensa,
Reyna del mar, de lexos aparece,
Que quando inmovil duerme entre la densa
Niebla, que es tan frequente en la apartada
Costa de la Noruega, siempre elada,
Al pescador atonito parece
Una isla, y confiado, en su piel dura
El ancora clavando, cree segura
Su debil barca, hasta que en el oriente,
La suspirada Aurora se presente.
Asi el infernal Principe extendia
Su cuerpo enorme, sobre el inflamado
Golfo, en que para siempre encadenado,

Gemido hubiera, si el Omnipotente;
Que acrecentar su humillacion queria,
Y su castigo, no le permitiera,
Que de aquella prision cruel saliera.
Por este medio aquel endurecido
Monstruo, al forjar ansioso las agenas
Miserias, nuevamente confundido,
Habia de agravar sus propias penas,
Y ver, de eterna rabia consumido,
Que solo habia servido su malicia,
Contra el linage humano dirigida,
A dar mayor realce á la justicia
De Dios, con su sentencia,
Por sus nuevos delitos merecida;
Y á su inmensa bondad, á su clemencia,
Con el perdon piadoso, concedido
Al hombre, por su envidia seducido.
Mas ya, en el fuego liquido estribando,
De pie se pone el infernal Gigante,
A un elevado monte semejante.
Retroceden bramando,
De ambos lados, las olas inflamadas;
A impulso de los brazos separadas,
Y al paso que se alejan,
Un vasto ahumado valle, entre ellas dexan.
El sus enormes alas extendiendo,

Con espantoso extruendo,
El ayre corta, rápido, que gime
Bajo el no usado peso, que le oprime.
En breve tiempo pisa la ribera
De la remota tierra, si pudiera
Asi llamarse, un suelo eternamente
Inflamado, y en nada diferente,
Sinó en la solidez, del que fluctuaba
Dentro del lago; un calcinado suelo
Semejante á los trozos formidables
De ardiente, y dura lava,
Que arranca de sus asperas entrañas,
Y escupe el abrasado Mongibelo,
O el Vesubio, agitados de espantables
Convulsiones extrañas,
Quando el aire en su centro comprimido
Arde, y su carcel rompe embravecido,
Con humo denso el dia obscureciendo,
Estragos, y terrores esparciendo.
Alli el caudillo, y su lugar-teniente
Belzebúth, que de cerca le ha seguido,
El vuelo paran, y concordemente
La nueva libertad, de haber salido
Del lago ardiente aplauden, qual si fueran
Deidades, que á sus fuerzas la debieran,
Ignorando que Dios la permitia,

Para mas confusion de su osadia.
« ¡Es esta la region, es este el clima,
» Grita el precito Principe, gimiendo,
» Que hemos cambiado, por la excelsa cima
» Del cielo, por su estancia luminosa!
» Sea asi, pues que aquel, cuya espantosa
» Fuerza, está de la suerte disponiendo,
» Lo halla por justo. Quanto mas remotos
» De el estémos, pues somos desiguales
» A el en poder, aunque en el resto iguales,
» Tanto mas consolados viviremos.
» ¡Adios pues, dulce objeto de los votos
» De nuestro corazon! ¡Adios moradas
» Celestiales! ¡Mansiones deleitosas
» Del gozo, á donde nunca volveremos,
» Por siempre adios! ¡Salud, ó temerosas
» Regiones, por las sombras habitadas!
» ¡Salve principalmente, ó tu! hondo infierno!
» Tus puertas abre á tu Monarca eterno,
» Al nuevo poseedor de tus horrores,
» A aquel cuyo caracter inflexible,
» Por mas que el cielo agote sus furores
» Sobre el, que corra el tiempo, ó que cambiare
» De lugar, ó de estado, es imposible
» Que la menor mudanza experimente.
» ¿Y á que mudar? En donde me encontrare,

» Formar puede mi mente,
» Pues que en si sola existe, si es preciso,
» Aun del infierno mismo un paraiso,
» Como del propio cielo un cruel infierno.
» Nuestra dicha consiste,
» No en la naturaleza del externo
» Lugar, á que la suerte nos destina;
» Sinó en la voluntad. Esta divina
» Facultad, lisongeando nuestro triste
» Corazon, y calmando sus dolores,
» En placeres convierte los horrores.
» Guarde su cielo pues, nuestro enemigo;
» Que á su corte servil anteponemos,
» Reynar en este abismo, á cuyo abrigo
» La dulce libertad conservarémos.
» Nuestra felicidad, unicamente
» En no serle inferiores coloquemos.
» Ni hay que temer, que de este Reyno intente
» Privarnos. Ya su rabia lo ha criado
» Tal, que no pueda sernos envidiado.
» Mas despertemos á nuestros queridos
» Amigos, en el lago amortecidos.
» Tratemos de inspirarles nuevo aliento:
» Ya que una misma ruina nos aterra,
» Dividan el alivio, que encontramos
» En esta firme, aunque funesta tierra;

» Y reunidos en noble ayuntamiento,
» Con reflexion veamos,
» Si nos conviene renovar la guerra
» Contra el despota cruel, ó interiormente
» Nuestro implacable enojo alimentando,
» Para una hora oportuna, ir cautamente
» Las mas sabias medidas preparando.»
» ¡ O capitan! ¡ O xefe valeroso,
Responde Belcebúth, « de aquel luciente
» Exercito, al que nada resistiera,
» A no ser solo el Todopoderoso!
» Apenas oigan nuestros atrevidos
» Guerreros los acentos conocidos
» De esa voz, con que en tantas ocasiones;
» En medio de los riesgos, inspirastes
» Nueva audacia á sus fieros batallones,
» Y las fuerzas de un Dios equilibrastes;
» Esa voz, que es la prenda mas segura
» De su esperanza, en la refriega dura;
» Está seguro, de que en el momento
» Despertarán del triste abatimiento,
» Del letargo en que están en ese lago,
» Nada estraño, despues del fiero extrago,
» La horrible rapidez, con que han caido,
» De mucho mas allá del firmamento,
» A esa profunda sima del olvido.»

Sin dexarle acabar, marcha el caudillo
A la orilla del lago: el vasto escudo
De celestial materia fabricado,
Compacta, impenetrable, que desnudo
Al brazo izquierdo lleva, esparce un brillo,
Qual de la luna el disco dilatado,
A los curiosos ojos reflexaba
De aquel sabio toscano, que ayudado
Del telescopio, ansioso la observaba
De la cima de Fésole, advirtiendo,
En las que á nuestra vista parecian
Manchas, tierras, y mares, distinguiendo;
Aun montañas, y selvas, que extendían
A lo lexos sus sombras prolongadas,
En aquellas regiones ignoradas.
Lleva en la mano su espantosa lanza;
Con la qual comparado el alto pino,
Que á las nubes sobervio se avalanza
En la elada Noruega, con destino
A ser palo mayor de una guerrera
Nave almiranta, un junco pareciera.
Sobre ella se sostiene, y lento avanza
Con paso incierto, sobre el encendido
Desigual suelo, no con la ligera
Noble presteza, con que en la llanura;
Volaba, de los cielos, algun dia.

Su cuerpo (2) por el fuego atormentado,
Y por la interior pena que le apura,
No siente ya el esfuerzo que tenia.
Llega enfin á la orilla, y esparcidos,
Ve fluctuar sin sentido sus guerreros,
A fuerza de terror amortecidos,
En numero mayor, que en Val-umbrosa,
La muchedumbre de ojas asombrosa,
Que el suelo cubre, desde los primeros
Dias de otoño, hasta que apresurado,
El duro invierno extiende el cetro elado;
O qual los juncos secos amontona
El encendido Orion, en la ribera
Del mar bermejo, que segun menciona
Del Hebreo la historia verdadera,
Aquel pueblo, que el cielo protegia,
Pasó á pie seco, y donde perseguido
Por Faraón, que con su numerosa
Hueste vio entre sus ondas sumergido,
Celebró con cantares de alegria
La subita victoria milagrosa;
De la segura orilla contemplando
Sus carros destruidos, anegadas
Sus falanges, en medio de las fieras
Olas, de sus cadáveres sembradas,
Que hasta sus pies, bramando,

Sus despojos preciosos le trajeron,
Riquezas tales, que sus lisongeras,
Codiciosas ideas excedieron.
Al contemplar aquella muchedumbre
De Ángeles, para siempre desdichados,
Siente el caudillo nueva pesadumbre;
Mas con tonante voz, sus aterrados
Batallones convoca, repitiendo,
Los infernales ecos el estruendo.
« ¡ O vosotros, les grita, flor del cielo,
» En otro tiempo vuestro, ahora perdido!
» ¡ Príncipes, Serafínes, Potestades!
» ¿ Que es de vuestro valor, de vuestro zelo
» Por la causa comun? ¿ Unas Deidades,
» Quales lo sois, es dable que al olvido
» Asi se entreguen? ¿ Ha llegado á tanto
» Nuestra desgracia, que á un cobarde espanto,
» Vuestro antiguo valor haya cedido?
» Mas cansados quizá del trabajoso
» Combate, ¿ pretendeis hallar reposo
» Sobre las llamas de este lago horrible;
» Y con sueño apacible,
» Como allá en las mansiones celestiales,
» Restaurar vuestras fuerzas agotadas?
» ¿ O bien quereis, en esa vil postura
» Postrados, como subditos leales,

» Adorar á ese vencedor altivo,
» Que de las apartadas
» Bovedas del Empireo, en esta obscura
» Laguna, os vé con el placer mas vivo,
» Hechos juguete de sus olas fieras,
» Con vuestros carros, armas, y vanderas?
» ¿ Aguardais por ventura,
» Que vuestro torpe abatimiento viendo,
» Ansiosos aprobechen sus ligeros
» Soldados, tan funesto parasismo?
» Que con nuevo furor acometiendo,
» Agoten en nosotros sus postreros
» Rayos, y en lo mas hondo de este abismo,
» Entre sus torbellinos inflamados,
» Nos dexen para siempre encadenados?
» ¡ Alzáos pues, armáos con presteza,
» O doblád al vil yugo la cabeza! »
Despiertan todos al horrible acento,
Y de su torpe miedo avergonzados,
Se ponen al instante en movimiento.
Hierven las ondas, á los formidables
Impulsos de sus alas, que ya el viento,
Silvando cortan, sus inumerables
Esquadras trasladando á la ribera,
Donde el fiero caudillo los espera.
Asi las descuidadas centinelas,

Que el sueño vence en las nocturnas velas,
De la alarma á la voz sobresaltadas,
Los vapores letárgicos sacuden
De sus robustos cuerpos, é indignadas,
A combatir al enemigo acuden.
Como al tender la vara milagrosa,
De Amrán el hijo, sobre el obstinado
Egipcio, densa nube tenebrosa
De langostas aladas, por el viento
De Oriente conducida, volvió el dia
En noche, en aquel Reyno dilatado,
En que su muchedumbre no cabia,
Asi con repentino movimiento,
Y con horrible estruendo, en un momento,
Aquel enxambre de Demonios sube,
Y el lago asombra qual inmensa nube.
No vomitó jamas el proceloso
Elado Norte, de su belicoso
Seno, un numero tal de batallones,
Quando el Rhin, y el Danubio, sus riberas
Vieron hervir de bárbaras vanderas,
E ignoradas naciones,
Que al modo de un diluvio arrebatado,
Inundaron de Europa las regiones,
De la Noruega elada, al elevado
Calpe, y aun desde alli, á los encendidos
Arenales

Arenales del Africa escondidos.
En mayor multitud las infernales
Legiones, en sus alas balanceadas;
Sobre el negro horizonte, á las señales
De su Principe atienden,
Y por sus capitanes ordenadas,
Al suelo ardiente rapidas descienden.
Los primeros magnates ya rodean
Al temído Monarca. Su figura,
Sus armas, su estatura,
Su vigor, nada tienen de mortales:
De resplandor vestidos centellean,
Como que sobre tronos celestiales,
Algun dia sentados estuvieron;
Mas ya sus malhadados nombres fueron;
Para siempre del libro de la vida
Borrados, por la culpa cometida.
Ellos en su sobervia pertinaces,
Otros nuevos despues substituyeron,
Sacados de las mas viles pasiones,
Segun que los juzgaron eficaces,
Para engañar los miseros humanos;
Hacerse tributar adoraciones,
Tener altares, y de inciensos vanos
Saciar su orgullo, qual si Dioses fueran;
Y á ellos todos los cultos se debieran:

Con efecto, á los hombres pervirtieron;
Entre ellos esparciendo mil errores,
Que de Dios se olvidasen, consiguieron,
Y les prostituyesen los honores
Divinos, que al Criador solo debian,
Baxo de extraños nombres, y figuras,
Ya de astros que en el cielo relucian,
Ya de monstruos, ya de hombres, de reptiles,
Y aun de plantas, y de entes los mas viles,
Uniendo el culto, con las mas impuras
Costumbres, y delitos vergonzosos,
Gratos á aquellos Angeles odiosos;
La pompa, el explendor, y la alegria,
Que á aquel perverso culto acompañaban,
Mas y mas á los hombres engañaban,
Extendiendo la atroz idolatria;
Permitíendolo asi la providencia,
Para probar al hombre envanecido,
De su corta razon la insuficiencia,
Y castigar de nuevo la insolencia
Del Diablo, en su sobervia endurecido.
Dime ahora, ó Musa! por los nombres varios,
Que adoptaron, los xefes principales,
Que al frente de las tropas infernales,
A la voz los primeros acudieron
De su Monarca, y que sus temerarios

Proyectos, con sus votos sostuvieron,
Y tambien los que menos arrojados,
A la paz se mostraron inclinados.
Molóch al frente está de los primeros,
Molóch, que de los llantos lastimeros
Maternales, gozoso se apacienta,
Y de sangre de niños se alimenta,
Quando sobre sus bárbaros altares
Los vé sacrificados á millares,
De las manos de su ídolo nefando
A la espantosa hoguera,
A sus pies encendida, resbalando,
Mientras que sus gemidos, una fiera
Musica de panderos, y tambores
Cubre, volviendo en fiesta los horrores.
Este tambien fue el monstruo, que emulando
De Dios la gloria, en el augusto templo
De Sión introdujo temerario,
Su ídolo, hasta en su mismo santuário,
Dando á sus camaradas el exemplo
De insultarle en su trono cara á cara,
Sacrílego erigiendo, junto al ara
De Jehová, sus altares, y su silla,
Frente al Arca, en que estaba colocado,
Sobre los Querubines apoyado,
Y haciendo que los hombres, la rodilla,

En la presencia, humildes le doblasen,
De su mismo Criador, y le adorasen:
Audacia de los otros imitada,
Que el santo templo convirtio en impura
Morada de desorden, de locura,
A los vicios mas torpes consagrada.
A su culto reduxo la regada
Llanura de Rabbá, y el Ammonita
Pueblo. De alli á Basán, y Argól pasando,
A las tierras, que el rio Arnón limita,
Fue su aspero dominio dilatando;
Y hasta Hinnón mismo propagó sus leyes.
Con el tiempo el mas sabio de los Reyes
Cayó en sus lazos, y con increible
Ceguedad, abrazando el culto horrible,
Llegó á insultar al Todopoderoso,
Erigiendole un templo, en el famoso
Monte, que del oprobio fue llamado.
Despues llegaste tu, espantajo obsceno!
Por las credulas hijas adorado
De Moab. Tu, ó Chamós! que del veneno
De tu culto á Aroér atosigaste,
Y á Nebó; que de alli lo propagaste
Hasta Hesebón, y adonde se extendia
El desierto al ardiente mediodia,
Pasando á la llanura deleitosa

De Sibmá, por sus vinos afamada;
Desde alli á Eleálé, y á la azufrada
Laguna, que aun humea tenebrosa
De los fuegos del cielo, con que ardieron
De Sodoma, y Gomórra las ciudades,
(Triste recuerdo á todas las edades),
Que en donde están sus aguas florecieron.
Peór, aquel Dios falso se nombraba
En el Hebreo pueblo, quando daba
Junto á Setím, á su idolo profano,
Al salir del Egipto culto impuro,
Que la torpe luxuria presidia,
Y que atraxo un castigo largo, y duro;
Sobre aquel pueblo ingrato, de la mano
De Dios, cansado de su rebeldia.
Viose despues el idolo execrable
En el monte de oprobio, ya nombrado;
Al lado de Molóch entronizado,
La luxuria reunir, y la alegria
De sus fiestas, al eco lamentable
De las victimas tristes, abrasadas
A los pies del sangriento compañero.
¡ Contraste cruel! en que naturaleza,
Vió con horror sus leyes trastornadas,
Y que duró, hasta tanto, que el piadoso
Rey Josías, ardiendo en un sincéro

Zelo, contra tan bárbara torpeza,
Las ofensas del Todopoderoso
Vengó, aquellos altares destrozando,
Y sus impuros idolos quemando.
Despues de estos, veloces acudieron
Todos aquellos Angeles inmundos,
Que del antiguo Eufrates, los fecundos,
Y extendidos paises poseyeron,
Y á su dominio, desde alli, reunieron,
Quanto media, hasta aquel pobre arroyuelo,
Que del moreno Egipcio, el fertil suelo,
De la Siria separa.
Los mas autorizados se llamaban
Astaróth, y Baál, con lo que daban
A conocer su sexo diferente,
Aun mas que su caracter, pues la rara
Facultad los Demonios poseian,
De adoptar aquel sexo, que querian (3),
Y aun variar prontamente
A voluntad: tal es la sutileza
De aquella superior naturaleza,
No qual la nuestra, material, pesada,
De huesos, y de carne fabricada,
Carga, bajo la qual nuestra alma gime,
Y que su natural vigor oprime,
Sinó es etérea, transparente, y pura,

Que quando quieren, muda de figura,
Pequeña, ó grande, obscura, ó luminosa,
Suelta, ó compacta, bella, ó pavorosa,
Segun que lo requieren sus amores
Infames, ó de su ira los furores.
Por tales monstruos, el linage humano
Olvidó â su Hacedor, y envilecido,
A los brutos mas bajos dió rendido
Adoracion, creyendo que habitaban
Sus Deidades en ellos. ¡ Culto insano !
Increible ! que atraxo la ruina
Aun á los Israelitas, que gozaban
Con tal favor la proteccion divina.
  Astoréth, con escolta numerosa
Vino despues, envuelta en tenebrosa
Nube: Astoréth, que fue mas adelante,
Baxo el nombre de Asthárte respetada,
Como Reyna del cielo, del brillante
Creciente de la luna coronada,
A la que dieron culto las Sidónias
Doncellas, con nocturnas ceremonias,
Y cantos amorosos.
Sión tambien sus ritos misteriosos
Adoptó, y un Monarca, á quien el cielo
Colmó de beneficios sin medida,
La edificó sobre la cima erguida

De un monte, en medio de arboles frondosos,
Un magnifico templo, sin recelo
De la ira del Eterno, el culto sacro
Partiendo entre el, y el torpe simulacro.
Llegó despues Thamúz, por cuya herida,
Hecha por una fiera enfurecida,
Que cada año se abria, derramaban
Las hijas de Sidon amargo llanto,
Baxo el sombrío manto,
Que los Cedros del Líbano formaban,
Del escondido prado en la verdura,
Donde estaba su triste sepultura.
Un dia aquellas virgenes lloraban
Su infausta muerte, mientras silencioso
El rio Adonis, que se suponia
El herido Thamúz, con las sangrientas
Aguas bañaba el campo delicioso,
Y en dos brazos partido, se metia
En el mar, que de purpura teñia,
Mezclado con sus ondas turbulentas.
Pronto corrió esta fabula amorosa
Por todas partes; y qual contagiosa
Peste, aun á Sión misma emponzoñaba,
Quando Ezequíel, por el hendido muro,
De orden de Dios, miró lo que pasaba
En lo interior del templo, y espantado,

Los llantos vió, con que se celebraba,
Delante del señor, el culto impuro,
En su recinto sacro profanado,
Y de Judá las hijas seducidas,
Con sus infames ritos pervertidas.
A esta falsa Deidad sigue el monstruoso
Idolo, que de veras afligido,
Con llanto doloroso
Regó su altar, quando precipitado,
Cayó á los pies del Arca hecho pedazos:
Del Arca, que el contaba haber traido
A su profano templo prisionera,
Y que de su alto trono, separado
De la cabeza, el tronco, y de los brazos,
Le hizo rodar al suelo. Su nombre era
Dagón: su simulacro presentaba,
De medio cuerpo arriba, la figura
De un hombre, lo demas, de la cintura
Abajo, en pez disforme remataba.
Los campos de Ascalón, y los hermosos
Valles de Ger, el culto profesaron
De esta Deidad marina;
Temblando la adoró la Palestína;
De Gaza, y Accarón los belicosos
Pueblos, á el sus inciensos tributaron
Y el rico templo, que en Azót tenia,

Insultar á los cielos parecia.
  Y tu, Rimmón, tambien alli acudiste;
Tu que el pais de Damasco poseiste,
Regado por las aguas cristalinas
Del Abána, y Farfár, cuyas riberas
Amenas, y de frutas peregrinas
Colmadas, fueron causa, que atraxeras
Al fin la Siria toda á tu obediencia.
No contento con esto, la insolencia
Tambien tuviste, de ir con tu profano
Culto, á insultar al Dios omnipotente,
En medio de su pueblo, astutamente
Al Rey Acház venciendo,
Que fue tu vencedor, y que alli, ufano
De su triunfo, te habia conducido;
A Fuerza de artificios consiguiendo,
Que el mismo te erigiese
Un templo en sus dominios, y un vencido
Dios, al Dios verdadero antepusiese.
  Llegó tras de Rimmón, la numerosa
Caterva de ridiculas Deidades,
Que en las varias magnificas ciudades,
Sembradas en la margen deleitosa
Del Nilo, los inciensos dividieron,
Por los crédulos pueblos adoradas,
Que el nombre del Señor prostituyeron

A Isis, Osíris, Horo, y otras brutas
Esencias, en los cuerpos alojadas,
De bestias, de reptiles, plantas, frutas,
Y á quanto objeto material encierra
El ambito del mar, y de la tierra.
Israél mismo en este abominable
Error cayó, quando al becerro de oro,
Formando al rededor alegre coro,
Al pie del fuego, y humo, que espantable
El Sinaí cubria, en la presencia
De Dios, que hacia alli su residencia,
Sin temer su ira, le adoró postrado.
Poco despues en Dan un Rey malvado,
Y en Bethél, introduxo aquel funesto
Veneno, hasta que el Dios omnipotente,
Irritado de ver, que era pospuesto
Su nombre, al de los viles animales,
De improviso se armó de sus mortales
Enojos, y tomó del insolente
Exceso, la mas aspera venganza,
En un solo momento exterminando,
De la funesta noche en los horrores,
Todos los primogénitos nacidos
En la extension de Egipto, la esperanza
De sus infieles padres; y asolando,
Con las aras, y Dioses bramadores,

Templos, y sacerdotes confundidos.
Belial despues al xefe se presenta.
Entre quantos rebeldes malhechores
El infierno contiene, no se cuenta
Otro mas acreedor á aquel castigo:
Es de todos los vicios el amigo.
Por todas partes los propaga ardiente,
Los ama, meramente
Por que lo son. De su odio es el objeto
La virtud sola, á que jamas perdona.
Nunca de los humanos el respeto,
El culto, los inciensos lisongeros
Apreció, qual los otros compañeros;
Este impuro demonio no blasona,
Sinó de que en la furia, y la malicia,
Le ceda toda la infernal milicia.
Su mayor complacencia
Es la de penetrar lo mas interno
Del templo santo, y en el escogido
Gremio de sus ministros, la licencia
Introducir del vicio, y el olvido
Fomentar, y el desprecio del Eterno.
Quando de Helí los hijos ultrajaron
El templo augusto, con su atroz violencia,
Sus artificios solos lo causaron.
Este espiritu infame se complace

En los palacios, y en las cortes hace
Su mansion mas frequente; se recrea
En correr las cuidades mas viciosas;
Sobre sus torres plácido volando,
Se cierne, quanto pasa examinando:
Desde alli con delicia saboréa
Las risas, las canciones luxuriosas,
Las riñas, las venganzas, los gemidos
De la inocencia, y la desenfrenada
Disolucion, contra ella encarnizada;
Unico incienso grato á sus sentidos.
¡ Sodóma impura, tu memoria ofrece,
De esta verdad, el testimonio claro!
¡ Tu, teatro de horrores! que aborrece
El vicio mismo, mientras su torpeza
No huella audaz á la naturaleza!
¡ Y tu, de la pureza vano amparo,
Santa hospitalidad, atropellada
En la cuidad de Gaba, que obligada
Te viste á tolerar que pereciera
Victima de la fuerza una inocente
Muger, por evitar que el insolente
Pueblo mayor delito cometiera!
Sería no acabar, si se añadiera
A esta turba de xefes distinguidos,
La serie inumerable

De los Dioses Ionios, descendidos
Del antiguo Iaván, que supusieron,
Que al cielo, y á la tierra precedieron;
Los Titánes, la prole abominable
De Saturno, y de Rea procedente,
Que la Grecia en la cumbre formidable
Del Olimpo adoró, ya en la eminente
Cima del Ida, ya en la selva umbrosa
De Dodóna; familia prodigiosa
De biznietos, de nietos, y de abuelos,
Que reciprocamente
Se fueron arrojando de los cielos,
Que el oraculo Délfico fundaron,
O que el furioso Adriatico pasaron,
Al Dios, que Jove proscribió, siguiendo,
Y su trono en la Hesperia estableciendo,
Desde donde á los Celtas trasladaron,
Y aun hasta la lejana
Thule, en el vasto mar, su ara profana.
A estos guerreros Dioses, en la cumbre
Del cielo anteriormente colocados,
Se siguio la confusa muchedumbre
De los vulgares Dioses, no nombrados.
Ninguno queda de la turba inmunda,
En el lago. Ya están en la extendida
Ribera, pero todos, abatida

La vista, del espanto, y la profunda
Tristeza, en sus semblantes dan señales,
En medio de las quales,
Qual la luna entre nubes, relucia
Con todo una vislumbre de alegria,
Viendo de su caudillo en los intentos,
Que de su suerte aun no desespera.
Al notar que á pesar de su caida,
Tan horrible, conservan aun la vida,
Viene á esforzar de nuevo sus alientos
Un resto de esperanza lisongera;
Satanás lo repara; sus miradas
Dudosas, atestiguan los temores,
Que ocupan sus potencias agitadas;
Pero al fin, recobrando su primera
Audacia, trata de animar su gente,
Y despertar de nuevo sus ardores
Guerreros: su temor disimulando,
Y una falsa confianza aparentando,
Manda que prontamente,
Con el son de clarines, y timbales,
Las bovedas retumben infernales,
Y se desplegue al víento
La vandera imperial. En el instante
El fiero Azaziél, que disfrutaba
¡ Ay triste! de este honor, quando pisaba

Las bovedas del alto firmamento,
De tan funesto trueque bien distante,
La desenvuelve al aire, tremolando
La inmensa tela, que del mas brillante
Métcoro las luces eclipsando,
La vista ofusca. En ella está expresada,
De piedras preciosisimas bordada,
Por mano de la Diosa de memoria,
De aquellas huestes la pasada gloría.
  A la señal de la imperial vandera,
Y del herido bronce al ronco estruendo,
Responde aquella muchedumbre fiera,
Con guerrero clamor, que estremeciendo
La boveda infernal, entre la densa
Obscuridad, por toda aquella inmensa
Triste region circula repetido.
Millares de estandartes al momento,
En su recinto ondeando por el viento,
Dan á la sombra un vivo colorido
Purpúreo, tal que en donde el claro dia
Nace, el bello matiz se envidiaria.
Una selva de dardos, y morriones,
De acicaladas picas, de millones
De escudos de oro, arroja al circunstante
Campo, por todas partes luz brillante.
La vista admira la magnificencia,

El

El numero de aquellos batallones,
Y su profundidad inconcebible,
A pesar de sus filas apretadas.
Mas ya á un tiempo, con presta diligencia
Se mueven las esquadras ordenadas,
Al compás, fiero á un tiempo, y apacible,
De los celebres Dóricos acentos
De mil oboés, y flautas: harmonia
Magestuosa, y pátetica, que unia
La varonil firmeza á la dulzura;
Que en el antiguo tiempo, los alientos
Se ocupó en excitar del heroísmo;
Que del cielo, y la tierra es el encanto,
Como lo fué en aquella coyuntura,
Del infernal abismo;
Que la cólera excita, ó la modera;
El desmayo destierra, y el espanto;
Que las idéas del peligro auyenta,
Y da un aire tranquilo en la tormenta;
Que la furia guerrera
Transforma en un esfuerzo inexpugnable,
Para qualquier fortuna inalterable.

De esta especie el valor de aquellos fieros
Angeles era. De el asegurados,
Marchan todos unidos, y callados,
Espesa miés formando los aceros

De las picas, y dardos, al sonido
De aquella orquesta, que los dolorosos
Pasos templaba, sobre el encendido
Suelo, con orden tal que se diria,
Que un espiritu solo los movia.
Avanzan, y á los ojos codiciosos,
Despliegan ya su frente formidable,
Sin fin por aquel campo dilatada,
Terrores, y amenazas respirando,
Revestidos de acero impenetrable
A la manera usada
Por los antiguos heroes, adornando
Sus armas mil empresas, y colores,
Que burlaban del arte los primores.
Hacen alto llegados á su puesto,
Aguardando las ordenes ansiosos.
El infernal Monarca, su dispuesto
Exercito, registra de una ojeada,
Mas penetrante aun, que los fogosos
Resplandores del rayo: una mirada
De aquellas, que deciden las batallas,
Hasta el fin atraviesa sus murallas
Vivientes. La presencia belicosa
De su gente, el ardor que resplandece
En sus ojos, su procera estatura,
Su porte, que en un todo se parece

Al de los Dioses que la fabulosa
Poesía fingió, su orden severo,
Su vivo zelo, su lealtad segura,
Mas que su muchedumbre prodigiosa,
Sinó le vuelven su valor primero,
Disipando por fin su desconfianza,
Le llenan de sobervia, y de esperanza.
Los exercitos todos, que la tierra
Hollár vió sus campiñas devastadas,
Si reunidos, á aquel se compararan,
A la risible hueste asemejaran,
Con que el debil Pigméo hace la guerra
A las grullas, contra el encarnizadas.
Juntense los Titánes, cuya audacia
Amontonó las sierras de la Tracia,
Unas sobre otras, con el fiero intento
De asaltar el remoto firmamento;
Los intrepidos heroes Tebános,
Los Capitanes Griegos, y Troyános;
Que por una muger tal guerra hicieron;
Los Dioses que con ellos combatieron;
Quanto los libros de caballeria,
La fabula, y la historia relataron
De la espantosa fuerza, y valentia
De aquellos caballeros, que á la gloria
Del famoso Rey Artus, asociaron

De sus hazañas propias la memoria;
Quantos en los torneos vencedores,
Del premio disfrutaron los honores;
Los famosos guerreros, ya christianos,
Ya tambien musulmánes, ó pagános,
Que al pie de las murallas de Aspramónte,
Y Montalván, hicieron sus hazañas,
O en diverso horizonte,
Llenaron de su gloria las campañas
De Trebisónda, la abrasada arena
De Bisérta, ó tal vez la vega amena
De Damásco, las tropas, que á millares
El Africa lanzó, contra el valiente
Carlo-magno, en el tiempo en que sus Pares
En Roncesválles fueron destrozados,
Con lo mas escogido de su gente;
¿Que serían al cabo estos mortales
Poderes, comparados
Con aquellos intrepidos rivales
Del cielo, en destruirlo conjurados?
  Con paso grave Satanás recorre
Sus dociles esquadras, y descuella
Sobre ellas todas, qual excelsa torre.
Una serenidad, aunque aparente,
Se dexa ver sobre su noble frente:
Aun se notan en ella,

Algunos rastros de su primitiva
Hermosura. La luz resplandeciente,
Que antes en sus facciones deslumbraba,
Mezclada con la sombra no era viva
Como antes; mas con todo, no dexaba
Duda, á los que sus tristes ruinas vieran,
De que las ruinas, de un Arcangel eran.
Asi el sol al nacer, en una obscura
Atmosfera cubierta de vapores,
Solo despide tristes resplandores,
O alguna claridad poco segura;
Y tal tambien se vé descolorido,
Quando su hermana eclipsa su encendido
Inmenso disco, que penado arroja
Algun rayo de luz funesta, y roja,
Anuncio de sucesos desgraciados,
Terror de los mas altos potentados;
Mas con todo, á pesar de las fatales
Tinieblas, con que espanta á los mortales,
Los demas astros, nunca le disputan
El Reyno, y vasallage le tributan.

Tal el terrible Arcangel se presenta:
Su resplandor celeste, aunque eclipsado,
Eclipsa á los demás. Su rostro, arado
Por el vengador rayo, está cubierto
De negros surcos, y en la macilenta

Frente se aloja el roedor cuidado;
En su ceño se muestra al descubierto
La estudiada sobervia, el indomable
Furor, que solo anhela una implacable
Venganza; mas con todo en sus miradas
Crueles, al lado del remordimiento,
Se vé el dolor, y el arrepentimiento,
Al fixarse en aquellas desgraciadas
Victimas de su culpa, que caidas
Con el en el abismo, hubieran sido
Felices, en no haberle conocido,
Tristes, para una eternidad, perdidas,
Desterradas de aquella venturosa
Patria: su multitud, que en el instante
Vuelve á admirar; la suerte dolorosa
En que se hallan, poco antes tan brillante,
Y ahora eclipsada, sin que la mudanza
De millones de siglos, y millones,
Pueda dar á sus tristes corazones
El mas pequeño rayo de esperanza;
Todo junto, su pecho aflige tanto,
Que apenas puede reprimir el llanto.
Aun mas su dolor crece, quando piensa;
Que toda aquella muchedumbre inmensa,
Que solo por seguirle está penando,
Fiel à su causa, y siempre generosa,

Desafiando intrepida la saña
Del cielo, en su desgracia le acompaña,
Su honor, aunque oprimida, conservando.
Tal la encina en el monte, alta, y frondosa,
O en la colina algun robusto pino,
Con que tropezó el rayo en su camíno,
De sus ojas, y ramas despojados,
En medio de las ruinas encendidas,
Que cubren sus contornos esparcidas,
A los cielos insultan aun osados.
El Monarca infernal se para al frente
De sus tropas, que en circulo formadas,
Le cercan con las alas encorvadas:
Los Xefes, revestidos de eminente
Dignidad, en el centro le rodean;
Sus ordenes aguardan silenciosos,
Con ansia tal, que apenas pestañean.
El por tres veces, á sus valerosos
Batallones, romper á hablar intenta,
Y otras tantas lo impiden, con violenta
Avenida las lagrimas, corriendo,
Sin querer, de sus ojos tenebrosos;
Su aparente firmeza desmintiendo:
No lagrimas comunes, sino quales
Derramar pueden entes celestiales:
Al fin reprime su dolor, y á todo

Su exército se explica de este modo.
«¡ O vosotros, gloriosos Querubínes,
» Potestades, Virtudes, Serafínes,
» Angeles todos ! cuya audacia fiera
» Solo el poder de Dios vencido hubiera;
» Que si no conseguisteis la victoria,
» Tubisteis á lo menos la alta gloria,
» De disputarla con tan gran denuedo !
» La resulta cruel negar no puedo,
» Que aquel combate horrendo ha producido;
» Este abismo la muestra, en que penamos;
» Mas siquiera el honor no hemos perdido.
» ¿ Y al mirar este exercito sin cuento
» De altas Deidades, que con tal aliento,
» Contra el fiero enemigo disputamos
» Nuestros derechos, quien pensado habria;
» Por mas que la experiencia, el velo obscuro
» Le enseñase á correr de lo futuro,
» Por mas penetracion que disfrutara,
» Que aquella lucha en esto pararia ?
» ¿ Mas que digo ? Ahora mismo en este triste
» Estado, que la suerte nos depara,
» Por mas que del pasado tanto diste,
» ¿ Quien es el que tendrá por imposible;
» Que el número, la union, y la terrible
» Fuerza de tantos seres inmortales,

» Quebrante estas prisiones infernales,
» Y vuelva á conquistar la patria amada
» Del cielo, con su ausencia despoblada?
» En quanto á mi, lo espero; y por testigo
» Cito á todo ese exército celeste,
» De que en los riesgos del combate fiero
» Fui, como en los consejos, el primero,
» Y que si nos venció el cruel enemigo,
» No consistió en nosotros, sinó en que este,
» Que ahora allá arriba está con tal sosiego,
» Ese Dios, á quien un respeto ciego,
» Fundado sobre el uso envexecido,
» La magestad, la pompa, y la apariencia,
» Sobre el caduco trono han sostenido,
» Sus fuerzas ocultando cauteloso,
» Para probar mejor nuestra obediencia,
» El camino allanó á la rebeldia.
» Esta es pues la razon, por que ha caido
» Un diluvio de penas doloroso
» Sobre nosotros; pero ya en el dia,
» Gracias á la leccion de la experiencia,
» Hemos podido ver la diferencia
» De su fuerza á la nuestra, y por lo tanto
» Burlarnos de sus rayos no debemos,
» Mas tampoco mirarlos con espanto:
» Y ya que, aunque en las fuerzas inferiores,

» En la astucia le somos superiores,
» Con una sorda guerra procuremos,
»Destruir su poder. Que el mismo vea,
» Que por mas que abatido,
» Un enemigo, por la fuerza sea,
» A medias solamente está vencido.
» ¿ Y quien sabe tambien las novedades;
» Que puede producir en nuestro estado,
» La larga sucesion de las edades?
» Nuevos mundos quizá existir verémos,
» Y en ellos nuestro agravio vengarémos;
» Pues que en el cielo es cierto, que se ha hablado,
» De que en un apartado, y delicioso
» Orbe, el tirano, que nos ha proscrito,
» Se ha empeñado en formar nuevos vivientes,
» Que compondrán su pueblo favorito,
» Y que seran, mediante el poderoso
» Decreto, de uno solo descendientes,
» Gozando privilegios casi iguales
» A los hijos del cielo naturales,
» Como ellos de sus dotes adornados,
» Y á usurpar nuestros tronos destinados.
» Rompamos pues, rompamos las cadenas
» De esta prision horrible, tan agenas
» De nuestro noble ser. De este parage
» Salgamos. Que esta hazaña la primera

» Sea; no nos hagamos el ultraje
» De pensar, que del cielo descendidos,
» Para estar siempre aqui somos nacidos:
» Volemos pues acia esa nueva esfera:
» Lo que ha hecho alli el Criador examinemos,
» Y asi en nuestra conducta acertarémos;
» Pero antes es preciso, con gran tiento
» Tratarlo en general ayuntamiento.
» Sobre todo, jamas entre nosotros
» Hablar se oiga de paz, de tregua, ó de otros
» Medios de transigir con el tirano,
» Que de nuestros sollozos se apacienta.
» Guerra, guerra sin fin la mas sangrienta:
» Todo otro plan es un delirio vano.
» Tal es mi voto, á que confiado, espero
» Responda el de mi exercito guerrero. »
Acaba apenas, quando mil millones
De desnudos aceros, por el viento
Brillan, en los broqueles, y morriones
Sus vivos resplandores reflexando,
Y aun del infierno en el profundo asiento;
Entre las densas sombras centelleando;
Armas con armas chocan, y el cruxido
Horrible, por los ecos repetido,
La general alarma prontamente
Lleva á todos sus senos tenebrosos.

La aumentan del exercito insolente
Las blasfemias, y gritos sediciosos,
Con que el delirio de su audacia impia,
Al eterno en su trono desafia.
Cerca de alli se alzaba una inflamada
Cumbre, que continuados torbellinos
De llamas, y humo espeso despedia.
Toda la falda, de que está cercada,
De una costra brillante está cubierta,
Que da á entender, que algunos peregrinos
Minerales oculta su terreno,
Que el azufre labró, de que está lleno.
Vuelan al punto, á hacer la descubierta
De aquellos preciosisimos metales,
Algunos esquadrones infernales.
Como se vé una turba numerosa
De fuertes Zapadores, dividida
En tropas, y en los campos extendida,
Que de picos armados, y azadones,
Excavan con una ansia presurosa
Fosos, ó alzan trincheras, ó espaldones;
Asi se esparcen todos, presididos
Por Mammón de los Angeles caidos
Reputado el mas vil, por su avaricia
Vergonzosa. Aun estando en el dichoso
Celeste Alcazar, con mayor codicia

Parecia atender al suntuoso
Adorno, á la riqueza que brillaba
En su sobervio pavimento de oro,
Que á los encantos del celeste coro:
Quando este al ver á Dios, en los ardores
De su divino amor se enagenaba,
Y concorde entonaba sus loóres,
A el, por efecto de su villania,
Siempre al suelo mirar se le veia.
Este espiritu inmundo
Fue, el que la sed del oro en nuestro mundo
Introduxo despues. El hombre ingrato,
De su madre la tierra penetrando
Los senos, sus entrañas destrozando,
En ellas fue á buscarlo. Que insensato!
El mismo se privó, con mano avara,
Del solido tesoro, que le diera,
Si en lugar de seguir la lisongera
Vana ilusion, juicioso la labrara.
Mas ya la infernal tropa ha hecho, en la dura
Falda del alto monte, una abertura
Ancha, afin de extraer el escondido
Oro, en sus negras venas esparcido.
Ni es de extrañar se hallase en aquel puesto,
En el infierno, aquel metal funesto:
¿ Donde mejor hallarse deberia ?

¡ Venid á hora vosotros, que á porfia,
En las antiguas hojas de la historia,
Los estraños prodigios ponderasteis
De Memfis, y de Thébas, y su gloria
Hasta el cielo ensalzasteis,
La vereis eclipsada en el momento,
Al lado del magnifico portento,
Que en una ojeada sola fabricaron
Aquellos poderosos, é inmortales
Espiritus! ¡ Vereis como humillaron
La sobervia del hombre, y de sus reales
Obras mas afamadas;
Lo que á el le costó siglos de un constante
Empeño, á que sus artes agotadas
Llegaron, superando en un instante!
Todos trabajan, todos se apresuran:
Varios conductos, desde el lago ardiente
Practicados, al pie de la eminente
Montaña, un fuego líquido conducen;
El metal bruto en el funden, y apuran;
Separada la escoria, lo introducen,
Formando mil arroyos espumosos
De vivo fuego, en otros tantos fosos,
En donde hirviendo, qual requiere el arte,
Liquido, y puro, toma ya la forma,
Para echarlo en los moldes, excavados

En el solido suelo, en donde aparte
Cada porcion se enfria, y mitigados
Los fuegos, lentamente, se transforma
En solidas figuras, delicadas,
Y varias, á la fabrica arregladas.
En el Organo asi, tan solo un viento,
Por todos los cañones repartido,
Por cada qual con diferente acento,
Melodioso, varia su sonido.
De un magnifico templo á la manera,
El inmenso edificio, se levanta
Por grados todo, con presteza tanta,
Qual de la tierra exalacion ligera,
Al son de una agradable sinfonia;
Asi como á la dulce melodía,
Y al compas de la lyra, se elevaron
Las murallas, que á Thebas circundaron.
La magnifica mole levantada,
Dexa ver una serie dilatada
De sobervias columnas, en que el oro
Con la plata compite, y en que ostentan
Los sabios arquitectos, el decoro,
Con el gusto, y primor; los arquitraves
Qual los zocalos todos, que sustentan
Las doricas pilastras, y aun las naves
De relieves, y adornos revestidas,

Todos con alusiones conocidas
A los pasados hechos, tan precioso
Portento de las artes, de la ciencia,
Y la riqueza, ostentan reunidas,
Que supera la humana inteligencia.
Jamas, aun quando el Nilo caudaloso,
Y el Eufrátes, porfiados compitieron,
En fabricar con mas magnificencia
Sus templos, y palacios, consiguieron,
Acercarse de esta obra á la grandeza,
Y menos del trabajo á la belleza.
Ya enfin aquel inmenso monumento
Completo está, sobre su firme asiento;
Sobervia, incomparable maravilla,
Digna de que establezca alli su silla,
De los cielos el emulo insolente.
  Mas las puertas de bronce, de repente
Sobre goznes enormes resonando,
Se abren, á un lado, y otro, presentando
A la vista curiosa, el fondo interno,
Que se extiende sin fin, obra acabada,
Sin igual. De la boveda elevada,
Mil arañas preciosas encendidas,
Con torrentes de luces, del Infierno,
Hacen un nuevo Cielo, suspendidas,
Y un resplandor esparcen indecible,

Mantenidas

Mantenidas de asfalto inextinguible.
Entra la muchedumbre en el, ansiosa;
Admirando el magnífico edificio:
A este sorprehende, el ver su portentosa
Capacidad; aquel pasmado, alaba
Su preciosa materia; otro no acaba
De ensalzar la destreza, y artificio
Del arquitecto, y todos convenian
En que la obra era digna del obrero
Celeste, cuya ciencia conocian,
Como que en el Empireo, primero;
Los palacios habia fabricado,
Los altos domos de los Serafínes,
Desde los quales cada qual, sentado
Como Rey, sobre un trono magestuoso;
Con el cetro en la mano, governaba
La provincia del cielo, cuyos fines
El supremo Monarca le confiaba.
Tambien el arquitecto primoroso
Fue conocido del linage humano
En la Grecia, y la Ausonia; adoraciones
Recibio baxo el nombre de Vulcáno,
Y si hemos de dar fe á las narraciones
De la fabula, el fue al que el iracundo
Jove, desde el palacio cristalino,
Que con arte divino,

Para su uso en el cielo habia labrado,
De un puntapié, hasta el mundo,
Que habitamos, echó precipitado.
Desde la aurora, hasta que el medio dia
Declinó, y desde entonces, hasta tanto
Que la noche extendió su obscuro manto,
El triste, sin parar volteado habia
Por el eter inmenso, qual si fuera
Una estrella brillante, que cayera,
Hasta, que en Lemnos, hija de los mares,
Paró, y se vió adorado en sus altares.
La fabula habla asi; pero mucho antes
Del cielo, con los Angeles restantes
A una, cayó. ¿Y que saca el desgraciado,
De haber con tal primor edificado
Palacios, mas allá del firmamento,
Pues que, en castigo de su atrevimiento,
Dios le ha arrojado, á trabajar en tales
Obras, en los abismos infernales?
Mas ya los reyes de armas, con pomposo
Fausto, y las trompas con sonoro acento,
De orden suprema, al pueblo belicoso
Llaman al general ayuntamiento,
Que debe en aquel templo celebrarse.
Los Xefes principales á juntarse
Comienzan en el vasto Pandemónio,

Capital de su nuevo patrimonio.
Sigue despues la turba, con afluencia
Tal, el ancho vestibulo llenando,
Y en lo interior cargando
De todo el templo, que aunque en competencia
Con el mayor cercado entrar podian,
En que en la antiguedad lidiar solian
Con lanza en mano, ó despedir ligeros
Dardos, los vigorosos caballeros,
O disputar en carros la primera
Corona de la rapida carrera,
Aun no eran, ni con mucho, suficientes,
A contener las infernales gentes.
Su muchedumbre, que la tierra inunda,
Los aires obscurece,
Y al ruido de sus alas extremece
El vasto espacio. Asi en la primavera,
Quando el campo fecunda
Con su rocio, la temprana aurora,
De las negras abejas la guerrera
Multitud, en enxambres dividida,
El aire, y las llanuras va ocupando;
Y quando ya el sol dora
Con su luz, á lo lexos extendida,
Las olorosas flores,
De sus calices bebe, susurrando,

Los preciosos licores,
O amontonada toda sobre un viexo
Tronco, en el colocarse solicita,
Y alli teniendo sabia su consejo,
Los intereses del estado agita.
Del mismo modo aquella inumerable
Multitud, alli dentro se apresura,
Y no puede caber: ¡ mas ó admirable
Prodigio! á una señal, que de repente
Hace su rey, la prócera estatura
De los soldados, que era semejante
A la de aquel gigante
Pueblo de los Titánes, prontamente
Se reduce, se encoge de tal forma,
Que cada uno en pigméo se transforma,
Como aquellos que ocupan la ribera
Del Estrimón, que en un pequeño espacio
Cabe su multitud, como pudiera
En el vasto recinto de un Palacio.
Asi el pastor al resplandor dudoso
De la luna, imagina, ó mas bien sueña,
Que vé volar en torno, un numeroso
Pueblo de aëreos, y pequeños entes,
Turba humilde, que danza á sus lucientes
Rayos, y que el Planéta con risueña
Cara, presencia aquella alegre fiesta;

Su alma al temor, y á la ilusion dispuesta,
Sigue á su vista la gloriosa escena
Lexos, y se figura, que á su oido
El dulce acuerdo de sus voces suena,
De placer, y terror estremecido.
Como ellos pues, se encuentran achicados
En un instante, los agigantados
Angeles infernales, y debaxo
Del vasto techo caben sin trabajo;
Pero los Serafínes elevados,
Los Querubines, y otros principales
Xefes, conservan todos su estatura,
Su talle, y nobilísima figura,
Sobre el inmenso vulgo descollando;
Y en el remoto fondo, sus sitiales
Regios, de el separádos, ocupando,
Segun el orden de sus dignidades,
Forman un gran senado de Deidades;
Hasta que el gran Monarca se endereza
Acia su solio, y el consejo empieza.

NOTAS

DEL TRADUCTOR

AL LIBRO PRIMERO.

(1) PAG. 144, v. 4. Esta blasfemia, como todas las demas de la misma especie, que se encontrarán en los discursos de Satanás, y los de sus sequaces, en la extension de el poéma, no son mas que un efecto de su desesperacion; pues como se verá por otras expresiones, puestas igualmente en su boca, todos ellos estaban bien ciertos de su debilidad, y de su absoluta dependencia de Dios, y asi todas las injurias, y horrores, que vomitan contra el, no son mas que falsedades, reconocidas por los mismos que las profieren, y nacidas de su sobervia obstinada, y de su odio injusto. Tengase esto presente, en quantos pasages ocurran de esta clase, pues nadie mejor que los angeles reprobos conoce practica, y especulativamente, que Dios lo puede todo, y nada sin el todas las criaturas juntas.

Lo mismo digo de las expresiones, que Milton les atribuye, en que suponen, como en los versos que

se siguen poco despues, la existencia del Hado, y le dan por autor de su ser, de su immortalidad, ó de otros qualesquiera sucesos, pues no podian ignorar, que no hay mas Hado que la voluntad de Dios, ni otro autor de quanto existe, que el mismo. Asi Milton les hace prorrumpir en dichas expresiones, como en unas ficciones, hijas de su ingratitud, y orgullo, que les hacen desear engañarse á si mismos, para lisongearse de no deber su existencia, y sus dotes al Señor, á quien aborrecen, como lo dan á conocer en otros pasages de el mismo poéma, en que no teniendo interés para propalarlas, lo confiesan ellos mismos.

Tampoco podian hablar en otro tono, quando aquellas ficciones venian al caso, unos espiritus tan desesperados. Ni debe estrañarse, que en ellas hablen los demonios, como verdaderos demonios, esto es con la soberbia, y la mentira en la boca. Habia de ser pues muy mentecato el lector, para escandalizarse de semejante lenguage; y para el que estubiere en este caso, si con efecto se verifica, es para el que se destina esta nota, en que una vez para todas, se le precabe contra semejante necedad.

(2) Pag. 157, v. 1. Aunque los angeles segun la doctrina de la iglesia catolica, son puros espiritus, Milton, como lo hemos advertido en el prologo, los supone tambien corporeos, por que sin esta ficcion, era imposible hacerlos figurar en una obra de imaginacion, qual es un Poéma Epico,

(3) Pag. 166, v. 18. Esta facultad de mudar de sexo, es una nueva fabula, adaptada á la naturaleza angelica,

supuesta la anterior de hacerla corporea, que antes habian defendido como efectiva algunos cabilosos escolasticos, que dio lugar á sus questiones sobre los demonios incubos y sucubos, y que Milton no ha hecho otra cosa que reproducir, y adornar.

SUMARIO

DEL LIBRO SEGUNDO.

TRATA *Satanás en el consejo infernal, sobre si conviene aventurar aun otra batalla, para recobrar el cielo. Algunos son de este dictamen, y otros se oponen. Determinase, que es necesario antes de todo, seguir la idea de Satanás, inquiriendo el sentido de la profecía, ó tradicion del Cielo, acerca del nuevo mundo, destinado á una especie de criaturas, poco inferiores á los angeles, y que al parecer estaba ya en tiempo de verificarse. Se refiere su embarazo para saber, á quien han de enviar á descubrir aquel nuevo mundo. Satanás se encarga solo de aquella empresa, colmado de honores, y de aplausos. Acabado el consejo, se separan los angeles, y para suspender sus males, entre tanto que su xefe vuelve de la empresa, se ocupan en diferentes exercicios. Satanás llega á las puertas del infierno, que halla cerradas, y guardadas por dos montruos espantosos. Despues*

de algunas explicaciones, se las abren. Ya fuera de ellas, ve el abismo colocado entre el infierno, y el Cielo, y lo atraviesa, aunque con mucha dificultad. El Cahos que reyna en el, le da señas del camino que ha de seguir, para llegar al mundo que busca.

PARAISO PERDIDO.

LIBRO SEGUNDO.

En regio trono, mas resplandeciente
Con mucho, que las barbaras, pomposas
Riquezas de oro, y perlas, que el oriente
Derrama á plenas manos,
Sobre los ponderados soberanos
De Ormuz, y de las Indias fabulosas;
El fiero Satanás se vé sentado,
Por todas partes, de magnificencia,
E indecible aparato, circundado.
¡ Triste gloria! ¡ Funesta preminencia,
Que al merito de ser el mas culpable;
Debe, y su orgullo indomito alimenta!
¿ Que es en efecto aquella miserable
Elevacion, sinó un escollo horrendo,
En que debe estrellarse su esperanza,
Con los embates de la mas violenta
Cruel desesperacion, que se avalanza
A empeños, que sus fuerzas excediendo;
Han de dexar su ardiente sed burlada,

Y aumentar la tormenta
De desgracias, sobre el acumulada?
Mas su sobervia nada reflexiona,
Y ciego á sus proyectos se abandona:
En vano le ha mostrado la experiencia,
De su debil poder la insuficiencia
Contra su Criador, que audaz se cierra;
En hacerle sangrienta eterna guerra,
Y con este discurso á aquella dura
Empresa, á todos animar procura:
« ¡ Tronos, Dominaciones, Potentados;
» Monarcas de los Cielos respetados!
» De los Cielos repito, pues no es dable,
» Por mas que la injusticia nos oprima,
» Que un pueblo de inmortales seres, gima
» Siempre en esta prision insoportable;
» Y asi no doy los Cielos por perdidos
» Para nosotros; de ellos descendidos,
» Nuestra caida misma darnos debe
» Un natural impulso, que nos lleve
» Con mayor fuerza á nuestra patria amada;
» Y quanto mas la odiosa tirania
» Vemos en abatirnos empeñada,
» Mas se debe aumentar nuestra osadía.
» En quanto á mi, que la naturaleza
» Destinó de este trono á la grandeza,

» Y que vosotros mismos libremente,
» Por vuestro Rey habeis reconocido,
» A estos derechos, con justicia puedo
» Decir, que otros mayores he añadido,
» Sirviendoos con el zelo mas prudente
» En los consejos, y con un denuedo,
» Sin igual, en la guerra batallando,
» El primero los riesgos arrostrando.
» A estos títulos debo este alto puesto,
» Que nadie envidia. ¿ Y quien envidiaria
» Un trono, sobre el qual no conseguia, (1)
» Sinó estar á los males mas expuesto?
» Que tenga pretendientes, no es posible,
» El triste cetro de este abismo horrible:
» Sola del cielo la feliz morada
» Merece con empeño disputarse.
» ¿ Mas habrá acaso, quien de mi abrasada
» Corona tenga aliento de encargarse?
» Quanto mas vasta, es mas desventurada:
» El bien tan solo la ambicion excita,
» Y asi donde no lo hay, la paz habita:
» El mismo exceso de la desventura,
» Que nos oprime, nuestra union conserva;
» La ambicion desterrando,
» Y con lazos eternos la asegura:
» La envidia para el cielo se reserva;

» Que alli halla cebo la ambicion del mando,
» Y no entre estas cadenas,
» En que este no produce mas que penas.
» Esta ventaja pues, que al cielo hacemos
» En concordia, y firmeza, aprobechemos;
» Hagamos á lo menos lo posible,
» Por recobrar nuestra primera herencia:
» La honrra, y el interes á competencia
» Nos lo aconsejan, y por otra parte,
» Nuestra actual situacion es tan horrible,
» Que aunque en la empresa no seamos felices,
» Jamas nos podrá hacer mas infelices.
» Solo pues queda, que juzgueis, si al arte
» Hemos de recurrir, ó si mas cierta
» Será nuestra ventaja en guerra abierta.»
Satanás acabó, y en pie elevado
El Xefe, que inmediato se seguia
En aquella malvada compañia,
El mas feroz, mas fuerte, y mas osado
Entre los moradores del inferno,
Molóch, que se decia al Ser eterno
Igual, y en su delirio preferia,
Perder enteramente la existencia,
A concederle alguna precedencia,
Terrores, y amenazas despreciando,
Y el cielo, y los infiernos olvidando,

Cediendo del despecho á la violencia,
El furioso Molóch, su horrible encono
Con voz áspera exala en este tono:
«Venganza, guerra abierta, interminable:
» Tal es mi unico voto. No me precio
» De artes, ni de ficciones,
» Arma solo adaptable
» A unos seres cobardes, que desprecio:
» Usenlas ellos, en las ocasiones
» En que las necesiten; mas que ahora,
» En proyectos inutiles gastemos
» El tiempo, quando todo ese valiente
» Exercito, del ocio ya impaciente,
» A si mismo en silencio se devora,
» Hasta que el freno á su furor soltemos;
» Y que á tantos millones de soldados,
» Por una causa tan gloriosa armados,
» A tragar sus ultrages precisemos,
» Tranquilos en los hierros vergonzosos
» De la mas detestable servidumbre,
» Y á que se tengan casi por dichosos,
» En ser esclavos, mientras de la cumbre
» Del cielo, al vernos mano sobre mano,
» Se burla de nosotros el tirano,
» En medio de su corte envanecida,
» Y su govierno injusto consolida;

» Tolerar no es posible tal vileza.
» Partamos pues, volemos con presteza;
» Esta carcel horrible destruyamos;
» Para nuestra venganza armas hagamos,
» De esas mismas cadenas inflamadas,
» De esos nuevos, y crueles instrumentos,
» Que su autor destinó á nuestros tormentos.
« Volvamoslos contra el. Que esos torrentes
» De fuego, que esas olas azufradas,
» Al soplo de su colera encendidas,
» Nuestra marcha precedan, en ardientes
» Rayos por nuestra rabia convertidas.
» Si ese enemigo, de piedad ageno,
» Se lisongéa de infundir desmayo
» En nuestros pechos, con su fiero trueno,
» Trueno á trueno opongamos, rayo á rayo:
» Que nuestros fuegos rápidos, rompiendo,
» A manera de horrible torbellino,
» El aire, tropezando en el camino
» Con los suyos, su trono estremeciendo,
» Vayan á herirle á el mismo, entre los vanos
» Obsequios de sus viles cortesanos.
» ¿ Mas quien podrá, dirán, su osado vuelo
» Elevar, del profundo infernal suelo,
» En que yacemos, hasta aquella altura?
» ¿ Y su ventaja no será segura

Desde

» Desde ella, sobre gente ya vencida,
« Falta de fuerzas, y que no podemos
» Juzgar apta á tan aspera subida?
» ¡ Infundado terror! ¿ Pues que, no vemos,
» Que si nuestro vigor se ha amortecido
» Un momento, al beber en ese hirviente
» Lago las torpes aguas del olvido,
» El Angel á subir naturalmente,
» Por su propia energia destinado,
» Y para descender violentado,
» Es preciso recobre prontamente
» Su natural impulso? ¿ Y no lo vimos
» Todos, quando una fuerza irresistible
» Nos arrojó del cielo? ¿ A que debimos,
» Sinó á este impulso solo, la constante
» Resistencia, que hicimos al pujante
» Brazo, que al fondo de este abismo horrible,
» Con su peso fatal nos impelia?
» A cada paso al cielo nos volvia
» Nuestra naturaleza, batallando
» Con los rayos, y á palmos disputando
» El campo, que quizás jamas perdiera
» Nuestra guerrera gente,
» Si conocido hubiera
» Su fuerza natural, como al presente.
» ¿ El exito temeis? ¿ Y por ventura,

» Acrecentar podrá ese Dios terrible,
» De esta infausta-morada los horrores?
» ¿ Podrá mas, si la colera le apura,
» Que acabar de una vez nuestros dolores,
» Privandonos del ser? ¿ Y era posible,
« Si aqui hemos de existir, que nos hiciese
» Una gracia, que mas nos conviniese?
» Sobre nosotros tiene ya perdido
» La desgracia su influxo. No podemos
» Vernos mas infelices, que nos vemos.
» ¿ Y que podrá añadir, por irritado
» Que esté, al infierno en que nos ha metído?
» Privados de la dicha, y la alegria,
» Desterrados de aquella venturosa
» Patria, de la luz misma, á este olvidado
» Asilo de la noche tenebrosa,
» Victimas de una baja cobardia,
» A esos fuegos de pabulo sirviendo;
» Mientras que en otro abismo, aun mas horrendo,
» Os sepulta ese barbaro tirano,
» Qual vasallos rendidos ¡ id, prestadle
» Homenage; aguardad que sus feroces
» Verdugos, sus tormentos mas atroces,
» Arrepentir os hagan, y aunque en vano,
» Que os perdone apiadado suplicadle!
» Sabeis que no lo hará, y aunque lo hiciera,

» Mil veces yo el infierno preferiera.
» Y ¿ que recelo pueden ya causaros
» Sus amenazas ? ¿ En la horrible suerte,
» En que os hallais, acaso puede daros
» Otro tormento nuevo, que la muerte ?
» ¿ Que fuerza pues os hace un enemigo,
» Que daros ya no puede otro castigo,
» Por mas que le irriteis, que el de quitaros
» La vida, pena menos espantosa
» Mil veces, que la suerte dolorosa,
» Que temeis para siempre en adelante ?
» Si es qual lo creo, nuestro ser divino,
» Y la inmortalidad nuestro destino,
» Tan larga duracion será bastante,
» Para cansar su furia, por constante
» Que sea, y agotados
» Sus rayos, su poder desfallecido,
» Podrá ser con ventaja acometido ;
» La experiencia nos dicta, que podremos
» Al fin llevar la guerra á sus estados,
» Y por mas que se precie de invencible,
» Sobre su odioso trono inaccesible
» Insultarle : testigos los extremos
» A que le vimos todos reducido,
» En la batalla cruel, que hemos perdido ;
» Y enfin, aunque vencerle no logremos,

» Aunque caidos mil veces nos veamos;
» Otras tantas con nuevo ardor, volvamos
» A hacer guerra al tirano endurecido.
» Y sean siempre el odio, y la venganza,
» Nuestro consuelo, y bienaventuranza. »
Asi acaba, los dientes rechinando,
Y el entrecejo lugubre arrugando:
Se vé en su boca una sonrisa horrible;
Sus miradas, que arrojan un funesto
Resplandor; su aire audaz, y fiero gesto,
El enemigo anuncian mas temible,
Para todo otro que el Omnipotente.
Mas humano, mas suave, y cariñoso
En su trato, Belial, el mas hermoso
Entre todos los Angeles perdidos,
Repugnando el dictamen precedente,
Habla despues: Belial, cuyos fingidos
Rasgos de dignidad, y de nobleza,
Del mas vil pecho ocultan la baxeza;
Pero que en sus palabras tal dulzura
Derrama, y con tan noble gracia toca
Qualquier materia, por ingrata, y dura
Que séa, que no hay alma, que á su influencia
Haga, por mas que quiera, resistencia:
La miel destila siempre de su boca,
A pesar de la hiel de que está lleno

Su corazon : su ingenio cauteloso
Sabe envolver , entre las delicadas
Redes de sus palabras estudiadas ,
A la razon : esparce su veneno
Con lenguage doloso
Sobre toda virtud , y su artificio
Hace, que en su lugar se aplauda el vicio :
Para toda accion noble negligente ,
Solo para ruindades es ardiente ;
Mas no obstante , su voz encantadora
Cautiva la atencion , y asi perora :
« No menos que vosotros ¡ ó Señores !
» Odio la esclavitud , y tirania :
» No menos de la guerra los ardores
» Mi pecho encienden ; pero yo querria ;
» Que no se decidiese de ligero ,
» Y á impulsos del furor , mal consejero ;
» Sinó que , consultando á la prudencia ,
» Viesemos , si el hacerla convenia.
» Voy pues á examinarlo : y lo primero
» Hallo , que el mismo Xefe generoso ,
» Que nos govierna , y que en inteligencia ;
« Y en valor sobresale , desconfia
» De que el exito sea ventajoso.
» La desesperacion es el cimiento
» Solo , en que funda todo su ardimiento ,

» Y su ultima esperanza está cifrada,
» En vernos reducidos á la nada:
» La aniquilacion es la sola mira
» A que, con tal que esté vengado, aspira:
» ¡ Mas que venganza! ¿ Acaso esta es posible?
» Hueste inmensa de espíritus leales
» Está velando sin cesar, armada,
» Sobre los altos muros celestiales,
» Y hace toda sorpresa inasequible,
» A veces parte de ella, hasta en las puertas
» Del infierno, la vemos acampada,
» Y una gran multitud de sus despiertas
» Avanzadas, penetran con desvelo
» Nuestro mismo horizonte, registrando
» Con negras alas todo este hondo suelo.
» Siendo pues imposible una sorpresa,
» ¿ Se podrá á fuerza abierta nuestra empresa
» Conseguir? Las tinieblas agregando
» Unas á otras, en este abismo horrendo,
» Envuelto todo nuestro inumerable
» Exército en su lobrega espesura,
» ¿ Podrá acercarse al Cielo, obscureciendo
» Con sombra prolongada, y espantable
» Del eter intermedio la luz pura?
» ¡ Vano intento! Del trono inaccesible;
» De resplandor eterno circundado,

» Ese enemigo nuestro arrojaria
» Raudales de su luz incorruptible,
» Que volviesen la noche en claro dia;
» Que penetrando hasta este abismo odiado,
» Nuestros debiles ojos deslumbrasen,
» Y aun mas al fondo nos precipitasen.
» Ultrage sobre ultrage acumulemos,
» Dicen, asi su colera agotando,
» Su venganza quizás engañarémos,
» Y que nos haga perecer logrando,
» En la muerte hallarémos el remedio
» Unico, del dolor, que nos oprime.
» ¿ En la muerte decis? Que triste medio!
» ¿ Y quien, no obstante sus horribles penas,
» Querrá sufrir, que su funesta mano,
» A cuyo aspecto consternado gime
» El universo, rompa sus cadenas;
» Saber qual corta la guadaña dura
» De ese monstruo inhumano;
» Para siempre perder esa luz pura,
» Ese espiritu activo, cuyo vuelo
» La inmensidad recorre en un momento;
» Verlo apagar baxo del torpe yelo
» Del sepulcro, y caër desde la altura
» De la inmortalidad hasta la nada;
» Eterna lobreguez, que el pensamiento,

» El sentido, y el ser mismo anonada?
» Y aunque fuese el perder nuestra existencia
» Algun bien, y ese Dios poder tuviera
» Para hacerlo ¿ os parece, que el quisiera
» Con nosotros usar tanta indulgencia?
» Dudoso es, que lo pueda; pero es cierto,
» Que nunca incurrirá en tal desacierto.
» No puede un Dios tan sabio, de manera
» Cegarse, que de su ira no sea dueño.
» Creer que no sepa aquel Ser elevado,
» Y omnipotente, que domina al mundo,
» Dominarse á si mismo, fuera un sueño.
» ¿ Por mas que con nosotros esté airado,
» Querrá revocar nunca una sentencia
» Dictada por el odio mas profundo,
» Y á la muerte voraz dando licencia,
» De penetrar en esta sima ardiente,
» A un golpe, de sus victimas privarse,
» Y de aquel placer dulce de vengarse,
» Que puede disfrutar perpetuamente?
» Si es asi, me dirán ¿ por que dudamos
» Combatirle mil veces? ¿ Por fatales
» Que sean las resultas que suframos,
» Podran crecer acaso nuestros males?
» ¡ Pues que! ¿ Os parece tan cruel, Señores,
» La situacion en que ahora nos hallamos,

» En medio del infierno, y sus horrores?
» ¿ Poco se os hace, que se nos conceda
» Conspirar quietos, libres, reunidos,
» En este vasto templo establecidos?
» ¿ Juzgais, que no pudieran ser mayores
» Nuestros trabajos? Si memoria os queda;
» Acordaos de aquel terrible dia,
» En que de la celeste monarquia,
» Por ese mismo Dios precipitados,
» De una lluvia de rayos aterrados,
» Este abismo invocabamos gimiendo,
» Donde en tropel nos iba sumergiendo,
» Con mas miedo á sus golpes espantosos,
» Que á los voraces fuegos tenebrosos,
» En que su ira feroz nos sepultaba.
» ¿ Quien de vosotros no se reputaba,
» Decidmelo, por mas desventurado,
» Que en el presente estado?
» ¿ Pues que fuera, si aquellos vengadores
» Fuegos, al soplo rapido encendidos
» De su furor, doblasen sus ardores
» De nuevo, y nuestras penas duplicaran?
» ¿ Que, si de vivos rayos, despedidos
» Por su irritada mano, nubes densas,
» Cortando del vacio las inmensas
» Regiones, otra vez nos inundaran

» De un diluvio de llamas insufrible?
» ¿Que en fin, si su venganza completando,
» Sobre nuestras cabezas derribase
» Esa boveda horrenda, derramase
» El vasto mar de fuego inextinguible,
» Que sostenido en ella está bramando,
» Y envueltos en la ruina, en los raudales
» De aquellas cataratas infernales,
» Para siempre en su fondo nos metiera?
» ¿Y quien sabe, si mientras con sosiego
» Aqui reunidos, nuestro encono ciego
» Sus varios planes de vengarse traza,
» Ese Dios, que de lo alto considera
» Nuestros vanos proyectos, que permite,
» Para hacernos escarnio, ahora en desquite,
» Con nueva tempestad nos amenaza,
» Que sobre alguna de esas duras rocas
» Vivos nos clave, expuestos al embate
» De las tormentas, y los torbellinos,
» O que quizá de sumergirnos trate
» En ese ardiente mar, con nuestras locas
» Tramas, al fondo de esos remolinos
» De fuego abrasador, encadenados,
» Funesta habitacion del negro espanto,
» Donde no se oye sino eterno llanto;
» En el que para siempre sepultados

» Sin piedad, sin remedio, y sin reposo,
» Pasemos siglos nunca rematados,
» Sin otra perspectiva, que un lloroso
» Teatro de dolores inmortales,
» De opresion cruel, é interminables males?
» ¿ Y á esta suerte queremos exponernos?
» Harto mejor, creedme, es absteneros
» De combatir. Sabemos demasiado,
» Lo que es el brazo de ese Dios terrible.
» A la astucia, y la fuerza inaccesible,
» Todo lo sabe, y puede, y sosegado
» En su trono, al ver esta clandestina
» Junta, y quanto se trata, y determina,
» Nuestra flaqueza, y nuestro orgullo necio,
» Aun mas que su ira, excitan su desprecio.
» ? Pues que, direis, nosotros, que traemos
» Del cielo nuestro origen, sufriremos
» Que se nos dé el infierno por morada?
» ¿ La cabeza tendremos agoviada
» Bajo un vil yugo, y á los inhumanos
» Hierros presentaremos nuestras manos?
» Con razon os quexais; y yo el mas fuerte
» Impugnador de tal arbitrio fuera,
» Si una vislumbre de esperanza hubiera,
» De no empeorar, peleando, nuestra suerte.
» Mas por desgracia........ no nos engañemos,

» No existe, y nuestro mal agravarémos:
» Sometamonos pues como vencidos;
» Qual cautivos, suframos los estrechos
» Hierros, puesto que asi quieren los hados,
» Y de los vencedores los derechos.
» En todos los trabajos ser sufridos,
» Es tan propio de pechos generosos,
» Qual lo es el ser osados,
» En qualesquiera eventos peligrosos;
» Y pues para sufrir fuerza tenemos,
» Firmes los nuestros tolerar debemos.
» ¿ Y hay acaso razon, para quexarnos?
» ¿ Quien en nuestras desgracias tuvo parte,
» Sino nosotros mismos? Por ventura,
» De otro exito pudimos lisongearnos,
» Quando sin reflexion, y á la aventura,
» Desplegó nuestro orgullo el estandarte
» Contra Dios? Yo me rio ciertamente,
» Al ver aquella furibunda gente,
» En los primeros lances tan osada,
» No poder sufrir ahora acobardada,
» La ignominia, el destierro, y demas males,
» Que eran las consequencias naturales
» De un succeso funesto, y un castigo,
» Que era fuerza esperar del enemigo.
» ¿ Y quien sabe, si acaso desarmado

» Ese Dios, al notar nuestra obediencia,
» Su furia aplacará, y desagraviado
» Por los tormentos, que hemos padecido,
» Quietos nos dexará con negligencia,
» En un rincon del Reyno del olvido?
» Temamos, si insistimos, al contrario,
» En renovar el choque temerario,
» Despertar su ira, y avivar el fuego.
» Si obramos con prudencia, y con sosiego,
» Este al fin se enfriará, y nuestras esencias
» Puras, sentirán menos las influencias
» De sus llamas mortiferas. Lo allana
» El tiempo todo, y la costumbre puede
» Esta sima pestifera hacer sana:
» Del habito á la fuerza todo cede:
» Con ella, aunque ahora aqui nos abrasemos,
» Estas llamas quizá no sentiremos:
» Aun esta sombra que nos intimida,
» Veremos en luz clara convertida;
» Ya con aspecto menos espantoso,
» Brillará este desierto doloroso,
» Nuestro fatal estado suavizando,
» Y todas nuestras penas aliviando.
» Asi lo espero. ¿ Y contareis por nada
» Las grandes novedades,
» Que acostumbra á traher la continuada

» Serie de las edades ,
» Ese fluxo , y refluxo de los varios
» Sucesos , que no pueden ser contrarios
» A nosotros , de modo miserables ,
» Que han de sernos por fuerza favorables ?
» Ayer felices , hoy desventurados ,
» Esperemoslo todo de los hados ;
» Pero nuevos esfuerzos no tentemos ,
» Con que este infierno mas profundicemos. »
Asi Belial , fingiendo una prudencia
Faláz , aconsejaba á sus oyentes
Con titulo de paz , vil indolencia :
Mammon habló despues en este tono :
« ¡ Potentados , y Xefes eminentes !
» Quando nuestro caudillo se dispone
» A nueva guerra , en ella se propone
» Precipitar á Dios de su alto trono ,
» O aquellos recobrar , que hemos perdido :
» Este deseo vieramos cumplido ,
» Si la casualidad , favoreciendo
» Nuestro vivo interés , con su dudoso
» Influxo los decretos no minara
» Del destino , ó si el cahos , sumergiendo
» Otra vez en su seno tenebroso
» El orbe , esta gran causa sentenciara ;
» Pero contra el Altissimo , ¿ que puede

» Nuestro loco furor ? Nada esperemos,
» Contra el que â todos en grandeza excede:
» Tampoco de lograr nos lisongeemos
» Mexor suerte. ¿ Y que puesto apetecible
» Habrá para vosotros en el cielo?
» Mientras que alli domine ese tirano,
» ¿ Podriais disfrutarlo sin recelo ?
» Pero un momento demos por posible,
» Que nuestras tramas nos perdone humano,
» ¿ Ireis, el abandono consagrando
» De los derechos vuestros, qual rendidos
» Vasallos, á postraros en presencia
» Suya, y darle homenage, y obediencia ?
» O humildes, de rodillas, disputando
» El incensario á los envilecidos
» Angeles, antes vuestros compañeros,
» Su deidad adorando,
» Vuestro encono interior disimulando,
» A adularle con himnos lisongeros,
» Y á celebrar forzados sus grandezas,
» Al mismo tiempo que el, vuestras cabezas
» Huelle orgulloso, desde su elevado
» Trono, en el polvo, sin honor postradas?
» Vuestros acatamientos vergonzosos
» Contará entre sus triumfos mas gloriosos,
» Y de tales baxezas admirado,

» Sobre sus aras, de Angeles rodeadas,
» Y de inmortales flores coronadas,
» Saboreará á su gusto la ambrosía.
» ¡ Yá pues, con despreciable cobardía,
» Sus despoticas leyes, obedientes
» Cumplid, y tributadle reverentes,
» Los cultos en su corte regulares,
» Con eternos, é insípidos cantares!
» Tal es el que hacer noble, que os espera,
» ¡ O vil rebaño! en la celeste esfera.
»¡ Y que siglos eternos tan penosos
» Gastareis, en dar cultos fastidiosos,
» Sin cesar, á un tirano aborrecido!
» Sea pues que el os llame á su celeste
» Carcel, sea que poco esfuerzo os cueste
» A ella volver, tened bien entendido,
» Que si habeis de vivir con tal afrenta,
» Ni aun habitar el cielo os tiene cuenta.
» Antes que mendigar una pomposa
» Esclavitud, vivamos, qual prudentes,
» Para nosotros mismos. Poseemos
» En nuestros corazones la abundosa
» Fuente de nuestra dicha. Si sabemos
» Buscarla dentro de ellos diligentes,
» Burlar podremos, aun desde este suelo,
» La colera del despota del cielo.

Por

» Por mas que esta prision parezca horrible,
» Será para nosotros apacible,
» Si nuestra libertad, aunque penada,
» Anteponemos á una acomodada
» Esclavitud, y á la magnificencia
» De los grillos, la noble independencia:
» Sacar de los sucesos mas fatales
» La dicha, en bienes convertir los males;
» Formarnos una patria de este triste
» Destierro, substituir á la pobreza
» La industria, manantial de la riqueza;
» Inventar, cultivar los ingeniosos
» Artes, á lo que nada se resiste;
» Tales deben de ser en adelante
» Vuestras empresas, ¡ó hijos laboriosos
» De la activa miseria! ¿Y que victoria
» Sería en nuestro estado mas brillante?
» Quanto menos los medios, mayor gloria:
» ¿De esta region, acaso os intimida
» La obscuridad? Pues dad á la extendida
» Eterea llanura una mirada:
» Ved al Eterno, con el negro manto
» De la noche, cubrir su augusta frente:
» Notad esa tormenta, de repente
» De las espesas nubes fabricada:
» El mismo, precedido del espanto,

» Viene en su seno, mientras que rugiendo
» Estremece la esfera amedrentada,
» Abrasadores rayos despidiendo,
» Al compas de horrorosos estallidos,
» Por los lejanos ecos repetidos,
» Y velado en sus sombras, é invisible
» Aun es mas magestuoso, y mas terrible.
» Supuesto pues, que al cielo adoptar vemos
» Del infierno los funebres colores,
» ¿ Por que su resplandor no imitarémos,
» Y su adorno, como el, nuestros horrores?
» Duerme enterrado aqui mas de un tesoro;
» Nuestros pies negligentes huellan oro,
» Y diamantes. ¿ Y acaso la destreza
» Nos falta, para darles las labores,
» Que exigen el valor, y la belleza
» De estas nobles materias? ¡ Que consuelo
» Será lograr, á fuerza de desvelo,
» Que el blando luxo, que es de la riqueza
» Hijo, en este hondo infierno se introduzca,
» Y mil comodidades nos produzca!
» Ese fuego, hasta aqui nuestro tormento,
» Con el tiempo será nuestro elemento,
» Y aun hará la costumbre tolerables
» Sus llamas, que nos son insoportables,
» Sus dolorosas puntas embotando,

» Y á nuestro temple el suyo acomodando.
» Todo exige la paz. A las divinas
» Venganzas, arranquemos nuestras ruinas;
» Nuestras pérdidas tristes reparemos;
» El bien aprovechemos, suavizando
» Los males; nuestros votos arreglemos,
» Como nuestros proyectos, con prudente
» Juicio, al estado en que ahora nos hallamos;
» Y cautos, de la suerte contingente
» De los combates, sobre todo huyamos:
» Yo la paz voto. » Apenas ha acabado,
Quando un sordo murmullo prolongado
De general aplauso, dulce suena,
En el salon inmenso, semejante
A aquel ruido confuso de los vientos,
Que en los peñascos concavos resuena
De la orilla del mar, quando distante
La tormenta, ya calma sus violentos
Impetus, entre tanto, que acogido
Al fondo de una cala mas remoto,
De altas rocas rodeado, al fin rendido
De las fatigas del pasado apuro,
Anclado el barco, de temor seguro,
Duerme con sueño placido el piloto,
Por las olas, y rafagas mecido.

Asi la paz, la paz, con alegria;

Por todas partes resonar se oia:
¡Tal terror al concurso ocasionaba
El nuevo Infierno, que se le anunciaba!
Aunque en suerte tan triste, todavia
Se acuerdan del acero pavoroso
De Miguel, y del Todopoderoso
Temen los rayos. Una lisongera
Esperanza se añade, de formarse
Quizás un vasto imperio en adelante,
En donde están, que pueda á su primera
Mansion, aunque no sea tan brillante,
Al pronto de algun modo compararse,
El qual, con sabias leyes floreciendo,
Con valor y prudencia governado,
Por grados nuevas fuerzas adquiriendo,
Del Infierno haga un cielo, y envidiado
Del cielo mismo, le haga competencia,
No menos en poder, que en opulencia.
Al ver aquel delirio bullicioso,
El grande Belzebút, despues del fiero
Satanás, entre todos el primero,
A quien con preferencia, acordemente
Respeta aquel concurso numeroso,
Se levanta, y dirán que á un tiempo mismo;
Consigo eleva el reyno del abismo.
Profundamente impresos en su frente,

Se ven los vastos planes, los talentos
Sublimes, los mas altos pensamientos:
Aunque caído, su semblante augusto
Conserva el magestuoso continente,
Y en su aire autorizado, y su robusto,
Y gigantesco talle, semejante
En construccion al del forzudo Atlante,
Se ve, que sostendrá el mayor estado,
Sobre sus firmes hombros apoyado.
Comienza, y de la noche la carrera
Tranquila, ó del ardiente mediodia
El inmovil reposo,
No igualan al respeto silencioso,
Que enmudece al momento á la guerrera
Junta, atendiendo á lo que asi decia:
« Principes, Reyes de la etérea Corte,
» Hijos del Cielo; pues asi algun dia
» El Empireo os nombró, ¿ sera posible,
» Que hayais de menester que se os exorte
» A conservar dictados tan gloriosos?
» ¿ Y querreis, esos nombres inmortales
» Trocar, por el de Reyes infernales?
» Asi parece, por vuestros gozosos
» Aplausos, á la idea de ese imperio
» Nuevo, que se ha propuesto sin misterio,
» Con tal satisfaccion, y que es la mira

» Unica ya, á que el vulgo todo aspira.
» ¡ Imprudentes! ¿ Tan pronto se os olvida
» Ese Dios sin piedad, ese implacable
» Vencedor? ¿ Desde quando esta espantable
» Sima veis en asilo convertida?
» ¿ Os lisongeais de hallar algun seguro
» Abrigo, en este calabozo obscuro,
» Que oculte vuestras tramas un instante
» A su vista severa, y penetrante?
» ¿ Pensais, que aqui podreis, conspiradores
» Tranquilos, otra vez contra el ligaros,
» Fuera de alcance de su brazo fiero,
» Y evitar de sus leyes los rigores?
» ¡ Que daños no traería, el lisongearos
» Con este falso sueño pasagero!
» Ese Dios, no dudeis, es el primero,
» Y el ultimo, el mas grande, y eminente,
» Asi como el mas sabio, y mas prudente.
» Todo lo puede, todo lo contiene;
» Su excelso imperio limites no tiene:
» Aunque de estos abismos tan distante,
» Siempre cautivos suyos, su venganza
» En su mas hondo seno nos alcanza:
» Para nosotros, no es su cetro de oro,
» Mas que un cetro de acero fulminante.
» ¿ Por que pues, quando aun suena á vuestro oido

»El fragor espantable de sus truenos,
» Y el hostil eco del clarin sonoro
» De su hueste, cercana á este escondido
» Abismo, cada instante nos aterra;
» Expendemos el tiempo muy serenos,
» En disputar sobre la paz, ó guerra?
» La guerra nos perdió sin duda alguna;
» Nos perdió para siempre; y ya ninguna
» Abertura de paz juzgo posible,
» ¿ Que condiciones conceder podria
» A esclavos, qual nosotros, su amo airado,
» Sino carceles, hierros, y tormentos,
» Y quanto imponer puede mas terrible,
» De un vencedor, como el, la tirania,
» A vencidos, que asi le han agraviado?
» ¿ Y que pacto, á los nobles sentimientos
» Que profesais, conviene, ó que tratado?
» Solo el de alimentar un implacable
» Odio, ofender sin fin á ese enemigo,
» Que de todas maneras nos oprime:
» Insultar á su misma formidable
» Venganza: hacer escarnio del castigo,
» Y no abandonar nunca la esperanza
» De que el tiempo los duros hierros lime,
» Que nos sujetan, con feliz mudanza.
» Esta al fin llegará, no lo dudemos:

» Su furor, por mas que haga, cansaremos.
» Con nuestra astucia, su poder minando,
» Y hasta en los Cielos su quietud turbando,
» Sus triunfos á lo menos aguardemos;
» Mas cerremos, creedme á mi, la puerta,
» A todo lo que sea guerra abierta:
» Dexemonos de sitios, y batallas;
» De asaltar no soñemos las murallas
» Del cielo, á todo esfuerzo inaccesible,
» Y mucho mas el trono luminoso,
» No menos que del Todopoderoso,
» A la fuerza, y al arte inasequible:
» Medios nos quedan menos arriesgados;
» Y eficaces. Sinó son inventados
» Ciertos rumores, que generalmente
» En el Cielo han corrido,
» En un mundo de nuevo construido,
» Muy remoto, la mano omnipotente
» Vá presto á dar el ser á unas criaturas
» Venturosas, y puras,
» Que en un jardin habiten delicioso,
» Y aunque tal vez nos cedan en la ciencia
» El poder, y nobleza de la esencia, (2)
» Disfruten de los dones, y el precioso
» Afecto de su dueño poderoso:
» Añaden, que del cielo en el senado

» Está ya este decreto publicado,
» Y que Dios mismo, desde el alto asiento
» Del trono eterno, con su juramento
» Sacro, esta voluntad ha confirmado,
» En presencia del Cielo estremecido.
» Siendo esto asi, nuestra atencion volvamos
» A ese nuevo lugar desconocido:
» Acia el nuestra venganza dirijamos,
» Y nuestra actividad: averiguemos,
» Que habitantes en ese nuevo mundo,
» Ha producido su poder fecundo:
» Como han salido de el investiguemos:
» Sepamos, que materia, que elementos
» Forman sus cuerpos, qual es su figura,
» Qual es su duracion, y su extructura:
» Quales son sus costumbres, sus talentos,
» De su virtud la fuerza ó la flaqueza:
» Si debemos armarnos de violencia
» Cotra ellos, ó valernos de destreza.
» En vano de altos muros circundados
» Los cielos, invencible resistencia
» Nos opondrán: en vano los osados
» Esfuerzos nuestros burlará á su gusto,
» Seguro en ellos, su Monarca augusto:
» Si ese mundo reciente acometemos,
» Que de sus reinos forma la frontera,

» Sin resguardo quizás le encontraremos,
» Sin muros, sin soldados, y patente
» Sin mas defensa, que su debil gente,
» Y una empresa será la mas ligera,
» Meternos en su placida morada.
» Perezca pues, perezca enteramente,
» Por el infernal fuego devorada,
» Y vea su Criador, que ha destruido
» Nuestra justa venganza, en un momento,
» Lo que con tanto empeño ha construido;
» O mejor, conservando aquel portento,
» Gozemos de los bienes destinados
» A aquellos seres, y pues nos destierra
» Del cielo, tambien ellos desterrados
» Salgan de áquella deliciosa tierra.
» Asi de el á placer nos vengaremos:
» Seducir á lo menos procuremos,
» Con astucia, ese pueblo favorito;
» Rebelarlo contra el; que degradado
» Por nosotros, tambien sea proscrito;
» Que se vea forzado
» A aborrecer lo que antès ha querido,
» Y á destruir su obra misma arrepentido.
» ¿ Y podeis concebir lo despechado
» Que estará? ¿ Qual será el furor sangriento
» Suyo, al ver que turbamos un momento

» El tirano placer, que en nuestras penas
» Disfruta? ¿ Y qual será nuestra alegria,
» En poder derramar á manos llenas,
» Sobre esos hijos suyos tan queridos,
» Los males, que nos tienen afligidos,
» Y lograr, que maldigan á porfia,
» En este propio abismo sus bondades,
» Nuestras crueles desgracias dividiendo,
» Del mismo modo que nuestras maldades,
» A ese bienhechor suyo aborreciendo;
» Y lloren con nosotros su pasada
» Gloria, antes tan brillante, ya eclipsada
» Con befa de ese protector divino?
» Hablad pues. ¿ Elegis este destino
» Util en todo evento, y decoroso,
» O el funesto proyecto ignominioso
» De ese imperio soñado,
» En esta infernal noche sepultado? »
Asi el astuto Belzebúth procura
Persuadir, que se adopte el plan maligno,
De la invencion de su Monarca digno,
Que en su arenga lo habia ya indicado.
¿ Y quien sino el, abriendonos la impura
Senda del mal, emponzoñar pudiera
Al humano linage, en su primera
Fuente, asociar la tierra á los furores

Del infierno, é intentar osadamente
Turbar la paz del Rey del universo?
¡ Inutil arrogancia! los mayores
Esfuerzos de aquel animo perverso
No serviran sino es á hacer patente,
Mas que nunca, su gloria, y su potencia.
Pero los infernales moradores,
Apenas oyen esta audaz propuesta,
Quando, de una comun inteligencia,
La aprueban todos, con clamor gozoso,
Y el brillo de sus ojos manifiesta,
Quanto admiran el plan maravilloso:
Con tono entonces ya mas arrogante,
Vuelve á hablar Belzebuth de esta manera:
» Quanto consuelo, ¡ ó celestial senado!
« Ese concorde voto me ha causado,
» De vos tan digno! Llegará el instante
» Quizás, y aun presto, en que á la envidia fiera
» De ese tirano, arranque esta gloriosa
» Resolucion las victimas, que ahora
» En este abismo funebre devora,
» Y libres á su patria venturosa
» Las acerque. A su vista aun mas valientes,
» Tal vez volando al cielo, lograremos
» Recobrar nuestros tronos eminentes,
» O si nos rechazare del divino

» Lugar, sin duda nos dará el destino
» Otra zona mas dulce, en que podremos
» Algun rayo gozar de la apacible
» Luz de los cielos, y de la frescura
» Del oriente, alejados de esta horrible,
» Negra prision. Alli con su aura pura,
» Alegre, calmará la primavera,
» Qual balsamo suave, los dolores
» De estos cuerpos, que el fuego ha marchitado.
» ¿ Mas quien irá á buscar, por los horrores
» De un ignorado espacio, esa ribera
» Feliz, en que termina este abrasado
» Abismo? ¿ Quien será tan animoso
» Entre nosotros, que el arrojo tenga,
» De emprender ese viage peligroso,
» Sin que terror alguno le detenga,
» De atravesar á solas por la inmensa
» Region del infinito; entre su densa
» Obscuridad, volar, baxar, subirse;
» En su sima sin fondo sumergirse;
» Con alas incansables remontarse
» Cada vez mas, y mas, hasta encontrarse
» Victorioso en esa isla deseada,
» De la extension del éter circundada?
» ¿Y que fuerza, ó que astucia son bastantes,
» Para poder burlar las vigilantes

» Guardias, las numerosas centinelas,
» Que las eternas puertas, noche, y dia
» Custodian, evitando sus cautelas,
» O abriendo paso á fuerza de osadia?
» Quanto es mas de temer la resistencia,
» Quanto mas peligroso es el objeto,
» Tanto debemos con mayor prudencia,
» Examinar las prendas del sugeto,
» Que ha de intentar la hazaña señalada,
» En que nuestra esperanza está cifrada. »
Se sienta á estas palabras, y girando
Los ojos, impaciente está esperando,
Ver quien se ofrece, entre la fiera turba,
Al riesgo de efectuar la audaz empresa:
Palido espanto á todos los perturba;
Cada qual triste, y en silencio pesa
El arrojo temible, y de horror lleno
Su miedo mide, por el miedo ageno.
Cierto de lo que sabe, y lo que puede,
Satanás solo, que en valor excede,
Como en todo, á los otros, se adelanta,
Y asi en tono de un Rey la voz levanta:
« ¡ De los cielos ilustre descendencia,
» Pueblo de Serafines! visto el giro,
» Que ha tomado este asunto, no me admiro,
» Que el valor ahora ceda á la prudencia.

» Mas que de los peligros, sorprehendidos
» De las dificultades, que presentan
» Las circunstancias, vuestros valerosos
» Pechos se turban, no se desalientan.
» Obstaculos se oponen nunca oidos;
» Caminos los mas largos, y escabrosos,
» Desde el abismo lobrego conducen,
» De la noche á los campos, en que lucen
» Del Cielo los primeros resplandores;
» Cierra un recinto casi insuperable
» Esta carcel; un muro formidable
» De negro fuego, nueve vueltas dando,
» De nuestros calabozos los horrores
» Cerca, y aumenta, sin cesar bramando.
» Sus puertas aun mas duras que el diamante,
» Para nosotros siempre estan cerradas.
» Una ley de aquel Dios, cuyo constante
» Encono, en ellos cierra amontonadas
» Nuestras huestes, nos tiene prohibida,
» Sevéra, irrevocable, la salida.
» Y aun quando estos obstaculos sea dable
» Vencer, triunfo á mis ojos muy dudoso,
» Queda que superar el inapeable
» Abismo del vacio; ese espantoso
» Desierto, por la nada limitado,
» Donde la negacion de la existencia

» Asusta nuestra corta inteligencia:
» Reyno que el ser jamas ha disfrutado,
» Que amenaza quitar al atrevido,
» Que en el se engolfe, el ser que alli ha traido,
» Y triunfa, envuelto en noche, de la ausencia
» De quanto existe. Y aunque se consiga
» De este abismo salir, vasto, y profundo,
» De todo aborto origen infecundo,
» Para que al fin propuesto el viage siga,
» ¡Quanto nos falta aun! ¡Que de extendidas
» Regiones, hasta aqui desconocidas,
» Tiene que trancitar! ¡Quantos penosos
» Trabajos que sufrir! ¡Quan horrorosos
» Peligros que arrostrar á cada paso!
» No es posible contarlos. ¿Pero acaso
» Satanás, digno de este cetro fuera,
» Si quando vuestra gloria un sacrificio
» Exige, ó de evitaros un perjuicio
» Se trata, un temor bajo le impidiera,
» Que á qualquier pena, ó riesgo se arrojára?
» ¿Con que derecho Satanás gozára
» Este supremo rango? ¿Que serian
» Este augusto diadema, este glorioso
» Cetro, sino el ornato mas ocioso,
» Si olvidando el deber, que le imponian,
» A su poder su zelo no ígualase,

Y

» Y el publico interes abandonase?
» No se hizo el trono, para que de un vano
» Homenage disfrute el soberano;
» Y el valor debe ser, al eminente
» Grado de cada qual, correspondiente.
» Idos pues, camaradas generosos
» De mis desgracias, aún terror del Cielo!
» A pesar de ellas, idos sin rezelo,
» A concertar el modo de abreviaros
» Las largas horas de los dolorosos
» Dias, que en esta lobrega morada
» Os quedan que pasar, y recrearos
» Lo mejor que podais, mas con cautela;
» No sea que la vista penetrante
» De ese Dios, que jamas esta apartada
» Region olvida, y en su daño vela,
» Astuta se aproveche del instante
» De mi ausencia, y pretenda acometeros.
» A vosotros os toca defenderos
» En este caso, mientras de la muerte
» Atravesando el Reino tenebroso,
» Voy á buscaros otra mejor suerte.
» Sé que el empeño es arduo, y trabajoso;
» Y pues solo á los riesgos me aventuro,
» Mia solo ha de ser tambien la gloria;
» Mas con vosotros, de otro interes puro,

» Los frutos partiré de la victoria. »
Dice, y sin permitir se ratifique
Su propuesta, ó que alguno le replique,
La señal hace de que se ha acabado
El infernal consejo, receloso
De que alguno movido de envidioso
Orgullo, sin peligro disputarle
Quisiese aquella gloria, asegurado
De que su oferta no se admitiria;
Y que con tal ficcion su cobardia,
Del honor consiguiera defraudarle
De ser solo, y partir villanamente
Con el, el premio, y fama de valiente.
Su orden la puerta á toda astucia cierra.
Solo una seña de su magestuoso
Semblante, aquella muchedumbre aterra
Mas, que todos los riesgos de que ha hablado,
Y se disuelve al punto el gran senado.
El ruido del concurso bullicioso
Al salir, al del trueno se parece,
Quando lejano por el Cielo rueda,
Y sus bovedas altas estremece.
Satanás solo, fixo en pie se queda,
Los respetos de todos recibiendo,
Que la frente al pasar, á su presencia
Inclinan con humilde reverencia;

Aquel arrojo intrepido aplaudiendo,
Le ensalzan, y le igualan á Dios mismo;
Como se sacrifica, ponderando,
Su bien por el del publico olvidando.
Tal es la fuerza, que hasta en el abismo
La virtud tiene, que aun á la enemiga
Perversa raza, á respetarla obliga.
Resuelta de este modo la importante,
Y dudosa question, con alabanza
De Satanás, brilló por un instante
En el infierno un rayo de esperanza.
Asi quando del austro el denso viento,
Vencido el aquilon, con su violento
Soplo, del horizonte
Barre las nubes, y en las elevadas
Cumbres las junta de uno, y otro monte;
El dia en noche obscura transformando,
Descolora los campos, con un velo
Formado de sus sombras dilatadas,
Cubriendo el astro, que domina el Cielo;
La tierra con tormentas inundando,
Y la piedra, ó la nieve derramando;
Si acia la tarde, el sol á romper llega;
Con sus rayos, aquella noche ciega,
Viniendo á despedirse dulcemente
De la naturaleza, los colores

Recobran de repente
Los arboles, las plantas, y las flores;
Todo renace, vuelve la alegria
A los montes, los valles, y los prados:
Sus gozosos balidos los ganados
Repiten, y las aves á porfia
Renuevan su agradable melodia:
Tales tambien, las tenebrosas frentes
De aquellos infernales habitantes,
Se abren alegres, á los refulgentes
Rayos de la esperanza, aunque distantes
Un plan, un mismo voto los reune,
Y en liga inseparable á todos une.
  Asi aun aquellas fieras infernales
Concordes viven en su abismo horrendo
Y los hombres ¡ ó exceso vergonzoso!
Solos entre los seres racionales,
Feroces, uno al otro aborreciendo,
Quando el Cielo piadoso
A la paz, y concordía los convida,
Y al dulce premio de otra feliz vida,
De odios, enemistades, discusiones,
Alimentan sus negros corazones,
En incesantes guerras derramando
Su sangre, y todo el orbe devastando!
¡ Infelices! ¡ En tanto que engañados

Saciais asi estas barbaras pasiones,
En lugar de estar todos hermanados,
Prestais necios el flanco, à las heridas
De aquellos infernales homicidas,
En vuestra perdicion encarnizados!
Disuelto ya el consejo, se esparcieron
Todos, menos los Xefes principales,
Que á hacer corte á su Rey se detuvieron.
Sola, entre sus cabezas desleales,
Audaz domina su elevada frente.
Despotico no tiene otros rivales,
Que el ser omnipotente,
Al qual el solo espera hacer mas guerra,
Que quantas tropas el infierno encierra.
Su corte al rededor, con reverencia,
Despliega de un real luxo la opulencia.
Un armado esquadron de Serafines,
Cubierto de blasones inmortales,
Fiero le guarda, y quatro Querubines,
Desde los quatro puntos cardinales
De la luz, de orden suya, con sonora
Trompa, publican á una misma hora,
El decreto infernal. Los tenebrosos
Antros repiten el fatal sonido:
Lo oye el Cielo, y con gritos espantosos,
Por la precita turba es aplaudido.

La esperanza suspende la tristeza
De esta, y crece su orgullo por momentos,
En valor convirtiendo su flaqueza.
Cada Angel por su parte, distraido
Con alegres, ó tristes pensamientos,
Va á buscar el parage mas del caso,
Segun su idea, ó su secreto instinto,
Para que no le canse el tardo paso
De horas tan dolorosas, y anda errante
Por la extension del lobrego recinto,
Esperando con ansia, que triunfante,
Y feliz, su Rey vuelva á consolarle,
Y de todas sus penas á librarle.
  Algunos hacen justas, y torneos,
Para pasar el tiempo entretenidos.
Varios de entre ellos, á la semejanza
De los Pythicos juegos, y Neméos,
En atleticas luchas su pujanza
Despliegan; estos por los extendidos
Campos la muestra dán de su presteza,
El espacio volando señalado.
Muchos en el vigor, y la destreza
Disputan, disparando al apartado
Blanco dardos, y flechas, ó siguiendo
Las leyes de la Olimpica carrera,
Envueltos en nublado polvoroso,

En rapidos caballos se apresuran
A la meta, ó los carros dirigiendo
A ella, raudos volando, con ligera
Vuelta, evitan su encuentro peligroso.
Con mas utilidad, otros apuran
Las reglas de la tactica, reuniendo
Las tropas de su mando á sus pendones,
Y haciendolas hacer evoluciones;
Como quando en la atmosfera encendida,
Nos figuramos ver una reñida
Batalla, entre diversos esquadrones,
De aparentes guerreros celestiales,
Anuncio triste de espantosos males:
Los caudillos aëreos, vestidos
De resplandor, con furia se abalanzan,
Con las picas se envisten, ó se lanzan
Dardos; al fin combaten confundidos;
La tormenta prosigue, amontonando
Inmensas nubes, que entre si chocando,
El orbe atruenan, de donde la aurora
Nace, hasta el antro, en que la noche mora.
Otros Demonios, aun mas esforzados,
En negros torbellinos remontados,
Alborotan con juegos espantosos,
De la noche los reynos silenciosos;
Con fuerza sin igual, de las entrañas

De aquel suelo, peñascos, y montañas
Arrancan, y se arrojan mutuamente.
Lo mismo los Gigantes en Thesalia
Se nos cuenta que hicieron, é igualmente
Del vencedor se dice de la Oechalia,
De Hercules el membrudo,
Que delirante con la envenenada
Tunica, con su piel incorporada,
De una alta roca, de piedad desnudo,
Al triste Lycas, con el brazo fiero
Lanzó en el mar, con vuelo mas ligero,
Que la piedra de la honda disparada,
Y que desarraigando el roble, el alto
Pino, les hizo dar el proprio salto.
Otros, que eran de un genio mas tranquilo,
En valles silenciosos, separados
Del ruido, buscan agradable asilo:
Alli alivian sus penas, con los suaves
Acentos del Laúd, acompañados
De los tonos, ya agudos, y ya graves,
De un patetico canto, en que, gimiendo,
Se quexan del destino, que á la odiosa
Fuerza de un yugo barbaro, ha rendido
Como esclava, su gente valerosa,
Todas sus esperanzas destruyendo:
Sus gloriosas hazañas luego cantan,

Y hasta el Cielo, aun el choque que han perdido,
Qual si vencieran, con ardor levantan.
La sobervia dictaba sus canciones,
Mas con todo, tal es de la harmonia
Celestial el hechizo, adormecia
Esta en aquellos tristes corazones
Las penas crueles; y su influxo tierno
Calmaba, aun los tormentos del infierno.
Fuera de si, la turba presurosa
Se aprieta en torno, y la maravillosa
Dulzura goza con atento oido,
Echando sus desgracias en olvido.
Otros de aquellos infelices seres,
Igualmente remotos del ruido,
El tiempo en doctos raciocinios gastan,
Mas noble ocupacion, cuyos placeres
Sus almas grandes, á las que no bastan
A aliviar, los deleites del sentido,
Encantan de manera, que suavizan
De su funesto estado la amargura,
Y calman de las llamas los ardores,
Que alli hasta los instantes eternizan.
De la sublime altura,
A que su vivo ingenio los eleva,
Con vuelo audaz dominan los horrores
De aquella inapeable sima obscura:

De grado en grado su razon los lleva,
A discurrir sobre la eterna esencia
De Dios, sobre sus leyes inmortales,
Sus nobles atributos, y decretos, (3)
Y sobre conciliar de su presciencia
La infalibilidad, con la absoluta
Libertad de los entes racionales.
Pasan de alli á tratar de los secretos
Caminos de su augusta providencia:
Del orden inmutable se disputa,
Y del termino cierto, á que el destino,
Que es de su voluntad solo un divino
Acto, conduce todos los eventos:
De unos en otros puntos, engolfados
Se pierden, en un vasto, insuperable
Laberinto de vagos pensamientos.
Por mil varios objetos extraviados
Cada instante, en su larga conferencia
Ocurren, el enigma inexplicable
Del bien, y el mal, los impetus violentos
De las pasiones, y la resistencia,
Para vencer su impulso necesaria;
La libertad, la dicha, los perjuicios
Del error, las virtudes, y los vicios,
La eternidad, sus penas, y placeres,
Con otra multitud extraordinaria

De qüestiones abstractas, que tocando
Al infinito son incomprehensibles,
Fuera de Dios, á los restantes seres.
Entre un millon de dudas, delirando
Su loca ciencia, en cosas imposibles,
E inutiles esfuerzos se perdia;
Mas con todo sus penas consolaba,
Su valor, y esperanzas alentaba,
Y como un triple bronce, endurecia
Sus voluntades de sobervia llenas,
Por que en secreto en ellas fomentaba
El desprecio del mal, y de las penas.
Muchos en esquadrones numerosos,
De viajar adoptaron el partido,
Y buscar por aquellos tenebrosos
Vastos Reynos, algun desconocido
Clima mas tolerable, algun parage,
Donde poder vivir con mas sosiego.
Quatro puntos distintos desde luego,
En otras tantas tropas separados,
Registrar se proponen en su viage.
Costean quatro rios señalados,
Que en aquel infernal lago de fuego
Desaguan sus corrientes encendidas;
El negro Estíx, cuyas aborrecidas
Ondas el odio exalan, el horrible

Coccito, en todos tiempos insensible
A los perpetuos miseros gemidos,
A los gritos, que afligen los oidos
En toda su ribera; el Acheronte
Profundo, manantial de la amargura,
Y el rapido abrasado Flegetonte,
Cuya corriente de rabiosa, y pura
Activa llama, todo lo destruye.
Muy lexos de ellos, silencioso fluye,
Con lento curso, el rio del olvido,
El placido Letheo, y al reposo
Convida, á los que huellan su ribera
Tranquila. En el instante que qualquiera
Sus cristalinas aguas ha bebido,
Queda en perpetuo olvido delicioso,
De todas quantas penas ha pasado,
Como de los placeres que ha gozado:
Del licor el efecto prodigioso
Es tal, en aquel dulce parasismo,
Que llega aun á olvidarse de si mismo.
Mas allá de este rio penetrando,
Se vé un mundo glacial, por todas partes
De tempanos cubierto endurecidos
De nieves, y de hielos esparcidos
Sin orden por el suelo, figurando
Viexas ruinas de antiguos baluartes,

De torres, y edificios, por el blando
Favonio soplo, nunca derretidos,
Teatro de huracanes agitado,
De nubes, y tormentas abrumado:
Un abismo sin fondo,
De eterna, y densa nieve lo termina,
Harto mas espantoso, que aquel hondo
Golfo arenoso, entre la celebrada
Damieta, y la pendiente prolongada,
Que desde el alto Casio á ella declina,
Cuyas olas tragaron, en sus fieros
Remolinos, exercitos enteros.
Abrasa todo aquel funesto suelo,
Qual lo pudiera el fuego, el frio hielo.
Por turno en ciertos tiempos, trasladadas
Se ven á aquel desierto, las impias
Victimas, al infierno condenadas.
Alli recien salidas del ardiente
Fuego, mil crueles furias, mil Harpias,
A su encuentro acudiendo de repente,
Las zambullen á fuerza en las heladas
Nieves, que sus tormentos acrecientan,
Hasta un grado de pena inconcebible,
Con el contraste horrible,
Que del calor al frio experimentan.
Asi, en lugar de hacerles beneficio

Mudar de clima, aumenta su suplicio.
De extremo á extremo pasan, ahora hirviendo
En vivas llamas, ahora entorpecidos,
En inmoviles masas convertidos
De duro hielo, sin morir, muriendo:
En vano imploran con crugir de dientes,
Del éter puro el tibio, y dulce aliento.
Luego que en lo posible, aquel tormento,
Su fuerza con el habito ha perdido,
Los transfieren de nuevo á las ardientes
Llamas, y de estas al empedernido
Hielo otra vez. La variacion imploran,
Mas en la variacion siempre empeoran.
Para añadirles nuevas aflicciones
En estas continuadas translaciones,
Las beneficas ondas del Letheo
Vadear les hacen, sin que les permitan
Beber de ellas. En vano su deseo
Con una sola gota se contenta,
Para echar sus angustias en olvido.
¡ Sin fruto aun esta gracia solicitan!
Si al fin desesperados, la sedienta
Boca baxan acia ellas, al instante,
En que las vá á tocar el encendido
Labio, un destino barbaro lo impide;
Una Furia espantosa, que despide

Centellas de la vista fulminante,
Una Gorgona horrible se adelanta,
Sus serpientes eriza, y los espanta;
Al paso que las aguas engañosas,
Al trueno de su voz obedeciendo,
De su boca se apartan presurosas,
De Tantalo el suplicio repitiendo.
Todo esto los precitos caminantes,
De una á otra playa transitando errantes,
En aquellas regiones tenebrosas,
Unica herencia suya, repararon.
Aterrados de aquellas temerosas
Perspectivas, perdidos los colores
De sus semblantes, por la vez primera
A conocer con claridad llegaron,
De su infeliz morada los horrores.
No han hallado el descanso en su carrera;
Pero si en todas partes los dolores;
En vano aquel desierto interminable
Penetrando, mil climas espantosos
Han registrado, con imponderable
Pena, trepando á veces encumbrados
Alpes de hielo, á veces prodigiosos
Alpes de fuego; nada han advertido
Sinó antros, rocas, lagos congelados,
Breñas, y precipicios escarpados,

Simas de fuego, sombras, y visiones
Horribles, precursoras de la muerte,
Por las que, prevenida de su suerte,
La desesperacion la vista gira,
Y no vé mas que un mundo de aflicciones,
Y de dolor, en que la vida espira,
En que la muerte vive, y su crudeza
Exerce libremente;
Y sus mismas informes producciones
Vé con espanto la naturaleza:
Seres desfigurados, embriones,
Monstruosas criaturas, que la mente
No puede concebir horrorizada,
Fantasmas mas terribles, que lo han sido
Todas las que la fabula ha creido,
O la imaginacion mas exaltada
Ha podido inventar. Gorgonas fieras
Furias, Larvas, Dragones, y Chimeras.
Tales son pues, aquellas afligidas,
Y malditas regiones,
Al gozo, y á la paz desconocidas,
Del eterno dolor vastas prisiones,
En que ya justamente padeciendo,
Ya su rigor los cielos exerciendo,
Todo es delitos, penas, y furores,
Lamentables gemidos, y terrores.

Alli

Allí el despota mismo del infierno;
El mal, executando del eterno
Las leyes, es el que obra unicamente
Bien, castigando al mal severamente.
Mas ya de sus rebeldes planes lleno,
Satanás, en sus alas sostenido,
Rapido parte, de temor ageno,
Cortando el aire denso, y tenebroso,
A dos distintos puntos dirigido.
Por solitarias sendas, silencioso,
Las puertas del infierno vá buscando,
Tan pronto al negro lago paralelo,
Baxo, acia el orizonte, lleva el vuelo;
La direccion variando,
Ya adonde mora el apartado oriente;
Ya adonde acaba el lobrego poniente;
Tan pronto el fiero vuelo remontando;
A la elevada boveda camina,
Y el vasto abismo intrepido domina.
Asi quando ha tomado el peligroso
Rumbo una nave, desde la apartada
Ribera de Bengala, ó de los mares
De Tidór, conduciendo su oloroso
Y rico fruto, acia sus patrios lares,
Sigue errante su marcha aventurada;
Al cabo, que termina el Africano

Suelo, en la inmensidad del Oceáno,
Sus espumosos surcos endereza,
Unas veces con rapida presteza
Volando, por la liquida llanura,
Otras, en los abismos sumergida,
Que forma de sus olas la pendiente,
O en la mayor altura
De sus rizadas cumbres eminente,
Con las obscuras nubes confundida.
Dia y noche su viage continuando,
De direccion al parecer variando,
Sus extravios mismos, con acierto
Combinados, la surgen en el puerto.
Tal Satanás su viage dirigia,
Asi con vuelo rapido surcaba,
Recto, ó si era á proposito, bordeaba
Por el vacio inmenso, ó se cernia
Sobre sus vastas alas, extendiendo
Su vista á todas partes, hasta tanto,
Que divisó, con indecible encanto,
La extremidad de aquel abismo horrendo,
Y llegó á tropezar con las fatales
Puertas, de las regiones infernales.

Nueve en numero son, que la salida
Una tras de otra cierran. Tres de azero,
Tres de bronce brillante,

Y tres de dura roca de diamante.
Ademas otro estorvo hace la huida
Mas dificil á todo prisionero;
De inextinguible fuego un muro ardiente,
Y elevado, las cerca enteramente.
Dios solo, con sus manos inmortales,
Fabrícó aquellas puertas eternales,
Y á esto añadió, las incesantes velas
De las mas horrorosas centinelas,
Dos espantables monstruos, que sentados
De la primera puerta á entrambos lados,
El paso impiden siempre vigilantes.
De medio cuerpo arriba, la figura
De muger tiene el uno, y los brillantes
Atractivos de gracia, y de hermosura;
La otra mitad, á modo de Serpiente,
Masa informe, en mil vueltas prolongada,
Arrastra por el suelo torpemente:
De un latigo la mano tiene armada:
Saliendo de su vientre, y en cadena;
De perros infernales una muta,
En fiereza disputa
Al trifauce cerbero, y con ladridos
Horribles, sin cesar el aire atruena;
O de un subito espanto poseidos
Los crueles perros, su feroz nidada

Redoblando medrosa sus ahullidos,
El seno maternal de nuevo llena,
Entrando dentro de el atropellada
A refugiarse, y con rabiosos dientes,
Ingrata despedaza las calientes
Entrañas, que la dieron á la vida.
Aun menos espantosa era la corte
De perros, de que Scila era seguida,
Y la que baxo del elado norte,
Puebla los aires en la noche obscura,
Escoltando á la barbara hechizera,
Que al infierno con pacto fiel unida,
De una inocente victima la pura
Sangre al oler, de lexos saboreando
El horrible festin, vuela ligera,
Del Lapon á las hijas, que gozosas
Sus maldades ayudan, convidando
A celebrarlo, con sus bulliciosas
Danzas, al mismo tiempo que parada
La luna, en fuerza del terrible encanto,
Entre nubes, oculta con espanto
Su macilenta luz amortiguada.
Con aspecto mas fiero, y pavoroso
El otro monstruo, al que le mira aterra,
Si acaso en dar tal nombre no se yerra,
A un espectro engañoso,

Semejante á las sombras fabulosas;
De que en tiempos, pobló la fantasia
Poetica las simas tenebrosas,
Que el duro cetro de Pluton regía,
O á los vanos vapores aparentes,
Sin forma, sin materia, y existentes
Tan solo de algun sueño en el reposo;
Mas con todo su rostro es mas horrendo,
Que lo es el del Demonio mas odioso,
Mas triste que la noche, que cubriendo
Está el infierno. Al ver al extrangero,
Con un gesto feroz se alza, esgrimiendo
Un largo dardo en la derecha mano,
De ensangrentado acero;
De una corona el simulacro vano
Ciñe su altiva frente.
Al Angel vá á encontrar rapidamente,
O por mejor decir á el se avalanza,
Inmensos saltos dando. Al movimiento,
Tiembla del negro infierno el hondo asiento:
Satanás á su vista sorprehendido,
Mas no turbado, acia el tambien se avanza:
El fiero Satanás, cuya osadia
Dios solamente intimidar podria,
Le observa de alto á baxo, y detenido
El paso, asi le dice desdeñoso:

« ¿Quien eres? ¿Que me quieres, espantoso
» Monstruo? Responde presto. ¿Por ventura
» En cerrarme te empeñas esas puertas?
» Mi brazo hará, que pronto estén abiertas
» A pesar tuyo, y rota la clausura.
» ¡Desaparece pues, sombra horrorosa!
» Huye! Lexos de mi lleva esa odiosa
» Figura, ó te haré ver con esta lanza,
» Lo que de una Deidad la fuerza alcanza;
» Y que una infernal sombra, ceder debe,
» Al que de hijo del Cielo el nombre lleve. »
» ¿Y tu mismo quien eres? le responde
Con voz horrenda, la fantasma airada,
Blandiendo el dardo, con la diestra armada:
« ¿Acaso á mi sufrir me corresponde
» La audacia de aquel Angel temerario,
» Que tuvo la ridicula osadia,
» De declararse publico adversario
» Del mismo Dios, á quien su ser debia,
» Ingrato á su bondad, desconociendo
» Su omnipotencia, astuto seduciendo
» A tantos celestiales moradores,
» A quienes su señor tierno queria,
» Y que ahora tristes lloran, dividiendo
» Con el, de ese hondo abismo los horrores?
» ¿Desde que Dios, con justa providencia,

» Airado os arrojó de su presencia;
» Que sois ellos, y tu, seres malvados?
» ¿ Que sois, sinó unos viles desertores,
» Unos cobardes, miseros proscritos,
» Para siempre al infierno condenados;
» En que debeis pagar vuestros delitos?
» ¿ Como te atreves pues, á intitularte
» Hijo del Cielo, en vez de avergonzarte,
» De verte con justicia en tal afrenta?
» Y para hacer tu rabia mas violenta
» Contra mi, que desprecio tu odio insano,
» ¿ Como has tenido, dime, atrevimiento,
» Para insultarme á mi, tu soberano,
» Y en mi corte, debiendo humildemente
» Rendirme vasallage? Huye al momento:
» Vuelve á pagar tus culpas: diligente
» Tira con esas alas á ausentarte,
» Que bien las necesitas, pues si un punto,
» ¡ Baxo, y vil desterrado ! en escaparte
» Tardas, con vivo azote de escorpiones,
» Haré, que eches de menos tus prisiones,
» Y veas, que el infierno todo junto,
» Con sus tormentos, es menos temible,
» Que un golpe solo de este brazo horrible. »
   Asi con voz tonante,
De un volcan al estruendo semejante,

Le amenaza el espectro furibundo.
Feroz, á nadie en el valor segundo,
Satanás no se inmuta, mas rabioso,
Tales injurias no oye con reposo.
Se adelanta los dientes rechinando,
Vivos rayos los ojos arrojando.
Jamas se presentó tan ominoso
El astro errante, que con su abrasada
Cabellera, de Ophicuo la apartada
Constelacion enciende, y coloreando,
Del norte elado el cerco tenebroso,
De su noche los velos despedaza,
Y cuya luz funesta, y macilenta,
A los pueblos pasmados amenaza
Con la peste homicida, la sangrienta
Guerra, ó con otras plagas lastimosas,
Que al sacudir su horrible cabellera,
Dexa caer en la terrestre esfera.
Asi aquellas dos furias espantosas
A combatir se aprestan; frente á frente,
Uno al otro se observan cautamente;
Blandiendo el arma, cada qual la mira
Dirige del contrario á la cabeza,
Pues segundear no quieren. Con destreza
Espian la ocasion, y nadie aun tira.
Tales dos negras nubes, impelidas

De dos opuestos puntos, á embestirse
Furiosas vuelan, con los densos senos
Preñados de tormentas, y de truenos;
Tal vez con todo, un rato suspendidas,
Proximas ya, pero sin combatirse,
Aguardan el instante, en que los vientos,
Con su soplo invisible,
Den la señal de la descarga horrible,
Con que han de estremecer los elementos.
Asi ambos monstruos, con ceñudas frentes,
Añadir al infierno parecian
Tinieblas. Como en fuerzas competian,
Eran tambien iguales en alientos;
Pero por mas que sean tan valientes,
¡ Llegará al fin un dia, en que la suerte
Les haga conocer otro mas fuerte
Vencedor, que aniquile su potentia!
Ahora todo el abismo, á la violencia
De sus iras, se hubiera confundido,
Si al instante con gritos espantables,
El otro monstruo, que las formidables
Puertas guardaba, no hubiera acudido.
Aquel vestiglo á cuya dura mano,
Sus llaves fió el eterno soberano,
Llega, entre ellos se arroja, los separa,
Y hablando asi, con Satanás se encara:

« ¿ Por que ese furor ciego, ó padre amado,
» Contra tu unico hijo ? ¿ Y tu , hijo mio ,
» Intentaràs bañar tu acero impio
» De tu padre en la sangre ? ¡ O deslumbrado !
» Ese temido Dios , cuya justicia ,
» Mejor dire , cuyo furor maquina
» De los tres , que aqui estamos , la ruina ,
» Desde el Cielo se está de tu impericia
» Riëndo , al ver que tu mismo fomentas
» Sus proyectos. ¿ Ignoras , que algun dia
» Hemos de ser las victimas sangrientas ,
» Que ha de sacrificar ? » Este discurso ,
De Satanás la colera resfria ,
Que asi responde al ser desconocido :
« Tus clamores , y suplicas , el curso
» De mis justos furores han parado ,
» Y mis mortales golpes suspendido ;
» Pero quiero saber en el instante ,
» Quien eres , el origen de tu informe
» Cuerpo , en tan rara forma duplicado ,
» ¿ Como tu padre soy ? y ese disforme
» Espectro ¿ como es mi hijo ? el, que delante
» De mis ojos jamas se ha presentado ;
» El , cuya fealdad , cuya fiereza
» Sonrroja , espanta à la naturaleza.
» ¡ Como ! responde la infernal portera ;

» ¿ Desconoces tambien al caro objeto
» De tu mas fino amor, á tu querida
» Hija, que ha sido de tu ser perfecto
» La produccion primera,
» Que en el Cielo nacida
» En tiempos mas felices, fue tu encanto?
» ¿ Tu infeliz suerte te ha mudado tanto,
» Que la epoca dichosa se te olvida,
» En que los Serafines conjurados
» Contigo, y otros seres inmortales,
» Contra Dios en el Cielo se reunieron?
» ¿ No te acuerdas, que estando congregados,
» Mientras todos urdiais los fatales
» Planes de rebelion, te sorprehendieron
» Los mas crueles dolores, se turbaron
» Tus ojos, tu razon obscurecida
» Te abandonó, tus fuerzas desmayaron,
» Se abrió tu frente, en llamas encendida,
» Y dió á luz de repente esta criatura,
» Que à tu vista parece ahora espantosa,
» Y que llena de gracias, y hermosura
» Celeste, joven, refulgente, armada,
» Semejante á una Diosa,
» Fué como tal entonces admirada
» Por toda aquella augusta concurrencia?
» La *Culpa* el nombre fue, que me dió el Cielo.

» Todo el mundo, á pesar del dulce encanto
» De mi hermosura, y gracia, á mi presencia
» Retrocedió de espanto;
» Pero pronto olvidaron su recelo:
» Ganaron, mis facciones hechizeras,
» Imagenes en todo verdaderas
» De las tuyas, los ojos seduciendo,
» Gran numero de aquellos corazones.
» Los mismos, que con odio me miraron,
» Al habito de verme, al fin cediendo,
» Fueron despues, en todas ocasiones,
» Aquellos, que con mas ardor me amaron;
» Y sobre todo tu, á quien inflamaron
» Mis bellos ojos, tu, que en mi figura,
» Retratada, adoraste tu hermosura.
» Por el placer unidos prontamente,
» A sentir comencé, que palpitaba
» En mi interior, de nuestro amor ardiente
» La prenda, que yo ansiosa deseaba.
» La guerra, que ya entonces se encendia
» En el Cielo, ocupó tu valentia;
» Venció Dios. ¿ Mas acaso ser pudiera,
» Que el Todopoderoso no venciera?
» Arrojados del Cielo los guerreros
« Tuyos, aqui baxé entre los primeros.
» Nuestro enemigo en el instante, ufano

» De la victoria, confió á mi mano
» Las llaves de esta puerta formidable,
» Que desde entonces, pende solamente
» De mi arbitrio, y que nadie, por osado
» Que haya sido, jamas ha transitado.
» En este lugar pues, desagradable,
» Por fuerza á sus decretos obediente,
» Solitaria vivi, siempre sufriendo,
» Hasta que al fin, di á luz el fruto horrendo
» De nuestro torpe amor. Yo la primera
» Me atemoricé, al ver peste tan fiera,
» Y de ese hijo del Cielo la presencia,
» Al mismo infierno estremeció de espanto.
» Los dolores, que yo senti entre tanto,
» Mis pasados deleites excedieron,
» Apurando del todo mi paciencia,
» Y esta triste mudanza,
» En mi cuerpo ya debil, produxeron.
» El fruto mismo de nuestros amores,
» Solo nació para tormento mio.
» Salio blandiendo la sangrienta lanza,
» Esa lanza que causa los terrores
» De todo el universo. Me desvio
» Del moral golpe. Corro apresurada,
» Sin volver la cabeza, y con voz fuerte
» Toda fuera de mi, grito: *la Muerte!*

» Esas cavernas à este nombre horrible
» Temblaron. Retumbó esa dilatada
» Boveda. Los abísmos repitieron,
» *La Muerte*! y aquel nombre aborrecible
» A sus mas hondas simas extendieron.
» En vano quise huir; alegué en vano
» El titulo de madre; el monstruo horrendo,
» Aun mas que de ira, de luxuria ardiendo,
» Me alcanzó, me oprimió con su profano
» Abrazo; á mi, su madre desdichada.
» Este exceso inaudito, abominable,
» Dio á luz esa mortifera manada
» De monstruos, que con ansia imponderable,
» Sin cesar concebidos,
» Y sin cesar de nuevo producidos,
» En mi exercen rabiosos su venganza.
» Mi seno apenas fuera de el los lanza,
» Quando en el nuevamente recogidos,
» Ahullando con furor, roen, devoran
» A su madre. Este seno desgraciado
» Es su cuna, y á un tiempo acomodado
» Antro, en que todos moran;
» Son de su hambre insaciable el alimento
» Perpetuo, estas entrañas, destrozadas
» Por sus feroces dientes. Renovadas
» Con prodigio cruel, cada momento

» Eternizan su pasto, y mi tormento.
» Esa fantasma misma, que me tiene
» Por victima, y por madre, á darlas viene
» Nueva rabia, y á gritos las anima
» A comerme. Por mas que ansiosa gima,
» Y la implore, ella propia saciaria
» Su apetito voraz, en esta triste
» Madre suya, si pasto la faltara,
» A no ser por que sabe, que consiste
» Su existencia en la mia,
» Y que si yo mi vida terminara,
» La suya al mismo instante acabaria;
» Que conmigo triunfante, juntamente
» Perecerá conmigo. Decretado
» Lo tiene asi el Monarca omnipotente.
» Pero tu, ó caro padre! ten cuidado;
» No provoques su enojo formidable.
» De nada servira tu impenetrable
» Celestial armadura. Nada puede
» Al brazo resistir de ese inhumano
» Verdugo: á sus furores todo cede,
» Fuera del Rey del Cielo soberano. »
Con mas dulzura, Satanás prudente,
Responde entonces: « Pues que tu, hija mia,
» Reclamas en mi un padre, y de mi fino
» Afecto me haces acordar confiada:

» Pues que esa prenda del amor ardiente;
» Que allá en el Cielo nos unió algun dia,
» Vuelves á mi cariño, y que el destino,
» De aquel amor tan dulce, en que cifrada
» Tuve toda mi gloria,
» Tan sola me ha dexado la memoria,
» Desde que de los Cielos desterrados,
» Fuimos en el infierno sepultados,
» No temas, que yo venga conducido
» Por el odio. El amor solo me guia;
» ¿Y que odio, nuestro amor no apagaria?
» A tu hijo, a ti, y á quantos desgraciados
» En las mismas desdichas han caido
» Que nosotros, que un mismo golpe ha envuelto
» En nuestra ruina, por que generosos
» Nuestros justos derechos reclamaron,
» De este abismo fatal vengo resuelto
» A sacaros. En el, con fausto agüero,
» Nuestros nobles guerreros, encargaron
» A mi solo este empeño peligroso;
» Victima voluntaria, yo no quiero
» Que nadie me acompañe en ese inmenso
» Desierto, en que concluye la existencia;
» Y el vacio comienza silencioso;
» Solo en sus sombras engolfarme pienso;
» Transitaré sus vastas soledades,

En

»En busca de ese mundo, por la ciencia
» Profetica anunciado, en las edades
» Futuras, tantas veces, como un hecho.
» No solo por mil calculos sospecho,
» Sino creo, que ha sido ya criado;
» Mundo de nuevos seres habitado,
» Que en el disfrutan una paz profunda;
» Hollando con placer una fecunda,
» Y deliciosa tierra, en la frontera
» Del Cielo colocada,
» O bien un nuevo Cielo, en que dichosos
» No envidiarán quizá nuestra primera
» Suerte feliz, ni aquellos venturosos
» Campos de nuestra patria suspirada.
» ¿ Y quien sabe tambien, si la divina
» Providencia, á esos seres les destina,
» A ocupar con el tiempo los brillantes
» Tronos, ¡ ay tristes ! que llenamos antes?
» Si el darselos por ahora, ha suspendido,
» Procedera tal vez de algun recelo,
» De que la redundancia de habitantes,
» Mueva nuevos disturbios en el Cielo,
» Que precaver primero haya querido
» Con algunas medidas. Mas qualquiera
» Que sea su proyecto, yo esa esfera
» Voy á reconocer sin mas tardanza:

» Adios pues, mientras vuelvo allá á llevaros:
» En ella trocareis libres, gozosos,
» En placeres, con súbita mudanza,
» Estos vuestros afanes dolorosos;
» De delicias sin termino saciaros
» Podreis completamente.
» Tu, hijo mio, tambien, como tu amada
» Madre, á todos los ojos invisibles,
» De la atmosfera pura embalsamada
» Gozareis, de las flores de un viviente
» Universo, de todos los sensibles
» Deleites, y de victimas lucidas
» Vuestras aras vereis abastecidas;
» De aquel orbe despoticos señores,
» Y de una inmensa presa poseedores. »
A estas palabras saltan de alegria
Sus corazones. Con sonrisa fiera
La muerte las celebra; aguarda el dia,
En que su hambre voraz saciar espera,
Y ya devora con el pensamiento
Sus victimas futuras; mientras tanto
Que su madre se ocupa con encanto,
En ver de los delitos el aumento,
Y á Satanás responde: « El poderoso
» Rey del Cielo, á mi sola ha confiado
» Las llaves del infierno: á el solo debo

» De ellas dar cuenta: este amo rigoroso,
» De su venganza cruel me ha amenazado,
» Si tan sacro deposito, me pruebo
» A otro á fiar: la puerta formidable
» Es para los demas inexpugnable:
» Si abrirla pretendiese otro qualquiera,
» Mas que esa triple valla poderoso,
» De la invencible muerte, el espantoso
» Dardo, á su loca empresa se opusiera;
» ¿ Y qual es el viviente tan osado,
» Que pueda resistir su brazo airado?
» ¿ Mas, que derecho tiene á mi obediencia
» Un Dios, cuya inclemencia,
» Siendo yo hija del Cielo,
» Por morada me dió este horrendo suelo,
» Y me precisó á hacer esta penosa
» Faena, tan funesta, y vergonzosa?
» Metida sin cesar en los horrores
» De largas agonias, y dolores,
» No oigo continuamente mas, que ahullidos
» De esos monstruosos hijos, que metidos
» En mis entrañas, de ellas se alimentan,
» Y á esta su madre misera atormentan;
» Pero por mas que á mi, como á enemiga,
» De estos hijos ingratos me persiga
» La rabia, yo á mi padre debo amarle,

» Y quanto esté en mi arbitrio consagrarle:
» Tu en efecto serás, el que á esta hollada
» Hija, de esta prision abominable,
» Conduzcas pronto á la feliz morada,
» En que una gloria, un gozo interminable
» La aguardan, donde en paz no interrumpida,
» La dicha, de sus horas sea medida;
» Donde á tu diestra en dulce ocio, sentada,
» Vuelva á ver renacer los deleitosos
» Placeres, de mis dias venturosos,
» Prospera, un vasto imperio dominando;
» Digno de tu hija amada,
» Digno del padre, que me dió su mando. »
De la negra cintura, al decir estas
Palabras, arrancando las funestas
Llaves, los instrumentos de los males,
Que nos affligen, ¡ miseros mortales!
Se dirige á la puerta, y con ligera
Mano, qual si una debil paja fuera,
Del rastrillo de hierro el peso horrendo
Alza, y la enorme llave, introduciendo
Por la vasta abertura,
La vuelve en la azerada cerradura:
Barras, cerrojos, bronces, hierros, ceden
Al facil juego de su diestra mano;
Para ella sola todo estorbo es vano:

A impulso de su fuerza temerosa;
Temblando ambos batientes retroceden;
Batientes, que el infierno todo, unido,
En vano abrir hubiera pretendido.
Con presteza espantosa,
Sobre los goznes rapidos tronando;
A un lado, y otro vuelan, y patente
Dexan la puerta, al Angel impaciente:
Responde con bramidos el profundo
Infierno, y la ancha boca dilatando,
Se prepara á tragar, del nuevo mundo
Las ruinas, sin que ya una vez abiertas,
Aun la que las ha abierto, en adelante
Volver pueda á cerrar las duras puertas.
Por su vasta extension, quanto se encierra
En el infierno, de el en un instante
Puede en orden de guerra
Junto salir: exercitos enteros,
Armas, caballos, carros, con los fieros
Estandartes al aire desplegados,
Y toda su tonante artilleria
De rayos, y centellas, anchamente
Pueden caber, en formacion de frente,
Por mucho que se extiendan sus costados.
A manera de un horno, despedia
Voraces llamas, con que se abrasara

Un mundo entero, la abertura inmensa;
Revueltas de humo en una nube densa.
A su funesta luz, que se extendia
Entre las negras sombras, ya se aclara
El horizonte nuevo, y el camino,
Que ha de seguir el perfido viagero,
Para poder llegar á su destino.
A su vista aparece de repente,
Del espacio el desierto interminable,
Oceano infinito, en que es un cero
Qualquier grandeza: abismo inapeable,
En que desaparecen totalmente,
La longitud, profundidad, y anchura,
El numero, y el tiempo. Alli la obscura
Antigua noche, como el cahos profundo,
De la naturaleza antecesores,
Tienen, como antes que naciese el mundo,
Su tirana anarquia establecida.
De la discordia eterna en los horrores,
En el ruido, en la sombra, en la reñida
Confusion, su poder está fundado.
Sin orden, sin objeto, y sin reposo,
Los embriones del aire, y de la tierra,
Con los del agua, en incesante guerra,
Se agitan en su imperio alborotado.
Con estruendo no menos espantoso,

Y aun con mayor desvio,
La sequedad, con la humedad, el frio;
Con el calor, rivales implacables
Dirigen al combate inumerables
Atomos vagos, baxo sus vanderas,
En densos batallones reunidos,
Por diferentes xefes dirigidos,
Y todos ellos, de sus armas vanos
Están, sean pesadas, ó ligeras,
Asperas, lisas, finas, ó groseras:
Unos apresurados, y otros lentos,
Pero de su poder todos ufanos,
Tan numerosos, como las movibles
Arenas, arrancadas por los vientos,
De la arida Cirene en la llanura,
Cuyo lastre de arena, colocado
Encima de sus alas invisibles,
Y demasiado leves, asegura
Su vuelo, sin tal peso aventurado.
Asi, el que mayor numero ha juntado
De aquellos polvorosos batallones,
Es de aquellas regiones,
Que á cada paso mudan inconstantes,
Rey algunos instantes.
El cahos solo, obtiene el duradero
Cetro de aquel imperio pasagero:

El, de aquellos inquietos torbellinos
Dispone á gusto, rige los destinos,
Aumenta su discordia, y turbulencia;
Y sobre ella asegura su potentia,
Al paso que el hazar ciego, reputa
Justas sus leyes, y las executa.
Tal es la vasta sima, el tenebroso
Hueco, que fue de la naturaleza
Cuna, y tal vez allá en la edad futura;
Sera su sepultura;
Lugar donde jamas reyna el reposo,
Lobrega habitation de la tristeza,
Sin luz, sin mar, sin aire, sin orillas;
Donde continuarán siempre en pandillas;
Los diversos principios batallando,
A no ser que el Eterno sacar quiera,
Sus esteriles senos fecundando,
De ellos á luz, alguna nueva esfera.
Satanás pensativo, y solitario,
A sus riberas en silencio para.
A tal empresa peligrosa, y rara
Ningun valor vulgar fuera bastante;
Es preciso un arrojo temerario.
Ya de los huracanes el tonante
Furor, y de elementos divididos
Los duros choques, hieren sus oidos.

Tal (si á las grandes las pequeñas cosas
Se cotexaren) tal quando invencible
Marte, soltando el freno á sus furiosas
Iras, á los asaltos se prepara,
Es de sus truenos el fragor horrible;
Y de la cruel refriega la algazara;
Retumban, por los ecos repetidos,
De las bombas los fuertes estampidos;
Los cruxidos, y estruendos prolongados
De edificios, y muros, que arruinados,
Despues de horrendos estremecimientos;
Al suelo vienen. ¿ Pero que seria
Todo esto, al lado de lo que tenia
Detenido á la orilla al Angel fiero?
El orbe todo de sus fundamentos
Arrancado; la boveda elevada
Del Cielo que cayese destrozada;
De quanto existe el halito postrero;
No hubieran suspendido su osadia,
Como la suspendió lo que veia;
Pero pronto en si vuelve: Qual la nave
Sus anchas velas desenvuelve al viento;
Satanás que impaciente ya no cabe
En si, desplega sus agigantadas
Alas al aire, y sobre el pie estrivando,
Rapido como el rayo, en un momento

Parte, y desaparece, señaladas,
Con surcos de luz palida dexando,
Las sendas prolongadas,
Por donde corta el eter tenebroso;
Sobre los torbellinos, animoso
Se remonta, al traves de las tormentas,
Y subiendose á tientas,
Sobre un obscuro grupo de nublados,
Como en carro triunfal, rapidamente
A la mayor altura lleva el vuelo,
Hasta que, de las nubes disipados
Los debiles vapores, de repente
Falta debajo de sus pies el suelo.
Sobre el vacio solicita en vano
Apoyarse: de nuevo acia el lejano
Abismo, por su peso descendiendo,
Cada momento mas se precipita,
Por mas que sus esfuerzos repitiendo,
Sus vastas alas enojado agita
En el espacio, en que estribar no pueden.
Ya estas, cansadas ceden,
Y sin duda, sin fin rodado hubiera,
Si de nuevo, otra nube condensada,
Con impetu acia lo alto arrebatada,
Sobre su negra cumbre, no le diera
Comodo asiento, en que se colocase,

Y aun mas que anteriormente se elevase.
Un suelo encuentra al fin sin consistencia,
Que ni es tierra, ni mar, de la influencia
De un clima sin calor producto informe,
Y cede baxo de sus pies, conforme
Sobre el estriba. Para sostenerse,
De sus alas tambien ha de valerse,
Y qual se surca el mar, á remo, y vela;
Los pies rapido mueve, forcejeando,
A proporcion del riesgo; y aleteando,
Al mismo tiempo que anda, tambien vuela.
Como el Grifo, que avaro guarda el oro;
Quando el diestro Arimaspio, su tesoro
Le ha robado, los montes, y los llanos,
Con las alas, y pies rapido corre,
Hasta arrancarlo á sus rapaces manos,
Asi el infernal Principe recorre
Mil caminos, mil sendas diligente;
Adopta quantos medios, á su ardiente
Ansia ocurren; la fuerza, y la destreza;
Los pies, las manos, quantas facultades
Tiene, ocupa en romper las tempestades;
Las nieblas, las tormentas, y huracanes
Que se amontonan sobre su cabeza:
Sobervia la alza al fin, y los domina;
Nada le para, ni le descamina;

Logra tambien vencer con sus afanes,
Los hondos valles, los erguidos montes;
Los precipicios, los desfiladeros,
La espesura del aire, los ligeros
Vapores, los torrentes, las dormidas
Aguas; y quanto aquellos horizontes
Horrorosos le oponen, lo supera,
A nado, á vuelo, á rastras, ó á carrera;
Sin dar jamas sus fuerzas por rendidas.
  Mas presto su atencion llama, el estruendo
De variedad de gritos espantosos,
De sordos ruidos, y ayes lastimosos,
Confusos, de mil gritos diferentes,
Que aquel vacio enorme ensordeciendo;
Temblar hicieran à los mas valientes.
Acia donde se escucha el turbulento
Sonido, se encamina, con intento
De averiguar á quien el raro estado
Pertenece, que espiritu dirige,
O que ser, aquel Reyno alborotado;
Que se informe tambíen su empeño exige;
Del camino, que al nuevo mundo guia,
Desde aquella asombrada Monarquia.
Llega cerca, y divisa de repente
Al viexo Cahos, que sobre eminente
Trono, domina la region estraña.

De prolongados lutos revestida,
Y en si misma sumida,
La antigua, y triste Noche le acompaña.
El Cahos, con ella su poder divide,
Y ella tambien, quando este se las pide
Sus tinieblas le presta. El horroroso
Orco está cerca de ellos, y el odioso
Demogorgón, cuyo temido nombre
Es suficiente, para que se asombre
Aun el infierno mismo. Están al lado
La Casualidad ciega, los errantes
Rumores, y las Voces disonantes,
Por las cien fieras bocas exaladas
De la Discordia. Tal del malhadado,
Insensato Monarca, es la escogida
Corte, digna de su alma entorpecida.
  « ¡ Principes, Potestades respetadas;
Les dice Satanás con tono osado,
» De este vasto dominio! ¡ Cahos obscuro!
» ¡ Y tu, Noche, que amais con preferencia
» El desorden confuso, y la anarquia,
» Ningun recelo os cause mi presencia!
» No vengo á investigar, os lo aseguro,
» Los secretos augustos, que venero,
» De vuestra respetable Monarquia:
» No soy mas que un viagero,

» Que perdido el camino, y extraviado
» Por casualidad pura, aqui he llegado;
» Camino solo, y á pediros vengo,
» El favor de indicarme la mas corta
» Direccion, que conduce á aquel dudoso
» Punto de vuestro imperio tenebroso,
» Mas cercano á los Cielos, y os prevengo,
» Que aun mas que á mi, el hacermele os importa;
» Y no es de desdeñar la recompensa,
» Que os prometo por el, pues el glorioso,
» Unico objeto de este osado viage,
» Es el de ver, llegando á aquel parage,
» Lo que ese Rey del Cielo, á vuestra extensa,
» Antigua Monarquia, iniquamente
» Ha usurpado: yo haré que prontamente
» Todo os devuelva ese vecino injusto,
» Y otra vez quede vuestro Imperio augusto
» Integro; que el sol pierda su luciente
» Resplandor, quando llegue á su frontera,
» Y que todo recobre la severa,
» Antigua magestad, que obscurecia
» Sus confines, y tanto os complacia.
» Poned pues nuestros premios en balanza,
» Vereis que es el imperio, el que os espera
» Sin riesgo alguno, y yo en mi empresa fiera,
» Otro no aguardo mas, que la venganza ».

Satanás acabó, y tartamudeando,
El Anarquico anciano, de este modo
Le contextó: « Extrangero, sé ya todo
» Quanto puedes decirme, sé tu historia,
» Tu nombre, y que al Eterno disputando
» En abierta batalla la victoria,
» Os cubristeis de gloria tu, y tu bando.
» Dios triunfó á la verdad, y tu perdiste
» Tu resplandor, pero en tu misma ruina
» Tu celestial grandeza descubriste:
» Oí, ví la derrota temerosa,
» En que os puso la colera divina.
» ¿ Y como tal exercito pudiera,
» Rodar desde la altura prodigiosa,
» Sin ser sentido, hasta esta negra esfera?
» Vi con efecto, si, y desde aquel dia
» Mi temblor no ha cesado todavia,
» Vi caer unas sobre otras, de la cumbre
» De los cielos, tus huestes apiñadas,
» Las ruinas de su horrible muchedumbre
» Confusas, hasta aqui precipitadas:
» Desorden espantoso, aun á mis ojos.
» Encarnizadas con vuestros despojos,
» En mucho mayor numero, os seguian
» Las huestes del Eterno, vencedoras;
» Rapidas por los aires descendian

» Con furor, dando alcance á los vencidos;
» Hasta las mismas puertas del infierno.
» Yo desde entonces, viendo que por horas
» Mis antiguos dominios disminuian,
» Me ocupé en conservar estos ceñidos
» Estados. Lo que siento es, que un interno
» Principio de discordia contribuye,
» Mas que todo, á su ruina, y nos destruye.
» Aun ese abismo, adonde el Cielo airado,
» Vuestros guerreros ha precipitado,
» La mas bella mitad formó algun dia
» De mi vasta, y antigua Monarquia,
» Hasta que de mi mano fue arrancado,
» Para formar en el vuestras prisiones.
» El cetro de la noche, enflaquecida
» Por la vexez, igualmente que el mio,
» Han perdido otras grandes posesiones.
» De una cadena de oro, suspendida
» A nuestro trono estaba aun una esfera
» Brillante, que algun tanto este sombrío
» Espacio, desde lexos aclaraba,
» Quando ese Dios, que despojar quisiera
» A todos, y que al hombre deseaba
» En ella colocar, la ha conquistado;
» Y asi, en caso que el termino deseado
» De tu camino, sea ese orbe hermoso

De

» De la tierra, bien puedes animoso
» Esperar encontrarlo, pues confina
» Con ese mismo punto de los Cielos;
» Por donde aqui os echó la ira divina.
» Ve asi, si son fundados mis recelos,
» Con ese peligroso vecindario:
» Sigue pues ese empeño, necesario
» A todos: parte, siembra con destreza
» Por todas partes, la discordia, el llanto;
» El confuso desorden, el espanto;
» Confunde Cielos, tierra, vencedores,
» Vencidos, toda la naturaleza,
» De una misma ruína en los horrores;
» Que en la turbacion fundo mi grandeza;
» Y en los males mi triunfo, y mis honores. »
Sin contextarle, Satanás extiende
Las raudas alas, y el camino emprende:
Con la nueva esperanza,
Alegre al alto Cielo se avalanza,
Qual columna de fuego luminosa,
La atmosfera cortando tenebrosa:
Del cahos pasa el turbulento imperio:
Al paso mismo que el peligro aumenta,
Su intrepido valor mas se acrecienta.
Con harto mas terror otro emisferio,
Si hemos de creer historias fabulosas,

Y con menos esfuerzo, vio arrojarse
La nave de Argos, entre las furiosas
Ondas del mar de Tracia; y asustarse
Al oir bramar las amenazadoras
Rocas de Scyla, y á sus ladradoras
Mutas, ó ver venir el fluxo horrendo
De tumultuosas olas, que rugiendo,
Caribdis por la boca recogia,
O con vomito fiero despedia,
De Ithaca el celebrado peregrino,
Quando le embarazaron el camino.
De todo triunfa á fuerza de trabajo,
Pues aun no existe aquel funesto atajo,
Que la culpa, y la muerte coligadas,
Con audacia infernal despues abrieron:
Un ancho inmenso puente construyeron,
Que sobre el vasto abismo suspendido,
De sus negras moradas,
Firme, hasta el nuevo mundo conducia:–
Asi el Señor en su sabiduria,
Justamente lo habia permitido.
La tierra, y el infierno, comunican
Por aquel puente mismo hasta el presente.
Por el, de los demonios, que se aplican
A seducir los hombres, el perverso
Trato prosigue con nuestro universo,

Y el precito dragon, con rabia ardiente,
Seguido de ministros infernales,
Va, vuelve, engaña, y pierde á los mortales:
Ninguno de su furia se librara,
Si la gracia de Dios no le esforzara,
O los Angeles buenos no velasen,
Y aquellos enemigos auyentasen.
Mas el viagero intrépido, siguiendo
Su vuelo, al fin divisa algun dudoso
Crepusculo, que se iba introduciendo,
Por medio de las sombras dilatadas.
Asi como asomando un numeroso
Exército, se auyentan consternadas,
Las guardias de otro menos poderoso,
Asi, con las vanderas ya plegadas,
Retrocede temblando silencioso
El cahos, y con el huyen ligeras,
De la naturaleza en las fronteras,
Las tinieblas, que á toda prisa lanza
A sus cuevas obscuras,
El resplandor del mundo, que se avanza;
A sus luces, aún poco seguras,
Satanás mas tranquilo, vá surcando
Un mar placido yá, que dulcemente
Le sostiene. Por el rapidamente,
Sus esfuerzos, mas faciles, doblando;

Como nave, que llega destrozada
De las tormentas de una prolongada
Navegacion, á vista ya del puerto,
Se anima, y dirigida con acierto,
Al fin consigue verse en el anclada,
Satanás alentandose á si mismo,
Vencedor del obscuro inmenso abismo,
Llega al cabo gozoso, á la ribera,
Al termino deseado
De su arriesgada, y rapida carrera.
De alli, un rato parado,
La atmosfera cargada de vapores,
Parecidos al aire en sutileza,
Sobre sus vastas alas balanceado,
Registra; admira sobre su cabeza,
Los vivos, y agradables resplandores
De la alta inmensa boveda del Cielo;
A sus ojos la forma, en su grandeza
Se pierde; sus murallas de preciosos
Safiros, y topacios fabricadas,
Contempla ansioso, y de su desconsuelo,
Renueva los recuerdos lastimosos;
Los brillantes palacios, las moradas
Felices de su patria divisando,
Por los Angeles fieles habitadas,
Se abandona al despecho sollozando.

Al fin distingue, junto á la lumbrera
Plateada que remplaza el sol ardiente,
De una cadena de oro sostenida,
Colgada al Cielo la terrestre esfera;
Igual en el tamaño á una luciente
Estrella, de las que hay en la extendida
Region del firmamento colocadas,
Y entre las mas pequeñas numeradas;
El fiero Arcangel, ya su ardid profundo
Prepara, parte: ¡Ay de el! ¡Ay de este mundo!

NOTAS

DEL TRADUCTOR

AL LIBRO SEGUNDO.

---

(1) Pag. 205, v. 11. La escritura está llena de pasages, que indican esta especie de monarquia establecida entre los espiritus malígnos, como tambien que Satanás es el que la obtiene, y que hay entre ellos aquella especie de gerarquia, y de subordinacion, compatibles con su naturaleza, y con las circunstancias en que se hallan; bastando para probarlo las siguientes palabras de Jesu Christo. Decian de el los fariseos, *que lanzaba los demonios en nombre de Beelzebúb principe de los demonios; hic non ejicit dæmones, nisi in Beelzebúb principe dæmoniorum; á lo que el Señor respondio; todo Reyno dividido contra si, será destruido..... y si Satanás lanza á Satanás, está dividido contra si: como subsistirá pues su Reyno! Omne regnum divisum contra se, dosolabitur..... et si Satanas Satanam ejicit, adversus se divisus est: quomodo ergo stabit regnum ejus!* Math C. 12. v. 24, y sig.

(2) Pag. 232, v. 23. Aqui pone Milton en boca de el orador infernal, un testimonio de la excelencia

de la naturaleza de el hombre, de la que casi duda si es igual á la de los Angeles, conforme al texto de el salmo 8. *Paulo minus ab angelis constituisti eum: le hiciste poco inferior à los angeles:* excelencia que nuestra degradacion posterior, producida por el pecado original, no nos permite conocer en esta vida, pero que nos pasmará, quando abramos los ojos en la venidera, libre ya el alma de este cuerpo corruptible, que segun la escritura es un peso que la abruma, y que comprime todas sus facultades. *Corpus enim quod corrumpitur aggravat animam, et terrena inhabitatio deprimit sensum multa cogitantem. Sap. Cap. 9, v. 15.*

(3) Pag 250, v. 4. En estos versos hace ver Milton lo que hé dicho en mi primera nota al libro anterior, esto es, quan distinto es el modo de pensar de los espiritus infernales, acerca de la grandeza de Dios, y de sus atributos, quando hablan como sienten, de el que ostentan en los discursos publicos, que les atribuye, en los que su sobervia, y su encono contra Dios, les hacen ocultar, desfigurar, ó negár, las verdades mas evidentes, que ellos mismos se ven forzados á creer temblando, como se vé por las palabras de el Apostol Santiago en su epistola (cap. 2, v. 19), *et dœmones credunt, et contremiscunt.*

Precave tambien, en los versos que se siguen, á los hombres, contra la audaz curiosidad, que puede llevarlos á escudriñar los secretos de Dios, en materias superiores á sus alcances, haciendoles ver los errores de los Angeles mismos, que tanto les exceden en el

ingenio, y en los conocimientos, quando tienen la temeridad de querer profundizarlos: leccion que viene mui al caso, para ciertos hombres de nuestro siglo, tan temerarios, como superficiales, que niegan los misterios de la religion, por que no los comprenden, y ensoberbecidos con el titulo de filosofos, no comprendiendo las cosas mas tenues, y triviales de la naturaleza criada, pretenden comprender claramente la de su divino Criador. Son tan acreedores á la risa, y al escarnio, como á la compasion.

SUMARIO

DEL LIBRO TERCERO.

DESDE *lo alto de su trono ve el Eterno á Satanás, volando acia el mundo nuevamente criado: se lo enseña á su hijo sentado á su diestra: le anuncia que el hombre caerá en la culpa; y hace ver que no puede acusar de ella á su justicia, ni á su sabiduria, pues que le ha criado libre, y capaz de resistir á la tentacion: sigue declarando á su hijo, que la justicia divina exige una satisfacción, y que debe morir el hombre con toda su posteridad, à no ser que algun ser, capaz de expiar su ofensa, sufra por el el castigo. El hijo de Dios se ofrece voluntariamente á ello: el padre lo admite: consiente en su encarnacion, y pronuncia que será exaltado sobre todo quanto existe en el Cielo, y en la Tierra. Manda despues á los Angeles santos que le adoren: le obedecen, y todos sus coros, uniendo sus voces á los ecos de sus harpas, celebran la gloria del padre, y del hijo. Satanás llega á la superficie exterior de este universo, pasando por un parage llamado el Limbo de la vanidad, cuyo destino se describe: desde allí se traslada á la orbita del sol, con animo de hablar con*

Uriel conductor de aquella esfera luminosa; pero antes de acercarse á el, se transforma en Angel de luz, y pretextando que el zelo le ha hecho emprender aquel viage, para contemplar el nuevo mundo, y el hombre colocado por Dios en el, se informa por este medio, del parage en que está situado. Despues de haberlo sabido, parte, y para su vuelo sobre la cumbre del Niphates.

PARAISO PERDIDO.

LIBRO TERCERO.

¡ Salve ó tu, hija del Cielo, luz del dia;
Fuente de la belleza, y la alegria,
Del resplandor eterno procedente,
Emanacion del mismo Omnipotente,
Fulgor inseparable de su esencia,
Que en torno de su solio derramada,
Qual pavellon augusto, su presencia
Ocultas! ¡ Explendor de su sagrada
Inteligencia! ¡ De su excelsa gloria
Fecunda produccion! ¡ Inagotable
Manantial, fuente pura, inalterable
De la felicidad, que á la memoria
De la eternidad misma precediste,
Y escondiendo tu origen, esparciste,
Como esparces en todas las edades,
Tus beneficas dulces claridades;
Salve! Antes que una voz tan sola diera
El nacimiento al mundo,
Y la tierra arrancara del profundo
Abismo de los mares; que el luciente
Sol, su trono en los aires erigiera,

Y la naturaleza diligente,
El vacío á sus leyes reduxera;
Antes que el Cielo mismo recibiese
Por ella el ser, y de astros guarneciese
Brillantes, su sobervia vestidura,
Existias tu, ¡ ó luz divina, y pura!
Y á la voz del Eterno, en el instante
En que el orbe nació de los horrores
Del negro abismo, con tus resplandores;
Formaste su envoltura rutilante.

Del tenebroso infierno al fin salido;
En que he estado harto tiempo detenido,
Despues de haber despacio registrado
Sus cavernas obscuras, y profundas,
Sus volcanes, sus rios espantables,
Sus sombrias llanuras infecundas,
Su turbulento oceano abrasado,
Centro de aquellas simas inapeables;
La eterna Noche, el cahos he cantado
Por otros tonos, que los de la lyra
De Orfeo, que no pueden en grandeza
Igualar los acentos, con que inspira
La musa que me asiste, mi flaqueza.
Esta celeste musa me dió aliento,
Para baxar con tanto atrevimiento
Al abismo, y subir con tal presteza.

Ahora ya fuera de el, á visitarte
Vuelvo, ¡ ó luz pura ! desde su espantosa
Obscuridad, y alegre á saludarte.
El Cielo vuelvo á hallar, la deliciosa
Tierra, que de magnificos colores
Vistes, y que fomentan tus ardores.
Ya poderosa, y agradable, inflama
Mi pecho elado, tu divina llama.
¡ Mas ay triste! Que en vano nueva vida
Me dás, pues para siempre estoy privado
De ver tus resplandores, y perdida
Mi vista, en noche eterna sepultado,
No puedo ya gozar de su hermosura.
Los orbes de mis ojos extinguidos,
En vano ruedan en la sombra obscura,
Y ansiosos en la bóveda del Cielo
Buscan tu claridad, ó dirigidos
A la tierra, de pena consumidos,
Procuran distinguirla. Un negro velo,
Para siempre la esconde à su porfia.
Tu resplandor, que de mis ojos huye,
Una obscura tristeza, substituye
A mi antigua alegria :
Con todo, atenta á mi incesante ruego,
Aun, la celeste musa, la voz mia,
Inspira, alienta, con su sacro fuego :

Aun, con dulce delirio, sus pisadas
Sigo, baxo las bóvedas alzadas
De los antiguos bosques, por los prados
De balsámicas flores matizados,
Por el torcido, ó rapido camino,
Que se abre el arroyuelo cristalino,
Y por los frescos valles cultivados,
Que para otros los rayos luminosos
Doran del sol, ¡ ay Dios ! para mi ociosos.
Mas sobre todo tu ¡ santa montaña
De Sion ! ¡ y tu Fuente sacra, y pura!
Cuya corriente baña
Su verde falda, y á sus pies murmúra,
El camino entre flores ocultando,
Y sus tiernas raices refrescando:
Vosotras, quando acudo en el reposo
A visitaros, de la noche obscura,
Me inspirais vuestro acento melodioso.
Tambien, pues somos en desgracia iguales,
Invoco á aquellos celebres mortales,
Que entre tinieblas, como yo, cantaron,
Y cantando su nombre eternizaron.
¡ Ojala que de penas compañero,
Lógre serlo tambien de vuestra gloria!
¡ O Tamíris ! Tiresias ! y tu Homero!
¡Pueda yo dividir vuestra memoria!

Como ellos, en silencio fecundando
Mil objetos diversos, la harmonia
De mis faciles versos, emulando
La suya, fluye, y mi corazon vierte
Sus amarguras, de la misma suerte;
Que el triste ruiseñor, en la sombria
Copa de un arbol, su nocturno canto;
Mezclado entona con su tierno llanto.
  El tiempo vuela, y en la sombra ciega
De la noche, se apaga el claro dia;
Pero vuelve, conforme lo ha dispuesto
Por ley, la celestial sabiduria;
Mas nunca para mi su vuelta llega,
Aunque está á todo el orbe manifiesto;
Vanamente mis ojos los colores,
Disfrutár quieren de las nuevas flores:
El plateado cristal del arroyuelo,
Los matutinos rayos del oriente,
La purpura sobervia del poniente;
Del paxarillo el agradable vuelo,
Del ganado los juegos divertidos;
Y el hermoso semblante,
En que, al criar al hombre, su brillante
Imagen gravó Dios, ya son perdidos
Para mi. Las desgracias me han quedado
Del ser humano; pero estoy privado

De sus placeres. Ya de aquel fecundo
Teatro de deleites, y belleza,
Que presentaba la naturaleza,
De aquellas deliciosas perspectivas,
Que en mis ojos cabiendo con un mundo,
Producian imagenes tan vivas,
Nada me resta. En vano se reviste
De su vario matiz, la flor, ó el fruto;
Para mi vista funebre, no existe
Mas que un solo color, y es el del luto.
Como mi vista obscurecida, niega
Todo paso á la luz, nunca á ella llega
De los objetos la menor pintura;
Todo es vago, confuso, de una obscura
Niebla siempre cubierto,
Y para mi, de la naturaleza,
Jamás está el hermoso libro abierto.
¡ Adios pues, de las artes la belleza!
¡ Adios, ó producciones primorosas,
Tesoros de la ciencia, y la riqueza!
Os tragaron las sombras espantosas.
¡ Ven dulce hija del Cielo, luz divina!
A falta de mis ojos, ilumina
Mi razon: con tu fuego purifica
Mi alma, y su ardor ya muerto vivifica!
¡ Haz que el Cielo, que oculta celestiales
Objetos,

Objetos, que no han visto los mortales,
En mis versos heroicos levante,
Y dignamente su grandeza cante!
Desde el trono invisible, y elevado,
De donde en paz profunda, la divina,
Incomprehensible magestad domina,
Las alturas de todo lo criado,
Al traves del cristal azul, y puro
De los Cielos, el Ser eterno habia
Dirigido la vista, á lo profundo
Del ser. Nada á sus ojos se escondia:
Patente estaba, asi el infierno obscuro,
Como la clara esfera de este mundo,
Qual lo que amaba, lo que aborrecia,
Y en todo quanto al rededor miraba,
Su propia gloria impresa contemplaba.
En numero mil veces mas crecido,
Que los astros sin cuento,
Que alumbran por la noche el extendido
Campo, del azulado firmamento,
Los celestiales coros le rodeaban,
Con la divina luz resplandecientes,
Que en ellos reflexaba el encendido
Fulgor de su semblante, y en torrentes
De inexplicable gozo se anegaban:
Su hijo, su viva imagen, su traslado

Unico, á su derecha está sentado.
El Padre celestial dá una mirada
Acia la tierra, y vé en un delicioso
Recinto, nuestros dos progenitores
Inocentes, coger de su poblada
Arboleda los frutos, y las flores
Con placer, y sin mezcla de penoso
Afan: por otra parte, en lo profundo
Ve el infierno, y el transito espantoso,
Que lo separa del viviente mundo,
Y á Satanás divisa, que callando,
Sigue su vuelo, al orbe caminando
Por el, y que aunque ya sus fuerzas cedan
Al cansancio, y no puedan
Sostenerle, ya la arida ribera
Toca, de donde la terrestre esfera
Descubre toda con la vista ansiosa,
Mientras que en su carrera presurosa
Ignora, si aquel liquido elemento
En que nada, es un mar, ó denso viento;
Y como está rodeado de la obscura
Noche, solo un vislumbre le asegura,
De que pronto ha de ver el firmamento.
Dios con aquella ojeada penetrante,
Que junta á lo presente, y lo pasado
Lo futuro, por mas que esté distante,

Viendo su infausto viage terminado,
Vuelto á su hijo divino, asi se explica:
« Vé con que nueva rabia se dedica
» A hacernos guerra, ese enemigo osado.
» Contra nosotros sin cesar conjura.
» Esos tormentos, esa sima obscura
» Del infierno, sus barras, y sus puertas,
» Sus cadenas pesadas, y encendidas,
» Esas regiones vastas, y desiertas
» Del Cahos, sus tormentas repetidas,
» No han bastado á impedir de su venganza
» El impetu. Furioso, allá se avanza,
» Desafiando al Cielo. Su demente
» Proyecto recaerá sobre su frente;
» Pero entre tanto, rotas mis cadenas;
» De ambos abismos vencedor, buscando
» Viene ese nuevo mundo, en que mis manos
» Esos seres humanos,
» Esas criaturas de inocencia aun llenas
» Han colocado, hacerlas proyectando
» Victimas de sus iras, empleando
» Contra ellas, ya la fuerza,
» Ya la astucia, resuelto
» A no parar un punto, hasta que tuerza
» Su recta voluntad, de la acertada
» Senda, que yo les tengo señalada.

» En sus pérfidos lazos caerá envuelto
» El hombre; yo lo se; y en su extraviado
» Corazon, triunfará ese temerario
» Enemigo, del Dios que le ha criado.
» He impuesto al hombre un solo mandamiento,
» Suáve al mismo tiempo, y necesario,
» Para que pueda su agradecimiento
» Hacerme ver, y humilde tributarme
» Una leve señal de dependencia.
» No tardará, con su desobediencia,
» Quebrantado el precepto, en precisarme,
» A que sobre el exerza mi justicia,
» Castigando severo aquel ultrage.
» De tan enorme culpa la malicia,
» Qual contagiosa plaga, su linage
» Corromperá, corriendo por las venas,
» Aun de sus mas remotos descendientes,
» Y les acarreará las mismas penas:
» A nadie culpen de su desgraciada
» Suerte, sinó á ellos mismos. Inocentes
» De mi poder salieron, adornados
» De dones celestiales, destinados
» A darme culto. Asi ha sido crïada
» Toda esa muchedumbre de diversos
» Espiritus, ya buenos, ya perversos:
» Hijos de un mismo Dios, un mismo aliento

» Los anima. Cada uno, de absoluta
» Libertad de obrar bien, ó mal, disfruta:
» Su suerte, de su propio movimiento,
» De su eleccion depende unicamente:
» Asi entre ellos, aquellos que pecaron,
» Lo hicieron libre, y voluntariamente,
» Y los que en la virtud perseveraron,
» Con libertad obraron igualmente:
» Y sin ella ¿ que merito tuvieran
» Ni su fidelidad, ni su obediencia
» A mis ojos? ¿ Que aprecio merecieran
» Los obsequios forzados,
» Que el temor tributase á la potencia;
» Los servicios de seres governados
» Por la necesidad, que nada hiciesen
» Por mi, aun quando servirme pareciesen?
» Si su razon, y voluntad no eligen
» El bien, ni libremente me dirigen
» Sus cultos, yo de esclavos nada quiero;
» Ni á ellos placer alguno les resulta,
» De su obsequio, ni á mi la menor gloria.
» ¡ Los ingratos! diran de mi severo
» Castigo, que es injusto; pues la oculta
» Fuerza de mi decreto insuperable,
» Con precision los liga perentoria
» Al mal; que obrar no pueden de otro modo

» Que lo que yo previ no es evitable; (1)
» ¡ Vanas escusas! Libremente en todo
» Obran, y el bien, y el mal unicamente
» De su arbitrio dependen, no de agenas
» Influencias. Quando yo los he criado,
» Atendiendo á su clase diferente,
» Leyes equitativas les he dado,
» No grillos, y cadenas.
» Aunque lo porvenir yo no previera;
» ¿ Dexaria por esto su futuro
» Crimen, de ser igualmente seguro,
» Mientras su voluntad la misma fuera?
» ¿ Mi prevision acaso la ha forzado?
» No; no; mi prevision, ni mi infalible
» Conocimiento de lo venidero,
» Ni la fuerza inflexible
» De mis decretos, que al poder de un hado
» Fingido achacan, ni del orbe entero
» El influxo reunido,
» Son de oprimir la libertad capaces;
» Que yo á su voluntad he concedido.
» De esta los movimientos eficaces,
» Son los que determinan sus acciones.
» Ella, aunque siempre consultar debia
» A la razon, en muchas ocasiones
» Espontaneamente se desvia

»De sus consejos, y lo malo elige.
»¿Y que otra libertad mayor exige
»La equidad, para darlos por culpados?
»¿Acaso, en sus caprichos obstinados,
»Pretenderán, que yo á estos condescienda;
»Mude á su gusto mis irrevocables
»Leyes, los seres todos trastornando,
»Los hombres, y los Angeles variando;
»Que de ser yo quien soy me desentienda;
»Qual los entes mudables,
»De mi querer perdiendo la firmeza,
»Y turbe toda la naturaleza?
»Tal es de sus deseos la injusticia;
»De ellos que libremente, y por malicia
»Pura, se hicieron contra mi culpables.
»Los Angeles los menos excusables,
»En su desorden, fueron,
»Pues que solos por si se pervirtieron;
»Y su crimen del todo voluntario,
»Con razon debe ser irremisible,
»Quando al hombre al contrario,
»Con perfidia increible,
»Por las astucias de ellos seducido,
»Y en si menos perfecto, si en olvido
»Mi bondad echa, y me desobedece,
»Aunque castigo á proporcion merece,

» Perdonar quiero. Asi mi generosa
» Clemencia, y mi justicia en la dichosa
» Tierra, como del Cielo en las moradas,
» Juntamente serán glorificadas:
» Con todo, la clemencia la primera
» Lo será, y la justicia la postrera.
» Tal es mi voluntad irrevocable. »
Asi El eterno habló, y llenó del Cielo
Los ciudadanos, de un gozo inefable,
Y nuevo, al paso que por su azul velo,
Delicioso, á lo lexos se esparcia
Un perfume divino de ambrosia.
Sobre la multitud inumerable,
De los mas altos inmortales seres,
Sobre los tronos todos, y poderes
Domina á una distancia imponderable
Su hijo celeste, Dios de Dios, traslado
De su gloria perfecto, y engendrado
De su misma substancia. En sus miradas
La dulce claridad brilla adorable,
La gracia, la piedad, las inflamadas
Llamas del puro amor, y la infinita
Bondad, que unicamente en Dios habita;
Y asi con voz divina, se dirige
A su celestial padre: « La clemencia,
» ¡ O padre mio ! con que al delinquente

» Hombre infeliz, ofreces tu indulgencia,
» La admiracion del universo exige.
» Por ella, todo ser inteligente,
» Te deberá alabanzas inmortales;
» Por ella, los espiritus leales,
» Que habitan en tu corte, al dulce acento
» De sus liras; Virtudes, Serafínes,
» Redoblando sus himnos celestiales,
» Encantarán del Cielo los confínes;
» Bendiciones sin cuento,
» Ensalzarán tu nombre soberano,
» Por tal piedad con el linage humano.
» ¿Y tu bondad podria por ventura,
» Abandonar al hombre; á esa criatura
» Predilecta, y destruir tu imagen bella,
» Que en todo lo visible, que has formado;
» Sola dotada de razon descuella,
» Aunque á tu sacra ley desobediente,
» El infeliz delinca alucinado
» Por la perfidia cruel, de ese insolente
» Angel astuto, contra ti obstinado,
» Que se sepa valer de su flaqueza?
» ¿Correspondiera acaso á tu grandeza,
» Castigarle por ello eternamente?
» ¡Lexos de ti, justicia tan severa!
» ¿Como es dable, que tu ira destruyera

» A tus hijos, y diese á ese adversario
» Suyo, y nuestro, la barbara alegria
» De haber de ti triunfado, qual queria?
» Para este triunfo, indispensable fuera,
» Que el Dios del bien, cediese al temerario,
» Y vil Angel del mal, y este, orgulloso,
» Escarneciendo al Todopoderoso,
» De sus manos al hombre arrebatara
» Vencedor, y al abismo lo arrastrara.
» El humano linage,
» Como victima asi sacrificado,
» Sería entre sus llamas abrasado;
» Eterno pregonero del ultrage
» Hecho á tu omnipotencia,
» Y tendria la triste complacencia
» De vengarse, con verte desairado.
» Y tu mismo, olvidado de tu gloria;
» Tranquilo en abolir consentirias
» De tus dignos favores la memoria,
» Y el hombre, objeto de ellos entregando
» A su perseguidor, permitirias,
» De su empeño el succeso tolerando,
» Ya que de tus derechos se dudase,
» Y no solo quedara sin castigo
» El crimen de ese perfido enemigo;
» Sinó que impune su intencion lograse,

» Ya que con alta cara, de su impia
» Blasfemia se jactase, y su osadia? »
« Hijo mio! el Eterno le responde:
» Hijo querido, amor del Cielo, y mio,
» Tu, en quien yo me complazco, y me glorio;
» En quien me amo, y me admiro; poderoso
» Verbo mio, á quien solo corresponde
» Ser en persona mi sabiduria;
» Lo que tu quieres, hijo generoso,
» Desde la eternidad, ya yo lo habia,
» Con voluntad suprema, decretado.
» No; no está sentenciado
» El hombre, ni proscrito sin recurso:
» Mi gracia tiene pronta, y en su fuente
» Perenne, la hallará perpetuamente,
» Si á ella quiere acudir; pero no obstante,
» Sin mi libre concurso,
» Su fuerza, por la culpa enflaquecida,
» Para sacarla no será bastante.
» No se la negaré. Quando lo pida,
» Mi auxilio le daré. Su paso incierto,
» Por las sendas guiaré de la justicia,
» Y si me sigue fiel, podrá estar cierto
» De vencer toda la infernal milicia,
» Y reparar su suerte desdichada;
» De mi suma bondad en la grandeza,

» Olvidaré su debil, y malvada
» Conducta, y haré que el, desengañado
» Por la experiencia, vea su flaqueza
» Para el bien, mientras no sea animado
» Por mi auxilio, y que nadie por si mismo,
» Puede sin el, librarse del abismo.
» En todo su linage numeroso
» Tendré mis escogidos, que zeloso
» Conservaré. Mis gracias especiales
» Los librarán de todos los fatales
» Esfuerzos del infierno, de manera;
» Que antes el orbe todo pereciera,
» Que ellos. Tal es mi voluntad augusta.
» A los que pequen, con remordimientos
» Moveré. Los preceptos de mi justa
» Ley, darán luz á sus entendimientos.
» Si se van á arrojar al precipicio,
» Los detendre á la orilla. Con mi gracia
» Los llamaré, para salir del vicio.
» Quando tengan, siguiendo sus pasiones;
» De atollarse en su cieno la desgracia,
» Mi inspiracion divina, á un dolor santo
» Los atraherá, y á humildes oraciones;
» De los ojos mas aridos, el llanto
» Hará correr, y si se arrepintieren
» De sus pasadas culpas, y volvieren

» Sinceramente á mi, hallarán abiertas
» A su favor, de mi piedad las puertas:
» Sus lagrimas, sus ruegos repetidos,
» Con ternura por mi serán oidos.
» Yo mismo los guiaré por la segura
» Senda de mis preceptos, si con pura
» Conciencia velan siempre, hasta el tranquilo
» Puerto, su eterno, y venturoso asilo;
» Pero si á sus pasiones se abandonan,
» Si sordos á mis tiernos llamamientos,
» De la conciencia los remordimientos
» Desprecian, si frenéticos blasonan
» De su dureza, y su desobediencia,
» Y obstinados apuran mi paciencia,
» Me vengaré de sus empedernidos
» Corazones, cerrando sus oidos
» A la verdad, corriendo un denso velo
» Sobre sus ojos, que á la luz del Cielo
» Impida penetrar. Abandonados
» Por mi gracia, en la noche tenebrosa
» De sus vicios, errantes, extraviados
» De delito en delito, en su espantosa
» Ceguedad moriran impenitentes,
» Y del profundo infierno, en las ardientes
» Simas, caerán al fin precipitados.
» De estos perfidos solos la insolencia,

« No podrá hallar abrigo en mi clemencia;
» Mas no es aun el castigo suficiente,
» Para satisfacer á mi ofendida
» Magestad : ya que el hombre, osadamente
» Mis leyes quebrantando, ha provocado
» Mi justicia, ha de ser sacrificado,
» Ha de sufrir la pena merecida,
» O ha de quedar mi gloria obscurecida:
» Pues que orgulloso pretendió elevarse
» A la clase de un Dios, y eternizarse
» Como tal, este arrojo temerario
» Debe pagar. Que muera es necesario
» El, y que muera todo su linage;
» Heredero por el de su delito,
» Para siempre, como el, queda proscrito;
» Si para compensar tamaño ultrage,
» Una victima tal, tan inocente, (2)
» Y augusta, qual requiere mi grandeza,
» A mi justo furor proporcionada,
» No se presenta voluntariamente,
» A rescatar su muerte, prodigando
» Por el su vida. ¿ Y quien de la nobleza
» De esta accion de piedad tan extremada,
» Sus propios intereses olvidando,
» Será capaz, aun entre las mas puras,
» Mas sublimes, y dignas criaturas?

» ¿ Que ser se atreverá, con su inocente
» Sangre á salvar al hombre delinquente?
» ¿ Habrá quien quiera, entre los inmortales,
» Morir, por redimir á los mortales ? »
Esto dixo el Señor, y todo el mundo,
En el senado augusto, y numeroso,
De aquel terrible empeño receloso,
Se mantuvo en silencio el mas profundo.
Ninguno se atrevio á ser medianero
Del hombre, ni á mostrar el mas ligero
Intento de excusar su rebeldia,
Y mucho menos aun á aventurarse,
Por delitos agenos, á entregarse
Al castigo. La muerte ya tenia
Su presa asegurada, y asi hubiera
El humano linage perecido,
Sin duda alguna, por su mano fiera,
En el infernal seno sumergido,
Si un Salvador magnanimo, el glorioso
Hijo unico del Todopoderoso,
En cuyo pecho están depositadas
Todas las gracias, todas las sagradas,
Y puras llamas del amor divino,
Al ver del hombre el misero destino,
No hubiera, de su eterno padre airado,
La venganza justísima aplacado.

» ¡Padre mio! le dixo, tu clemencia
» Ha dictado del hombre la sentencia ;
» Ya perdonado está. Acaso la santa
» Gracia, precioso, y dulce don del Cielo,
» Que con alas de fuego se adelanta
» A prevenir el ruego, y el rendido
» Deseo mismo, apenas ha nacido,
» Que aun al que no lo pide, da consuelo;
» Podrá encontrar estorvo, que la impida
» Darle con su asistencia nueva vida?
» ¡ Dichoso aquel, que sin esfuerzo hallarla
» Puede ! ¿ Mas como el hombre miserable,
» Que tu ley conociendo, la culpable
» Locura cometió de abandonarla,
» Muerto á la gracia, volverá á buscarla?
» ¿ Qual será el rico don, ó qual la pura
» Victima, que su crimen satisfaga,
» Y compre su perdon? ¿ Una criatura,
» Que no puede, por mas esfuerzos que haga,
» Pagar por si la deuda inconcebible,
» Que tiene á su Hacedor, como es posible
» Que las agenas pague? ¿ Y que seria
» El precio, que á este fin ofreceria,
» Aun quando sin reserva presentara
» Quanto tiene, y su ser sacrificara?
» El hombre pues jamas podrá pagarte;

Peor

» Pero veme aqui pronto; yo he de darte
» Satisfaccion por el. Tomo con gusto
» Sobre mi su delito; y su sentencia
» Yo mismo sufriré. Daré mi vida,
» Por que quede la suya redimida:
» Sus ofensas son mias, y asi es justo,
» Que yo padezca solo la violencia
» De su infeliz, y merecida suerte.
» Me separaré pues, de tu presencia,
» Dexaré el Cielo, y salvaré muriendo,
» Esa obra de mi Padre. Que la muerte,
» Toda su rabia contra mi volviendo,
» En mi la sacie. Presto de ella dueño,
» Sus funebres sepulcros victorioso
» Hollaré, y libre de su torpe sueño,
» Sus elados despojos arrancando,
» Y sus tristes cenizas avivando,
» Acabaré con su dominio odioso.
» De ti recibo siempre eterna vida,
» La humanidad á mi persona unida,
» Es lo unico que en mi podrá encontrarse;
» De que pueda la muerte apoderarse:
» Dispondrá de ella; pero satisfecha
» Esta deuda, acia ti vuelvo glorioso:
» No dexarás penar mi carne pura
» Por largo tiempo, en la prision estrecha

» Y corrompida, de la sepultura.
» Despues que intacto esté en su tenebroso
» Seno un momento, qual si su cautivo
» Fuese, volaré de el, brillante, y vivo,
» Arrebatando de aquel antro horrible,
» De una Deidad el cuerpo incorruptible.
» Tu misma, ¡ó muerte! al carro encadenada
» De mi triunfo, mi marcha victoriosa
» Has de seguir, tu muerte lamentando,
» Hasta que te haga caer precipitada
» Otra vez en la noche tenebrosa,
» De que lograste un tiempo libertarte,
» En el mundo habitando.
» Tus vanderas caerán, à la gloriosa
» Vista de mi benefico estandarte,
» Y romperé tu dardo envenenado,
» En tu corazon mismo atravesado.
» Dividirá tus merecidas penas,
» Cautivo como tu, y entre cadenas
» Arrastrado en mi triunfo, el orgulloso
» Angel rebelde, con el numeroso
» Sequito de los seres miserables,
» Que con su seduccion ha hecho culpables,
» Al paso que los Cielos, elevado
» Penetráre, de gloria coronado,
» Tu mismo ¡ó padre mio! con amables
» Miradas, de tu trono dirigidas,

» Completarás mi gloria, acompañando
» Con ellas por los aires, mi triunfante
» Marcha, mientras tu imperio dilatando
» Con mi victoria, adorarân rendidas,
» Tu poder y bondad, las redimidas
» Almas, y ensalzarán con incesante
» Himno gozoso, el mundo reparado;
» Cantarán el horrible luto eterno,
» Sobre tus enemigos derramado;
» Qual su presa infeliz soltó el infierno,
» Y como, hasta la muerte desarmada,
» Fue en su propio sepulcro sepultada.
» Los cautivos, que de el habré sacado,
» Mi triunfo seguirán, y con gozosos
» Ojos, en esos tuyos tan piadosos,
» El benigno perdon de su delito
» Verán, con letra celestial escrito.
» Huirá el terror de tu divina frente,
» Solo de dulce amor resplandeciente,
» De clemencia inefable,
» Y de una paz eterna inalterable. »
Acabó; pero el zelo que le inspira,
En su silencio mismo es eloqüente.
Su rostro un inmortal amor respira
Para el hombre, que solo al amor tierno
Puede igualarse, de su Padre Eterno.

Que exprese pues su voluntad espera,
Para la obra benefica á que aspira;
Victima voluntaria, considera
Su sacrificio, y apresura ansioso
La epoca, en tanto que pasmada admira
La circunstante corte, el misterioso
Empeño. Vuelve el Padre la amorosa
Vista al hijo, y anuncia en sus divinos
Ojos, en que la dulce paz reposa,
De su hijo eterno el triunfo venturoso,
Y del mundo los prosperos destinos.
« ¡ O tu, le dice, mi unica delicia,
» Sacrificio el mas grande, el mas augusto
» De todos quantos puedan ofrecerme,
» Capaz el solo de satisfacerme,
» Aun mas allá de lo que mi justicia
» Exige del exceso mas injusto!
» Tu sabes, que yo aprecio á los humanos,
» Como que son una obra de mis manos;
» Juzga quanto los amo, pues consiento,
» No obstante que mi ley han quebrantado,
» En que desciendas de tu eterno asiento,
» Y que á padecer vayas, ¡ ó hijo amado!
» La pena que sobre ellos ha caido.
» Parte pues: dá á tu voto cumplimiento,
» Y de la forma humana revestido,

» Vuelve al mundo la paz, que antes tenia:
» Vé á ser un hombre-Dios. Llegará el dia,
» Para todo viviente el mas plausible,
» En que por un misterio inconcebible,
» Propio de mi bondad, el venturoso
» Seno de una muger, que juntamente
» Será virgen, y madre, á mi glorioso
» Hijo ha de dar á luz. Vé del humano
» Linageá ser á un tiempo el Soberano;
» Y el nuevo Adán. Todo el seguramente;
» A no haber tu mediado, pereciera;
» En ti renacerá. Ya que el delito
» De los primeros padres, ha proscrito
» Sus descendientes, hasta la postrera
» Rama, quiero que su arbol corroido,
» Enxertandose en ti, restablecido
» Se vea en su verdor, y en su primera
» Robustez, con ventaxa conocida:
» Que el rio de la vida,
» Desde su origen mismo emponzoñado;
» En fuerza de tu merito inefable,
» Quede en lo porvenir purificado.
» El hombre, por ti vuelto á su nobleza;
» Vencedor de si mismo, la baxeza
» De todo amor mundano, y despreciable
» Desterrará prudente. Tu, adorado

» En el Cielo serás; pero en la tierra
» Proscrito, haz al infierno cruda guerra,
» Con tu sangrienta muerte. Que interceda
» Por los reos mortales, el mas digno
» De su linage, el redentor benigno
» De ellos todos, el unico que pueda
» Mediar en su favor, victima pura,
» Cuyos tormentos voluntarios, sean
» Por el Cielo admirados. Asegura
» De tu piedad á todos los humanos:
» Hombre; rescata al hombre; que te vean
» Llenos de espanto, todos los vivientes,
» La muerte padecer por tus hermanos.
» Dios; perdona qual Dios, los delinqüentes;
» Será tu muerte causa de su vida,
» Tu sangre, precio de su justa pena;
» Asi reparador de la perdida
» Naturaleza humana, en justo duelo,
» Al infierno por ti vencerá el Cielo,
» Y al odio el dulce amor, que te enagena.
» El hombre de la envidia triste objeto,
» Como de compasion ¿ habrá pensado
» Jamas, á tan gran precio ser comprado?
» ¿ El, á quien yo doté de un sano juicio,
» Que con todo dió oidos al proyecto
» De la infernal malicia, y antepuesta

» A mi ley sacra, su ilusion funesta,
» Me obliga á ese tan grande sacrificio?
» Y tu, que por baxar al mortal suelo,
» El trono celestial, tan generoso
» Abandonas, jamas tengas recelo
» De envilecer con esto tu divino
» Origen: quanto mas esté eclipsado
» De tu naturaleza el magestuoso
» Resplandor, tanto mas será adorado.
» Lexos de mi, en la tierra peregrino
» Vivirás algun tiempo desterrado;
» Como hombre sufrirás, serás sensible,
» Como Dios vencerás, siempre impasible.
» Tu humillacion magnanima, bendita
» Será por todo el mundo en adelante,
» Pues que de mi hijo solo, la infinita
» Inefable bondad, fuera bastante,
» Para olvidar, por una criatura
» Humilde y desgraciada, su eminente
» Magestad, y mostrarla tal ternura:
» Solo de mi hijo la alma compasiva,
» Puede abrigar bondad tan excesiva:
» Será prueba evidente
» Tu misma obscuridad, de tu nobleza.
» Quanto sea mayor tu abatimiento,
» Añadirá mas brillo á tu grandeza,

» Y presto vuelto á tu celeste asiento,
» Tu humanidad, á tu deidad unida,
» De tus humildes Angeles rodeada,
» Con himnos inmortales aplaudida
» Se verá, y á mi diestra sublimada:
» Dios, y hombre, hijo de Dios, y juntamente
» Del hombre, reinarás eternamente.
» Quiero que todo, hincada la rodilla,
» Te adore humilde, y tiemble en tu presencia;
» Que lo que mas en el Empireo brilla,
» Y en quanto existe, Tronos, Serafines,
» Arcangeles, Virtudes, Querubines,
» Reyes, y Potestades, obediencia
» Y homenage te presten humillados.
» Todos los pueblos han de ser juzgados
» Por ti, su juez supremo establecido:
» Para esto, el universo estremeciendo,
» Baxarás á la tierra, quando el dia
» Temido llegue, al espantoso estruendo
» De truenos incesantes, precedido
» De tus Angeles todos, que la fria
» Ceniza de los hombres, reuniendo
» Con sus almas, al funebre sonido
» De la trompeta, harán que al formidable
» Juicio, acuda su turba inumerable.
» Tu, por tus Querubines, conducido

» En triunfo sobre el trono magestuoso,
» Terrible, espantarás con tus miradas,
» A las naciones á tus pies postradas.
» A tu señal con vuelo presuroso,
» Los Angeles, la atmosfera cortando,
» Acia los quatro terminos del mundo,
» Los buenos, de los malos separando,
» Colocarán los buenos á tu diestra,
» Y los malos á un tiempo, á tu siniestra.
» Todos, en el silencio mas profundo,
» Penderán de tu vista. Congregadas
» Ante tu tribunal todas las gentes,
» Vivos, y muertos, jovenes, y ancianos,
» De toda clase, y sexo, soberanos,
» Como vasallos, todas las pasadas
» Generaciones estarán presentes,
» Tremulas aguardando tu sentencia.
» Ninguno habrá exceptuado de la dura
» Convocacion: á la señal temida,
» La muerte soltará sin resistencia
» Su presa, y tu voz fuerte será oida,
» De los sepulcros en la noche obscura.
» Decidida la causa, los malvados
» Recobrará el infierno, y con candados,
» Sus cien puertas de bronce reforzadas,
» Quedarán para siempre condenadas.

» Las llamas, todo el mundo devorando,
» Lo purificarán de las inmundas
» Heces, que en el la culpa ha producido:
» Mas, pronto nacerán de sus fecundas
» Cenizas, otros orbes, que brillando
» Mas puros, que los que hayan perecido,
» Sirvan de habitation al escogido
» Pueblo, que con tus penas has salvado.
» Alli, baxo de un cielo no nublado,
» Llenos de gozo, en el tranquilo puerto,
» Olvidarán las fieras tempestades,
» Los trabajos horribles del desierto
» Arido por donde han peregrinado.
» Alli, colmados de felicidades
» Eternas, cogeran los deliciosos
» Frutos de los jardines venturosos
» Del Cielo; un dia de oro cada dia
» Será, de dulce paz, y de alegria:
» Dios será todo en todos: el desmayo,
» La inquietud, ni el temor, alli morada
» No hallarán, y tu colera aplacada,
» Hará que caiga de tu diestra el rayo.
» Vosotros pues, espiritus leales,
» Postráos á los pies de un Dios, que muere
» Benigno, por salvar á los mortales,
» Y cada qual se esmere,

» En igualar en todas ocasiones
» El hijo, al Padre, en las adoraciones. » (3)
Dixo, y retumbó el Cielo, enagenado
De gozo, con aplausos tan ruidosos,
Como los movimientos tumultuosos
De las olas del mar alborotado,
Y á un tiempo dulces, qual la melodia
De un concierto de voces, arreglado
Con el mayor esmero á la harmonia.
Las voces, los acentos, los hosannas,
Resuenan por las bovedas lexanas
De los vastos palacios celestiales:
Todos de amor deliran, y alegria;
En el respeto, y en el pasmo iguales;
Todos se postran con humilde frente,
Ante aquel doble trono, en que eminente
Reside el Padre, con el hijo al canto,
A sus pies deponiendo sus coronas,
En que al oro, con arte primoroso,
Brilla inmortal, reunido el amaranto.
¡ Bello amaranto, tu, planta escogida,
Que ahora nos abandonas,
Delicia del Eden! en su frondoso
Jardin, cerca del arbol de la vida
Crecias. Eva, tus hermosas flores,
En su rostro imitando sus colores,

En el tiempo cogió de su inocencia.
La inocencia ofendida
Huyó, y con ella desapareciste.
El Cielo en que naciste,
Su alto don recobró con diligencia.
Vuelto á tu cuna, con tu fresca sombra
La fuente de la vida, te complaces
En ocultar, creciendo en sus riberas;
Con placer tambien haces
Brotar tus flores, en la verde alfombra
De las orillas, que con sus ligeras
Y cristalinas aguas, caudaloso,
El rio de delicias atraviesa;
De correr por los Cielos nunca cesa,
Con su puro cristal espirituoso,
Las eliseas flores renovando,
Y todos los contornos perfumando.
Con ellas los celestes habitantes,
Texen guirnaldas nunca marchitadas;
Con las quales sus frentes rutilantes,
Se vén de nuevos brillos hermoseadas:
Tambien el amaranto, corre el suelo,
Que ocupa el vasto giro
De las sobervias bovedas del Cielo,
Y de aquel vasto mar de oro, y safiro;
Varia los colores inmortales,

Ostentando sus rosas virginales.
Mas ya, aquellos obsequios concluidos,
Vuelven los Serafínes, encendidos
En vivo amor, á coronar sus frentes:
Ya las liras, y citaras pendientes,
Qual carcáx de sus hombros, descolgando,
Por las tremulas cuerdas resbalando,
Sus sabios dedos prueban, con sonoro,
Dulce preludio, aquella melodia,
Que enagena los Cielos de alegria.
Todos cantan; las voces, é instrumentos;
Nada discorda en el celeste coro,
Las mas pequeñas notas, los acentos:
Donde hay paz, alli habita la harmonia.
¡A ti primero, ó Padre omnipotente,
Inmutable, infinito, inconcebible!
A ti en tus mismas luces invisible,
Y eterno, de quien todo está pendiente,
Ensalza de sus himnos la excelencia;
A ti cantan: « ¡O autor de la existencia,
» Rey terrible, de nubes circundado!
» Los rayos de tu luz activa y pura,
» Penetran, quando quieres, su espesura,
» Y el trono de oro muestran elevado,
» En que resides, cuyos resplandores
» Nos ocultan tu rostro, y nos deslumbran,

» Al paso que en las sombras nos alumbran.
» El Angel mismo con sus perspicaces
» Ojos se ciega, y lleno de terrores,
» Los parpados cerrando, á sus vivaces
» Rayos, no puede estár en tal apuro,
» Sobre sus alas tremulas seguro.
» ¡ Hosanna, al Dios inmenso eterno, y santo! »
Asi concluye aquel celeste canto,
Que á ti despues dirigen « ¡ ó divino
» Hijo, del Padre Todopoderoso,
» Que en tu semblante brilla, hecho visible!
» A ti, por quien el orbe fue criado,
» Que terrible abatistes el ferino
» Orgullo del infierno tenebroso,
» Con audacia increible,
» Contra tu eterno Padre conjurado.
» No ahorrastes en aquel sangriento dia
» Sus formidables rayos, ni su espada
» Divina, por su colera afilada,
» Ni sus flechas de fuego. Estremecia
» Las llanuras del Cielo el movimiento
» Rapido de su carro fulminante,
» Que tu, sereno, desde su alto asiento
» Governabas, al paso, que aun distante,
» El enemigo huïa consternado,
» Qual niebla á impulso del furioso viento.

»¡O Verbo, de tu padre amor, y gloria!
»¡Con que triunfo, á tu vuelta, tu victoria
» Se celebró en el Cielo! Con tu airado
» Brazo, en el Angel fiero rebelado,
» Sus injurias vengaste,
» Y al hombre del perdon aseguraste.
»! Tu mismo, ó Dios, ó padre omnipotente!
» A tu amor le volvistes indulgente.
» Tu hijo, tu hijo piadoso, tu justicia
» Satisfizo, burlando la codicia
» De sangre, que al inmundo
» Exército infernal atraxo al mundo.
» Al delito del hombre vergonzoso,
» Tu poder ofendido
» Dudó entre la piedad, y la venganza;
» Hizo caër bien pronto la balanza
» A favor del culpado, tu piadoso
» Hijo, hablando por el compadecido.
» Tu grandeza una victima pedia,
» ¿Y habrá otra igual á la que te ofrecia?
» ¡Un Dios rescata al hombre! Con sublime
» Bondad, por el ensangrentado gime,
» La tierra consolando,
» La ira del Cielo en dulce amor trocando.
» ¡O piedad sin exemplo, á que se inclina
» Pasmado, con respeto el mas profundo,

» El universo! Sola la divina
» Naturaleza puede poseerte.
» Jamas podrá explicar, el mas facundo
» Espiritu celeste, tu grandeza,
» Ni llegar claramente á conocerte.
» ¡ Salve ó verbo de Dios, cuya terneza
» Salvó á los hombres! De las harpas de oro,
» Y de las liras al compas sonoro,
» Un himno interminable cantarémos:
» En los eternos siglos, que habitemos
» Este divino templo venturoso,
» Al Hijo, como al Padre, ensalzarémos.
» El Cielo todo aplaudira gozoso,
» Y jamas vuestros nombres adorados,
» Serán en nuestros cantos separados. »
Asi de la luz pura en las moradas,
Se pasaban las horas encantadas.
Lexos de alli sobre la esfera inmensa,
Que de boveda sirve á nuestro mundo,
Y sus brillantes astros, de la densa
Noche del Cahos, solida separa,
Satanás fatigado el vuelo para.
Dando de alli una ojeada á lo profundo,
Como si fuera un globo reducido,
Divisa nuestro mundo obscurecido.
El, de una espesa atmosfera rodeado,

Se

Se halla en un continente dilatado
Sin fin, sombrio, inculto, y silencioso,
Que amenazan de cerca, asi la obscura
Noche, como el estruendo proceloso
Del Cahos. A lo lexos la ribera
Del orbe remotisimo, una pura
Luz despide, mas solo una ligera
Vislumbre llega, á aquellas apartadas
Regiones, por las sombras ocupadas.
De aquel vasto desierto, que es frontera
Del Cahos, en que riñen furibundos
Los vientos, y abrasados torbellinos
De negras llamas, con los remolinos
De aguas inmensas por alli esparcidas,
Registra Satanás los infecundos
Espacios. Asi el buitre, que ha nacido
En las rocas erguidas
De Imaüs, sierra que una impenetrable
Barrera opone, al Tartaro bandido,
Con sus puntas de hielo endurecido,
Huyendo su aridez intolerable,
Parte voráz, buscando los ganados,
Que del Hidaspes los floridos prados
Pingües habitan, ó el supersticioso
Cristal beben, del Ganges caudaloso:
Desfallecido de su largo vuelo,

Descansa sobre algun arido suelo,
De Sericana en la desierta arena,
En la llanura inmensa, en que sin pena
El habitante diestro, el soplo fiero
Del viento aprovechando, con tendidas
Velas, hace que vuele su ligero
Carro, y se dude si en el mar undoso
Va vogando, ó si rueda presuroso
En movibles arenas extendidas.
Tal Satanás descansa, y al instante,
Por aquel yermo se encamina errante.
Va, viene, corre, vuela, ya baxando,
Ya subiendo, buscando
Su presa con ojeada penetrante.
Un inmenso vacio se desplega
Por todas partes á su vista ansiosa;
Ni un ser viviente, ni la menor cosa
Inanimada, en el á encontrar llega.
No obstante, un nuevo mundo se ha formado (4)
En su extension, despues de que extraviádo
El hombre por su loco orgullo ha sido.
Allá, entre el aire vano despedido
De nuestra esfera, suben los deseos
Quimericos, los sueños engañosos,
Qual ligeros vapores, con los feos
Y raros monstruos, que la fantasia

Se entretiene en formar, en los ociosos
Ratos, y quanto la naturaleza
A luz produce, quando se extravia;
Toda obra insubsistente, todo objeto
Caprichoso, ridiculo, incompleto,
Allá qual niebla leve se endereza;
Los que en la vida actual, ó en la futura,
Han soñado en alguna imaginaria
Felicidad à la razon contraria;
Aquellos, que cediendo á la locura
De un falso zelo, por algun famoso
Nombre engañados, ciegos abrazaron
Sus sistemas, sin ver si verdaderos
Eran, y á exemplo suyo deliraron;
Los que, por un error menos dañoso,
De los aplausos vanos pasageros
Se alimentaron, que el hazar dispensa;
Vanos, alli su vana recompensa
Vuelven á hallar, sus necias diversiones,
Sus proyectos, y locas invenciones.

Tambien teneis alli vuestra morada,
Vosotros orgullosos, que elevasteis
En Senaár la torre celebrada,
Con que espantar al Cielo imaginasteis;
De impotente sobervia empresa osada.
Si algun ser real, alli posible fuera

Naciese, su ridicula mania
Fabricar otras mil intentaria:
Tambien están alli los insensatos,
Que á una falsa esperanza lisongera
Cediendo, y agotando sus conatos,
De una frivola ciencia en la quimera,
La vida consumieron,
O de un vano saber martires fueron;
El loco entre ellos, que del Mongibelo
Se sumergió en el crater espantoso,
De saber sus secretos deseoso,
Y murió en su abrasado, y hondo suelo;
Y tu igualmente, que à Platón oyendo,
Sus Cielos á buscar fuiste corriendo,
Y la vida perdiste por curioso.
No lexos moran, los que en su fecundo
Cérebro, cada dia un nuevo mundo
En idea construyen, mas perfecto;
Llegan apenas á llevar á efecto
Las lineas primeras de aquella obra,
Quando á un soplo del viento, es destruido
El fragil edificio, y convertido
En polvo, que la atmosfera recobra;
Pero pronto, empeñandose obstinados,
En seguir el proyecto imaginario,
Su infatigable orgullo temerario,

Sobre los planes mismos arruinados,
Otros levanta igualmente infundados.
Asi el insecto, que sus redes tiende
Agil, para buscar su subsistencia,
De aquella fragil descompuesta trama,
Los hilos rotos, nuevamente extiende.
Envanecidos con su hinchada ciencia,
Los eruditos locos, por su parte,
Quando mas su saber grita la fama,
A mil esfuerzos vanos todo su arte
Vén reducido, y que de ruina en ruina,
Su corto ingenio sin cesar camina;
Mas con todo, jamas se desengañan,
Y que no los adore el mundo extrañan.
Este humo vano es digna recompensa,
Del que de si con tal orgullo piensa.
  Otro, llevado de esperanza avara,
De los bienes que el Cielo le depara,
No haciendo cuenta, triste y consumido,
Al lado de un crisol, sin cesar vela,
Y de sus privaciones se consuela,
Hallar creyendo aquel desconocido
Secreto, de volver el plomo en oro,
Y hacerse dueño del mayor tesoro:
Mas, mientras su esperanza alegre crece;
Ve gimiendo, que en humo convertido

El perfido metal desaparece.
Hay tambien otros locos, que alli ostentan
Un ambicioso luxo: trasladados
Con ellos sus jardines deliciosos,
Sus palacios de jaspe primorosos,
Vivir felices cuentan,
Mas, les sucede que por todos lados,
Por que lo quiere asi la providencia,
De un funebre desierto estan cercados,
En que el silencio mas profundo habita:
Baxo sus techos de oro la alegria,
Acompañada de la complacencia,
En vano introducirse solicita;
El desprecio, y olvido, noche y dia,
Hacen en el umbral guardia severa;
La Deidad de cien bocas habladora,
Para ellos solos tiene su sonora
Trompeta ociosa, y al pasar ligera,
Sus ojos cierra, para no ver cosa,
Que excitar pueda su atencion curiosa.
Bien pronto en sus magnificas moradas
Los persigue el fastidio, y la tristeza;
Sin testigos, les cansa su grandeza,
Y lloran sus delicias ignoradas.
A lo menos aspiran á la gloria
De eternizar sus nombres; mas gravados

En la arena, al momento están borrados,
Y los vientos se llevan su memoria.
  En registrarlo todo se embebece
El Angel infernal, quando aparece
A su vista en las sombras, el dudoso
Timido resplandor, que en la lexana
Esfera, dá principio á la mañana;
Acia su claro origen vuela ansioso:
Presto á la luz de la rosada aurora,
Las infinitas, y brillantes gradas
Nota, de la magnifica escalera,
Que sube á los palacios celestiales.
Un portico sobervio la decora
En lo alto, por el qual las mas nombradas
Obras del regio luxo, si se hiciera
Su cotexo, á pesar que con parciales
Ojos se viesen, fueran eclipsadas.
Todo él despide llamas, con brillantes
Preciosisimas piedras adornado;
Sobresalen el oro, y los diamantes;
Ningun pincel dar puede un adequado
Bosquexo, de su augusta arquitectura.
  Menos luciente aun, hasta la altura
Del Cielo, á vista de Jacob subia,
La escala misteriosa, que lo unia
Con nuestra tierra, en su admirable sueño,

Quando del trono de su eterno dueño
Ir, y venir los Angeles veía,
Y vuelto del letargo milagroso;
Profetizó, exclamando con gozoso
Rostro: « al traves de los mortales velos;
» Veo abiertas las puertas de los Cielos ».
Mas, la escalera, que el Arcangel mira,
A la boveda eterna se retira,
Y de su alcance al fin desaparece.
Un mar de claridad de nacar puro,
Y de liquida plata se le ofrece
A la vista, en vez de ella, que movible;
Ondas rueda de luz incorruptible.
Aquel mar refulgente, es el seguro
Feliz asilo, adonde, desde luego
Que mueren los felices escogidos,
En angelicos brazos conducidos
Son, ó en un carro rapido de fuego:
A esto, con toda su magnificencia,
La escalera baxó resplandeciente
De nuevo, ó por burlar al enemigo,
Que asomaba, ó por dar á su insolencia
Mas severo castigo,
Haciendole sentir mas vivamente
De su perdída dicha la amargura.
Del portico soberbio en derechura

Al risueño jardin, en que vivia
En dulce paz el hombre venturoso;
Al Eden, un camino conducia,
Y desde alli, del mundo á lo restante.
Excedia el camino, en lo espacioso,
A la via sagrada,
Por Dios á sus ministros preparada;
Para que de su trono, al fulminante
Santo monte de Sinay descendieran,
Por la que al pueblo de Israel, ligeros;
Enviaba, sus alados mensageros,
A fin de que sus ordenes le dieran:
Por ella desde el Cielo, Dios miraba
Con placer, y hasta el Nilo contemplaba;
Qual por la fertil tierra se extendia
Aquel pueblo querido,
Del septentrion al sud establecido.
Acia otra parte, no menos se abria
Aquel camino largo, y luminoso,
En donde puso el Todopoderoso
Con propia mano, los intransitables
Terminos á las sombras tenebrosas,
Qual las costas del mar incontrastables,
Por cotos á sus ondas procelosas.
Al pie de la escalera,
Mas que nunca admirado se detiene

Satanás, y subido en la primera
Grada, recorre ansioso la extendida
Sobervia escena, que á la vista tiene,
Y ve en la inmensidad la inesperada
Pompa del universo, reunida
En sola una mirada.
Asi el *escucha* diestro, que en la obscura
Noche, su oficio cumple peligroso,
Acechando camina receloso;
Llegado, al huir las sombras, á la altura
De algun monte encumbrado,
Que alumbra ya el fulgor de la mañana,
Pára, contempla, abarca una lexana
Inmensidad de tierras admirado,
Para el desconocidas, en las quales,
Entre varias cuidades derramadas
Cerca, y lexos, dominan levantadas
De una Corte las torres imperiales.
Tal Satanás el mundo contemplaba;
Y, aunque el Cielo habia visto, lo envidiaba.
Devora su interior un vil despecho,
Al pensar en las manos, que lo han hecho.
Aun mucho mas allá del alto asiento,
Por las nocturnas sombras dominado,
Descubre un firmamento,
Extendido sin termino, poblado

De mundos estrellados, y curioso
Los recorre uno á uno, desde el punto
Del Zodiaco remoto y luminoso,
En que la justa Astrea con su libra,
Los dias con las noches equilibra,
Hasta aquellas esferas, que el conjunto
Forman del refulgente vellocino
De Aries, que al lado opuesto la hace frente,
Y mucho mas allá del peregrino
Cielo, en que el mar Athlantico termina,
Cargado con Andromeda camina.
Enfin, entrambos Polos totalmente,
Con la vista abrazando,
Registra todo el orbe, y de repente
Se precipita rapido, volando,
Dentro de su recinto magestuoso,
Cuya belleza, al paso que le hechiza,
Para su envidia es un objeto odioso.
Sobre las alas placido nadando,
Por sus azules ondas se desliza,
Entre esferas sin numero pasando,
Que desde donde el viene, en los profundos
Aires, parecen astros, y son mundos,
O tal vez islas, como el deleitable
Jardin de las Hesperides, que lleno
De flores, y de frutas, en el seno

Se alzaba del oceano espantable.
Quizá tambien aquellas aisladas
Esferas, contendrán sus verdes prados;
Sus floridas llanuras cultivadas,
Sus frescos valles, sus enmarañadas,
Sombrias selvas, y sus cristalinas
Fuentes, que las recorran peregrinas.
Las ve, las examina; mas no excita
En el ninguna de ellas, el curioso
Deseo de saber, que pueblo habita
Feliz, en su recinto venturoso.
Entre tantos objetos al sol mira;
Que en resplandor, á la celeste esfera;
La igualdad casi disputar pudiera,
Y su belleza, que encantado admira,
Exceder la del mundo le parece.
Acia el vuela, de cerca deseando
Contemplar su explendor: su pasmo crece;
Quando ademas de su magnificencia,
Nota, que varios mundos, de su influencia
Penden, y en su contorno circulando,
A distancias diversas, como Reyes
Vasallos de otro Rey mas poderoso,
Cada uno observa sus severas leyes
Y su orbita completa respetuoso,
Años, meses, y dias, reduçiendo

A su marcha, que exacto va siguiendo.
Al paso que aquel astro magestuoso
Desde su trono á todos los atrae
Con magnetico influxo, ó los despide
De si, segun la utilidad lo pide,
En torrentes su luz sobre ellos cae,
Y á cada qual, con un calor fecunda
Proporcionado á su naturaleza.
Su movimiento mismo es procedente
De su espiritu etëreo, que inunda
Sin cesar cada esfera dependiente
De su sistema, y cuya sutileza,
Y fuerza, no hallan cuerpo impenetrable
A su influxo vital, y saludable.
Mas, Satanás ya huella aquel brillante
Astro, y nunca una mancha semejante,
Los ojos en su disco descubrieron:
Con gran placer, los del Demonio, vieron
Aquel inmenso globo fulminante.
La materia preciosa que formaba
Aquel cuerpo, en la tierra no se hallaba.
Si el hombre la compara á los metales
Mas finos, dirá que es un mar de plata,
Un oceano de oro el mas luciente;
Si con las piedras mas preciosas trata
De cotexarla, bien que desiguales

En la belleza, de Carbunclo ardiente,
De rubi, y de topacio, se diria,
Que el encendido mar se componia,
O de las piedras todas, con que tanto,
De Jehová el eterno nombre santo,
Quando encima del pecho lo llevava
El sumo sacerdote Aarón, brillaba.
No la iguala con mucho en la hermosura,
Quando en nuestra codicia deliramos,
La rica piedra, que se nos figura
Encontrar, con la qual en oro puro,
El metal se convierta mas impuro;
Piedra que ansiosos sin cesar buscamos;
Sin hallarla; secreto, que por parte
De algun hazar, quizá será encontrado
En lo futuro, y en que hasta áhora el arte,
En vano sus esfuerzos ha agotado;
El arte, que fixando la substancia
Movible del Mercurio, ha sugetado
A sus leyes su indocil inconstancia,
Que ha buscado del mar en las arenas,
A este nuevo Proteo,
Lo ha encontrado, y conforme á su deseo,
Diestro, le ha puesto al fin en sus cadenas.
Asi el hombre en las artes industrioso,
Hace aun al mundo mas maravilloso.

¿ Admirarémos pues, que en la carrera,
Con que fecunda el sol la vasta esfera,
Vertiendo de sus fuegos el tesoro,
Ondas de plata ruede, y rios de oro,
Quando, aunque de el estemos tan distantes,
Su influxo en nuestro globo, del impuro
Y blando material del cieno obscuro,
Sabe formar rubies, y diamantes;
En el crisol oculto de la tierra,
En que penetra, y su calor encierra,
Metales producir, y de las flores,
Componer los balsamicos olores?
¡ Vanos tesoros, si se compararen
Con el que los produce, aun reunidos
A los que otras esferas presentaren,
De las que anima con sus encendidos
Fuegos! No obstante toda la belleza,
Que el arte añade á la naturaleza,
Un rayo solo de su lumbre pura,
A eclipsar bastaria su hermosura.
Satanás vé la escena prodigiosa,
Sin deslumbrarse, y toda la espaciosa,
Y nueva inmensidad, desde la altura
En que se halla, registra con atento
Cuidado, envuelto entre los resplandores
Del sol, entre las ondas transparentes,

Matizadas de mil vivos colores,
Que vá esparciendo, mientras por el viento,
Rodando diligentes
Los demas orbes, cada uno camina
Con rapida presteza
En torno de el. Asi en aquel instante
El Angel de la noche, con brillante
Agena luz, parece que domina
De una mirada la naturaleza.

Divisa en esto al Angel luminoso,
Que san Juan vió despues sobre el fogoso
Astro, al que entonces, cerca de el parado;
Vuelto de espaldas, mira embelesado,
En el su viva imagen conociendo.
Satanás ver su rostro no podia,
Mas toda la belleza distinguiendo
De su celeste porte, conocia
Que era un ser importante. Alas hermosas,
En que compite el nacar con las rosas,
Le están sobre los aires sosteniendo.
Un diadema brillante, entretexido
De los rayos mas puros, que ha elegido,
Del sol uno á uno, ciñe su cabeza:
Su cuerpo, al alabastro en la blancura
Excede, y acrecientan la belleza
De su celeste, y placida figura,

Los

Los cabellos en bucles descendiendo
Sobre el, y como el oro reluciendo.
Pensativo medita, y silencioso,
Sobre el orden del mundo milagroso.
   Lleno de astucia Satanás espera
Conseguir engañarle
Con falsas apariencias, de manera,
Que le de las noticias, que á guiarle
Son necesarias, hasta el encantado
Jardin, en que termina su arriesgado
Viage, y en que nacieron nuestros males.
Oculta cuidadoso las señales,
Que pueden descubrirle, y disfrazado
Con todo el arte, á fuerza de impostura,
Toma de un Angel bueno la figura;
Pero de un Angel de segunda clase,
Para que su ocio menos extrañase.
De una celeste juventud la aurora
Brilla en sus ojos, y su cuerpo airoso
Reviste de una gracia encantadora:
Corona el oro su agradable frente:
Al arbitrio del viento, su rizado
Cabello ondea sobre el cuello hermoso:
Los colores del Iris suavemente,
De oro, de azul, de verde, y encarnado
Relumbran en sus alas: el agrado

De su gesto; su porte, su belleza,
De un Angel manifiestan la pureza;
Y anuncia un caminante su vestido,
A su cuerpo con purpura ceñido:
Lleva de plata una flexible vara:
Su andar es noble, como lo es su cara:
Llega: sin verle el Querubin le siente,
Y acia el se vuelve magestuosamente.
Satanás reconoce en el semblante
A Uriel, al mismo que el Señor honrraba
En sus tiempos, con mas de un importante
Encargo, y que glorioso se contaba,
Como uno de los siete Serafines,
Que están siempre delante
De su alto trono, de su pensamiento
Observando el mas leve movimiento,
Para volar á los remotos fines
Del universo, quando lo requiere
Su voluntad sagrada.
La menor seña, la menor ojeada
Basta, para que sepan lo que quiere,
Y rapidos del alto firmamento,
Dexando atrás, del aire las ligeras
Corrientes, ó del mar las ondas fieras,
Se arrojan á este mundo en un momento,
A intimar sus decretos soberanos,

Su sacra voluntad á los humanos.
«¡ O Querubin ! le dice reverentè
» Satanás, te conozco; Uriel te llamas;
» Sé que uno de los siete mensageros
» Eres de nuestro Dios; que justamente
» Su favor logras, entre los primeros
» Cortesanos celestes: que proclamas
» Sus leyes, y prodigios de orden suya,
» Y aun quizá fiado en la prudencia tuya,
» A este globo remoto, y encendido,
» Como su embaxador, te ha dirigido.
» Yo por mi parte, soy solo un curioso
» Viagero, de instruirme deseoso,
» Y saciar mis sencillas
» Ansias, de ver las grandes maravillas
» De Dios, y entre ellas, la que mas excita
» Mi anhelo, esto es el hombre, esa apreciable
» Produccion, su criatura favorita,
» Para quien ha formado esa admirable
» Boveda de los Cielos azulada.
» Por esto solo dexo la morada
» Del Empireo, y me ves por aqui errante.
» Guia mis pasos pues, ¡ ó tu, glorioso
» Querubin ! porque ignoro la carrera,
» Que deberé seguir de aqui adelante,
» Para acertar, entre ese numeroso

» Exercito de mundos, con la esfera,
» En que habita ese Ser tan venturoso.
» Para evitar qualquiera contratiempo,
» Dignate detallarmela, y á un tiempo
» Decirme, si es perpetua la morada
» Del hombre en aquel orbe, ó destinado
» Está á vivir alguna temporada
» En el, y á otros despues ser trasladado
» Por su turno. ¡ Que yo de su glorioso
» Criador los beneficios contemplando,
» Los cante, ó los admire silencioso!
» ¡ Que su amor, en mi pecho rebosando,
» Haga que corresponda agradecido
» A tantos, como yo mismo he debido
» A su bondad! ¡ Que su poder eterno
» Admire yo en el hombre, como hasta ahora
» Lo he admirado en el cielo, que le adora,
» Y aun en el hondo infierno,
» Donde perpetuas llamas implacables
» Castigan á los Angeles culpables!
» Es de creer, que esta raza delinquente,
» Del cielo para siempre desterrada,
» Por el hombre inocente,
» Y su linage sea remplazada.
» ¡ Para nosotros, que gozo seria
» Ver, que el culto de Dios asi crecia!

» Lo mexor dispondrá su providencia,
» Que une con la justicia la clemencia. »
Del Angel falso tal es el doloso
Lenguage. Con aquel sutíl engaño,
A Uriel deslumbrar logra, y no es extraño;
Pues á excepcion del Todopoderoso
Nadie puede saber, lo que en la mente
De un espiritu pasa interiormente,
Y muchas veces la sabiduria
De Dios permite, que la hipocresia,
A la verdad hurtando sus colores,
Astuta, enrede al mundo en sus errores,
Y aun que se meta, baxo el sacro manto
De la virtud, en el lugar mas santo.
¡ Ah! ¡ En vano la prudencia se desvela,
Para impedir la entrada á sus horrores!
La sospecha, su cauta centinela,
A veces á su puerta adormecida,
Confiada, el incesante riesgo olvida,
A la inocente sencillez entrega
Su guardia, y esta, á quien su bondad ciega;
Juzgando lo interior, por la apariencia,
En el oculto mal, vé la inocencia.
Tal es su suerte, y tal fué la del bueno
Uriel, aunque de juicio, y ciencia lleno;
Siendo mas perspicaz que otro qualquiera,
Entre los inmortales de su esfera,

Con todo á Satánas, por su alma pura,
Midió: victima fue de su impostura,
Y afable contextó de esta manera.
«Puesto que el noble ardor aqui te guia,
»De ver, y de adorar las admirables
»Obras de Dios, jamas á tus laudables
»Deseos, ¡ó Angel bello! negaria
»Mi aprobacion, ni menos las noticias,
»Que desear pareces,
»Necesarias al logro de tu intento.
»¡Y quantas alabanzas no mereces
»Tu, que tan generoso, á las delicias
»Te has arrancado del celeste asiento;
»Solo para venír á estos lexanos
»Parages, á admirar los soberanos
»Atributos de Dios, en la grandeza,
»Que ha prodigado á la naturaleza,
»Y por tus ojos ver las maravillas,
«Que otros quizá, por no dexar sus sillas;
»Solo sabrán por relacion agena!
»¡Y quan grande, y magnifica, quan buena
»Es la suma deidad, que ha derramado,
»En un desierto inmenso, esos distantes,
»Y nuevos mundos, esos rutilantes
»Sobervios astros! ¿Quien ha numerado
»Hasta ahora, estos testigos de su gloria?

» ¡Quan dulce es verlos, y saber su historia!
» ¡Como resalta su sabiduria
» Incomprehensible, en todos los objetos!
» La causa oculta, y muestra los efectos.
» De esto fui buen testigo en aquel dia,
» En que la masa informe, inmensa, y bruta,
» Del universo todo, en su presencia,
» Apareció á su voz. El cahos temblando
» La oye: el abismo cumple, aunque bramando
» Su orden: sola la noche, que aun enluta
» La masa, hace dudar de su existencia.
» ! *Hayga luz!* dice Dios, y en el instante
» Todo queda nadando en luz flamante.
» De la confusion misma el orden sale:
» Cada elemento, el puesto, á el destinado,
» Aguarda apenas, que se le señale;
» Y al punto vá á ocuparlo apresurado:
» Segun su peso el aire, fuego, tierra,
» Y agua, en el que les toca, establecidos,
» Fixos, suspenden su implacable guerra.
» Su imperio cada qual tiene, y su oficio;
» Pero obedecer deben rëunidos
» A la constante ley, que en beneficio
» Comun por el Criador se les ha impuesto.
» Partes de ellos, ya cerca, ya distantes,
» El universo forman: las restantes
» A establecerse fueron á otro puesto

» Remoto, y con un muro, que elevaron,
» Las bovedas del mundo aseguraron.
» ¿ Ves aquellas llanuras azuladas,
» De los suaves rayos alumbradas
» De una palida luz, que no muy lexos
» De nosotros están? Pues ve ahi la tierra,
» Que al rededor del sol viene rodando,
» Y que de propia luz no disfrutando,
» Brilla á medias, de este astro á los reflexos;
» Pues de su redondez nunca destierra
» Totalmente la noche, y cada dia
» Mientras su media esfera está mirando
» Al sol, la otra mitad está sombria.
» Aquel punto, que ves alli luciente
» Cerca de ella, es la luna, (que este nombre
» Dan á esa esfera, tan propicia al hombre:)
» La que aunque tambien brilla con prestada
» Luz, la parte con ella diligente,
» Y con su fulgor suave la consuela,
» Quando de la del sol la vé privada.
» Ella igualmente es la que se desvela,
» En darla de sus meses la medida,
» Variando por tres veces inconstante
» Su cara, ya creciente, ya menguante,
» Ya llena, y ciertos dias escondida
» En cada uno, hasta tanto que cobrada
« Toda su luz, de nuevo, con plateada

» Claridad, en las sombras resplandece,
» Y al dormido emisferio, dulce mece.
» ¿Mas ves aquel terreno reducido,
» Aunque fertil? Alli está establecido
» El hombre en un jardin, que cada dia,
» Con su cultivo, está mas deleitoso:
» Alli la dicha goza, y el reposo.
» Un camino inerrable allá te guia.
» Parte: no necesitas mi asistencia;
» Otro deber exige mi presencia. »
Dice, y se va. En silencio, respetuoso,
Se inclina Satanás, guardando el fuero,
Que se debe á su clase. Con esmero
Se hace en los cielos esta diferencia
De rango; á cada qual exactamente
Se tributa el honor correspondiente;
Distincion justa, y util, que conserva
En el publico el orden, y preserva
De insubordinacion à todo estado,
Que entre sus sacras leyes la ha adoptado.
Mas ya Satanás rapido se alexa
Volando, y en el aire un surco dexa
De opaca luz, qual fiero torbellino,
A la tierra siguiendo su camino,
Y no para con la ansia, que le anima,
Hasta hollar del Nifátes la alta cima.

NOTAS

DEL TRADUCTOR

AL LIBRO TERCERO.

(1) Pag. 310, v. 1. No hay un misterio, que haya ocasionado mas cabilaciones al orgullo de el hombre, que todo lo quiere penetrar, que este de la concordia de la presciencia divina, con la libertad humana. Su dificultad no nace, sino de la cortedad de nuestra inteligencia, que en esta vida no nos permite conocer los dos extremos, que se trata de reunir, pues que no pudiendo formar mas que una idea imperfectisima de lo que es Dios, y de lo que es nuestra alma misma, es imposible que la tengamos, á no ser igualmente imperfecta, de la presciencia divina, ni de nuestra libertad. Pero si conociesemos, como acaecerá despues de nuestra muerte, ambas cosas, con la perfeccion posible, lexos de encontrar dificultad en conciliarlas, nos pareceria su conexion, la mas clara, y mas natural. Asi un hombre que no tiene idea alguna de el arte de navegar, aunque sepa materialmente lo que es un navio, y lo que son los vientos, que dando en sus velas lo ponen en movimiento, si se le dice que el hombre lo hace navegar con un mismo viento, acia

donde quiere, y aun casi directamente contra el rumbo ó direccion de este, halla una dificultad insuperable en conciliar el impulso determinado de el viento, con la oposicion de las direcciones de la nave, á que communica su movimiento; pero en el instante en que embarcado, se le muestra el mecanismo de el timon, y de la disposicion de el velamen, concilia con la mayor claridad ambas cosas, y le parece tan natural su conexion, que se admira de no haber caido en ella.

Nunca llegará el hombre á adquirir la sabiduria verdadera, de que es capaz en este mundo, si no comienza por humillarse, reconociendo la cortedad de sus alcances, y que por consiguiente no debe decidir la incertidumbre de una proposicion, precisamente por que sea incomprehensible para el, antes si tenerla por cierta, aunque no la comprenda, siempre que haya por otro lado razones solidas, para creerla, mucho mas si interviene la autoridad divina.

(2) Pag. 318, v. 17. Asi como la tradicion general de todas las naciones ha conservado, como he dicho en el prologo de esta obra, la memoria de el pecado original, y de que en fuerza de el, nacen los hombres contagiados é inclinados al mal, asi tambien nos ha transmitido el modo de aplacar el cielo irritado contra nosotros, tanto por aquella mancha con que nacemos, como por los pecados personales, que son consequencias naturales de ella. El rito pues, observado por todas las naciones, desde los tiempos mas remotos, para este efecto, ha sido el de los sacrificios san-

grientos de toda especie de animales, los mas utiles, y necesarios al hombre. Rito por el qual han confesado solemne, y constantemente, que el hombre nace pecador, merecedor de la muerte, y hecho objeto de la ira de el cielo, al que no puede aplacar, sino haciendo morir en su lugar, para expiacion, y satisfaccion de sus culpas, otras victimas inocentes de ellas; no siendo el capaz, como culpado, de expiarlas con su propia sangre. Esta practica tan antigua como el genero humano, y extendida uniformemente de un cabo á otro de el mundo, no puede haber tenido otro origen, que el de la persuasion de dicha verdad, debida á la tradicion de los primeros padres de el linage humano; pues sin ella, por donde podia ocurrir á todos los pueblos en general, que la muerte de un animal util, é inocente, tubiese conexion con el perdon de sus culpas heredadas, ó personales? No la hay en efecto, pues la sangre de los hombres, y de todos los animales juntos, no tiene proporcion alguna con la ofensa hecha á un Dios infinito, á no ser que se miren, como figuras de el sacrificio de una victima de infinito precio, á saber, de el Verbo Divino humanado, sola victima digna de Dios, capaz de lavar las culpas de todos los hombres, y adequeda, y propia, para aplacar, y satisfacer la justicia divina. Esta verdad sirve de fundamento al discurso que pone Milton en boca de el Padre Eterno, dirigido à su hijo, y sobre el que recae esta nota.

(3) Pag. 201, v. 17. Esta expresion de Milton, alude á lo que dice san Pablo, hablando de Jesu Cristo (en

la epist. *ad Hebreos*, cap. 1, v. 6.), *et cum iterum introducit primogenitum in orbem terræ, dicit: et adorent cum omnes Angeli Dei.* Esto es, *y quando despues introduce á su primogenito en el orbe de la tierra, dice: adorenle todos los Angeles de Dios.* Pero como las expresiones de Milton, aunque conformes á esta sagrada autoridad, pueden dar motivo á que algun lector ignorante, ó poco instruido en los misterios de nuestra religion, se figure que el hijo de Dios, en el modo de pensar de Milton, no fue reconocido, ni adorado como Dios por los Angeles, hasta aquella epoca, y en fuerza de un decreto especial de su Eterno Padre, error tan ageno de Milton, como de qualquier catolico enterado de la doctrinada de la iglesia; debo advertir al tal lector, que la adoracion de el Verbo Divino, y de el Espritu santo, fueron siempre imprescindibles para los Angeles, de la de el Padre Eterno, pues que se les reveló desde el principio, la trinidad de sus personas, como la unidad de su esencia, y que asi solo se trata en este pasage, de que hablamos, de las adoraciones dadas por los Angeles á la humanidad de Jesu Cristo, que no habian de comenzar, si no en la epoca de la encarnacion de el Verbo Divino.

(4) Pag. 338, v. 19. Este Lymbo, que puede llamarse de la vanidad, es una ficcion, que aunque algo extravagante, debe perdonarse á Milton, por la gracia de las descripciones y pinturas, á que da motivo, que contienen mucha moralidad.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

Fe de erratas del primer tomo.

Pag. 4, linea 13, *dice* entendimiendo, *léase* entendimiento.
— 6, linea 12, *dice* descriptiones, *léase* descripciones.
— 20, linea 4, *dice* parecer, *léase* aparecer.
— 38, linea 4, *dice* bocal, *léase* vocal.
— 42, linea 7, *dice* coformen, *léase* conformen.
— 45, linea 2, *dice* aciones, *léase* acciones.
— 48, linea 18, *dice* su palabras, *léase* sus palabras.
— 73, linea 23, *dice* repuesta, *léase* respuesta.
— 79, linea 2, *dice* acaecimento, *léase* acaecimiento.
— 82, linea 26, *dice* conjeso, *léase* consejo.
— 85, linea 30, *dice* poecas, *léase* poetas.
— 88, linea 3, *dice* Diomodes, *léase* Diómedes.
— *Id.*, linea 9, *dice* description, *léase* descripcion.
— 90, linea 9, *dice* propocionar *léase* proporcionar.
— 103, linea 20, *dice* toda, *léase* todas.
— 105, linea 4, *dice* verdadera, *léase* verdadero,
— 114, linea 26, *dice* Diomodes, *léase* Diómedes.
— 117, linea 13, *dice* et altar, *léase* el altar.
— 121, linea 12, *dice* imagines, *léase* imágenes.
— 123, linea 27, *dice* Exeq, *léase* Ezeq.
— 173, linea 3, *dice* cuidades, *léase* Ciudades.
— *Id.*, linea 19, *dice* cuidad, *léase* Ciudad.
— 232, linea 4, *dice* aguardemos *léase* aguarémos.
— 233, linea 19, *dice* cotra, *léase* contra.
— 244, linea 22, *dice* discusiones, *léase* disensiones.
— 250, linea 12, *dice* voluutad, *léase* voluntad.
— 265, linea 17, *dice* potentia, *léase* potencia.
— 269, linea 24, *dice* moral, *léase* mortal.
— 294, linea 18, *dice* dosolabitur, *léase* desolabitur.
— 295, linea 3, *dice* Paulo minùs ab Angelis constituisti eum, *léa.* Minuisti eum paulò minùs ab Angelis.
— 346, linea 16, *dice* cuidades, *léase* Ciudades.
— 364, linea 24, *dice* adequeda, *léase* adequada.
— *Id.*, linea 29, *dice* (3) p. 201, *léase* (3) p. 331.
— 365, linea 16, *dice* Espritu, *léase* Espíritu.

